

ELSA M.R.



LOVE ARMY

¡SEGUIMOS SIENDO TÚ Y YO!

Elsa M.R.

Love Army 2

Seguimos siendo
tú y yo

ellas.
montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitoslibros

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para quienes tengan un sueño

Apenas son las ocho de la mañana y ya estoy oyendo los gritos en tailandés que profiere el loco que tengo como compañero de piso. Intento tomarme mi café con calma, no pensar en que tengo una larga jornada de trabajo por delante y que voy a tener que mantenerme despierta durante casi veinte horas. Me quito las gafas lentamente y me froto la cara, con cansancio. Cuento hasta cinco antes de levantar la voz para que me escuche todo el maldito vecindario.

—¡Cierra la boca! —chillo.

Suspiro con alivio cuando los gritos se convierten en un murmullo lejano. Sigue siendo en tailandés, pero ya no me importa. Me hundo en la silla de la cocina y miro al techo blanco mientras saboreo el café amargo. Cuando era una adolescente lo tomaba con leche, con la mayor cantidad de azúcar posible y, a poder ser, con mil aditivos más que le añadieran dulzor. Pero después de pasarme cuatro años y medio bebiendo expresos en la barra de una cafetería cien por cien italiana, me he acostumbrado al café sin azúcar. Ni siquiera le pongo una cucharada. Oigo el tictac incesable del reloj de la pared, así que han debido de pasar varios minutos cuando mi prima aparece por la puerta:

—Ojalá me muera de una vez.

Jiho solo tiene diecisiete años y, aunque le va bien en el instituto, tiene amigas y es alta y guapa, eso es lo primero que dice todas las santas mañanas al despertarse. Pongo los ojos en blanco y me digo a mí misma que debe de ser la edad. Jiho agita su larguísima melena castaña y se sienta a mi lado. Me mira expectante, esperando a que yo diga algo.

—Pues muérete ya. ¿A qué esperas? Así no se me acabará el trabajo.

Me levanto, y como todas las mañanas desde que estoy de vuelta en Seúl, le ofrezco un café y ella lo rechaza. Cuando yo tenía su edad, sobrevivía únicamente a base de café y comida basura. Salgo de la cocina, recordándole a Jiho que debe prepararse para ir al instituto, y sigo la rutina de siempre: voy a mi habitación, abro el armario, veo que todas las prendas son de color negro, elijo unos pantalones y una camisa, me visto y me preparo en el baño que compartimos, frente al espejo. No tengo tocador. En Italia sí tenía uno. Para ser sincera, echo de menos el apartamento que tenía en Roma. Aunque era algo viejo, resultaba muy acogedor, con las paredes altas y balcones en cada habitación.

También echo de menos estar allí. Nunca pensé que iba a tener nostalgia de un país que no es el mío. Echo de menos trabajar en el atelier, estudiar patronaje, recibir a las clientas de mi jefe y tomar sus medidas, caminar entre tules y sedas... Cuando descubrí que la música no era para mí, decidí apuntarme a un curso de moda. Estaba incluido en la beca —debía seguir estudiando algo

relacionado con las artes si no quería tener que volver a Corea—, así que un par de meses más tarde estaba creando mis propios diseños, paseando por las calles de Roma con tacones y ayudando a vestir a las clientas de un diseñador italiano. No trabajaba en una gran casa italiana como Versace, pero estaba contenta. Aunque de pequeña la moda ya era una de mis pasiones, en Italia empecé a soñar con tener mi propia marca. Cuando volví a Seúl, el único trabajo que encontré fue en una jodida funeraria.

Al menos maquillo muertos. Ser tanatopractora combina las prácticas de anatomía de la universidad con el curso de maquillaje que hice en Italia. Son mis dos pasiones juntas, pero en una versión algo más macabra.

Después de ponerme las lentillas, de pintarme los labios de un color discreto y de taparme las ojeras para no parecer uno de los cadáveres que maquillo, salgo del baño. Resoplo al oír que los gritos en tailandés aún no han cesado. Si no llegara tarde al trabajo, entraría en la habitación de Thai y le gritaría que se lanzara por la ventana. Y sí, lo llamamos Thai. Su nombre es demasiado complicado para poder pronunciarlo bien, y cuando él nos lo repite, solo distingo «taktaktak». Así que se quedó con Thai. En el fondo, es un buen amigo. ¡Pero grita demasiado!

Recojo mi cabello en un moño bajo mientras me dirijo a la puerta de la casa. Nunca había tenido el pelo tan largo; siempre lo he llevado a la altura de los hombros. Pero si ni siquiera tengo tiempo de tomarme un café, ¿cómo voy a tener tiempo para cortarme el pelo? Me aseguro de que todo lo que necesito está en mi bolso —también de color negro— y ahogo un grito.

Corro pasillo arriba, cruzándome con Jiho.

—¡Mi iluminador! —exclamo.

Puedo olvidarme de llevar los zapatos, pero nunca en la vida puedo olvidarme de mi iluminador. Nunca. Veo a Jiho pegarse a la pared para dejarme paso en cuanto vuelvo con un pequeño tubo de plástico en la mano. Me despido de ella y me calzo lo más rápido posible. Me pongo mis comodísimas Adidas —negras—, me echo el bolso al hombro y salgo corriendo por la puerta con la terrible sensación de que voy a perder el autobús.

Vuelvo a seguir la rutina de siempre: corro para doblar la esquina, veo el morro del autobús asomarse por la calle, corro aún más para no perderlo, saludo al conductor nada más subirme, jadeando, me siento al final y espero a recorrer medio Seúl para llegar a la funeraria. Está en las afueras, cerca del hospital en el que, en teoría, debería estar haciendo algunas prácticas. Miro hacia el alto edificio con algo de melancolía. Parece ser que no me voy a poder graduar hasta los cuarenta. Mi vocación de médico se va apagando poco a poco y sigo preguntándome qué voy a hacer con mi vida. Mi trabajo no es fijo, aún dependo de mis padres y el futuro cada vez pinta más oscuro. Ya no es gris, es casi negro.

Veo el enorme cartel de la funeraria y dejo de pensar en el futuro de mierda que me espera. Agito la cabeza y me peino el flequillo ayudándome de mi reflejo en el cristal del autobús. Bajo junto a unas ancianas que se ayudan entre ellas. Siempre suelo mantenerme al margen de todo, pero no puedo evitar ofrecerle mi brazo a una de las mujeres para que se apoye en mí y baje fácilmente del autobús. Me agradecen el gesto con una sonrisa. Me siento un uno por ciento más realizada que a las ocho de la mañana.

La zona donde trabajo es como el triángulo de las Bermudas: un hospital mayormente geriátrico, una morgue y una funeraria. Si entras en él, no sales. Al menos no sales vivo, claro. Solo tengo que caminar un par de metros para llegar al trabajo. Es un edificio bastante pequeño. Trata de ser acogedor, cálido, como para contrarrestar el frío que se pasa en la zona de tanatopraxia. Me parece bien que quieran que los familiares se sientan como en casa cuando están velando a sus

muerdos, pero no deja de ser irónico. Para sentirte cómodo mirando a un cadáver durante horas debes ser estudiante de medicina, forense o un trastornado.

Empujo la puerta de la funeraria, recorro el camino de siempre hacia la pequeña habitación que se utiliza como sala de reuniones, pasando la cafetería, y saludo a mis jefes. Es un matrimonio de la edad de mis padres, quizá algo más mayores, a los que les estoy bastante agradecida por ofrecerme el trabajo.

—Parece que no has dormido mucho hoy, Aerin —dice la señora Lee, mi jefa. Me tiende una carpeta negra como mi pelo, mi ropa y mi futuro, y la tomo con delicadeza mientras sonrío como diciendo: «Qué le vamos a hacer, salgo del trabajo a las diez de la noche y me paso la madrugada estudiando...»—. Ya ha llegado el primer cuerpo... El funeral es a las doce. Te estábamos esperando.

Abro la carpeta y enarco una ceja a ver el nombre escrito: «Park Soyoung». Ha muerto por un paro cardíaco con solo veintitrés años. No dan más especificaciones, como de costumbre, pero mi cabeza trabaja en crear las situaciones más adversas. Es Park Soyoung, mi compañera del instituto. Estoy en una especie de nube, creyendo que todo esto es un sueño. En mi vida me había imaginado que iba a tener que preparar el cuerpo de una de las chicas que tanto odiaba en el instituto.

Camino hacia la sala de embalsamiento con la carpeta pegada al pecho. Cojo uno de los guantes de látex, aplico un poco de vaselina con olor a arándanos entre mi labio superior y mis fosas nasales, para no tener que estar horas masticando el terrible olor a químicos y formol. Llevo meses aquí y aún no me he acostumbrado. Después de colocarme una mascarilla, pongo algo de música en una radio vieja. Me acerco bailoteando a la camilla donde está el cuerpo, encerrado en una funda —negra— con cremallera.

—Vaya, vaya. ¡Hace mucho tiempo que no nos veíamos! —digo, viendo el rostro pálido de Soyoung. Bueno, de lo que queda de ella.

La puerta de la sala se abre de repente cuando estoy preparando la solución germicida con la que lavar el cuerpo. Es mi compañera, que me observa mientras bailo y parloteo con el cadáver.

—No te escucha, ¿lo sabes?

—¿Piensas ayudarme o vienes a molestar como todos los días? —espeto. Ella solo sabe sentarse en una silla y esperar a que yo ya haya hecho todo el trabajo—. Porque si es así, voy a pedir un aumento de sueldo.

Resignada, la chica se pone a mi lado y me ayuda a eliminar la rigidez de la piel. Ahora que lo pienso, es un poco perturbador estar toqueteando el cadáver de una de mis antiguas compañeras de instituto. Aunque no la soportaba, aunque la odiaba, me siento un poquito mal por ella. Ha muerto con mi edad y yo aún me siento joven. Supongo que daré el pésame a su familia como una compañera, no como una de las trabajadoras de la funeraria.

Me encargo de hacer una ligera incisión en una de las arterias, conecto la bomba que extrae la sangre y espero a que el cuerpo quede completamente vacío. Mientras tanto, mi compañera se sienta y se pone a mirar su teléfono. Suspiro con hastío. Es mayor que yo, así que prefiero no decirle nada más, mantenerme indiferente, como siempre, y dejar que se salga con la suya. Si me meto con ella, lo más probable es que una de las dos acabe en una de las camillas de la sala.

Tardamos unas cuantas horas en preparar el cadáver. Ya tiene un aspecto más natural, al menos. Mi trabajo, que es maquillar y arreglar el pelo y las uñas, como si fuera una esteticista, es bastante rápido y apenas tardo cincuenta minutos. Arreglo el pelo de Soyoung, dejándolo suelto y aplicándole algo de aceite para que recupere el brillo. Sigue teniendo la larga melena oscura que

tenía en el instituto. Doy algo de color a sus mejillas, brillo a su piel y limo sus uñas para dejarlas iguales. La magia de todo esto es que el cadáver no parezca un cadáver, sino alguien dormido plácidamente.

Se llevan el cuerpo para dejarlo en un ataúd y, como al parecer no tenemos más «clientes», vuelvo a ponerme mi ropa. Debo de oler a formol, así que me rocío con un perfume floral que le he robado a Jiho. Salgo al pequeño pasillo de la funeraria. Hay mucho revuelo y algún que otro rostro conocido. Todo el mundo viste con ropa oscura. Reconozco un cuerpo bajito y achatado.

—¿Im? ¿Im Aerin? —Me señalan. Yo asiento. La chica a la que creo reconocer se acerca a mí con asombro, me mira de arriba abajo y yo me limito a juzgar silenciosamente sus zapatos de tacón nada apropiados para venir a una funeraria—. Oh, Dios mío, hola. Soy Haneul... Cuánto tiempo, ¿verdad?

—Sí, un montón. —Hago una seña para que pase a la sala del velatorio—. Ya está todo preparado. Puede pasar.

—No hace falta que me trates de usted, Aerin. —Ríe con amargura. No parece muy triste. Da la impresión de que le han pagado por venir aquí—. La verdad es que no me siento preparada para ver a Soyoung...

—Vaya, una pena. Era muy joven... —Hago una mueca. Llevo el tiempo suficiente aquí como para fingir que estoy afectada. Busco a sus padres con la mirada—. Voy a dar el pésame. Hasta otra, cuídate. —Me acerco a los padres de Soyoung, que se muestran bastante afligidos. Paso el brazo por los hombros de la madre y froto su espalda con aparente cariño—. Lo siento mucho, era jovencísima... Por cierto, soy Im Aerin; fui su compañera en el instituto. Era muy buena chica. Pero bueno, sabemos que tendrá una buena vida más allá, ¿no? Saben que, si necesitan algo, pueden contar con mi ayuda. No se preocupen.

Me despido con una leve reverencia y salgo de la sala. Me siento detrás del mostrador de la funeraria, viendo cómo entran y salen bastantes personas, en su mayoría tíos. Es bastante pronto. Aún quedan un par de horas para el funeral, previsto para las doce. Hago cálculos y mi única conclusión es que se quedarán pocas personas a velar el cuerpo. Eso significa que el ochenta por ciento de la gente que ha pisado esa sala solo ha ido por cumplir, porque se siente en deuda de alguna forma u otra, no porque quisieran mucho a Soyoung. Tamborileo con los dedos sobre el mostrador. Es algo triste, pero es de esperar.

De repente, se arma un revuelo impresionante a la puerta de la funeraria. Veo a chicas de mi edad sacar teléfonos y fotografiar a algo o alguien. Yo solo distingo una figura tapada por otra, ambas vestidas de color negro. La señora Lee, mi jefa, se levanta enseguida junto a su marido para evitar la aglomeración que se está formando en la entrada y abren la puerta para dejar paso a alguien. Parece un famoso, pero seguramente sea uno de los ex de Soyoung con aires y creencias de *idol*. Lleva un cubrebocas negro, una gorra negra, una sudadera negra... Parece un trabajador de la funeraria.

Curiosa, me levanto para ver de quién se trata. El sujeto ni siquiera se molesta en mirar el cuerpo, simplemente da un apretón de manos al padre de Soyoung y le da el pésame por la muerte de su hija. Me quedo en la puerta con las manos entrelazadas tras la espalda.

—Lo siento mucho —oigo que dice. La voz me resulta algo familiar, como si la hubiera escuchado en la radio. Ni siquiera se ha quitado las gafas de sol.

El tío camina hacia mí y agacha la cabeza para pedirme permiso para pasar. Lo observo rápidamente, pero en lo único en que me fijo es en el brillante Rolex de plata que adorna su muñeca izquierda. Entorno los ojos, intentando ver alguna facción que me resulte familiar, porque

quizá sea algún famoso, y no puedo perder la oportunidad de pedirle un autógrafo. Me da igual que sea un actor que no conozco. Solo quiero tener un autógrafo para presumir de él.

—Oh, perdón. —Me retiro de la puerta, disculpándome con una sonrisa. Veo cómo el tipo se va, y de repente, me viene a la cabeza una imagen similar, un *déjà vu*. La imagen de mí misma a las puertas de una agencia en pleno verano esperando una respuesta del chico al que me acababa de declarar. Ato cabos con rapidez, y sin pensármelo dos veces, digo en alto—: ¿Yoongi...?

Se gira. Así que es él. Me mira a través del cristal oscuro de sus gafas, hace una especie de mueca y se aleja un par de pasos.

—¿Quieres un autógrafo?

—Eh... Sí, vale. —Asiento con energía. Ni siquiera sé por qué he respondido eso, pero me acerco al mostrador a por un papel en blanco y un bolígrafo. El vestíbulo está bastante tranquilo porque alguien está bloqueando la puerta, así que no tengo que preocuparme. Le tiendo el papel y espero pacientemente.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta con tono robótico. Coge el bolígrafo que le acabo de tender, y utilizando la pared como apoyo, firma con fluidez, como si hubiera estado ensayando durante años.

—Para Aerin, por favor.

No escribe nada. Deja caer sus brazos y me mira. Entreabre la boca, como si fuera a decir algo, pero se queda a medio camino y vuelve a escribir en el papel. En letra grande, leo «Para Aerin». Me devuelve el papel. No veo la necesidad de preguntarle qué tal está, cómo le va y todas esas cosas. Evidentemente le va bien. Es una estrella, tiene un jodido Rolex con el que yo podría comprarme un coche o pagar un año más de universidad y tiene prisa porque su agenda está a reventar. Hace ademán de irse cuando yo tengo su autógrafo entre las manos. Se gira una vez más.

—¿Im Aerin?

—Sí, la que te decía que tenías patas de pollo a diario —le contesto.

Se queda un buen rato callado. Después del pequeño lapsus, curva sus labios en una sonrisa, asiente y me da el bolígrafo.

—Me alegro de que estés en Seúl.

Es lo único que añade antes de irse lo más rápido que puede por la puerta. Entra en un coche negro, como todo en mi vida, y yo me quedo procesando la situación. Acabo de dejar que Yoongi se escape, una vez más, pero no le doy mucha importancia. Él tiene su vida y yo la mía.

Bueno, al menos puedo tapar mi nombre con algo de corrector blanco y revenderlo para pagar las tasas mensuales y la segunda matrícula de la universidad.

Lleno mis pulmones de aire y lo expulso en un larguísimo suspiro al ver que un tipo bastante familiar está sentado ante la puerta de mi casa, con su ancha espalda apoyada en la madera, bloqueando el paso. Su pelo engominado y peinado hacia atrás es típico de los años cincuenta y sus tatuajes no pegan con su cara de niño bueno. Me acerco despacio a él. Sé por qué y para qué está aquí, y mi primera reacción es tratar de esconderme detrás de la pared del ascensor. Pero termino dando la cara, como siempre, y en menos de un segundo él está de pie, a mi derecha, entornando los ojos en un intento de mirada seductora, creyéndose James Dean. Ni siquiera llega a un actor de pacotilla que tiene una línea de diálogo en un jodido anuncio de papel higiénico. Sus brazos tatuados abrazan mi cintura enseguida mientras yo tecleo despacio el código de la cerradura electrónica de la puerta.

—¿Has tenido un día largo, nena? —me pregunta, pegando sus labios a mi oído. Aprovecha nuestra diferencia de estatura y que sus manos quedan a la altura de mis muslos para deslizarlas hasta allí desde mi cintura—. Has tardado un poco más hoy; te estaba esperando.

Escucho su respiración de perro baboso tan cerca que no puedo evitar ponerme de mal humor. Estoy cansada, mi maquillaje es un completo desastre y necesito cenar cuanto antes. Y el muy gilipollas de Dongyul solo consigue que mi irritabilidad vaya en aumento. Intenta besarme, pero me aparto y pulso el último botón de la cerradura. La puerta se abre con un simple clic, la empujo para entrar en el apartamento y trato de deshacerme de él antes de poner un pie dentro de la casa. Estoy tan cansada que ni siquiera pronuncio ni una palabra. Simplemente me arrastro hacia el interior, pero Dongyul no parece pillar la indirecta. Nunca las pilla.

Suspiro una vez más, con hastío, quito sus manos tatuadas de mi cadera y me giro para mirarlo con cara de fastidio.

—Hoy no. Vete.

Yo señalo con desgana la puerta aún abierta, diciéndole silenciosamente que se vaya, pero él se limita a enarcar las cejas. Cree que ese aire escéptico es sexy, y lo único que yo veo en él es estupidez. Siempre que trata de elevar una sola ceja, levanta las dos. Dongyul es como un perro, así que, si no lo llamo o no le hago caso, dejaré de tenerlo pegado a mí.

—Aerin... —ruega en cuanto me doy la vuelta, cambiando su cara de «eres una estrecha» a su cara de cachorrito—. Sé que has tenido un día largo; sabes que puedo quitarte el estrés sin problema... —Se acerca de nuevo a mí, mirándome con sus ojos chispeantes, pero me alejo una vez más. Dongyul bufá, frustrado, y chasquea la lengua—. Vale, como quieras. ¡Como tú quieras, Aerin! —oigo que dice algo entre dientes mientras me dirijo a la sala de estar, o el comedor, o la

cocina. Es todo a la vez. Un espacio multifuncional. Dongyul camina a mis espaldas, rechistando.

Digamos que él y yo somos pareja. Novios, o como lo llame la gente. Cuando estaba en Italia, todo el mundo me preguntaba si no conocía a un tal Dong-Dong, un tipo con un apodo amoroso bastante estúpido y humillante. Mis compañeras de piso italianas me llevaron a una fiesta donde intentaron emparejarme con el único coreano de su facultad. Además, tocaba el violonchelo. Al principio, cuando lo vi al otro lado de la sala, quise huir para no tener que encontrarme con él. Lo primero que pensé fue: «¿Cómo puede estar este tío en un conservatorio con esas pintas de *rockabilly* deslucido?». Pero sí, tocaba el violonchelo. Y, después de insistir durante semanas para verme otra vez, acepté ser su «novia». ¿La razón? Era el hijo de unos empresarios y de no ser por él no tendría trabajo. Ni siquiera es simbiosis. Yo solo salgo estresada del trabajo, no beneficiada.

Volví a Seúl con Dongyul. Él ya ha terminado su carrera, aunque no trabaja y vive de las rentas. Es un caradura. Y un ignorante. Si seguimos juntos es por miedo a perder mi trabajo. Aunque siempre he creído que él solo me quiere para follar. Creo que cualquier tía se reiría de él en cuanto se bajara los pantalones, así que no me queda otra que sacar la actriz de Grammy pornográfico que llevo dentro cada vez que Dongyul viene a casa y me encuentra dispuesta.

Se sienta en el sofá como si fuera suyo, enciende el televisor y me mira por encima del hombro.

—Vete a la cocina y prepárame un sándwich por lo menos, ¿no?

Me pongo delante de la televisión de brazos cruzados y ladeo la cabeza.

—¿Crees que soy tu criada?

—Eres una tía. Vas a hacerlo mejor que yo.

Sus comentarios me sacan de quicio. «Calma ante todo, Aerin», me digo, pero sé que es imposible.

—No quiero faltar el respeto a los animales, pero es que eres un puto cerdo. ¿Quieres que te prepare un sándwich? Levántate y hazlo tú, malcriado. Crece.

Siempre se queda sin palabras. Como de costumbre, Dongyul se disculpa:

—Nena, lo sien...

—Si de verdad lo sientes —señalo la puerta con la barbilla—, pírate.

—¿Ni siquiera con la mano, Aerin...?

—Lo puedes hacer tú solito, Dong-Dong —digo, con sorna, esperando a que se levante y se vaya de una jodida vez. Al final, Dongyul y sus tatuajes se marchan con resignación. Lo acompaño hasta la puerta para asegurarme de que se larga y desde allí veo cómo se monta en el ascensor. Le lanzo un beso antes de que desaparezca, cierro la puerta con un golpe y cuando me giro veo a Thai asomado en el pasillo—. ¿Qué?

Levanta sus pulgares a modo de aprobación.

—Bien hecho, *noon*.

—¡Que no me llames así! —le grito. Él sale corriendo hacia su habitación entre risillas.

No vuelvo a ver a Thai en toda la noche. Después de cenar el poco arroz que me han dejado en la arrocera, me encierro en mi habitación y me pongo cómoda después de un funeral inesperado, un encuentro exprés con mi mejor amigo de la adolescencia y una jornada de clases intensivas. Me desmaquillo y me quito las lentillas. A veces echo de menos el peso de la montura de mis gafas sobre el puente de mi nariz. Busco entre mi ropa interior mi viejo pijama de Hello Kitty y me enfundo en él, aunque me queda algo corto. Abro mi portátil sobre la cama y me dejo caer en ella, junto a mi bolso. Y por fin, en cuanto desato el cierre de mi sujetador, me siento cómoda y libre al cien por cien. Esa sí que es libertad y el resto son tonterías.

Rebusco en mi bolso unos apuntes sobre pediatría, pero noto otro papel algo arrugado. Lo saco, extrañada, y me quedo mirando como una tonta el trozo de folio de la funeraria donde tengo un autógrafo solo para mí. Mientras lo observo, mi mente me recuerda la de oportunidades que he dejado escapar en la vida. Pataleo, bufo y gruño sobre el colchón de la cama. ¡Podría haberle pedido su número de teléfono! ¡Haber hablado algo más con Yoongi! Sigo siendo nefasta con el tema de la sociabilidad. Y con el tema de tomar decisiones. Aunque, pensándolo mejor, él ni tan siquiera me habría saludado. Yoongi es famoso, tiene una vida muy distinta a la mía y no puede permitirse el lujo de perder el tiempo conmigo. En el fondo, no sé si estoy orgullosa o si tengo envidia. Por una parte, me enorgullece que Yoongi haya conseguido su sueño después de unos cuantos años, pero otra parte de mí se queja de lo injusta que es la vida, de que él haya conseguido lo que quería y yo no. Esa es la misma parte que me dice que he perdido dos oportunidades geniales: primero Song Minho, luego Min Yoongi.

Pero mi mayor preocupación no es tener un partidazo como novio o marido. Solo quiero terminar mi carrera, cumplir mi objetivo y ganar mi propio dinero. Bueno, también una de mis preocupaciones es tener que pagar el alquiler, la luz, el agua, tener que ir al banco para actualizar mi cuenta, hacer la compra sin pasarme, las fechas de entrega de las tesis de la universidad, no perder el trabajo, la salud de mi abuela, que mi padre no pierda la cordura, que Dongyul no acabe con mi paciencia...

Supongo que mis preocupaciones de adolescente ya no existen. Encajar en un grupo, que mi calzado llame la atención o tener un buen novio ya no son mis problemas.

Lanzo el papel hacia el escritorio sin éxito. El autógrafo se cae al suelo. Me concentro en repasar mis apuntes mientras los paso a limpio en mi portátil viejo. Solo espero que no empiece a fallar como el otro día y se apague justo antes de guardar el archivo. Poco a poco, los párpados me van pesando cada vez más.

Siento que me quedo dormida sobre el teclado, pero de repente el sonido de mi teléfono móvil me sobresalta. Lo miro enseguida, creyendo que puede ser algún correo importante, pero es un simple mensaje de chat de un número desconocido. Bostezo, estiro los brazos y la espalda y desbloqueo el teléfono para leer el mensaje.

¿Aerin? 01:04

jajaj nooo xd nmero ekivokdo!!! 😊 ✓

✓✓ leído a las 01:04

No le doy importancia. Me pongo los auriculares para escuchar un poco de música con la intención de quedarme dormida en cuanto me tumbe en la cama, aparto el portátil y, de golpe, se enciende la bombilla de las ideas en mi cabeza.

Observo ese «leído» con detenimiento y trato de recordar a partir de él, como si estuvieran utilizando conmigo una de las técnicas del psicoanálisis. Solo hay una persona en la faz de la tierra capaz de hacer eso. En medio de mi habitación, de pie, respondo al mensaje lo más rápido que puedo.

Sí, soy Aerin. 01:06

¿Eres quien creo que eres? 01:06

¿Cómo has conseguido mi número? 01:06

Tengo mis contactos. 01:38

¿Eres Yoongi? 01:38
Puedes ser cualquiera. No me fio. 01:38

¿Sigues teniendo mi apéndice? 01:45

Oye, solo dime quién eres.
Estoy perdiendo mis valiosos minutos contigo. 01:47

¿Te has deshecho ya de tus horribles Adidas rosas? 01:48

Ahogo un grito de ardilla aplastada. Me llevo una mano a la boca, sorprendida, a punto de tener un paro cardíaco y tentada de llamar a una ambulancia. ¡Es él! ¡En cinco años no me he sentido como si fuera una jodida adolescente loca! Doy un par de saltitos y agito las manos. Me siento como si me hubiera hablado uno de mis grandes ídolos, como si me hubiera contestado Brad Pitt o como si me hubieran dicho que podía trabajar en una tienda de Valentino. Estoy emocionada. Y algo inestable por culpa del estrés, así que no me extrañaría que me echara a llorar.

Espera un mntow. 01:49
Estoy tenidneod una cerisis. 01:49
Ya está. 01:55
Lo siento. 01:55
Es que mi compañero de piso ha visto una araña y casi quema la casa... en fin. 01:55
¿Quién te ha dado mi número? 01:55

Te lo he dicho. Tengo mis contactos. 02:00

Claro, tendrás mánager y todas esas cosas. 02:11
Me alegra poder hablar contigo. 02:11
Ah, y mis Adidas edición limitada rosa neón se rompieron. 02:11
No volví a encontrar unas iguales. 02:12

Menos mal. 02:23

¿Sigues odiando el rosa? 02:23
Te envié un mensaje cuando estaba en Roma preguntándote qué tal todo. 02:23
Nunca respondiste... 02:23
Así que, ¿qué tal te va todo? 02:23

Han pasado más de tres días y no ha contestado. Aunque ahora estamos en el mismo país, compartiendo el mismo huso horario y ambos tenemos el número del otro, la distancia entre nosotros es kilométrica. Visible hasta con los ojos cerrados. He dado por hecho que Yoongi no contestará. Tanto él como yo tenemos cosas más importantes que hacer.

Estoy concentrada en las clases de obstetricia, dejando que la grabadora de mi teléfono móvil recoja todo lo que dice el profesor. La grabación se para y en la pantalla se abre una ventana que indica que tengo un nuevo mensaje. Con fastidio, procedo a cerrar el mensaje y reanudar la

grabación, pero me llama la atención que no sea de Dongyul, la única persona lo suficientemente idiota para mandarme mensajes mientras estoy en la universidad. Frunzo el ceño.

Todo bien. No puedo quejarme. ¿Y a ti? ¿Sigue molestandote que la gente lleve ropa que no combina? 16:17

Sonrío, pero vuelvo a prestar atención a las clases.

Hoy la muerte se está tomando unas buenas vacaciones. El único «cliente» de hoy ha sido un anciano, pero el velatorio ha terminado antes de que acabara mi turno. Mis jefes han decidido marcharse y dejarme sola aquí, en la recepción, esperando algún familiar desesperado por organizar un funeral en el último momento o algún cuerpo más. De momento, me encuentro yo sola tras un mostrador acristalado. Aburrida, empiezo a dar vueltas en la silla giratoria de la recepción, mirando mi teléfono con desgana. No tengo mensajes nuevos, mis redes sociales están más muertas que cualquiera de nuestros clientes y mi cara no está para nuevas *selcas* o selfis. Mi piel es un completo desastre últimamente, y todo por culpa del estrés.

Saco de mi bolso algunos apuntes de la universidad. Suspiro. Me gusta la medicina, pero quizá tomármela con calma no ha sido la mejor opción. De nuevo, estoy indecisa. Agito la cabeza para dejar la mente libre de cualquier pensamiento, extendiendo los apuntes de ginecología sobre la mesa, apoyo los codos en la madera y empiezo a leerlos con la cabeza entre los puños. El silencio sepulcral me ayuda a concentrarme. De repente, el sonido irritante del teléfono del mostrador rompe ese silencio, sobresaltándome.

Me apresuro a contestar la llamada pensando que es un interesado en funerales. Tomo un bolígrafo y algo de papel, por si acaso.

—Funeraria Lee, ¿qué desea? —digo, con mi mejor tono de recepcionista, ese tono apático a la par que robótico.

—¿Venden ataúdes?

—Por supuesto. De todos los tamaños, materiales y colores. Tenemos una oferta en los ataúdes de madera de cerezo y...

—¿Ofrecen funerales para personas muertas en vida? —me interrumpe. La voz me resulta algo familiar, pero no logro identificarla. Quizá es Dongyul, que llama a la funeraria de sus padres para tomarme el pelo.

No sé por qué, pero considero que lo más natural es seguir el juego de quien llama.

—Claro, desde un módico precio de seis millones de wones. Existen varios packs que incluyen velatorio, flores y actrices que lloran para que nuestro cliente se sienta más querido en el más allá.

—¿Las actrices pueden fingir también que se desmayan? Me encanta el show. —El tipo, claramente un tío, me sigue el juego. Sigo sin poder identificar su voz, grave pero no demasiado ronca—. ¿Y hay alguna oferta que incluya música ambiente?

—Déjeme ver... —Hago una pausa dramática y aprovecho para mirar mis uñas. Debería

pintármelas de algún color, pero no puedo hacerlo por culpa del trabajo—. Si, por solo novecientos noventa y nueve mil wones tiene la oportunidad de contratar a un grupo de música de cámara que interprete el réquiem de Mozart.

—¿No existe la posibilidad de contratar un DJ? ¿Y las bebidas son gratis?

—También incluimos un poco de whisky y soju, ya sabe... Es un momento de duelo. Hay que ahogar las penas de alguna manera. —Jugueteo con el cable del teléfono, enredándolo en mi índice. Miro hacia la puerta de la funeraria. No viene nadie; sigo sola.

—Yo soy más de cerveza...

—Bueno. —Ahora soy yo quien lo interrumpe a él—. ¿Va a contratar nuestros servicios? Aún debemos concretar el tipo de ataúd, el tiempo del velatorio... Dígame su nombre, por favor.

—¿No lo sabes ya? —pregunta. Noto algo de desconcierto en su voz.

No sé con quién estoy hablando, así que me invento un nombre.

—Perfecto, Johnny. —Me he metido tanto en el papel de recepcionista que hasta apunto el nombre con mi letra torcida. No queda nada de la letra inteligible y redonda de la Im Aerin del instituto—. Empecemos por el tipo de ataúd, ¿qué le parece uno rosa? ¿Y con brillo? El estilo Barbie está muy de moda últimamente.

—Amo el rosa —dice, con un sarcasmo bastante ácido—. Me encanta el rosa. Como a ti, Aerin.

—Ataúd ros... —Mi mandíbula cae, se enciende algo en mi cabeza y me asusto al escuchar mi nombre al otro lado de la línea telefónica. Definitivamente no es Dongyul, porque de ser ese el caso habría utilizado la palabra «nena» como unas setenta veces. Trago con dificultad para intentar suavizar mi garganta—. ¿Eres un espíritu?

—Soy el espíritu santo, ¿qué hay?

—¡No, aún no quiero quedarme embarazada!

Mi comentario estúpido le debe de haber hecho gracia a quienquiera que llame. Ahoga una risilla, pero continúa serio e impertérrito, como si no hubiera pasado nada.

—¿No sabes quién soy? —pregunta, juguetón—. Puedo verte...

—Si eres uno de los asesinos de *Scream*, ven y mátame ya. Total, ya estoy en una funeraria.

—Soy Yoongi —suelta, ya harto.

—Ah, guay. —No le doy importancia, pero luego lo proceso. Mis neuronas se conectan unas con otras y vuelvo a hacer un movimiento ridículo que casi me hace caer al suelo—. ¡Hola! —Me río, nerviosa—. ¿En serio eres tú? ¡Cuánto tiempo! ¿Sigues interesado en el ataúd rosa? Te puedo hacer un descuento, claro, porque eres tú y... En fin. Gr... gracias por llamar y todo eso. ¿Cómo te va?

Se queda un buen rato en silencio, como si estuviera decepcionado o pensando bien sus palabras. No sé muy bien qué decir y tampoco termino de fiarme de que sea él. Puede ser cualquiera gastándome una broma. Siempre he sido demasiado incrédula; necesito ver para creer. Oigo que Yoongi inspira por la boca después de chasquear la lengua.

—Bien.

—Me alegro. En serio, lo digo sin sarcasmo y esas cosas.

Sin las bromas, la conversación se ha tornado un poco artificial y bastante incómoda, con silencios entre medias.

—¿Cómo has terminado trabajando en una funeraria? ¿No deberías estar trabajando en alguna tienda de maquillaje o algo así?

—¿Por qué has llamado...? —Hablamos a la vez. Yo me callo en cuanto noto que estoy tapando su voz—. Ah, perdón. ¿Cómo he aterrizado aquí...? Bueno, no encontraba trabajo. Al estar

estudiando medicina, me dijeron que si no me importaba embalsamar y preparar los cuerpos, y como me gusta el maquillaje me asignaron el puesto enseguida —miento un poco. Más bien omito parte de cómo conseguí el trabajo.

Más silencio.

—Debe de ser un trabajo de muerte.

Creo que es la primera vez que me río en todo el día.

—La verdad es que me da mucha vidilla trabajar aquí. En fin... ¿No estás ocupado? Quiero decir, eres una estrella del k-pop, debes de tener una agenda apretadísima y estás hablando conmigo. Es tan surrealista... Esto parece una novela cómica.

—Estaba aburrido —responde con hastío—. No hay nada que hacer entre ensayos.

—Por cierto, gracias por el autógrafo. —No quiero que la conversación muera, así que saco un nuevo tema.

—Puedes revenderlo si quieres.

—¿Cómo lo has...? —Agito la cabeza otra vez. Veo por el rabillo del ojo que algo se mueve en dirección a la puerta de la funeraria, seguramente algún cliente de los vivos—. Sé que no tienes tiempo, pero si algún día quieres... No sé, tomar un café o algo... Yo invito. También sé que es ridículo porque ganas seis veces mi sueldo, pero da igual. Yo... te invito. Sí. A un café. La verdad es que quiero saber qué tal te ha ido estos años. —Suelto una risilla algo amarga para ocultar mi nerviosismo. Alguien abre la puerta de cristal del edificio—. De veras me alegro de que te haya ido bien, Yoongi.

—Seguiremos en contacto. —Eso suena demasiado frío. Típico de un hombre de negocios. Demasiado formal. Es como el «ya te llamaremos» después de una entrevista de trabajo. Una ínfima parte de mí está dolida, otra lo entiende. Está ocupado, tiene sus razones y para él no soy nada más que una conocida. Ni siquiera soy su fan. No soy tan importante.

Asiento, aunque no me pueda ver.

—Perfecto. Gracias por confiar en los servicios de nuestra funeraria —canturreo. Alguien se acerca al cristal que tengo enfrente y no puedo evitar fingir que acabo de cerrar un contrato. Cuelgo el teléfono después de oír el pitido que indica que Yoongi también ha finalizado la llamada. Alzo la cabeza, y casi sin darme cuenta, suspiro. Menos mal que nos separa un cristal. —¿Qué quieres?

—Nena —dice, para empezar con buen pie. Poco a poco esa palabra se ha ido añadiendo a la lista de palabras que odio y está a un paso de superar a *noona*—. ¿A qué hora sales de trabajar?

Dongyul se apoya en el mostrador creyéndose un gran *sex symbol*. Me giro para no tener que ver su cara y sus terribles gafas de sol de aviador, una moda más muerta que el pobre anciano de la mañana. Finjo buscar algo entre el papeleo.

—No lo sé —contesto.

—Los chicos —o sea, sus amigos de mierda— quieren que vengas a tomar unas cervezas con nosotros. Ven.

—Tengo que estudiar.

—Joder, siempre igual. ¿Qué más da? Si vas a terminar de enfermera... Como todas las tías.

Dongyul debería dar gracias al cristal que nos separa porque de no ser por él ya tendría un buen mordisco en el cuello. Resoplo.

—¿Podrías dejar de hacer comentarios de ese tipo? Tú eres un puto vago que va a terminar siendo alcohólico y no digo nada.

—Nena, nena, tranquila. Era solo una broma.

—Nuestra relación sí que es una broma —digo para mí misma, riéndome. Dongyul no me ha escuchado, pero de haberlo hecho se habría reído como yo por culpa de su cerebro microscópico.

—Ven a tomar unas cervezas con nosotros. Te vendrá bien, para quitarte el estrés y esas cosas. —Me guiña un ojo. Es repulsivo.

—Iré. Pero dile a tus padres que necesito un adelanto del sueldo; tengo que pagar la cuota de la universidad. —Como no parece reaccionar, pongo ojos de cachorrilla y hago un puchero—. Por favor.

—Sí, sí; lo que tú quieras, nena. —Asiente, probablemente absorto al imaginarse cosas que yo aborrezco. Gruñe como si fuera un puñetero tigre y se marcha con una sonrisilla divertida dibujada en los labios.

En cuanto Dongyul se va, me golpeo la cabeza contra la mesa. Es insoportable, y por si fuera poco, no puedo dejar de pensar en Yoongi.

Apenas son las doce de la noche y a los amigos de Dongyul ya les han echado de dos establecimientos. Son ruidosos, corpulentos, babosos y unos alcohólicos de narices.

Estoy a punto de irme, pero entramos en un bar nuevo. Hay bastante gente, el ambiente no está mal y me apetece una cerveza más, pero mi nivel de hastío va en aumento conforme él va riéndose en mi oído. Me agobia. Necesito aire. Mete la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón antes de que lo empuje, me levante y me dirija a la barra. Me parece excesivo. Además, se está pasando de la raya con sus comentarios. No soy su muñeca hinchable; aunque en la relación que llevamos pueda parecerlo, no soy su trofeo y mucho menos soy un objeto. No me gusta el contacto físico. Y cada vez menos por culpa del capullo de Dongyul.

Miro la hora en la pantalla de mi teléfono. Tengo un par de mensajes y automáticamente pienso que son de Yoongi. Deseo con toda mi alma que esos dos mensajes sean suyos. Tengo la esperanza ciega de volverlo a ver. En realidad, sé que no soy más que un cero a la izquierda para Yoongi y es muy poco probable que se haya molestado en escribirme un nuevo mensaje. A mí. A una estudiante que fracasa en todo con una pareja inútil y lasciva.

Me tranquilizo un poco cerca de la puerta abierta del local. Inspiro, espiro, me calmo. Vuelvo solo para recoger mi bolso y pirarme de ahí, pero me llama la atención la conversación que está teniendo Dongyul con sus amigos.

—Es un poco gilipollas —dice, mirando sus antebrazos tatuados y riéndose con un botellín de cerveza en la mano—, siempre está estudiando para nada. No llegará a ser nada. A mí me gustan más ilusas, ¿sabéis? Como más... mansas. Eso, eso —señala a uno de sus amigos, que le ha dicho la palabra que estaba buscando—, sumisas. Ella no es así. Me gusta que obedezcan, que me preparen la comida, que me hagan pajas... Joder, cada vez que le pido algo, me dice que no. ¿Quién se cree que es? A ver si se da cuenta de que...

Me acerco a Dongyul sigilosamente. Pongo las manos en sus hombros asquerosamente anchos, acerco mis labios a su oído hasta rozar su oreja, sonrío y le susurro:

—¿Estabas hablando de mí?

Se le hiela la sangre. Literalmente. Se vuelve pálido y se queda quieto como una columna de piedra.

—Así que te gustan sumisas, ¿eh? Pues a mí me gustan los tíos con algo más de inteligencia, más dinero y con mejores amigos que estos imbéciles de mierda —continúo, separándome de él. Cojo uno de los botellines de cerveza, abierto. No me lo pienso dos veces y le tiro la cerveza por

encima. El amigo que está a su lado se levanta porque algunas gotas han terminado en su camisa.

—¿Qué te pasa?!

—Que estoy harta de fingir que tengo orgasmos contigo —me encojo de hombros— y de tener que aguantar tus chistes machistas. Pásatelo bien en el infierno, cabrón. —Me despido con la mano de Dongyul, de sus amigos y de la chica, recupero mi bolso y me echo la chaqueta vaquera que llevaba sobre los hombros. Deshago mis pasos y vuelvo a dirigirme a ese idiota—. Y hemos roto. Espero que a ti y a tus amigos de pacotilla os quede claro. Que os jodan.

Salgo del bar con la cabeza bien alta. Aunque todos me miran mal, me siento como una estrella. Me siento genial, como si me hubieran quitado un peso de encima. No quiero volver a ver a Dongyul y solo de pensar que no tendré que ver su careto me siento eufórica. Doy saltitos y pataleo sobre mis tacones al pisar el asfalto de la calle, aunque casi pierdo el equilibrio.

Estoy soltera y en cuanto llegue a casa voy a ver una maratón de alguna serie nueva para celebrarlo.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, grito que ya no tengo novio y que voy a montar una fiesta, pero mi teléfono suena insistentemente. Respondo a la llamada de mala gana mientras me quito los zapatos de tacón y los lanzo contra una esquina. Es el señor Lee.

—Im —me dice. Nunca me ha llamado por mi apellido, así que supongo que es algo importante —, estás despedida.

Cambio de estado: soltera y sin trabajo.

Mi madre suspira tratando de mantener la calma, mi padre se limita a dejarse caer en el sofá y yo me quedo de pie observando la escena, la desesperación y decepción de sus rostros. Está claro que están replanteándose una y otra vez por qué enviaron a su hija a Italia. O simplemente por qué tuvieron una hija. Mi madre se jubiló antes de que yo llegara a Seúl y mi padre tiene el dinero suficiente para pagar una cuota más de la universidad. Este año la matrícula ha sido especialmente cara —porque soy un desastre como estudiante y hemos tenido que volver a matricularme de algunas asignaturas— y mis padres han tenido que sacrificar sus vacaciones en Nueva Zelanda. En resumidas cuentas, no sé cómo voy a salir de esta.

—Tranquilos —les digo con tono acaramelado—, conseguiré un trabajo esta misma semana. Además, lo importante es que sigo en la universidad.

—Ya, pero a este paso... —dice mi madre, igual de negativa que estos últimos años. Ella también se sienta en el sofá—, no conseguirás nada.

—¿A este paso? —Enarco una ceja, sarcástica—. Gracias por el apoyo, de verdad. Es justo lo que necesitaba.

—¿Y de qué trabajarás? —inquire mi padre.

—No van a querer a alguien que trabajaba en una funeraria como camarera —suelta mi madre.

Resoplo.

—No pienso trabajar en una puta cafetería, mamá.

—¡Esa boca!

—¡Recórcholis, no me acordaba de que no podía decir palabrotas con veintitrés años! —dejo de lado el tema de que mi madre sigue regañándome por cosas como esta y me siento en una silla de madera que Thai rompió una vez—. Buscaré trabajos de media jornada en alguna tienda. Ganaré lo suficiente para pagar el alquiler y las facturas, y...

—¿No deberías volver a vivir con nosotros? —insiste mi madre.

Lleva un par de días intentando que yo entre en razón, pero la simple idea de volver a vivir y a depender de mis padres me repele. Sé que mi madre echa de menos tener a su única hija en casa, pero yo no quiero volver hacia atrás. Llevo un tiempo viviendo por mí misma —o casi—, y aunque necesite algo de dinero porque he perdido el trabajo, no veo necesario tener que volver a dormir en mi vieja habitación. No de momento. Estoy segura de que conseguiré un trabajo pronto, aunque sea de dependienta en una tienda de ropa para niñas preadolescentes.

No digo nada sobre lo de volver a casa, así que mi padre toma la palabra de nuevo y pregunta:

—¿Y cómo has perdido el trabajo?

Me río con aire irónico.

—Rompí con el cabrón de Dongyul.

—No me gusta que digas palabrotas, pero es que ese chico sí era un cabrón... —murmura mi madre. Sus ojos oscuros se han iluminado al escuchar mis palabras. Mi madre se deja guiar por las apariencias, y desde que vio a Dongyul, lo tachó de inútil y capullo. No está nada equivocada, así que saber que he roto con él le ha causado una ilusión tremenda.

—Sus padres son los dueños de la funeraria, y como él es un mimado, lo primero que se le ha ocurrido para vengarse ha sido llamar a sus papis para que me despidan. —Al recordarlo, me entra un dolor de cabeza horroroso. Me froto los ojos por debajo de la montura de mis gafas y suspiro por enésima vez.

Ofrezco algo de té negro a mi madre y café a mi padre mientras hablan de encontrar alguna solución rápida a mi situación. Aunque les digo que me centraré en mis estudios, vuelven a golpearme con la realidad y me repiten una y otra vez que, si no encuentro trabajo y gano algo de dinero, va a ser imposible pagar la universidad. Así que guardo silencio mientras ellos discuten y me siento al lado del ventanal del apartamento, viendo cómo los coches pasan de largo en una carretera que se ve a lo lejos. Como si hubiera invocado al demonio con mis pensamientos, llaman al timbre.

Me levanto y grito un «¡voy yo!» para que Thai me oiga. Sé que no iba a salir de su retiro espiritual —su habitación llena de velas e incienso—; de todas formas iba a tener que enfrentarme al peligro yo sola. Cuando veo por la mirilla que se trata de Dongyul, me doy media vuelta. Pero llama a la puerta insistentemente, golpeándola con fuerza, y como temo que la rompa con su fuerza bruta, abro.

—¿Qué quie...?

Me empuja hacia un lado con su brazo tatuado y entra en el apartamento sin decir nada. Va derecho a la sala de estar. Yo me quedo al lado de una pequeña estantería, encarándole. Él es mucho más alto y corpulento que yo, pero no me impone nada. No me siento pequeña enfrente de Dongyul. Mis padres observan la escena sin mediar palabra.

—¿Vienes a por tus cosas? —pregunto. Señalo con desgana un ordenador portátil, el cargador, una camiseta blanca de tirantes y unas gafas de sol horribles y pasadas de moda. Están en una balda de la estantería.

—Sí. ¿Puedes quitarte de ahí?

Cojo el portátil y el resto de los objetos. Aprovecho que la ventana está justo detrás de mí, estiro el brazo y la abro. Sin pensármelo dos veces, lanzo todo al vacío. Dongyul corre hacia la ventana y se asoma, echando medio tronco hacia delante. El apartamento se encuentra en la tercera planta, pero es una altura considerable y seguramente no quedará nada del ordenador ni de las gafas. No tengo remordimientos ni cargo de conciencia. No me importa el valor de las cosas de Dongyul. Yo acabo de perder un sueldo mucho mayor que el precio de un ordenador portátil viejo y unas gafas compradas en una tienda india. Que se joda.

Dongyul aprieta los puños y hace ademán de darme un golpe, pero es incapaz de hacerlo. Mi padre está mirándolo y seguramente no quiera cargos policiales.

—¡Estás loca! —chilla.

Me limito a despedirme de él con la mano con aire juguetón. Se marcha corriendo, dejando la puerta principal abierta. Me acerco a cerrarla, canturreando, sin esconder una sonrisilla divertida, y cuando vuelvo a la sala de estar encuentro a mi madre con la cara entre las manos.

—Nunca va a conseguir un trabajo... —se lamenta.

Finjo no haber oído a mi madre. Y finjo que no me importa.

Llevo horas tumbada en la cama de Thai, mirando al techo, oliendo un incienso de coco muy desagradable y dejando que él rellene currículos por mí. Jiho está a su lado, dictándole cosas absurdas que debe poner. Durante días mi compañero de piso ha estado enviando mi currículum a empresas que pueden estar interesadas, que son más bien pocas. Ha empezado por las multinacionales, pero ha terminado enviándolo también a pequeñas tiendas de maquillaje. ¿Qué clase de multinacional va a querer contratar a una estudiante de medicina que repite su cuarto año de carrera y que tiene la experiencia laboral de un muerto?

Jiho se tumba a mi lado y Thai al otro en cuanto envía el último currículum de la mañana. Suspiro.

—Tranquila, *noon*...

Callo a Thai con un aplastante «chissst».

—No me llames así. Cada vez que lo oigo me da la sensación de que tengo treinta años más.

Nos quedamos en silencio, viendo cómo el humo de las trescientas varillas de incienso que ha encendido Thai en su habitación se desvanece en el aire. El sonido de mi teléfono sobresalta al tailandés, que sin pensárselo dos veces, se pone de pie en la cama, salta por encima de mí y de Jiho y sale corriendo a por mi móvil. Llega en menos de diez segundos con él en la mano. Espera que sea algún mensaje sobre una oferta de trabajo y me lo tiende dando saltitos.

—¿De quién es? ¿Qué es? ¿Tienes trabajo? —me pregunta antes de que conteste.

Veo que es un número desconocido y respondo con calma.

—¿Dígame?

—¿Im Aerin? —Escucho una voz femenina madura, calmada—. Buenos días. Verá, recibimos su currículum ayer y necesitamos cubrir una baja de maternidad urgentemente. Hemos visto que ha estudiado moda en Italia, y bueno, nos interesa su perfil. Pero necesito que responda a unas cuantas preguntas —Ríe suavemente—. Digamos que es una entrevista exprés. Hay que cubrir el puesto cuanto antes. ¿Le va bien contestarlas ahora mismo?

—Claro.

La mujer adopta un tono mucho más serio.

—¿Tiene disponibilidad para viajar? ¿Incluso a otros países?

—Sí —respondo. Ni siquiera sé si es cierto, he contestado tan rápido que apenas me he dado cuenta de lo que he dicho.

—Bien. ¿Y qué hay de los horarios? He visto que aún está en la universidad. Supongo que dedicará la mayor parte de su tiempo a estudiar...

—No hay ningún problema con los estudios. Puedo convalidar algunas clases. —Esta vez sí que miento a conciencia.

—Perfecto. Pues entonces si le parece bien, la vemos mañana en Nonhyeon il-dong a las nueve de la mañana. Enviaremos el resto de la información a su correo electrónico.

La mujer está dándome tanta información de golpe que soy incapaz de añadir nada más. Ni siquiera sé con quién estoy hablando. No sé si se trata de una broma pesada, si es un trabajo de verdad o si estoy soñando. Cuelga. Al rato, me llega un nuevo correo a mi bandeja de entrada.

Lo leo junto a Thai y Jiho, que ahoga un grito y me agarra de los hombros con fuerza, clavándome sus uñas.

—¡Conozco bien esa calle! ¡Aerin, ya sé de qué es el trabajo! —exclama, más emocionada que yo. Supongo que tiene que ver con algo de sus *idols*. Solo se emociona cuando habla de sus

amores platónicos.

Releo el correo: se trata de una empresa pequeña, buscan a alguien que pueda cubrir un puesto de estilista, maquilladora y peluquera. Se requiere buena predisposición para trabajar en equipo y bastante disponibilidad. Los horarios son infernales. Desde las seis y media de la mañana, e incluso antes, hasta pasada la medianoche. No, no es un trabajo de media jornada. Pero el sueldo no está nada mal.

Decido indagar un poco en internet.

Y lo primero que aparece en pantalla al introducir la dirección del correo es una foto de uno de los grupos de *idols* de los que Jiho es fan.

Y una foto de Yoongi, pero le resto importancia.

—¡Vas a trabajar para CUT, Aerin! ¡Es como un sueño! ¡Me va a dar un ataque! —repite Jiho, brincando como una loca por toda la casa y muriéndose de envidia.

Niego con la cabeza.

—Esto debe de ser un timo.

Cierro mi portátil de golpe y me levanto. CUT: Soohwan, el mayor; Namjoon, el líder; Hojun, el talentoso bailarín; Haerin, el que roba los corazones de cualquier chica o chico con su voz acaramelada; Insoo, quien además de cantar hace sus pinitos como actor; Seungchol, el más joven; y Yoongi. Siete chicos que son conocidos en el mundo entero y que, casualmente, trabajan en una agencia que necesita cubrir una baja. Creo que necesito un poco de aire fresco. Es demasiada coincidencia que vaya a trabajar para un grupo tan... importante.

Le he robado una blusa blanca a mi prima para que no parezca que estoy buscando un puesto en una funeraria nueva. Quizá me he vestido demasiado formal para una entrevista de trabajo. Jiho me acompaña. De no ser por ella, habría llegado aquí demasiado tarde. Aún falta media hora para la entrevista. Jiho decide entrar en la agencia, pero la detengo. Es bastante evidente que haría cualquier locura por estar junto a sus *idols*, y no quiero que mi prima pequeña tenga cargos policiales con solo diecisiete años. Si quiere acabar en una cárcel, que lo haga cuando tenga cuarenta y un largo historial policial.

—¿No deberías ir al instituto? —le pregunto.

—Sí. O sea, no. Me encuentro mal... —dice.

—¿Otra vez la ansiedad? —inquiero yo con sarcasmo al tiempo que pongo los ojos en blanco. Jiho siempre finge tener náuseas y mareos antes de ponerse el uniforme para ir al instituto. Suelo hacer la vista gorda, pero últimamente me saca de quicio. Sé lo que se siente cuando se padece ansiedad y me fastidia que ella solo lo esté fingiendo para no ir a clase. Además, soy estudiante de medicina. Tengo ojo clínico. Jiho no puede mentirme en estos temas. Suspiro—. No me gusta que juegues con esto.

—Ay, no te pongas en modo madre ahora. —Hace un gesto vago con la mano.

—Thai es el que debería acompañarme —mascullo—. Ve al instituto, ¿entendido? No quiero que tu madre me eche la culpa de tus faltas de asistencia.

—Pero...

—Anda, vete ya al instituto. —Sonrío con algo de dulzura y me despido de ella con la mano—. Te veré más tarde.

—¡Llámame si te dan el trabajo y consígueme un autógrafo! ¡Por favor! ¡Dile a...!

—Vale, vale. —Empujo a Jiho hacia la esquina de la calle—. Hasta luego.

Me quedo un poco más tranquila cuando finalmente pierdo a mi prima de vista. En el fondo, aunque no lo demuestre, quiero que le vaya bien en la vida, pero para eso necesita estudiar más. Jiho se parece mucho a mí cuando yo tenía diecisiete años, pero es una versión algo más guapa, popular y despreocupada. No quiero parecer su madre... pero no puedo evitarlo.

Reviso una vez más mi conjunto. Falda negra, camisa blanca, mocasines italianos y gafas para parecer un poco más interesante. He elegido el único bolso de color que tengo, para dar la sensación de que soy una mujer con estilo, no una sosa que siempre viste de negro o con vaqueros idénticos para ir a la facultad. He decidido hacerme una trenza bastante elaborada para que crean que soy una buena peluquera. Si mi entrevistador se entera de que llevo años sin peinarme por las

mañanas, ya puedo ir despidiéndome del trabajo.

Entro en el edificio. Es bastante pequeño. No debe de tener más de tres plantas, incluyendo un sótano. Busco con la mirada algo que me indique que no estoy en la boca del lobo. No hay nadie más y a mi cabeza solo se le ocurre crear imágenes en las que estoy descuartizada. Genial.

—¿Viene para cubrir la baja? —Una voz femenina me saca de mis pensamientos gores. Me giro y me topo con una mujer bajita, de aspecto afable, melena corta y flequillo. Su estilo es completamente distinto al mío; más relajado, incluso juvenil, a pesar de que ella sea mayor que yo. Asiento a modo de respuesta—. Puede esperar ahí. —Señala tres sillas dispuestas en fila frente a dos puertas de lo que parecen ser oficinas.

Me siento sin rechistar. Estoy algo nerviosa. Supongo que es por el mero hecho de tener mi primera entrevista de trabajo. En la funeraria me contrataron únicamente por ser la «novia» de Dongyul y ni siquiera me preguntaron si me importaba ir de negro todos los puñeteros días. Miro hacia el extremo del pasillo al escuchar varias voces femeninas hablando a la vez. Dos segundos más tarde, las otras sillas están ocupadas por dos chicas maquilladas como dos muñequitas de porcelana. No hago comentarios hasta que una de las chicas se dirige a mí.

—Hola, ¿vienes por la entrevista?

—Sí —contesto, con frialdad.

—¿Quién es tu *bias*?

Frunzo el entrecejo, desconcertada.

—Lo siento, no hablo muy bien el coreano... —suelto, para zanjar la conversación.

Fijo mi mirada en las dos puertas que tengo enfrente. Poco a poco, el pasillo se va llenando de gente. Dos hombres de seguridad se han plantado en la puerta principal y solo dejan entrar a algunas personas. La mayoría somos chicas, aunque hay un par de chicos jóvenes que también deben de estar aquí por el trabajo. Creo que soy la más sobria de todos, pero me da igual. Veo que es un trabajo bastante solicitado. Teniendo en cuenta que es un puesto para trabajar de estilista en una agencia con un grupo ultrapopular aquí y fuera del país, el noventa por ciento de todos los aspirantes solo son fans. Pero quién sabe si alguna de ellas me robará el puesto.

A las nueve y quince minutos de la mañana otra mujer aparece por una de las dos puertas cerradas. Tiene una carpeta en la mano con un listado bastante largo. Empieza a llamar a los presentes por el apellido, en orden alfabético. No se detienen ni cinco minutos en entrevistar a algunas personas. Las echan al pasillo con el típico «ya te llamaremos», y les dicen con toda la amabilidad del mundo que abandonen el edificio. Son seguramente *sasaengs* frustradas por no conseguir el trabajo de sus sueños. Supongo que juego con algo de ventaja.

—Im Aerin. Adelante. —Me levanto al oír mi nombre y me dirijo hacia la puerta abierta, sintiendo la mirada de varias de las chicas clavada en mi nuca. Entro en lo que parece ser un despacho. Hay un hombre y dos mujeres tras un larguísimo escritorio de conglomerado. Imponen bastante, pero aun así les regalo una leve sonrisa y les saludo con una reverencia antes de sentarme enfrente de ellos—. Hablamos con usted ayer, por teléfono. Cuéntenos algo sobre sí misma. ¿Cómo se describiría?

No bajo la vista al suelo y mantengo la mirada. Suelto una risilla sarcástica al escuchar la pregunta; sin duda, empiezan fuerte. No tengo ni la menor idea de lo que quieren escuchar, así que no sé muy bien qué responder. No veo la necesidad de mentir —de momento—. Digo lo primero que se me pasa por la mente:

—Me gusta arriesgar —contesto—. De lo contrario, no estaría aquí.

Las dos mujeres se miran entre ellas. La que me ha hecho la pregunta, que está sentada en el

centro y es la única que habla, continúa:

—Ayer dijo que no tenía ningún problema con los horarios, pero aquí pone que estudia medicina... ¿Le parece buena idea dejar los estudios universitarios por este trabajo?

—Por eso he dicho que me gusta arriesgar. Hay tiempo para hacer muchas cosas, y hasta para hacerlas bien.

—Supongo que la positividad es uno de sus puntos fuertes. ¿Cuáles son sus virtudes?

Otra pregunta difícil. Una de mis virtudes es mentir bien, pero no voy a soltar eso en una entrevista de trabajo. Me tengo que pensar la respuesta más de dos veces.

—Sé lo que quiere ver y escuchar la gente, y también aprendo rápido.

—En su currículo afirma que tiene mucha experiencia con el maquillaje profesional...

—Sí. He trabajado en muchas sesiones de fotografía. La gente se quedaba muerta con mis *looks*.

—También afirma que trabajó en un atelier italiano. Cuéntenos un poco más sobre su experiencia académica.

—Descubrí que los estudios musicales no eran lo mío y que lo que realmente me atraía era la moda.

—¿Estudiaba música? —inquire el hombre. Yo asiento y él, al instante, parece mucho más interesado—. Mmm... ¿Canta?

—En la ducha —contesto, sin procesarlo. Luego agito las manos y la cabeza—. ¡No, no! Lo hago muy mal. —Me río, nerviosa.

—¿Y baila?

—Tampoco.

¿Qué tiene que ver todo esto con optar a un puesto de trabajo de estilista? No lo acabo de entender. ¿Acaso piensan que yo puedo ser otra de sus *trainees*?

—Es cuestión de tiempo, no hay de qué preocuparse.

—La baja —recuerda la mujer de gafas que me está entrevistando—. Hay que cubrir la baja.

—Ah, sí. Entonces... ¿Está dispuesta a sacrificar horas de estudio por el trabajo?

—No voy a poder estudiar si no gano dinero —me sincero.

—Hablemos de la disponibilidad para viajar. No tiene inconveniente en viajar a otros países, ¿verdad?

—¡Para nada! Me encantaría poder viajar. Aunque sea a la ciudad de al lado.

—¿Quién es su *bias*?

Repiten la pregunta de repente. Trago saliva instintivamente, paseo la mirada por la sala e intento buscar una respuesta adecuada a lo que seguramente es una pregunta trampa. No sé de qué me están hablando. Estoy fuera de juego.

—Eh... ¿Puedo pasar a la siguiente pregunta?

—Bienvenida a K.K Entertainment. —El hombre me tiende su mano y se la estrecho, aún algo confusa.

La mujer sentada en la esquina repite el gesto, sin mediar palabra. No ha abierto la boca en los diez minutos que ha durado la entrevista. Aprieto su mano y procedo a hacer lo mismo con la mujer del centro, pero esta me da un papel. Parece un contrato. Me señala dónde tengo que firmar, pero antes de hacerlo cojo el papel y me alejo un poco para leerlo. No soy tan tonta como para ignorar la letra pequeña de un contrato. Lo leo con cuidado un par de veces. No tengo vacaciones estipuladas, mi jornada de trabajo comienza a las seis y media, hora a la que abre la agencia, recibiré un sueldo más bien mediocre y tengo terminantemente prohibido filtrar información o fotos sin permiso. La única objeción es el tiempo, pero esta es la única oferta de trabajo que he

recibido con un sueldo que me permita costearme la universidad. Quiero ser médico, aunque antes tenga que pasar por estilista. Frunzo los labios, me acerco a la mesa y firmo el contrato.

—Enhorabuena, Im. Ahora es parte de la familia. —La mujer me sonrío durante unas milésimas de segundo. Luego vuelve a adoptar su expresión seria y solemne—. Le daremos una identificación para entrar en el edificio. Asegúrese de llevarla siempre encima. Le enviaremos un horario a su correo electrónico, para que vaya haciéndose una idea. Empieza pasado mañana, si no tiene inconveniente.

—No, perfecto.

—Y suerte con sus estudios.

—Gracias... Supongo.

Me levanto del asiento y me inclino ligeramente, a modo de agradecimiento y despedida. Tengo nuevo trabajo. Y va a ser agotador.

La entrevistadora me pisa los talones, y antes de que salga por la puerta, me pone una mano en el hombro. Me detiene y me pide que espere un momento dentro del despacho. Ella sale al pasillo, y con voz firme, anuncia:

—Las entrevistas han terminado por hoy. Mañana continuaremos. Podéis abandonar la sala, gracias. —La mujer se dirige a mí—. Por cierto, soy Shoo, encargada de personal. Si me espera un momento, le enseñaré la agencia.

Asiento. Las personas que esperaban su turno para ser entrevistadas se van una a una, y cuando no queda nadie, la tal Shoo toma la delantera y me pide que la siga. Obedezco, obviamente. Paseamos por una sala llena de escritorios y ordenadores. Una oficina pequeña, sin más. Hay varias salas de reuniones en los extremos, pero están todas apagadas y vacías.

—Es una agencia pequeña. Somos como una familia —empieza a decir—, solo tenemos dos plantas, un sótano y una terraza. Planeamos mudarnos pronto a un edificio mayor, pero estamos muy ocupados últimamente. CUT nos mantiene entretenidos. Los conoce, ¿no?

—Un poquito. Admito que no soy una gran fan.

—Intentamos que las *saeseng* no se acerquen a ellos. Siempre son las primeras en enterarse de las ofertas de trabajo y no podemos arriesgarnos a que suceda algo grave. Por aquí. —Me señala un ascensor de puertas metalizadas y me deja pasar. Pulsa el botón de la segunda planta—. Los estudios están arriba. No suelo venir mucho por aquí, la verdad. El acceso está un poco restringido, pero siéntase libre. Con tal de que no moleste, perfecto.

Recorremos un pasillo oscuro en el que hay varias puertas muy seguidas; son despachos que pueden utilizarse de estudios. Al final, detrás de una puerta más ancha, se encuentra un estudio de grabación de mayor tamaño, con una sala insonorizada, el típico cristal que separa las dos estancias y la enorme mesa de mezclas. Volvemos al ascensor, esta vez para bajar al sótano. Hay dos salas de ensayo: una que he visto en algún que otro vídeo y otra algo más grande con un montón de espejos. También hay un estudio fotográfico y un par de camerinos. Al ver la cantidad de maquillaje profesional dispuesto sobre una mesa me entran ganas de llorar de alegría.

—A veces preparamos a nuestros artistas aquí. Otras veces trasladamos todo esto a otros estudios. Sus compañeras ya se lo explicarán con más detenimiento. Bueno, la visita acaba aquí. —Shoo se encoge de hombros y sonrío con algo de vergüenza—. Ya le he dicho que era una agencia pequeña... ¿Cree que sabrá volver sola a la planta baja?

—Tengo mis dudas; mi sentido de la orientación es pésimo.

Parece que ha pillado la broma.

—Voy a conseguirle una tarjeta de identificación. No se pierda, ¿eh? La espero arriba.

Asiento y veo cómo se marcha. Decido que voy a familiarizarme un poco con el lugar, sobre todo con el maquillaje. Paseo por los dos camerinos, curiosa, mirando cada brocha de maquillaje y cada sombra de ojos que encuentro. No hay una gran variedad de colores, casi todos son tonos neutros. Tampoco hay muchos pintalabios ni toneladas de purpurina como me esperaba de una agencia de *idols*.

La puerta del camerino, la cual había dejado entreabierta, golpea contra la pared. Me giro, sobresaltada.

—*Hyung*, juro que no encuentro mi...

Es un chico de pelo castaño, alto, integrante de CUT. He visto su cara en algún anuncio. Jiho me estuvo explicando quién era cada uno de los miembros del grupo, pero no recuerdo su nombre... Él me mira con los ojos muy abiertos, desconcertado, y luego retrocede un par de pasos. Yo me quedo quieta, helada. Aunque no lleva maquillaje, el chico parece salido de un maldito concurso de modelos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta alguien. Es otra voz distinta. Suena algo robótica, pero es dulce. Aparece otro chico de pelo castaño y yo estoy a punto de sufrir un paro cardíaco. Entiendo la fiebre de Jiho por querer rozar los labios de este chico, un poco más alto que el anterior. Son tan perfectos... Intento hacer memoria para recordar su nombre, pero sin resultado.

—Trabajo aquí.

Entorna los ojos, suspicaz.

—Ya... ¿Tienes identificación?

—N...no, no todavía... —Señalo hacia el techo—. Shoo ha ido a por ella. Pero yo ya me iba de aquí, no os preocupéis... ¿Me dejáis... pasar?

—Ah. —El chico alto suspira con alivio y se dirige a su compañero, que identifico como el *maknae* del grupo. Es el más pequeño de los siete—. Debe de ser la nueva maquilladora.

Una cabeza de cabello negro azabache se asoma por la puerta. No presta atención a dónde mira, va pendiente de la pantalla de su teléfono. Un cubrebocas negro tapa la mitad de su rostro, pero el tipo se lo quita al chocar con la espalda ancha del chico más alto.

—¿Qué...?

—Hola. —Saludo con la mano.

—Hol... —Yoongi enarca las cejas. Parece confuso. Cruza una mirada rápida con sus compañeros, me señala con el índice, incrédulo, y abre la boca despacio para decir algo—. ¿Trabajas aquí?

—Acaban de contratarme.

—¿Por qué le hablas como si la conocieras? —ríe el alto, el de labios carnosos, vestido con una sudadera de un bonito color rosa pálido.

De repente, el chico de pelo castaño se abre paso empujando al de rosa y se mete en el camerino a la velocidad de un rayo. Pasa por mi lado y alarga el brazo, intentando no tocarme. Alcanza un teléfono móvil de ultimísima generación y vuelve a irse a la misma velocidad. Sigo sin entender nada.

—Los nuevos se encargan de comprar café para el resto —sentencia Yoongi antes de marcharse por el pasillo semioscuro.

—No le hagas caso... —El único chico que queda trata de que me olvide del asunto.

—¡Un americano con hielo! —oigo que grita Yoongi y pongo los ojos en blanco.

—Está bien. Le debo un café. —Sonrío, me olvido de que estoy hablando con otra estrella de la música y salgo del camerino, pasando del chico de la sudadera rosa.

Maldigo en voz baja cuando ya estoy pagando los cafés en la cola de un Starbucks cercano.
Debería haberme presentado... ¿no?

No sé cuántos cafés llevo en las bolsas de papel que me han dado en Starbucks; he preferido no llevar la cuenta. Me he gastado un montón de dinero, pero supongo que a final de mes recibiré un sueldo que lo cubrirá todo. Además, todavía puedo vender el autógrafo del famoso Min Yoongi.

La agencia está rodeada de cafeterías y fans que pretenden ser simples transeúntes. Supongo que todas estas cafeterías se mantienen abiertas por dos motivos. El primero es por todas las fans de los alrededores, que necesitan energía después de horas y horas de espera, y el segundo es por la agencia. Pensándolo bien, podría haber abierto una cafetería por aquí y hacerme rica vendiendo litros de caféina.

Entro en la agencia empujando la puerta de cristal con la cadera. En cuanto pongo un pie en ella, un hombre se acerca para saber qué quiero. Durante un momento soy presa del pánico, pero la jefa de personal llega para salvarme. Shoo sujeta una tarjeta con una correa colgando en alto y me la tiende mientras el tipo vuelve a sentarse en una silla giratoria detrás de una especie de mostrador. Echo un vistazo a los pequeños escritorios donde trabajan varias personas, tecleando y mirando papeles como si la vida les fuera en ello. No sé cuál será su cometido aquí, pero supongo que su trabajo como oficinistas debe de ser algo tedioso y aburrido. Vuelvo a prestar atención a Shoo y tomo la tarjeta que me tiende. La cojo y me la cuelgo del cuello utilizando la correa negra que lleva. Shoo también lleva una.

—Tu identificación, para que sepan que no eres una intrusa. —Se ríe, aunque noto algo de amargura en su risilla—. La agencia cierra a las seis y media de la tarde, así que, si algún día tienes que entrar, utiliza la tarjeta en la cerradura. Vaya, ¿qué has traído? —Señala las bolsas.

«Son de Starbucks, está claro que son ladrillos.» Me abstengo de hacer comentarios sarcásticos y me limito a sonreír con timidez.

—Café para todos... Y algún té, por si hay alguien que aborrece el café por la mañana.

—¡Qué amable! —Shoo echa un vistazo a una de las bolsas y llama a sus compañeros para que vayan eligiendo los vasos de café o té.

Durante unos minutos, me siento algo abrumada entre tanta gente que se presenta. Intento recordar nombres y caras. Ahora solo tengo memoria para enfermedades y sus curas correspondientes. A veces ni me acuerdo de lo que he desayunado... Fingiendo una sonrisa y ser la mujer más feliz del mundo por gastarme una millonada en café, estrecho la mano de los que supongo que serán mis compañeros. Menos mal que aquí no parece haber rivalidad entre unos y otros; parece que es cierto eso de que son como una familia, de que trabajan en un gran equipo. Al rato, los cafés están a punto de acabarse. No sé de dónde ha aparecido tanta gente, si en teoría «es

una agencia pequeña».

Me giro justo cuando un chico de pelo castaño claro está hurgando en la bolsa junto al más joven. Los dos alzan la cabeza como dos ardillitas asustadas cuando se dan cuenta de que los estoy observando. Uno de ellos, el que no he visto antes, se lleva el vaso de café a los labios y mira hacia otro lado como si nada. Le tiendo la mano al pequeño, Seung-como-se-llame. Él, algo reticente, la acaba estrechando.

—¿Eres la nueva *noona* de los cafés?

Enarcó las cejas.

—¿*Noona*? —Estoy a punto de quitarme un mocasín y lanzárselo, pero es un chico mucho más famoso y querido que yo, y no puedo jugarle mi puesto de trabajo. Sería un nuevo récord. ¡Contratada y despedida en el mismo día!—. No, no, no. Soy la nueva estilista, Im Aerin —me presento.

El chico del café me tiende la mano. No deja que Seung-sigo-sin-saber-su-nombre hable, así que supongo que tendré que averiguar cómo se llama buscándolo en Naver. No puedo preguntárselo directamente porque parecería la trabajadora más desinformada del mundo entero. Me tiende la mano que tiene libre mientras yo me fijo en lo brillante que es su pelo.

—Soy Insoo —dice, mostrándome una sonrisa rectangular algo tímida. A pesar de su juventud, su voz es la más grave del grupo.

—Encantada. —Es lo que se suele decir en estas situaciones, pero no sé qué más añadir. Sigo ahorrándome los comentarios sarcásticos... por si acaso—. De todas formas, ya conocía vuestros nombres —suelto, sonando convincente—. Sois superfamosos.

—Suelen decírnoslo —oigo una voz familiar a mi espalda—. ¿Vaso mediano?

Me vuelvo para ver a Yoongi. Se halla relativamente cerca y he de decir que no ha cambiado demasiado. No lleva mascarilla ni gafas de sol ni una gorra que ensombrezca su rostro ni maquillaje. Sigue teniendo esa aura de famoso, de estrella, muy diferente del aspecto de chico enclenque de su último año de instituto. Seguramente ha ganado algo de peso también. Creo que la patas de pollo ahora soy yo.

Yoongi me tiende su mano también mientras sorbe con apatía el café. Al principio dudo. ¿Se supone que tenemos que presentarnos como si no nos conociéramos? Hago una mueca, pero después sonrío.

—Yoongi.

—Im Aerin.

—Me suena un montón tu cara... —Entorna los ojos, fingiendo estar extrañado. Yo me encojo de hombros, como diciendo: «No tengo ni idea»—. Y el café debería ser largo.

—El tamaño no lo es todo —suelto.

Él asiente, escondiendo una sonrisilla. Me señala disimuladamente para que el resto de sus compañeros me saluden.

—La estilista.

—¿Pero os conocéis?! —insiste el más alto, Soohwan. Busqué su nombre cuando estaba en la cola de Starbucks porque no aguantaba más. Necesitaba saberlo o iba a explotar. Hacemos una leve reverencia a la vez y yo le tiendo la mano con aire respetuoso.

—No, qué va —respondo yo—. Soy Im Aerin.

—Seguro que ya sabes mi nombre, pero soy Soohwan, o Hwan, como quieras. —Me sonrío. Parece tan feliz... Como si no tuviera por delante horas y horas de ensayo y de trabajo. Yo soy incapaz de mantenerme impasible y no devolverle la sonrisa.

Veo una mano pequeñita a mi derecha. Sigue siendo más masculina que la mía, y sin saber de quién es, la estrecho, porque soy incapaz de retirar la mirada de Soohwan. No creo en Dios, pero ahora estoy segura de que los ángeles existen. ¡Qué hombre! ¡Y sin maquillaje ni Photoshop! Al final, dirijo mi mirada al dueño de la mano. Es un chico de mi altura, más o menos, y tiene el pelo grisáceo.

—Aerin —me presento, por enésima vez.

—Aerin —repite, con una voz suave y angelical. Si Jiho estuviera aquí, tendría que hacerle una reanimación cardiopulmonar—. Yo soy Park Haein. Creo que ya lo sabías, pero...

Asiento, hipnotizada. He perdido la cuenta de las personas que he saludado, la noción del tiempo y hasta la percepción de mi propio cuerpo. Me tranquilizo a mí misma diciéndome internamente que ni siquiera soy fan del grupo, que soy una simple trabajadora y que tengo que ser profesional.

Mantengo mi expresión neutra y serena y me acerco a los dos chicos que quedan, uno alto, cuyo rostro me resulta familiar, y otro con el pelo recién teñido de un vibrante color naranja.

Es como la sexagésimo cuarta vez que hago una reverencia. Pero no me presento, porque el chico de cara sorprendentemente familiar, como si lo hubiera visto antes en persona, extiende su mano y espera a que yo la estreche.

—Im Aerin, ¿no? —Asiento, sorprendida—. Escuché tu nombre antes —se explica—. Soy R-Namjoon.

Sí, recuerdo su nombre artístico —gracias a la magia de internet— y creo que él mismo se ha dado cuenta de que presentarse así es un poco absurdo, así que ha utilizado su nombre de pila. Sonríe. Todo el mundo aquí parece simpático. Y está vivo, lo cual puede ser una ventaja... o no. Creo que puedo acostumbrarme a esto.

—Ya has escuchado mi nombre, pero da igual. Soy Aerin. —Me dirijo al último chico, el de pelo naranja, y estrecho su mano—. ¿Hojun?

Él se ríe.

—Sí. Jung Hojun, señorita estilista. ¡Encantado!

Me doy cuenta de lo alegre que es mientras charlamos un poco sobre la agencia. Sonríe, contagiada por él, y escucho una voz que brama algo. Una orden, seguramente. Pasados un par de segundos, la mayoría de la gente vuelve a darme las gracias y se dispersa, comentando en voz baja lo bien que les ha sentado un café. Los chicos también desaparecen, menos uno de ellos.

—¿Te han contratado hoy? —me pregunta Namjoon.

—Sí. Todo ha sido muy rápido —río.

—Hace tiempo que no buscaban estilistas —comenta—. La *noona* anterior estaba embarazada y ha tenido que dejarlo.

—¿Embarazada? Solo espero que no hayáis sido uno de vosotros... —digo, más bien para mí misma, agachando la cabeza y mirando al suelo con los ojos muy abiertos. Después, miro de reojo a Namjoon. Es bastante alto—. ¿No tienes que irte, como los demás?

—Ah, sí, pero solo quería romper un poco el hielo. Al principio todo es muy frío.

—Es de agradecer. Pensé que todos ibais a ser los típicos famositos con el ego subido por las nubes, pero sois simpáticos —me sincero.

—Eso... también es de agradecer. —Se lleva la mano a la cara y se ríe algo avergonzado. Me doy cuenta de que se le forman unos hoyuelos—. En fin, nos vemos, *noona*.

—*Noon*... —Suspiro con hastío, harta de que me llamen así. Me hace sentir vieja y extraña al mismo tiempo, como si no fuera de este puñetero país. Namjoon ya se está yendo pasillo abajo,

así que no me da tiempo a decirle lo mucho que odio que me llamen *noona*. Dejo que se marche. Tiene cosas que hacer.

Como no empiezo a trabajar hasta dentro de un par de días, recojo las bolsas de papel vacías y las arrugo para tirarlas a una papelera. Me despido de algunos de los empleados y me dispongo a salir del edificio después de mi presentación improvisada. Quería hablar con Yoongi, pero ha desaparecido del mapa. Además, tengo clase por la tarde. Creo que no voy a tener mucho tiempo para estudiar ahora que mi horario de trabajo es infernal; prefiero aprovechar lo que queda de mañana y el resto de la tarde. Agarro la cadena de mi bolso, dispuesta a irme.

—¿Te importaría tirar esto fuera? —me pide alguien. Sé que es Yoongi; reconozco su voz. Observo que me tiende el vaso de plástico. Como no lo cojo, lo agita, y finalmente se lo quito de las manos—. Qué formal —dice, refiriéndose a mi conjunto—, echo de menos el rosa.

Me miro de arriba abajo.

—Sí, bueno. Y tú estás muy... —Observo a Yoongi. La única palabra que se me ocurre para describirlo resulta ser «fúnebre»—, muy tú.

—Ya. —Mira hacia otro lado. Debe de saber que nos observan. Coge aire por la boca, como solía hacer cuando era más joven, y se cruza de brazos antes de continuar—. ¿Cómo has acabado aquí?

—La vida... Por casualidad, esto no será cosa tuya, ¿no? —No sé por qué me ha venido a la cabeza esta idea. Puede que haya conseguido el puesto gracias a Yoongi. Quizá él ha visto mi currículum con mi foto y les ha dicho a sus jefes —si es que tiene— que yo era la elegida para este trabajo. No sería la primera vez que me contratan por enchufe.

Él niega con la cabeza.

—No. Nosotros no tenemos nada que ver con la gente que contrata la agencia —dice. Hago una mueca. Se despide con un gesto muy vago, apático, como si ni siquiera quisiera hablar conmigo—. Hasta mañana.

—Ad-Hey, ¿prefieres que te llame de otra forma? ¿Más... profesional?

Gira la cabeza, pero no el cuerpo. El lenguaje corporal dice mucho, o eso me repetía siempre el modista italiano con el que trabajaba, y el lenguaje corporal de Yoongi me dice que no está nada interesado en mí. Mira al techo un par de segundos, pensándose la respuesta.

—Yoongi está bien.

Sonrío.

—Perfecto. ¡Nos vemos!

Me despido con una sonrisa radiante. En cuanto bajo los escalones del edificio, deshago la trenza que llevaba y despeino mi melena para sentirme algo más cómoda. Inspiro con fuerza y salgo de allí con malas sensaciones, con mal sabor de boca.

Todo parece amargo. Sé que yo he cambiado, y Yoongi también, pero creía que iba a ser distinto. «Qué ilusa. Han pasado cinco años, nada puede seguir igual. Él se ha dejado la vida para lograr tener un estatus completamente diferente al tuyo, y tú te marchaste.» No sé si debería sentirme culpable, si debería odiar a Yoongi por ser tan frío conmigo o si simplemente debo odiar al tiempo por hacernos cambiar a los dos.

Noto que alguien me agita, moviéndome de un lado a otro. Murmuro un «vete» que termina siendo poco más que un ronroneo, y como no me muevo de la cama, sea quien sea la persona que está intentando que me levante opta por tirar de las sábanas. Me encojo sobre mí misma, acurrucándome en posición fetal.

—Vas a llegar tarde al trabajo —me dice.

—Llama y di que estoy muerta —respondo yo, frotándome los ojos.

Oigo un gruñido. Al rato, me obligo a abrir los ojos porque temo que mi prima me lance un vaso de agua congelada en la cara. Me arrepiento de haberle enseñado ese truco. Jiho ya está con un vaso en la mano cuando logro incorporarme. Le hago una seña para que me deje sola en la habitación. Se marcha diciendo algo en voz baja, suspirando, seguramente algo en la línea de «ay, ojalá me muera ya» o «mi vida es un asco comparada con la tuya». Si la pequeña Jiho supiera que ahora mi vida es un completo estrés, no me envidiaría en absoluto. Es mi segundo día levantándome a las seis de la mañana para ir a la agencia y ser la chica de los cafés.

Me arrastro fuera de la cama, pasando por encima de mis apuntes y esquivando algo de ropa que dejé en el suelo. Me he vuelto un completo desastre; no sé cuándo seré capaz de ordenar este basurero. Salgo de mi habitación, voy a la cocina y me tomé el café rápido de siempre. Jiho no tiene que ir al instituto hasta dentro de una hora —o más—, pero aun así aparece por la puerta.

—Ojalá me muera de una vez... —decimos al unísono, ella cabizbaja como todas las puñeteras mañanas y yo imitándola. No tengo ni el tiempo ni las ganas de empezar con la charla motivadora que le doy de vez en cuando, así que me limito a hacerle burla a mi prima hasta que ella se da cuenta

—Deja de decir esas gilipolleces.

Jiho bufá.

—Hoy... —empieza a decir, con su carita de niña buena, de «porfa, porfa, porfa». También se lo enseñé yo. Creo que soy una mala influencia.

—No —corto a Jiho antes de que me pida cualquier cosa. El reloj de la cocina ya marca las seis y cinco, así que me levanto y llevo la taza de café al lavavajillas—. Te he dicho que no firman autógrafos y que no puedo hacer fotos. Es mi trabajo. Es como si un cirujano te enviara fotos de los intestinos de su paciente.

Parece que lo ha entendido. Me despido de Jiho como todas las mañanas, despeinando su melena larga y castaña cariñosamente, le digo que me deje un mensaje si necesita algo y corro de vuelta a mi habitación para abrir mi armario y vestirme con lo primero que roza la yema de mis

dedos. Supongo que todo lo que necesito está ya en mi bolso, así que alargo el brazo para alcanzarlo sin tener que acercarme al perchero donde está colgado y corro hacia la puerta. Allí elijo mis zapatos. Tengo una especie de dilema, una cuestión que me deja plantada en la entrada del apartamento. ¿Sandalias? ¿Adidas? ¿Mocasines? ¿Esos zapatos de tacón incómodos que no me dejan vivir pero que son divinos? Al final me decido por las primeras. Me calzo, salgo de la casa y pulso con insistencia el botón del ascensor. Tengo quince minutos para llegar puntual a la agencia. Quince minutos en los que tengo que llegar a la estación de metro, subirme a la línea que me lleve a Gangnam y maquillarme. Suelo salir de casa con la cara lavada y el pelo hecho un desastre. Es en el metro donde empieza mi ritual de belleza.

El trayecto en metro es relativamente corto. Solo son tres paradas. A las seis y veintisiete minutos estoy doblando la esquina de la calle de la agencia. Subo los escalones del edificio despacio, rebuscando la tarjeta de identificación entre las cosas de mi bolso.

Cierro los ojos con fuerza y deajo que se me escape un suspiro.

—Mierda.

Debo de habérmela dejado en casa, junto a mi dignidad. Me rasco la cabeza y jugueteo con los pendientes que llevo, algo nerviosa. Doy un par de vueltas y decido entrar por la puerta de atrás. Es una especie de puerta secreta que hay en el aparcamiento al aire libre del edificio. Por ahí entran los artistas, que son más bien pocos, los *trainees* y algunos trabajadores para que las fans con sus cámaras de objetivos kilométricos sean incapaces de verlos. Tengo la suerte de encontrarme a una de mis compañeras.

—Buenos días —la saludo, sonriente.

La mujer de mediana edad hace una leve reverencia. Se llama Gaji y apenas habla conmigo porque cree que estoy aquí para robarle su puesto de trabajo. Lleva muchos años en la empresa, prácticamente desde que abrió, y lo único que sé de ella es que conoce el pelo de los artistas de la agencia mejor que a su marido—. ¿Has olvidado tu identificación?

—Eh... sí. —Agacho la cabeza avergonzada. Espero a que ella deslice su identificación por el lector de tarjetas de la puerta, antes de empujarla. Dejo que Gaji pase primero y luego la sigo. Estoy segura de que ese también es su nombre artístico. Aerin es un nombre raro, pero Gaji lo supera. Cada vez que repito su nombre en mi mente, tengo la sensación de estar llamando a un perro.

—La próxima vez, que no se te olvide. No te abrirán la puerta por mucho que te conozcan...

Llevo dos días mordiéndome la lengua para no cagarla. No quiero soltar nada sarcástico ni hiriente. Me limito a sonreír y a tomar mucho aire. Me dirijo a un enorme tablón donde se encuentran varias hojas con unos cuadrantes. Son horarios. La agencia está que echa humo porque están preparando un nuevo trabajo. Jiho ni siquiera duerme por las noches porque sabe que el nuevo disco de su banda de k-pop favorita está al caer.

CUT estrena nueva imagen. El problema es que aún la están acabando de definir, y todo está planeado para dentro de dos meses. Intento ayudar, pero las dos estilistas veteranas, Gaji y Jinyoung —esta última, una mujer estirada que siempre lleva tacones—, prefieren que me quede al margen. Mi papel aquí está claro: soy la maquilladora que lleva los cafés, nada más.

Hay una especie de reunión en una de las salas de la primera planta. Le gente entra sin decir nada, dejándome sola durante un par de minutos. Llevan el secretismo hasta tal extremo que ni siquiera le dicen a la nueva qué está pasando. Decido entrar en la sala en silencio, abriendo la puerta despacio. Cuento unas veinte personas a simple vista. Las sillas colocadas alrededor de una larga mesa de color blanco ya están ocupadas y hay gente que se ha quedado de pie, de brazos

cruzados. Una mano fría tira de mí. Es Gaji. Acerca sus labios a mi oreja para susurrarme al oído y no tapar la voz del hombre que habla para todos.

—Presta atención —me dice, con un tono bastante serio—, ya te expliqué las ideas que teníamos para esta gira, así que escucha y calla.

Jinyoung, la otra estilista, frunce el entrecejo al verme. Después me saluda con la mano y una sonrisa. Puede parecer una ricachona amargada, pero resulta mucho más simpática, agradable y cercana que la estúpida pelirroja de Gaji. No me puedo creer que lleve dos puñeteros días aquí y ya tenga manía a una de mis compañeras. La ley del odio aleatorio sigue vigente.

La reunión continúa. Como me ha ordenado Gaji, mantengo la boca cerrada y escucho. Me empapo de todo lo que van diciendo: se habla de presupuestos, fechas importantes, vídeos, promociones, discos. Hay más dinero, así que están dispuestos a tirar la casa por la ventana. Quieren algo grande, pero no saben qué. Hablan de uniformes. Enseguida me llevo la mano a la cara, negando con la cabeza. ¿Cuándo se darán cuenta de que los uniformes saturan? Los utiliza todo el mundo, tanto los grupos de chicas como de chicos. Una voz rasposa a la par que suave menciona una historia de un libro que se leyó hace tiempo. Sigo escuchando a pesar de que no me entero de nada. De repente, el mismo chico, que supongo que es Namjoon por su forma convincente de hablar, repite la palabra «demonio». Algo hace clic en mi cabeza.

Me giro hacia Gaji.

—¿Han pensado en un estilismo más oscuro? —susurro.

—Im tiene algo que decir —suelta, en voz alta.

Tengo veinte —o más— pares de ojos fijos en mí. Todo el mundo me mira y no sé qué hacer. Carraspeo para aclararme la garganta. Paseo mi mirada por cada una de las personas que me observan y me detengo en Namjoon. Aunque apenas distingo sus ojos, ocultos por la visera de la gorra que lleva, sé que me mira expectante. Por alguna razón su aura tranquila me inspira confianza.

—Eh... ¿Qué tal presentarse con una imagen más oscura?

—¿A qué te refieres con «oscuro»? ¿A niños «emo» con el flequillo aplastado y un videoclip en blanco y negro?

En cuanto escucho su voz sé que el que habla es Yoongi. Me giro hacia él. Está sentado en una de las sillas, con el codo sobre la mesa y la cara apoyada en su mano, mirándome como si me estuviera retando. Enarca las cejas cuando yo hago lo mismo, burlándose. Una vez más, me contengo para no soltar nada irónico. Tengo a mis jefes delante. No es un buen plan cagarla ahora.

—Me refiero a algo más maduro. Nada de uniformes escolares. Eso está demasiado visto. —Mantengo mi idea—. Trajes, sedas, terciopelo, un aire más sobrio.

—Nos vamos a convertir en los chicos de la funeraria —dice, dirigiéndose a sus compañeros.

Se forma un cuchicheo general. Gaji se pone a discutir como loca con Jinyoung, que está histérica; al parecer mi idea no es tan mala y la están sopesando. Me siento orgullosa de mí misma.

El ruido cesa y alguien toma la palabra.

—A mí me parece que esa imagen es acorde con las canciones.

«Gracias, querido manitas pequeñas.» Escondo una sonrisa detrás de mi mano al escuchar a Haein. No suena demasiado convincente, pero creo que le harán más caso a él, un integrante de los archiconocidos CUT, que a mí, una novata y fracasada. Poco a poco, los votos a favor se van sumando. A Haein le sigue Yoongi, que sorprendentemente dice que es una buena idea, después Namjoon y, por último, el resto de los chicos. Jinyoung también está de acuerdo en llevar a cabo

una renovación a fondo y dejar atrás esa imagen de adolescentes machacados por la vida.

No se habla mucho más. Tras una hora y media de reunión, la sesión se levanta y todo el mundo sale disparado para ponerse manos a la obra. Antes de que Jinyoung y yo nos marchemos, el jefe llama nuestra atención. Gaji ya se ha ido, frustrada. Tiene mal perder.

—¿Podrías hacer algunos bocetos de la nueva imagen? —nos pregunta.

Cruzo una mirada rápida con Jinyoung, que enseguida pone sus manos sobre mis hombros.

—Im se encarga de los bocetos. Los tendrá pasado mañana.

Asiento como si no tuviera ningún problema. El hombre sonrío.

—Estupendo. Espero tenerlos dentro de un par de días. No te retrases.

—No, no, señor... —Salimos de la sala de reuniones. Cuando Jinyoung cierra la puerta alzo las manos al cielo y estoy a punto de arrancarme el pelo—. ¡¿Cómo voy a entregar unos putos bocetos en dos días?! ¡Si ni siquiera sé dibujar!

—Eh, eh, calma. ¿No has estudiado diseño en Italia...?

—¡Sí, pero mis diseños eran para mujer! —exclamo.

—Algo podremos hacer. Tú mantén la calma y ponte a trabajar ya —dice, como si nada, sonriéndome. Es una forma suave de decir «jódete, eres la nueva y te cae todo el marrón encima».

Jinyoung me da unas palmaditas amistosas, infundiéndome unos supuestos ánimos, y se marcha pasillo abajo repiqueteando con sus tacones de aguja.

Sigo las recomendaciones de Jinyoung y trato de quedarme tranquila, aunque me mordisqueo las uñas en cuanto me siento sola entre una treintena de personas que llaman por teléfono, teclean o arreglan papeleo. Todo el mundo está haciendo algo, menos yo.

Y la genial idea que se me pasa por la cabeza es ir a por café. Nadie va a decirme nada; están demasiado ocupados. Dos americanos largos, con hielo para contrarrestar el calor del verano y con poco azúcar. Me encamino a la agencia de nuevo.

Subo en ascensor a la planta de los estudios. Algo me dice que Yoongi estará encerrado en alguno de ellos, creando nuevas melodías con su mente privilegiada o durmiendo, vete tú a saber. Sigo mi instinto. Recorro el largo pasillo, poniéndome de puntillas para ver a través de los ventanucos que tienen algunas puertas. Si no recuerdo mal, el estudio de Yoongi es uno de los que no tienen. Es una puerta normal y corriente. Pruebo suerte y llamo con fuerza a una de ellas. Mi mano empuja el picaporte. Está abierta. Es una sala pequeña, oscura, con varias pantallas de ordenador encendidas. No, mi instinto no se equivocaba. Este es el estudio de Yoongi. A pesar de ser oscuro, resulta acogedor.

Al principio creo que Yoongi no está. Luego lo veo, tan ocupado con su teléfono móvil que no se da cuenta de que estoy apoyada en el marco de la puerta hasta que doy con los nudillos en la madera. Yoongi alza la cabeza de repente y mira en mi dirección con los ojos muy abiertos. Su boca, entreabierta, denota sorpresa.

—Te he traído un café.

Me acerco para tenderle el vaso. Me da miedo pisar la alfombra que decora el suelo. Me recuerda a las de los palacios barrocos. Yoongi se da cuenta y, sin levantarse de la silla con ruedas, típica de una oficina, se arrastra para coger el vaso.

—Gracias.

—Lo he dejado amargo...

—¿Como mi alma?

—Sí. Exacto. —Sonrío con algo de tristeza. Es una pena que ambos nos sigamos acordando de las frases, chistes y hasta palabras que utilizábamos cuando teníamos diecisiete años... pero nos

tratamos como si fuéramos meros conocidos. Intento sacar un tema de conversación—. ¿No tienes que ensayar alguna coreografía nueva?

—Ensayamos por la tarde —responde, frío, como el café.

—Ah...

Es raro que no me eche de aquí. Supongo que, como yo en este mismo instante, una parte de Yoongi también está buscando algo que decir. Es él quien habla, pausadamente.

—¿Terminaste el conservatorio? ¿Te graduaste?

—Qué va... Lo dejé.

—Pero ¿sigues tocando? —No me mira. Aun así, noto algo de curiosidad en su voz. Conozco a Yoongi o al menos creo conocer al Yoongi de hace cinco años. Si no ha cambiado en este aspecto, estoy segura al trescientos por cien de que lleva semanas con esa pregunta en la cabeza. Y seguro que está a punto de escribir una canción o algo...

—Oh, lo siento. ¡Se acabaron las bromas relacionadas con las flautas!

Finge horror, llevándose la mano a la boca, abierta de una manera exagerada.

—¡No me lo puedo creer!

Me río.

—Era demasiado estresante, así que busqué otra alternativa.

—Y estudiaste moda —concluye. Da un sorbo corto a su café—. Es una pena que hayas dejado la música.

—Sé que lo dices por las bromitas...

—¿Qué voy a decirte ahora? —se lamenta, sarcástico.

—¿Maquíllame como a uno de tus muertos franceses?

—Vete de aquí. La puerta está abierta —suelta al oír mi terrible chiste.

Hago ademán de irme, pero me quedo clavada en el suelo.

—Sabes... Te echaba de menos cuando estaba en Italia. No había nadie que me siguiera el rollo.

—Y por eso te has vuelto tan ácida, ¿no?

—¿Ácida?

—Hablar contigo ahora es como chupar un limón.

—Hay muertos con más gracia que tú.

Yoongi sonrío y agita la cabeza. Me doy cuenta de que solo estaba bromeando; creí que lo de la acidez iba en serio. Él juguetea con la pajita verde del vaso de plástico.

—Yo también... te echaba de menos.

—¡Qué conmovedor!

—Ahora sí: la puerta está abierta. Deja a este genio trabajar en paz. Fuera.

Definitivamente, echaba mucho de menos hablar con Yoongi. Y quizá no sea tan complicado hacerlo. Solo necesito que se abra. Que deje de ser un capullo y se convierta en una bonita y dulce flor.

—Hola, señorita de los cafés.

—¡Joder, qué susto! —Doy tal respingo que estoy a punto de lanzar mi teléfono móvil y mi vaso de café al aire. Me quedo un par de segundos observando a Hojun. Él señala hacia el otro lado de la puerta.

—Estás...

Estoy bloqueando el paso al pasillo de los ascensores. Guardo el teléfono en mis pantalones rápidamente.

—Oh, perdona —río con algo de nerviosismo y me aparto, abrumada. Hago un gesto con la mano que acabo de dejar libre—. Qué despistada...

Hojun pulsa el botón del ascensor.

—Parece que no has dormido mucho.

—Por eso tomo tanto café —respondo. Paso una mano por mi pelo, echándolo hacia atrás.

Estoy cansada, estresada, Jiho no contesta a mis mensajes y tengo por delante la jornada de trabajo más larga de mi vida. Además, tengo que salir de la agencia un par de horas para poder acudir a clase. No quiero dejar los estudios tirados. Y no estoy demasiado segura de si eso va a ser posible.

Hojun se da cuenta al instante de mi mal humor. Es como un maldito rayo de sol, como mi antítesis.

—¿Subes?

—Bajo.

—Pero si estamos en el sótano... —Vuelve a reírse gracias a mi estupidez y mi despiste. Yo muevo la cabeza—. Definitivamente, tienes demasiadas cosas en la cabeza.

Asiento mientras subo en el ascensor con él. No retiro la vista de la pantalla de mi teléfono y leo los mensajes de Jiho. He estado toda la noche escuchándola y me he enterado de que tiene unos compañeros asquerosos. Los profesores no hacen nada por ella, tiene miedo de decírselo a sus padres y yo tengo miedo de que haga cualquier estupidez para encajar. Alzo la cabeza para pulsar el botón de la planta baja. Hojun va más arriba.

—¿Vais a grabar algo? —pregunto, curiosa, para romper el hielo y que los cinco segundos que tarda en subir el ascensor no sean tan incómodos.

—Estamos en ello —dice. Está al otro lado del ascensor, con la cabeza pegada a la pared metálica del ascensor. Él también parece cansado. Las puertas se abren al llegar a la primera planta. Me vuelvo para despedirme de Hojun, y de repente, algo me viene a la cabeza—. ¡Ah,

espera! —Vuelvo a meterme en el ascensor, corriendo el peligro de que las puertas me aplasten. Estas se cierran y, al instante, el ascensor sube a la siguiente planta—. Mañana estarán listos los bocetos para la nueva imagen, pero necesito algunas ideas. Dime, por favor, que tenéis ideas.

—Le preguntaré al resto.

—¡Gracias! —exclamó con una sonrisa antes de que Hojun desaparezca por el pasillo. Él también me devuelve la sonrisa y me enseña sus pulgares a modo de aprobación.

Suspiro con alivio en cuanto se cierran las puertas otra vez. Estoy un rato observando el techo negro del ascensor, hasta que me doy cuenta de que no se está moviendo porque no he apretado el botón de la planta baja. Lo pulso. Y suspiro por decimocuarta vez. Creo que, en vez de llamarme «señorita de los cafés», Hojun debería llamarme «la chica de los suspiros».

La planta baja es un ir y venir de personas atareadas, de llamadas, de negocios. Esquivo a todo el personal lo mejor que puedo, tratando de que no tiren mi vaso de café, y de alguna manera consigo llegar sana y salva a la pequeña sala donde estamos trabajando la nueva imagen del grupo. Solo estamos Jinyoung y yo, de momento, porque Gaji está harta de que yo no sepa cómo trabajar de estilista. Jinyoung es algo más comprensiva y además está orgullosa de que se me haya ocurrido todo esto de la nueva imagen a mí solita.

Hemos pedido prestadas un par de chaquetas a Balmain. Sí, Balmain. Estuve a punto de desmayarme en cuanto las tuve entre las manos. Ni siquiera sabía que había tiendas distribuidoras de la firma aquí, en Corea, y tampoco sabía que las prendas se podían alquilar durante un tiempo. La imagen varía un poco: belleza clásica, brillos, aire sobrio, chaquetas militares... Es un poco ambiguo, la verdad, pero no parece que la gente lo aborrezca. Menos Gaji, claro. Estoy ajetreada ordenando mis ideas, tan ajetreada que no me doy cuenta de que me están llamando la atención.

—¡Aerin! —Vuelvo a pegar un brinco. Hoy es el día oficial de «vamos a hacer que Aerin tenga un paro cardíaco». Jinyoung señala la puerta—. Quieren que les lleves café. Ah, y dicen que arregles el estudio fotográfico para...

Suelto un bufido.

—¿Otra vez? ¿No pueden ir ellos solos?

—Somos una agencia pequeña. —Siempre utilizan la misma excusa. —. Aerin, ¿me has oído?

—Sí, sí. —Una de mis habilidades es parecer que escucho cuando no lo hago. Jinyoung resopla.

Estamos un buen tiempo ordenando las ideas. Cuando creemos que todo está listo, entran en la sala sin previo aviso. No me sobresalto tanto como otras veces, pero el efecto de la cafeína y el estrés hacen que el corazón me vaya a mil. Este ritmo de trabajo tan acelerado no acaba de gustarme; siempre he sido una persona que se toma las cosas con calma, con filosofía, con relax. Pero aquí es todo muy distinto. Todo el mundo habla, cuchichea, grita, no hay quien pare y no hay ni un solo minuto de descanso. Nada que ver con la funeraria.

—PD-nim quiere ver los bocetos de la nueva imagen ahora —anuncia Gaji, con cara de fastidio. Lleva la caja de un tinte decolorante en la mano y ya se ha colocado unos guantes de plástico. Me pregunto a quién le tocará sufrir con el tinte esta vez.

—¡¿Ahora?! —grito.

—Dice que os pasáis de presupuesto.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que no se lo puede haber dicho nadie, ¿no, Gaji-*unnie*? —replico con sarcasmo y dirigiéndome a Jinyoung le digo—: ¿Vamos?

—¿Por qué no los presentas tú sola?

Siempre utilizan la misma estrategia: deciden lavarse las manos y, aprovechando que soy la

nueva, hacen que dé la cara. No me queda más remedio que morderme la lengua y asentir resignada. Después me doy cuenta de que presentar la nueva imagen por mí misma, sin mis dos compañeras, puede ser una gran ventaja. Solo tengo que poner ojos de corderita, explicar todo con voz acaramelada, fingir que me ilusiona un montón y ya está. Listo. Todo el protagonismo será para mí, y quizá hasta me aumenten el sueldo. Puede ser algo egoísta, sí, pero me importa más bien poco. Recojo una pequeña carpeta y guardo algunos bocetos de los que cuelgan del tablón, muestras de telas y más de una foto. Salgo de ahí, dispuesta a arrasar. Si mi idea sale adelante... a lo mejor tengo un futuro prometedor como estilista. Más que como médico de cabecera.

El despacho del señor jefazo está al final del pasillo de la planta baja. Me dirijo hacia allí, notando lo frío y oscuro que se va tornando todo. Antes de llamar a la puerta, intento calmar mis nervios.

—Adelante.

Trago saliva mientras hago una leve reverencia. Se nota la buena relación entre el dueño de la empresa y sus queridísimos CUT, aunque solo se encuentran en el despacho cuatro de ellos. Namjoon, obviamente, porque es el líder; el pelirrojo de Hojun, Seungchol —por fin me he aprendido su nombre— y Yoongi, tan fúnebre como siempre.

—¿Trae los bocetos?

Asiento.

—Sí. También tengo unas cuantas ideas.

—¿Esperamos al resto...? —pregunta el más pequeño, que de pequeño tiene más bien poco. ¿Qué le dan de comer a este chico para que crezca tanto?

—No. Da igual —protesta Yoongi, que, como todos los santos días, parece estar con el humor de una menopáusica amargada—. Están en la sesión de peluquería.

Hay un breve silencio en el que me miran, expectantes.

—¿Empiezo? —Veo que Namjoon asiente, así que comienzo. Me aclaro la garganta con un carraspeo, abro la carpeta y extendiendo los bocetos por encima del papeleo que tiene mi jefe en el escritorio. Observan los dibujos con detenimiento y, al final, el propietario de la agencia toma una de las fotos—. La imagen, como ya dije, sería bastante distinta a los anteriores... Una imagen más madura. Creo que el punto fuerte del estilismo serían los trajes. En la semana de la moda de París de esta temporada destacan mucho las telas más sueltas, con más movimiento. Seda, satén...

Yoongi mira con los ojos entornados uno de los dibujos.

—Bailar con traje sería demasiado incómodo.

—¿Los trajes no son al fin y al cabo uniformes, con los que habéis bailado como unos seis millones de veces?

Hace una mueca, derrotado, y lanza el papel al escritorio.

—No acaba de gustarme del todo.

—¿Argumentos? —Me cruzo de brazos—. ¿Protestas?

Oigo la risilla característica de Hojun.

—¿Por qué os peleáis como si os conocierais ya? Qué fuerte, parecen un matrimonio —cuchichea después.

Dejo de lado a Yoongi. Vuelvo a concentrarme en el concepto de la nueva imagen.

—He estado revisando su trayectoria desde que empezaron. Si ya han dejado de lado la etapa de la juventud, ¿por qué no probar con algo nuevo?

—Los trajes también están ya muy vistos —objeta PD-nim.

—Ya, pero serían trajes distintos. Como si fueran de reyes. ¡Belleza clásica! He leído parte de

la historia de ese libro que Namjoon leyó, y creo que una imagen clásica con camisas blancas, con reminiscencias de Grecia o Roma...

—¿Nos vas a convertir en Gladiator ahora? —Yoongi sigue queriendo guerra. Me mira con las cejas enarcadas. Yo le devuelvo una mirada envenenada, como si fuera un puñal.

Chasqueo la lengua.

—Continúa, por favor.

—Eh... Sí, ¿por dónde iba? Ah, satén. No será una mera imagen oscura. Tendrá un punto... especial. Este nuevo lanzamiento tiene que ser el más grande que ha hecho CUT hasta el momento, ¿no? Entonces tiene que impactar a los fans. Y eso se consigue con pantalones ajustados y chaquetas entalladas.

—Pero —me vuelve a interrumpir, cómo no, Yoongi— bailar en traje es incómodo.

—¿Qué te parece bailar en pijama? —Es lo primero que se me pasa por la mente, y no dudo en escupirlo. Yoongi enarca las cejas. Hojun suelta otra risilla, míster jefe se hunde en la silla a punto de perder la paciencia y Seungchol y Namjoon se dedican a mirarse como si estuvieran delante de una loca—. La moda lencera se lleva mucho esta temporada —continúo—, las telas son elegantes; siguen siendo seda o satén, que dan un aire muy... real, como de príncipe.

—Es absurdo.

—¿Absurdo? —Ahora soy yo quien se muestra escéptica—. ¿Cuántos grupos han bailado en pijama o con camisas de seda? ¿Cuántos se han presentado con una imagen como esa? Buscaré más fotografías y haré más bocetos si hace falta.

Transcurren unos segundos en los que todos ellos cruzan miradas elocuentes. El asunto no parece haber calado demasiado hondo, pero, de repente, la voz calmada de nuestro jefe me sorprende.

—Es original. A mí me gusta.

Le dedico a Yoongi una sonrisa burlona, diciéndole en silencio: «Eh, mira lo que he conseguido». Empiezo a guardar en la carpeta todo lo que he dejado por el escritorio, dando por hecho que la sesión ya ha terminado. Alguien me tiende un último boceto. Murmuro un «gracias» y sonrío a Namjoon. No he hablado mucho con él, pero me cae bien.

—Eh, chica de los cafés. —Al oír mi apodo, me giro con la carpeta pegada al pecho, expectante—. Quiero que tú —Mi jefe me señala— te encargues personalmente de desarrollar la nueva imagen del grupo. Las fotos, la ropa, el maquillaje. Eres buena... pero podrías hacerlo mejor.

—Bi... bien —asiento, aparentando estar convencida y segura de mí misma—, genial. ¡Lo haré!

Yoongi finge que le ha entrado un exagerado ataque de tos. Se tapa la boca y, entre toses, dice:

—Mucho ánimo.

No sé cómo despedirme, así que simplemente hago una reverencia mientras Hojun le ríe las gracias a Yoongi. Salgo de allí disparada—. Joder, joder, joder... —murmuro, cerrando los ojos con fuerza.

Me golpeo las mejillas con las palmas de las manos, como hacía de pequeña.

—¿Qué mona!

Veo a Soohwan pasar a mi lado. Tiene el pelo teñido de un rubio platino, casi gris, pero da igual. Todo le queda bien. Petrificada, le saludo con la mano y sonrío como una estúpida, roja como un tomate. A este paso moriré por combustión espontánea.

Es muy, muy, muy tarde. Apenas he pasado por el apartamento hoy. Me fui de la agencia por la

tarde para poder asistir a clase. La gente notó bastante mi ausencia —se quedaron sin café durante horas— y he tenido cargo de conciencia todo el rato. Así que, después de asegurarme de que Jiho estaba bien y de dejarla sana y salva en un lugar vigilado, he vuelto a la agencia. Es casi medianoche y la calle está sumida en un silencio solo interrumpido por el sonido que emiten las chicharras. Hurgo en mi bolso para encontrar la identificación con la que puedo entrar en el edificio.

Como se está preparando una nueva gira, supongo que la agencia se convierte en una especie de McAuto. Está abierta veinticuatro horas al día. La lucecita de la cerradura digital se pone verde en cuanto paso mi identificación por el lector de tarjetas, así que la puerta se abre y yo solo tengo que empujarla para entrar. A primera vista, aparte del guarda de seguridad, no veo a nadie más. Lo saludo con un seco «buenas noches». Ni siquiera responde.

Quiero trabajar un poco la nueva imagen del grupo y también dejarla bajo llave. Nunca he sido una persona especialmente confiada. No me atrevo a dejar mi proyecto sobre la mesa para que al día siguiente haya desaparecido sin dejar rastro, por eso voy directa a la sala de estilismos, llena de ropa y trajes recién recibidos, y empiezo a guardar todo en un enorme archivador rosa que he traído de casa. Lo ordeno todo, inicio una nueva búsqueda de marcas que no dejen a la agencia en números rojos, números de boutiques y leo cada frase del libro que lo ha inspirado todo con atención. Siempre me he fijado en los detalles. Y la agencia también, así que estoy buscando pequeños toques que hagan que las fans se vuelvan locas creando más y más teorías. Eso es lo que busco. Que algo tan mísero como un estampado con pájaros se vuelva viral. Que cualquier detalle de la gira genere comentarios. Así se hablará más de CUT, el beneficio será mayor y a mí me aumentarán el sueldo. ¡Fácil!

Tras unas cuantas horas de navegar por páginas de ropa, Wikipedia y webs al más puro estilo de club de lectura indie, decido marcharme de aquí. Necesito dormir... y comer. Mis tripas están rugiendo desde las nueve de la noche.

Me dirijo hacia la puerta de atrás sin hacer mucho ruido y me voy de allí como si no hubiera estado.

Me doy con alguien al mirar hacia atrás. El golpe que me he dado en la frente debe entrar en el libro Guinness de los récords. Enseguida me llevo la mano a la zona dolorida y me dispongo a espetar algunas palabras a quien quiera que ha chocado conmigo.

—¿Qué coñ...?! —decimos al unísono. Ambos nos sorprendemos al vernos las caras, como si no esperaríamos chocar el uno con el otro.

—Joder, sé que eres miope, pero mira por dónde vas —suelta Yoongi. Parece irritado. De hecho, lo está. Observa la pantalla de su teléfono. Su móvil es mucho más importante que yo, por supuesto.

—Has sido tú el que has chocado conmigo.

—Ya. —Utiliza su tono cortante característico y se va, caminando con la vista fija en su teléfono.

—¿Vas a quedarte aquí? —pregunto. Quiero entablar una conversación con él. Tampoco puede estar haciéndose el interesante toda la vida...

—Cuando preparamos las promociones, vivimos aquí —responde. No se ha dado la vuelta.

—¿Ni siquiera sales para cenar?

—¿Sabes que vivimos en el siglo veintiuno y que la comida a domicilio existe?

—¿Quién es el que se ha comido más de un limón hoy?

Yoongi exhala por la boca el aire que tenía en los pulmones, entre frustrado y cansado. No dice

nada más. Simplemente se va y por un momento creo que va a volver para seguir hablando conmigo. Sé que él es así. Impulsivo a la par que reservado, lo cual es una combinación un poquito extraña, pero explosiva.

Pero Yoongi no vuelve y no me queda más remedio que irme de la agencia. Estoy a punto de abrir la puerta cuando oigo el ascensor abrirse, a alguien protestar y gruñir cada vez más cerca. Lo ignoro y abro la puerta igualmente.

—*Noona!* —oigo que exclama alguien. Un Namjoon con ojos brillantes se acerca a mí, con ilusión, una sonrisita adorable y una tarjeta de crédito en la mano.

—No soy tu *noona*. —La sonrisa de Namjoon se borra durante un par de segundos. No quería ser tan fría con él. Ha sido algo automático...

—Pues, Aerin... ¿Puedes hacerme un favor?

—Depende del tipo de favor que sea. —Nada de prestar dinero, porque no tengo, nada de favores sexuales y nada de recorrerme medio Seúl para comprar algo. Solo espero que Namjoon me lea la mente.

—¿Te importaría comprar algo para la cena? —Me tiende la tarjeta de crédito, de un color negro intenso y letras plateadas. Eso significa una cosa: dinero ilimitado—. Por favor. —Señala hacia el techo con un gesto rápido, con el pulgar hacia arriba—. Estamos trabajando en algo, los restaurantes han cerrado ya y...

Le quito la tarjeta de las manos.

—¡Perfecto! Volveré en diez minutos. Compraré un par de cositas para mí por el camino.

Extiendo la tarjeta de crédito al hombre que está tras el mostrador de la tienda de conveniencia más cercana a la agencia. Es alguna hora de la madrugada y sigo por aquí, despierta, calzada con unos zapatos que me están matando lentamente. Llevo días sin dormir, alimentándome a base de cafés bien cargados y mucho arroz precocinado. He enviado un mensaje a Jiho, pero no me ha respondido. Espero que Thai haya hecho bien su tarea y haya vigilado a mi prima.

El hombre me extiende el recibo de la compra junto a la tarjeta negra de Yoongi. Su nombre completo está en letras plateadas, en relieve, y cuando la recibo no puedo imaginarme la de zapatos que me podría comprar con la cantidad de dinero que tiene esta pequeña tarjeta. La guardo en mi bolso, en uno de los bolsillos interiores, cojo las bolsas que me tiende el cajero y salgo de la tienda echando un vistazo a mi teléfono.

Son las dos de la madrugada. Todo está en silencio, no hay nadie más que yo por la calle y las chicharras apenas hacen ruido. Me da mala espina. No tengo mensajes nuevos y los chicos se deben de estar muriendo de hambre. Aunque sé que he tardado más de los diez minutos que le prometí a Namjoon, me paro a medio camino para ojear una tienda online de ropa de marcas de lujo. La tentación me está pidiendo a gritos que me dé un capricho. Unos preciosos zapatos de tacón de color rojo me están llamando, diciendo: «Aerin, Aerin, utiliza la tarjeta de crédito de ese idiota y cómpranos...». Es relativamente fácil: solo tengo que introducir el número de su tarjeta, tres dígitos visibles de la parte trasera y listo.

Pero decido ser honesta. Camino rápido, pensando en que comprar cualquier cosa con la tarjeta de Yoongi sin que él lo supiera sería una grandísima estupidez. Sería una cagada del tamaño de un rascacielos. Además, lo más probable es que perdiera mi trabajo. Otra vez. Así que me dirijo de vuelta a la agencia con un par de bolsas de la tienda de conveniencia y otro par de un restaurante cercano que estaba abierto.

Al entrar en la agencia, saludo al guarda de seguridad, que esta vez tampoco me devuelve el saludo. Camino derecha hacia una de las salas de la planta baja, un despacho con unas paredes de un brillante color verde y varias vitrinas con trofeos. La mayoría, por no decir todos, son los que han ganado CUT. Antes de abrir la puerta, sé que cuatro de los siete chicos están ahí. Al menos Hojun. Escucho su risa. Y sí, me apuesto una uña a que podría oírla desde Roma.

—¡Bien! —Hojun aplaude, salta de la mesa donde estaba sentado y se acerca a mí como un cachorrillo, dispuesto a buscar en las bolsas de plástico de la tienda—. ¿Qué has traído?

Le tiendo una de las bolsas de cartón del restaurante. Él se ríe, incrédulo.

—Esto es para vosotros —le digo a Hojun, Soohwan y Namjoon. Me acerco a los últimos, que

están sentados en unas de las sillas colocadas alrededor de la enorme mesa rectangular que llena media sala. Voy sacando los platos. Hay una ración para cada uno—. Langosta con crema de caviar y sorbete de limón al champán.

Soohwan ahoga un grito y me mira con la boca semiabierta. Forma una «o» con sus labios rosados y tengo que hacer un esfuerzo increíble para mantenerme seria.

—¿De verdad?! No sabía que algo tan lujoso se podía pedir para llevar.

—Yo tampoco, la verdad. Para vosotros. —Les dedico una sonrisa algo tímida—. Que aprove...

Veo la mano de Yoongi deslizarse por la mesa para alcanzar un par de palillos para probar la langosta. Me giro. Actúo rápido, sin pensar, y le doy un manotazo para que se retire. Me dedica una mirada envenenada. Yo hago como si nada y cojo una de las bolsas de plástico. En una solo hay dos botellas de agua mineral y en la otra está el menú especial que he elegido para Yoongi. Empiezo a sacarlo poco a poco, mostrándoselo en silencio. Su expresión se transforma y cambia de la sorpresa al enfado, pasando por la duda.

Dejo la botella de *vainilla latte*, el *cupcake* rosa y los corazones de gominola extremadamente azucarados sobre la mesa, frente a él. Yoongi enarca las cejas.

—Dame mi tarjeta.

—¿No te gusta tu menú? Pensé que te vendría bien un poco de azúcar para contrarrestar la acidez de tu humor... Ah, y tenías cara de *vainilla latte*, por si no lo sabías.

Oigo las risillas de los otros tres, asombrados, como si estuvieran viendo una pelea entre dos raperos.

—Es verdad, tienes cara de *vainilla latte* —añade Jin, entre risas. Lo primero que se me viene a la mente al escuchar su risa pegadiza es un hombre limpiando ventanas.

—Voy a hacer que te despidan y luego voy a ahorcarte —murmura Yoongi, sin mirarme, lo suficientemente alto para que lo escuche—. Namjoon, te dije que fueras a comprar tú...

Este se limita a encogerse de hombros mientras se llena la boca de marisco. Jin, que está a su lado, se dedica a comentar lo buena que está la cena; Hojun bailotea al masticar. Saco de mi bolso la tarjeta de Yoongi y la sujeto entre el índice y el dedo corazón. Él me la arrebató de los dedos con aparente molestia.

—Tienes suerte de que trabaje para ti, porque he estado a punto de comprarme un bolso precioso de Louis Vuitton.

—Sí, tienes suerte de trabajar aquí, pero va a ser una pena que mañana estés en la calle otra vez. —Mira los platos de langosta que están comiendo sus compañeros y se da cuenta de algo—. ¿Has pagado todo eso con mi tarjeta? Ae... —Resopla—. Voy a hacer que te despidan.

—¿No es el dinero de la agencia?

—¿Es mi jodido dinero!

—En serio, ¿por qué discuten como si fueran un matrimonio? —pregunta Hojun, dirigiéndose a Nam y a Jin. Después agita la cabeza, riéndose y volviendo a concentrarse en la carne de la langosta. Se me está haciendo la boca agua solo de verlo. De ver el plato, no a Hojun, claro...

—Es tarde, así que me voy. ¡Buenas noches, chicos! —me despido antes de que Yoongi se eche encima de mí y me ahogue de verdad—. Descansad.

—*Noona*, ¿por qué no te quedas un rato más? —me pregunta Namjoon. Él mismo se da cuenta de que ha hecho mal en llamarme así cuando cruzamos una mirada.— Aerin, quería decir...

—¿*Noona*? —Soohwan parece sorprendido. Puede que hasta ofendido—. ¡Pero si no aparenta ni veinticinco años!

—Tengo veintitrés —respondo.

—¿Ves? Te lo dije. Te dije que no era una *noona* —replica Jin—. ¿Eres del noventa y tres? ¿Como Yoongi?

Asiento. Algo me dice que sus fans no son las únicas —y únicos— que hacen teorías a lo loco. Seguro que la cabeza de Soohwan está funcionando al trescientos por cien de su capacidad; sabe que Yoongi y yo nos conocemos, pero quiere corroborarlo. No creo que Yoongi haya abierto la boca para decirle que éramos amigos y tampoco pienso que sea tan obvio que don azúcar y yo nos llevemos bien. Creo que es más bien lo contrario.

—Tengo la sensación de que os conocéis —sigue Soohwan, aunque le está prestando más atención a la comida—. ¿Erais amigos?

Miro a Yoongi buscando una respuesta en su rostro inexpresivo. Intento que él tome la palabra y responda por mí, porque no quiero cagarla más, pero él se limita a mirar hacia los platos del resto. Yo suspiro.

—Íbamos al mismo instituto; aquí, en Seúl.

Hwan da un golpe en la mesa, señala con los palillos a Hojun y a Namjoon, hace una mueca con aires de superioridad, como si estuviera orgulloso de sí mismo, y exclama:

—¡Os lo dije! Seguro que erais amigos.

—Solo conocidos —contesto. Estoy a un paso de salir de la sala.

—Era mi amiga. —Inesperadamente, Yoongi habla y dice la verdad. Sus palabras hacen que me quede durante unas milésimas de segundo clavada en el suelo, pero mis piernas responden enseguida y abro la puerta para irme.

—Pero os distanciasteis —concluye Namjoon—. Qué coincidencia; ahora ella trabaja aquí.

—Bueno, nos vimos antes de coincidir en la agencia —añado.

—Ah, sí, fue un encuentro de infarto. —Yoongi asiente despacio. Me pregunto cómo conseguirá aguantarse la risa. Se dirige hacia sus compañeros, sentados a su izquierda—. Maquillaba muertos —suelta, refiriéndose a mí.

Hojun deja de masticar y abre la boca dramáticamente.

—¿Qué...?

—Es una historia muy larga.

—¿Ma... maquillabas muertos y...?

—¡Buenas noches, nos vemos mañana!

Abro la puerta y me escapo de la sala antes de que sea demasiado tarde y tenga que responder a preguntas bastante incómodas. Dejo a los chicos solos. En cuanto pongo un pie en la calle, bostezo. Estoy muerta de sueño y lo peor de todo es que voy a tener que volver andando hasta el apartamento. Podría pedir un taxi, pero estoy sin blanca. Es lo malo de ser una estudiante y de tener un sueldo único a final de mes. Y para colmo, mis tripas rugen, casi con rabia..

Salgo por la puerta de siempre, por la de atrás. Lo malo es que tengo que dar toda la vuelta al edificio y tardo casi dos minutos si voy a un paso lento, como ahora. Los músculos de mis piernas están cansados y mi espalda no da para más. Aunque he dejado hace tiempo el conservatorio, creo que es ahora cuando noto el verdadero dolor de ser músico. Mis hombros están machacados. Es como si llevara una mochila con seis kilos de libros encima.

Oigo el golpe de la puerta metálica al cerrarse unos cuantos metros por detrás y me pongo alerta. No tengo ni idea de por qué, pero me cruzo de brazos y sigo caminando hacia delante al mismo ritmo. Me giro para ver de quién se trata.

Está apoyado contra una de las barandillas del pequeño aparcamiento exterior de la agencia, tecleando en la pantalla de su teléfono con una sonrisilla en la cara.

—¿Estás saliendo con alguien? —le pregunto.

Yoongi levanta la cabeza. Al verme, guarda el teléfono móvil —como si yo no le hubiera visto— en el bolsillo de su pantalón y mira hacia los lados con desconfianza antes de acercarse a mí.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Estás siempre muy pendiente del teléfono —le digo a Yoongi. Yo también he dado un par de pasos hacia delante para acortar la distancia con él sin darme cuenta—. ¿Es alguna famosa?

—¿Qué más da?

Somrí, divertida.

—Estás saliendo con alguien... A escondidas...

—Deja de decir gilipolleces —me corta—. Solo estaba hablando de negocios. Además, no te importa. Mi vida personal es mía.

Me encojo de hombros. Puede que ninguno de los dos sepamos que estamos caminando, alejándonos de la agencia—. Si te molesta, dímelo. Y perdón por lo de la tarjeta.

—¿Cuánto ha costado la broma?

—Prefieres no saberlo.

—Pues tendrás que devolverme el dinero. —Yoongi me mira por una milésima de segundo. Espero que lo diga de coña... suena demasiado serio—. Con intereses.

—Piensa que era por el bien de tus compañeros. ¿Qué serías tú sin ellos? CUT no existiría y tú seguirías siendo un *trainee* de por vida.

Veo que se ríe, aunque la risa de Yoongi solo se escucha cuando los planetas del sistema solar se alinean, hay un eclipse solar y los avestruces vuelan alto. Él también se cruza de brazos. Andamos un buen rato en silencio.

—Tú también estabas pegada a tu teléfono esta mañana.

—¿Yo? —Finjo incredulidad—. ¿Estás insinuando que yo también estoy saliendo con alguien?

—Según tu lógica, sí.

Niego con la cabeza levemente.

—No.

—Joder, pues menos mal. Ojalá nadie tenga que aguantarte.

Quiero golpear a Yoongi, pero me contengo.

—Las chicas solo querrán salir contigo por el dinero.

—Y por mi cara.

—Y por tu cara de famoso, nada más —añado.

—Bueno, ya son más motivos por los que un tío quiera salir contigo.

Pongo los ojos en blanco. Se produce otra pausa, otro silencio, pero es mucho menos incómodo que el anterior. Echo la vista atrás y reparo en que no nos hemos alejado demasiado de la agencia. De hecho, solo hemos dado la vuelta al edificio.

—¿No deberías volver...? —Señalo, indicándole el camino de vuelta. Yoongi dibuja una mueca, como si en realidad le diera igual quedarse fuera y escaquearse de lo que quiera que tenga que hacer.

Hace ademán de volver hacia la agencia, pero se detiene.

—¿Vives muy lejos?

—Eh... a unas cuantas manzanas. ¿Por qué lo preguntas?

Yoongi saca una cartera de cuero negro del bolsillo trasero de su pantalón. Observo cómo cuenta billetes y cómo los saca de la cartera de marca preguntándome qué narices está haciendo. Yoongi me tiende los billetes, bien estirados y lisos. Enarco una ceja. No quiero aceptar el dinero.

Sigo siendo una desconfiada y algo me dice que lo seguiré siendo por mucho tiempo, pero Yoongi agita los billetes. Su mirada me dice: «Cógelos ya». Sin más remedio, obedezco.

—Pide un taxi.

—Vaya, qué amable... Sabía que el *vainilla latte* te iba a venir muy bien. —Sonrío a modo de agradecimiento. Sí, se lo agradezco; primero porque me estaban matando los zapatos, y segundo porque, a pesar de que Seúl es una ciudad muy segura, temo que algún loco borracho me aborde—. ¿Esto es simbiosis? —bromeo.

—Es un préstamo. —Me duele un poquito que responda así—. Yo te dejo dinero, tú lo devuelves con un interés del uno por ciento mensual...

—Lo pillo, lo pillo.

Yoongi no hace ningún gesto con la mano para despedirse, ni dice nada; se da la vuelta y camina hacia la agencia mirando hacia los lados de vez en cuando. Suspiro. Parece que se va ablandando, que el corazón inexistente de Yoongi empieza a descongelarse. También parece ser que no le ha sentado demasiado mal la bromita del café y el *cupcake* rosa...

Yoongi

¿Has vuelto a malgastar mi dinero? 04:13

Nope. Llamé a un taxi como me dijiste. 04:15

Así que gracias al grandísimo señor Min Yoongi llegué sana y salva a casa. 04:15

De nada. 04:16

¿Sigues despierta? 04:16

Te hablo mientras duermo... 04:16

☹☹☹ 04:16

Por cierto, ¿cómo conseguiste mi número? No me lo has dicho. 04:16

√√ leído a las 04:16

Te dije que tenía mis contactos. 07:38

Llamé a la funeraria y les pedí tu número. Fue fácil. 07:38

Y llegas tarde al trabajo. 07:38

estoy yendog no te precocytes
di a jinyoungf quenllego enseguida!!! 07:45

—Tu café, como siempre.

Le tiendo a Yoongi el americano largo y amargo, con mucho hielo y sin agitar, como todos los santos días. Ni siquiera espero que me dé las gracias.

Él y yo llevamos un par de semanas hablando por chat, por las noches, cuando mi jornada de trabajo ha terminado y él encuentra algo de tiempo libre, aunque cuando estamos en la agencia apenas nos dirigimos la palabra. Es como si quisiéramos negar nuestro pasado, aunque creo que ya todo CUT y probablemente toda la agencia saben que Yoongi y yo fuimos buenos amigos. Quiero pensar que todavía lo somos, al menos amigos, pero no estoy muy convencida.

Yoongi sabe que es el próximo en la prueba de vestuario. Las estilistas llevamos horas y horas tomando medidas, entallando chaquetas, recogiendo bajos... Todo lo necesario para que el vestuario les quede a los chicos como un guante. El más remolón en probarse la ropa para las sesiones de fotos ha sido el pelinegro. Resopla, se pone frente a mí y observa con algo de miedo lo que hay a su alrededor: chaquetas de lentejuelas, terciopelo, mocasines demasiado brillantes...

Se espera cualquier cosa, lo sé. Pero no tiene ni idea de que le voy a obligar a enfundarse en un traje con aire de pijama de satén rosa. Es mi pequeña venganza.

Se lleva las manos a la cara, con incredulidad, como si no se creyera que yo, Im Aerin, soy capaz de plantarle algo rosa y hacer que se lo ponga. Le enseño el traje, satisfecha y orgullosa de mi trabajo. Es raro que los artistas se nieguen a vestirse con algo que le sugieren sus estilistas, pero la expresión de Yoongi está gritando «no» a pleno pulmón.

—Es cómodo —intento convencerle—, la tela es suave y puedes llevarlo como si fuera un pijama de verdad.

Chasquea la lengua.

—Tendría que haberme esperado algo así. Busca otra cosa, porque no voy a ponérmelo.

Suelta un soplido, se da media vuelta y se va. Como siempre. Sigue siendo un capullo. La primavera que lo hace florecer todavía está por llegar. O al menos eso espero.

Entro seguida de uno de los mánager de CUT al camerino del estudio fotográfico donde han empezado las sesiones para las fotos del álbum. El tiempo ha pasado rápido. El día de hoy va a ser largo, tenemos programadas varias sesiones, entre ellas la grupal, y son al menos doscientas fotos por miembro. Insoo deambula por ahí con los zapatos de Gucci que le he entregado y ojea los decorados con curiosidad. Hay muchos espejos, oscuridad y sombras. Todo el mundo se está

asegurando de que los decorados están en su lugar, de que las luces y los focos son lo suficientemente tenues, mientras que yo voy de un lado a otro cargada con ropa.

Tengo que encargarme del maquillaje de alguno de los chicos. Gaji está calentando unas planchas para el pelo, dispuesta a maltratar con el calor el cabello de uno de los integrantes del grupo: se trata de Yoongi, con la vista clavada en la pantalla del teléfono. Sigo preguntándome con quién hablará. ¿Con su familia, quizá? No he vuelto a sacar el tema, principalmente porque hemos estado bastante ocupados y al parecer le incomoda que esté preguntándole cada dos por tres si tiene novia. Puede pensar que estoy interesada en él, o que voy a filtrar la información, o vete tú a saber. Me parece extraño que alguien como Yoongi sea capaz de mantener una relación amorosa con alguien de su misma especie, pero ¿quién sabe? Yo tampoco me veía con un novio gilipollas a mi lado y, para sorpresa de toda mi familia, me busqué uno.

El maquillaje que voy a utilizar ya está cuidadosamente colocado sobre la mesa que Yoongi tiene delante. Gaji está tirando de varios mechones de su pelo para peinarlo y que no parezca un niño de párvulos. Supongo que aún le queda bastante y no querrá que arruine «su maravilloso trabajo», así que me quedo colocando algunas brochas.

—Maquíllame ya —gruñe Yoongi, de mal humor como todas las santas mañanas—. Cuanto antes acabemos, mejor.

Miró a Gaji. Ella se muerde la lengua, pero termina soltando un seco: «Que se espere». Pongo los ojos en blanco.

—Iré a por un café...

—¿Intentas ganarte así a Yoongi o qué? —suelta. Agita la cabeza, como si mi comportamiento normal y corriente le disgustara—. Si estás trabajando aquí por eso, que sepas que no tienes ninguna oportunidad. Aprende a ser profesional.

Ahora soy yo la que inhibe su verdadero carácter sarcástico. Hago una mueca, dejo que el camerino se llene de trabajadores, mánager y demás personal, y cuando quedo desplazada en una esquina, saco mi teléfono. Tengo un par de mensajes de Jiho. Cada día que pasa estoy más preocupada por ella; va a empezar el instituto pronto y creo que tiene miedo de hacerlo. Se pone nerviosa, irritable, y cada vez que menciono la palabra «clases» huye despavorida. Contesto a sus mensajes rápidamente. La pobre está destrozada, pero nadie sabe por qué. Aún no ha querido contarme qué le está ocurriendo; sus padres tampoco saben nada. Solo espero que sea algo más leve de lo que imagino.

Quiero animar a mi prima. Busco mi bolso entre la multitud, saco el último disco que Jiho ha comprado de CUT y lo miro, indecisa. Lo he cogido de su estantería —que es casi un altar a Kim Insoo y el resto de los miembros— sin que se diera cuenta, pensando que los chicos lo podrían firmar para ella, pero las reglas son estrictas: nada de fotos o vídeos, nada de firmas, nada de airear información que no haya pasado por los filtros de la agencia. Me muerdo el labio y vuelvo a dejar el disco en su lugar cuando veo que Jinyoung se acerca a mí y me tiende unos papeles.

Los leo cuando los tengo entre las manos. Son nuevos cuadrantes y horarios.

—Tú te encargas de Yoongi, Gaji de Namjoon y yo de Seungchol. Es para agilizar el trabajo. — Hace ademán de irse, pero se vuelve—. Y hay que dejar el estudio libre antes de las nueve de la noche.

Teniendo en cuenta que son las once de la mañana, no creo que haya mucho problema con eso último. Mi mente aún no ha procesado que tengo que estar toda la sesión con Yoongi, asegurándome de que un mechón de su pelo está perfectamente colocado a un lado de su cabeza para que no rompa la armonía de la fotografía, o de que no hay ni una sola mota de sombra de ojos

sobre sus mejillas durante las fotos, o de que tiene el suficiente nivel de cafeína para sobrevivir.

Gaji ha dejado el peinado a medias. No me queda más remedio que retirar el flequillo negro de Yoongi de su cara, despacio y con cuidado. Me da miedo rozar su rostro, por si lo contamina o explota. Vuelvo a tenerlo cerca y vuelvo a tener esa sensación de estar delante de un muñeco de porcelana bellísimo, de los que parecen reales y de los que te dejan sin aliento.

—Puedes dormir mientras te maquillo. No serás el primero —le propongo a Yoongi, que parece estar muerto de sueño. Él ni siquiera niega con la cabeza. Puedo ver su reflejo en el espejo mientras me vuelvo para escoger algunas brochas y un par de sombras de ojos grisáceas. Tengo órdenes de utilizar un maquillaje lo más natural posible. La etapa de los fuertes ahumados en negro ha quedado lejos para CUT—. Cierra los ojos, por favor.

—Qué educada —comenta mientras obedece—. ¿Soy el primero que habla mientras le estás maquillando?

—Sí... —Preparo su piel y, despacio, empiezo a dar color a sus párpados. Me fijo en sus pestañas, largas y espesas—. Tienes unas pestañas muy bonitas.

Hace una mueca, pero después se ríe durante unas milésimas de segundo. Lo único que interrumpe el silencio entre nosotros es el bullicio que se oye de fondo, la gente entrando y saliendo del camerino, Hojun contribuyendo a la contaminación acústica con sus cantos de sirena y alguien dando órdenes que no me incumben. Intento concentrarme para no dejar tuerto a Yoongi, pero me resulta muy difícil teniendo delante a alguien como él. No le recordaba tan... perfecto. No sé qué tipo de *after-shave* utilizará, o lo caras que serán sus cremas o tratamientos faciales, solo sé que la pubertad le ha dado un pequeño empujoncito hacia el pódium de los hombres más guapos que he visto en mis veintitrés años.

Termino de maquillar sus ojos. Yoongi los abre, despacio, pestañea un par de veces y mantiene la vista clavada en el espejo, al frente, evitando mirarme. Se lo agradezco; debo de estar observándole como una tonta, aunque aparento estar verificando mi trabajo. Satisfecha, paso a tapar sus ojeras. De todas formas, las retocarán con Photoshop. Sigo maquillando en silencio a Yoongi y, antes de que pregunten si está listo, su cara parece la de un maldito modelo publicitario de cualquier marca de cosmética de alta gama.

Pero falta el pelo. Hundo los dedos en su cabellera negra.

—¿Qué haces?

—Improvisar. Siempre se me ha dado bien. —Me encojo de hombros. Guiándome por el reflejo de Yoongi, agito su pelo para despeinarlo. Queda más suelto, menos apelmazado, y da la sensación de que su cabello tiene mucho más movimiento. Utilizo algo de laca para colocar algunos mechones en su lugar y para que se mantengan ahí durante toda la sesión—. ¿Ves? Rápido, fácil, sencillo y sin maltratar a tu pobre pelo.

Él se levanta de la silla, estirando el cuello. Solo queda el vestuario y fin. El resto es cosa de los fotógrafos. Hay una pequeña salita contigua a modo de armario, donde los chicos pueden cambiarse. Busco la chaqueta escogida para él, la camisa de seda negra y el resto de la ropa. Yoongi desaparece con su sudadera y aparece ataviado con la camisa y unos pantalones que sé que van a gustar al noventa y nueve coma nueve por ciento de todas sus fans.

Deja que yo le ponga la chaqueta.

—Eres toda una dama, Yoongi —bromeo. Ajusto la prenda a sus hombros. Ni siquiera pienso cuando agarro el lazo que decora el cuello de su camisa y tiro de él para atarlo, acercando a Yoongi a mí hasta que mis codos chocan con su cuerpo. Yoongi no parece abrumarse, y yo tampoco. El contacto de este tipo en mi trabajo es normal, supongo. No es nada ilegal o que se

pueda pagar con pena de cárcel. Hago una lazada y le doy unas palmaditas a modo de ánimo. Él resopla—. Ten cuidado con la camisa, ¿vale? Es de seda. Y es muy cara. Y los zapatos, ¡no los roces...!

Me ignora. Yoongi sale hacia el estudio para empezar con la sesión de fotos, dejándome muy atrás. No me queda otro remedio que seguirle con algo de maquillaje, por si hay que retocar algo, varias brochas y un par de peines.

Estoy en la esquina más alejada del estudio, viendo desde la oscuridad cómo Yoongi posa para las cámaras. Es flipante. Hipnótico. Los flashes no le molestan, todas sus acciones son de lo más natural y no parece incómodo. Recuerdo cuando le sacaba fotos a escondidas de sus malos caretos. No era nada fotogénico y ahora podría empapelar mi habitación con su cara. Bueno, a lo mejor exagero, pero sé que más de una lo haría... si es que todavía no lo ha hecho.

La primera sesión del día concluye cuando el director de fotografía cree que ya hay suficiente. Solo he tenido que colocar su pelo un par de veces, para que no le tapara los ojos. Yoongi da las gracias al equipo en cuanto el fotógrafo baja su cámara. Hace unas cuantas reverencias, se despide y viene hacia mí. No dice nada, pero supongo que está cansado. Le sigo como una dichosa perrita faldera hasta el camerino, donde él se quita la chaqueta y me la tiende. No hay mucho tiempo de descanso, por lo tanto Yoongi tiene que quitarse la ropa para ponerse la prenda estrella de la nueva imagen.

Es el turno del traje rosa. Entreabro la puerta para intercambiar los pantalones negros que llevaba por los de satén. Yoongi ahoga un grito de frustración.

—¿En serio? —Se ríe, escéptico. No veo su cara, pero imagino que está a punto de pegarse contra la pared.

—¡Póntelo! ¡O esto o nada!

—Es rosa.

—¡Vaya, cuidado, no sea que te quemes! Ni que fuera lava, Yoongi —murmuro y, a continuación, chasqueo la lengua. Él todavía no ha cogido el pantalón del maravilloso pijama rosa—. ¿Necesitas ayuda?

Por fin me lo arrebató de las manos de mala gana. Maldice entre dientes mientras se viste con el pantalón. Después, tiendo a Yoongi a través de la puerta entreabierta un jersey de punto. Mi otra opción eran las transparencias, pero Yoongi se negó rotundamente y decidí dejar la nueva imagen tal como estaba, con clase, y no cambiarla a una erótico-festiva. Aun así, las fans harán todo tipo de teorías y ampliarán la imagen al máximo zoom cuando vean sombras debajo del fino jersey.

Yoongi abre la puerta de golpe. Me mira como diciendo: «Qué, ¿contenta?». Yo asiento, satisfecha. Sí, no podría estar más contenta. El conjunto es una bomba de relojería. Las fans explotarán antes de que lo haga Yoongi por culpa del enfado que lleva encima.

—¿Has estado yendo al gimnasio...? —pregunto, juguetona, colocándome a su espalda y ayudándole a que meta los brazos en las mangas de la chaqueta satinada a juego con el pantalón rosa.

—¿Has estado yendo al gimnasio...? —repite burlándose de mí—. ¿Y tú? Parece que te has matado a sentadillas.

—¿Estabas mirándome el cul...?

—Yoongi —le llaman, desde fuera, a gritos—. ¿Estás listo?

—Sí —canturrea.

Y huye, como siempre.

Vuelve a ser alguna hora de la noche; las calles ya están iluminadas por los neones de los comercios. Llevo más cafés en una bolsa de papel. He propuesto que se compren una dichosa cafetera para no tener que estar entrando y saliendo de la agencia, y más aún a estas horas. Si mi madre supiera que voy por ahí sola, sin chaqueta, seguro que le daría un infarto. Llego a la agencia algo acalorada y jadeosa. No me cuesta encontrar la tarjeta de identificación que abre la puerta trasera del edificio, así que la deslizo y la vuelvo a guardar en menos de un minuto. Una vez dentro, me dirijo a los ascensores y subo hasta la última planta.

Se oye un griterío impresionante y aplausos al final del pasillo de la planta superior, en el estudio de grabación más grande. Después escucho aplausos de gente eufórica. No sé qué está pasando. De todas formas, estoy tan cansada que no quiero ni saberlo.

Empujo la pesada puerta y entro en el estudio. Los chicos no se dan cuenta de que estoy aquí hasta que me acerco a Hojun y dejo la bolsa de la cafetería a su lado, sobre la mesa. Al verme de reojo, se sobresalta y grita. Se lleva una mano al pecho mientras pone su mejor cara de disgusto. El pobre se asusta hasta con un indefenso peluche.

—Ya era hora —dice alguien.

Sé que el único que se atreve a quejarse delante de mí es Yoongi. Lo ignoro y saco los vasos de café helado para depositarlos en la mesa uno a uno. Son todos iguales, menos uno al que le he echado un escupitajo de recuerdo. Es el de Yoongi. Se lo tiendo, ocultando una sonrisilla. Antes de irme del estudio sin mediar palabra —porque hoy ha sido un día muy largo y mi alma está rogando por un descanso—, observo cómo Haein me mira expectante. Enarco las cejas. Él abre la boca para decir algo, pero solo suelta un suave suspiro.

—Dijiste que tenías que contarnos algo... —me recuerda.

Chasqueo los dedos. Tiene razón. He estado toda la tarde arreglando los horarios, para que no sean tan agotadores y todo el mundo pueda descansar. Alguien tuvo la lúcida idea de grabar el maldito vídeo para la canción principal del nuevo disco en un solo día. ¡Un único día! ¡Veinticuatro horas seguidas! Me pareció una estupidez a la par que una tortura, así que por el bien de los chicos y de todo el equipo, he decidido que lo mejor era grabar en varios días. Como en la agencia la nueva —o sea, yo— es joven, tiene aparente energía y sabe hacer de todo, he tenido que hacerlo yo sola. Llevo prácticamente un mes aquí. Me consideran la multit talento de la familia, aunque yo creo que soy más bien una esclava.

—Ah, sí. He cambiado los horarios para que no estéis tan agobiados mañana. Empezamos a grabar a las diez, pero hay que estar en el estudio a las ocho —digo, con voz clara y firme. Hago

ademán de girarme—. Marchaos a dormir ya, vais a desarrollar una inmunidad a la cafeína después de tanto café... Tenéis que descansar si no queréis parecer muertos en las grabaciones.

—Si parecemos muertos, es que haces mal tu trabajo —ladra Yoongi. Me muerdo la lengua a pesar de que el ambiente es mucho más acogedor y cálido que en las primeras semanas. Las cosas no han sido bastante difíciles, supongo que podría decir que volvemos a estar en un estado intermedio de amistad, sin más, pero creo que eso se aplica a todo CUT. Son simpáticos. Creo que llevan tanto tiempo encerrados en esta agencia que sus instintos sociales se disparan en cuanto ven a una persona.

Los chicos le restan importancia al asunto diciendo cosas como «estamos bien», «ser inmune a la cafeína es imposible», «no estamos cansados», etc. No insisto mucho porque tampoco quiero parecer su madre. Son bastante mayorcitos y saben lo que tienen que hacer, pero no puedo evitar preocuparme por ellos.

Estoy a punto de irme cuando veo que alguien me lanza algo rectangular a las manos. Quien lo haya lanzado tiene una puntería pésima. De no ser por mis reflejos, lo que parece ser un USB estaría dentro de una papelería de plástico.

—No has escuchado todas las canciones, ¿verdad? —Creo que es la primera vez que Namjoon no utiliza el «noona» cuando está hablándome.

Agito la cabeza.

—Solo una. —Alzo levemente el USB—. Gracias.

—Nuestra vida corre peligro si lo pierdes...

—Bah, ¡no te preocupes! —Hago un gesto con la mano, como diciendo: «No pasa nada, ya sé lidiar con muertos»—. En mi vida solo he perdido un par de cosas.

—Una de ellas fue la dignidad —comenta Yoongi, sin mirarme, fingiendo apatía. Estoy a un segundo de quitarme el zapato y lanzárselo a la cabeza, pero lo ignoro de nuevo y le dedico una sonrisa a Namjoon a modo de agradecimiento.

En cuanto llego al apartamento que comparto con mi prima y con Thai, me encierro en mi habitación y conecto mis auriculares a mi portátil arcaico.

El USB tiene varios archivos de audio. Salto la primera pista; es la única canción que he escuchado. El cansancio se me quita de repente cuando escucho la voz suave de Seungchol, después, en el siguiente archivo, la de Haein, luego la de Insoo... Si Jiho pudiera escuchar esto ahora mismo, se iría al cielo. Literalmente. Echaría a volar con la maravillosa voz rasposa de Insoo de fondo.

Y luego, cuando escucho las teclas de un piano y su eco seguida de una voz terriblemente familiar, cierro el portátil de golpe.

—No puedo hacerlo —me digo a mí misma, quitándome los auriculares con una sensación similar al horror.

Es Yoongi. Es... Como escuchar a un maldito espíritu. Me tranquilizo, inspirando y espirando despacio. Abro el portátil de nuevo. Leo el nombre de la canción: «Mi primer amor»

—Joder, ¡no puedo hacerlo!

Yoongi

He escuchado tu solo. 01:35

Y no sé qué pensar... 01:35

Me siento un poco identificada. Tenía que decírtelo. 01:35

La canción habla sobre la música... 02:30

¿Desde cuándo eres un piano?

√√ leído a las 02:30

Doy los buenos días a mis dos compañeras con energías renovadas. He dormido bastante bien a pesar de haberme tumbado en la cama a las dos de la mañana. He recorrido un par de veces el enorme estudio de grabación donde vamos a pasar la mayor parte del día. La verdad es que la agencia no ha escatimado en gastos y los sets son dignos de una película fantástica de Cielowood. Y la ropa, no hay que olvidarse de la ropa. A excepción de unas cuantas prendas, todo es de marca y de calidad. Nada baja de los ochenta y nueve mil wones; todos son precios ridículamente altos.

El camerino empieza a llenarse de gente: primero el resto del equipo, fotógrafos, guionistas, sonido, después mánager, y, por último, CUT. Las estrellas del día pasan uno a uno por los asientos de maquillaje y peluquería. Gaji se encarga de cargarse la capa de ozono con la laca que utiliza para el pelo de los chicos y yo, junto con Jinyoung, tapo sus ojeras lo mejor que puedo. Todo el mundo habla y hay bastante ruido. El primero que pasa por mis manos es Seungchol, demasiado cansado como para mediar palabra. El pobre ni siquiera sabe dónde está. Reclino un poco su asiento para que esté más cómodo. Me lo agradece con un gruñido. Jinyoung llama mi atención cuando estoy en medio de la importantísima tarea de dejar las cejas de Seungchol a la perfección. Me giro hacia ella. Está maquillando a Insoo. O a lo que queda de él. Se ha quedado dormido.

Nunca pensé que poner la mano bajo la barbilla de un chico iba a ser una de las mejores partes de mi trabajo. Mientras sujeto la cabeza de Insoo con ambas manos, Jinyoung termina lo más rápido posible de maquillar al pobre rubio. Está agotado y aún no ha empezado lo peor.

Esta vez, Yoongi no se sienta en la butaca que tengo enfrente. La última persona a la que maquillo es a Namjoon. Él se deja caer en el asiento. Le retiro un poco el flequillo de la frente con toda la naturalidad del mundo. Me siento cómoda con él, casi más que con Yoongi. En los últimos días he hablado mucho con Namjoon sobre libros, series y viajes a países con tiendas de vinilos. Creo que es el más cercano de todos. De momento.

Doy golpecitos en la tapa de la sombra de ojos grisácea que voy a utilizar en su párpado para retirar el exceso de producto. Me inclino un poco hacia él y cierra los ojos de inmediato con una calma casi robótica.

—No dijiste nada sobre el solo de Yoongi —me dice.

Me encojo de hombros. Luego me doy cuenta de que no puede verme si tiene los ojos cerrados y me siento estúpida.

—No me pareció nada especial.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Tú sabías lo de la carta?

—No. ¿Qué carta? —finjo ignorancia e incredulidad.

—Le devolvieron una carta que escribió él. Y hablaba de ti.

—¿De verdad?!

Namjoon suelta una risilla.

—Es como si una fuerza quisiera juntaros de nuevo. ¿No te parece curioso volver a reencontrarte con él después de tantos años?

—Le puede pasar a cualquiera —murmuro. Elijo otra sombra más oscura y repito el proceso de

la brocha—. ¿Puedes cerrar los ojos?

Namjoon obedece y continúa:

—Pero no cualquiera termina siendo su mano derecha al cabo de cinco años.

—Es mi trabajo. Me pagan por ello.

—Te pagan por decirnos qué chaqueta tenemos que ponernos y cómo tenemos que llevarla...

Voy dando pinceladas hasta que estoy contenta con el resultado.

—Si al fin y al cabo soy casi vuestra *mánager*, ¿deberían subirme el sueldo! Soy multitarea. Dime quién más es capaz de maquillaros, crear vuestros estilismos, traeros café y arreglar vuestros horarios.

—Bueno, eso es verdad. Pero ¿no es demasiada coincidencia que encuentres un trabajo como este? ¿Y que coincidas con uno de tus amigos de la adolescencia?

—Este es un trabajo cualquiera —resoplo, dándome la vuelta para buscar algo que tape las pocas imperfecciones que tiene en el rostro. Señalo hacia arriba, indicando a Namjoon que mire hacia el techo—. Podría haberme topado con cualquier amigo de mi infancia en cualquier trabajo. Tú lo has dicho: es una coincidencia.

—Yo creo que es el destino —suelta.

—El destino está bien como recurso literario, pero no creo en él. Solo sirve a las personas que no saben cómo explicar coincidencias.

—¿Qué explicación científica le das a todo esto, *noon*...? Perdón. No quería llamarte así. ¿Tú no creías en el destino cuando eras más joven?

—Sí, pero las circunstancias me han hecho darme cuenta de que no existe. Al menos en el mundo real. Solo existe en libros, series y películas.

—Pues, sinceramente, yo creo que todo esto es cosa del destino. Es la fuerza que pone a todo y a todos en su lugar, y a lo mejor tu lugar es el más cercano a Yoongi. Quizá el destino se arrepienta de separaros. Quizá está escrito en vuestro destino que os reencontréis cuando vuestras vidas son completamente distintas. Puede que no creas en el destino, pero eso no significa que no esté actuando sobre ti.

—Ay, Namjoon... ¿Cuándo dejarás de leer todos esos libros sobre filosofía? —Me río amargamente—. Tu elocuencia se me va a contagiar como si fuera la gripe.

—No es filosofía. Es...

—Venga ya, Yoongi te ha dedicado una canción —interrumpe alguien. Es Jin, sentado en el único sofá del camerino con su maravilloso flequillo rosa peinado al milímetro—. Es obvio.

Seungchol está sentado al lado de su *hyung* y deja de mirar su teléfono por una milésima de segundo para dirigirse a nosotros. Se une a la conversación.

—Pero si habla de un piano, no de una chica...

—Seungchol tiene razón —digo.

—Son metáforas —añade Jin, seguro de sí mismo al cien por cien. Se dirige a Namjoon—. ¿A que sí?

—Sí.

—Es una canción que habla de un piano, nada más. ¿Qué clase de simbolismo puede tener un piano? —Pongo los ojos en blanco—. No le deis más vueltas. Yo no tengo nada que ver en esto.

—Habla de su primer amor, no de un piano.

—¿Qué más da? —Seungchol vuelve a unirse. Estaba aparentemente desinteresado en la conversación—. El único que puede saberlo es Yoongi-*hyung*.

Seungchol tiene razón. De todas formas, prefiero no darle muchas vueltas al tema de la canción.

Si algo sale a la luz, las fans estarán ahí para crear mil teorías con y sin sentido. Me concentro en terminar de maquillar a Namjoon y arreglo los conjuntos antes de que un asistente del director ordene a gritos que los chicos vayan al set.

Cuando los chicos de CUT están grabando la primera escena del vídeo para su canción, los recuerdos llegan a mí y me dicen: «Eh, Yoongi solía darte clases de piano, ¿a que ahora tiene más sentido?».

Me encantaría poder tomarme el día libre, llamar al trabajo y decir que no tengo la más mínima intención de salir de la cama, que no pienso ir a trabajar, pero la alarma suena una segunda vez y no me queda más remedio que quitarme las sábanas de encima. Salgo de la cama y un escalofrío me recorre el cuerpo al pisar el parquet frío. Me froto la cara.

Ayer perdí la cuenta de las horas que llevaba encerrada en aquel estudio de grabación. Aunque el vídeo para la canción de CUT quedará reducido a seis minutos, hemos necesitado horas y horas de material y, durante los dos días que ha durado la grabación, las jornadas han sido infernales. Tan infernales que he dormido casi seis horas seguidas. La última vez que dormí tanto fue cuando estaba en primero de carrera y me echaba a llorar por las noches porque aún no me había acostumbrado al aire italiano.

Me arrastro fuera de la cama hasta que me doy de bruces con mi escritorio de madera blanca, lleno de apuntes, facturas, bolígrafos de todos los colores y algo de maquillaje. Palmeo la madera para busca la funda de mis gafas de montura metálica y redonda. En cuanto las líneas dejan de ser una forma abstracta de color y se vuelven nítidas, suspiro. Me canso solo de pensar en la cantidad de trabajo que aún queda por terminar. Firmas de discos, presentaciones, *fansigns* para atender a las fans... Lo peor está por llegar. Estoy segura.

Para aguantar un día de mierda no hay nada como una dosis desmesurada de cafeína. Siempre me despierto con ganas de enterrarme viva y dormir para siempre, pero el café nunca me falla. Camino hasta la cocina en silencio. Una vez allí, cojo mi taza tamaño gigante, echo granos de café molidos en la cafetera y espero a que el agua se caliente apoyada en la mesa de la cocina. Jiho no tarda mucho en llegar, bostezando.

Estos últimos días he estado demasiado ocupada. No he podido hablar con ella y realmente me preocupa su situación. Sigue sin mediar palabra, sin responder a las preguntas que importan de verdad. No quiere decirnos qué le ocurre en el instituto. Y su silencio solo me hace pensar que es algo grave. Jiho no sabe de lo que es capaz su prima: como me entere de que hay una sola persona que la está destrozando... Me dan igual las denuncias o los cargos policiales. ¡La gente debería darse cuenta del daño que es capaz de hacer!

—¿Café o «a ver si me muero»? —Sé que no es un buen momento para bromear, mucho menos con un tema como este, pero no puedo evitarlo. Saco una taza para Jiho y vierto en ella un poco del líquido oscuro. Creo que me he pasado con la dosis de café.

Jiho estira los brazos sobre la mesa y hunde el rostro en ellos. Su larguísima melena castaña cubre la mayor parte de su espalda y sus brazos, pero yo soy lo suficientemente cuidadosa y ágil

como para mirar las heridas de sus muñecas. Las cicatrices más recientes destacan en su piel blanquecina. Están algo hinchadas y, por desgracia, parecen algo más profundas. Jiho se reincorpora de golpe. Esconde las manos en las mangas de la enorme camiseta de color negro de su pijama.

Suspiro con resignación.

—Levántate, anda. Voy a curarte esas heridas tan feas.

—No quiero que...

—¿Me vas a obligar a que te agarre del pelo y te lleve a rastras al baño o vas a moverte de ahí?

—Pongo los brazos en jarras y utilizo mi tono más cortante.

—Vas a llegar tarde al trabajo... —murmura, con voz lastimosa.

—Da igual. Tú eres más importante que mi trabajo —le digo. Observo a Jiho de soslayo, con el rabillo del ojo. No la he hecho sonreír, y seguro que está pensando en algo como: «Esta tía no deja de mentir». Suspiro. Ya van tres veces y me he despertado hace cinco minutos—. Además, aún tengo tiempo. No importa si un día no me presento maquillada.

Abro la puerta del baño y arrastro el cubo de la ropa sucia. Dejo que Jiho se siente ahí, y mientras tanto, yo busco el pequeño botiquín que mi madre me regaló cuando me mudé. Hay un poco de todo. Hasta pastillas de epinfrina, por si a Jiho le da algún día un paro cardíaco por culpa de CUT —aunque ahora me siento un poco culpable por la cantidad de incidencias que van a tener en el hospital debido a la nueva gira que están preparando—. Solo saco lo necesario para desinfectar las heridas. Como están un poco inflamadas, voy a la cocina a por algo de hielo. No hay cubitos y tengo que utilizar una bolsa de guisantes congelados. La envuelvo en un trapo y la coloco sobre la muñeca de Jiho.

—Que conste que no te estoy ayudando a ocultar todo esto, ¿entendido? —le advierto a Jiho lo más seria posible—. Tienes que contarme por qué lo haces. Me da igual el motivo que sea. No te hagas daño. No merece la pena.

—Seguro que tú también lo hiciste.

—¿Perdona?! —Finjo estar ofendida y niego con la cabeza al instante—. Nunca hice nada parecido. Ni lo haré. Da igual el motivo, Jiho, herirte a ti misma es una estupidez. Me haces sentir vieja... —Me río con amargura, abro la botella de alcohol y humedezco una gasa. Espero que mis batallitas la distraigan del escozor que le va a provocar el desinfectante en la herida—. Cuando tenía tu edad, o menos, la gente siempre se metía conmigo. No tenía amigas y no me atrevía ni a pedir un lápiz. No me gustaba ir al instituto, me aburría sola en casa y no tenía ganas de hacer nada. Tuve una época en la que me miraba en el espejo y me echaba a llorar. Todas las chicas de mi clase eran mejores, más guapas, con la nariz operada... Yo también quería una rinoplastia. Mi única terapia era llorar todas las noches cuando mi madre se iba a dormir. Me quedaba despierta, sollozaba y me despertaba al día siguiente con los ojos como dos puñeteras sandías. Pero nunca se me pasó por la cabeza hacerme daño físico. Y después de darme cuenta de que no merecía la pena que la gente me tachara de débil, decidí tener más confianza en mí misma.

—Pero...

—Si ven que eres débil, Jiho, te machacarán. No pueden verte llorar, no pueden ver que eres inferior a ellos. —Sigo limpiando su herida, mirando a Jiho a los ojos de vez en cuando. Intento transmitir confianza y seguridad con mi mirada. Espero que funcione—. Nunca se meten con los fuertes, ¿sabes por qué? Porque son unos cobardes. Por eso actúan así. Tienes que demostrarles que Kim Jiho es la más guapa, la más lista y la más fuerte de todo Seúl. Y, si hace falta, del mundo entero.

Hace una mueca que me tomo como si fuera una sonrisa. Yo sí sonrío, para darle ánimos, para que se dé cuenta de que no está sola. Termino de curar sus muñecas, hago un vendaje que no es demasiado opresivo y despeino con cariño el pelo castaño de Jiho.

—Y lo único que haces cortándote es dejar inservibles las manos. A ver cómo te las arreglas con Insoo en un futuro... Se necesita mucho juego de muñeca de vez en cuando, Jiho.

Pone cara de disgusto, pero sé que en el fondo le ha hecho gracia. Se levanta y lleva el cubo de la ropa sucia a su sitio, a la esquina donde se encontraba. Se frota las muñecas recién vendadas y se dirige a mí, aunque mira al suelo.

—¿Volverás pronto esta noche?

Chasqueo la lengua al recordar los eventos apuntados en mi agenda inexistente. Debería comprarme una.

—Tengo cena de empresa, ¡pero volveré en cuanto pueda!

Nunca en mi vida he tenido una cena de empresa y nunca en mi vida pensé que un acontecimiento como este era para seguir hablando de más estilismo, más música, más trabajo. Siempre he creído que las cenas de empresa se hacían para celebrar algo y distraerse un poco. La cena de la agencia es como una reunión de trabajo, pero con comida y un par de cervezas. Al principio solo estamos algunos miembros del equipo, pero más tarde llega uno de los manager con algunos de los integrantes de CUT. El padre, el hijo y el espíritu santo. O sea, Namjoon —que siempre ejerce de líder sin importar las circunstancias—, Hojun y Yoongi. Se sientan a la otra punta de la mesa, así que lo único que digo en toda la noche es que me pasen algo más de kimchi.

Saco mi teléfono y envío mensajes de socorro a Thai. Él es mi excusa favorita para no tener que aguantar cualquier tipo de conversación. Finjo que estoy mensajeando al tailandés mientras Gaji, a mi lado, no deja de hablar de lo insufrible que puede llegar a ser su prometido a veces. Después se pone a hablar del tipo de vestido que quiere para su boda. Jinyoung y otras chicas que trabajan en las oficinas se limitan a comentar con escuetos monosílabos. Me han desplazado a una esquina, como si quisieran proteger a Namjoon, Hojun y Yoongi de mis garras. Como Thai no contesta, hablo con Jiho. Le pregunto qué tal le ha ido el día. Espero que responda pronto.

Como sin mediar palabra, en silencio, sin inmiscuirme en la conversación y sin iniciar una nueva. Solo estoy aquí por la comida, nada más. Los minutos se me están empezando a hacer eternos. Hasta echar un vistazo a Instagram me parece un aburrimiento.

Por fin se levantan algunas de mis compañeras y supongo que la cena ha terminado. Dejo que ellas se marchen primero, como marcan las normas sociales. Ellas son mayores que yo, así que tengo que mostrarles respeto. Recojo mis cosas con calma. Me despido de los chicos, sus manager y el resto de mis compañeros con una leve reverencia. Hojun me dedica una de sus sonrisas radiantes y agita la mano, correspondiendo a mi gesto. Namjoon hace algo parecido. Yoongi y compañía simplemente musitan un «adiós», alguno más eufórico que otro.

Salgo del restaurante y me abanico con las manos. Dentro hacía demasiado calor. Hay unos veinte minutos de caminata desde aquí hasta el apartamento, pero decido ir andando en vez de pedir un taxi o volver en metro. La suave brisa veraniega me resulta agradable y supongo que no me vendrá nada mal pasear y tomarme un respiro. Quizá un chupito tampoco me vendría mal...

Creo que voy caminando demasiado despacio, o demasiado pendiente del teléfono, porque alguien no tarda mucho en alcanzarme. Me giro con todos los sentidos en alerta cuando alguien tira de la cadena metálica de mi bolso.

Debería haber supuesto antes que se trataba de Yoongi. Se pone a caminar a mi lado.

—¿Estás hablando con tu novio? —pregunta con sorna. Aunque es de noche, se cala bien una visera de color negro. No hay gente en la calle, a excepción de nosotros dos, pero entiendo por qué hace una estupidez como esta. Es famoso.

—Y si es mi novio, ¿qué más te da? —bufo, imitando a Yoongi de una manera pésima—. Mi vida personal es mía. —Suelta una risilla sarcástica, mirando hacia otro lado. No dice nada al respecto, y como no quiero que nuestra conversación muera como nuestra amistad, continúo—: Estoy hablando con mi prima. Me da miedo dejarla sola durante mucho tiempo, así que al menos sé que está viva cuando responde a mis mensajes.

—Que tú tengas novio es casi un milagro. O un hechizo de vudú —comenta.

—Rompí con mi novio hace relativamente poco —contraataco—. Oye, ¿por qué me estás acompañando...? —Enarco una ceja—. Te van a matar si se enteran de que estás coqueteando con la estilista...

—¿Quién querría coquetear contigo? —Pongo los ojos en blanco al oír el comentario de Yoongi. Él señala con desgana unas calles cuesta abajo—. Vivimos en uno de esos edificios. No te creas tan importante, Aerin, no estoy acompañándote.

Hablar con Yoongi es como si la realidad me diera una bofetada.

—Ah... No sabía que vivíais tan lejos de la agencia.

—Nos hemos mudado hace poco.

—Qué bi... —Veo a lo lejos una cartelera de cine, y en ella, la imagen de la película del momento. Ha tenido tanto éxito que, después de un mes de su estreno, todavía sigue en los cines. Me paro en seco y ahogo un grito. Soy incapaz de esconder la adolescente fanática que llevo dentro. Y más aún cuando se trata de una película de zombis con un actor que está para chuparse los dedos y otras tantas cosas—. Gong Yoo... —Suspiro cual niña enamorada—. Qué guapos son los hombres de Busan...

Creo que Yoongi ha preferido huir; va un par de metros por delante. Seguramente está pensando en que sigo siendo una loca y es consciente de que no hay cura. Doy un par de pasitos acelerados para llegar antes a él.

—Aún no he visto esa película —me quejo. Siento que estoy hablando conmigo misma.

—¿En serio has tenido novio? ¿No será producto de tu imaginación? —Yoongi cambia de tema.

—Es una historia larga que no te voy a contar. ¿Por qué no vienes al cine conmigo?

Ahora es él quien se para en seco. Intento rebobinar en el tiempo y volver atrás mientras me pregunto por qué narices he dicho eso. Ya no puedo deshacer la pregunta, así que me limito a mirar a Yoongi sin mucha expectación.

—También puede venir Hojun —añado, como si quisiera decir: «Para que no pienses que te estoy pidiendo una cita».

—¿Es una cita?

Me llevo la palma de la mano a la cara y me doy con ella en la frente. El chasquido de mi mano golpeando mi rostro resuena por toda la calle. A Yoongi le ha hecho gracia mi golpetazo. No escucho su risa, pero veo que sus hombros suben y bajan.

—No, no lo es ni va a serlo —aclaro—. Solo como amigos, si es que lo somos...

—Ve con Insoo o con Seungchol. A ellos les hará más ilusión.

—Claro, a ti lo único que te hace ilusión es... Ah, nada te hace ilusión.

Yoongi chasquea la lengua con molestia.

—Buenas noches. —Se da la vuelta y camina en dirección a las calles que ha señalado con

anterioridad.

—En serio. —Me río con algo de nerviosismo. No sé por qué, pero quiero que Yoongi venga al cine conmigo o que se siente en un banco a mi lado y me cuente cómo le han ido sus clases de piano. No sé por qué, pero me gustaría recuperar algunas costumbres. Me siento nostálgica de repente. Tanto, que hasta me cuesta hablar—. ¿Por qué no venimos a ver la película...?

Yoongi suspira sonoramente y se gira hacia mí.

—¿Porque no tengo tiempo?

—He arreglado tu horario para mañana, tienes tiempo de sobra a partir de las once de la noche.

—Hago un puchero y pataleo como una niña pequeña —. Porfa...

—Bueno, vale, pero se viene Hojun.

Sonrío.

—¡Qué fácil es convencerte!

La típica brisa preotoñal, suave y refrescante, hace que me abrace a mí misma al notar el contraste de las temperaturas. Yoongi mantuvo su promesa y vino al cine conmigo, pero arrastrando por el camino a Insoo y Hojun, que ha estado gritando casi toda la película. Si Jiho supiera que he estado dos horas y media sentada entre su amor platónico —Insoo— y Hojun —también su amor platónico—, explotaría. Camino en silencio, aunque los chicos charlan entre ellos con un tono extrañamente más alto de lo normal.

Estoy dispuesta a despedirme de mis tres acompañantes cuando me doy cuenta de que están caminando en la misma dirección que yo. Me he adelantado un par de pasos con Insoo, somos más rápidos que los otros dos. Esto está empezando a parecerse a una cita doble.

—Pensé que volveríais con vuestro mánager —comento, mirándole de reojo. Su rostro está ensombrecido por la gorra y por un momento he imaginado que se estaba convirtiendo en zombi.

—Le hemos dicho que preferíamos volver andando. Nuestro apartamento no queda muy lejos de aquí.

Enarco una ceja.

—¿Yoongi? ¿Yoongi caminando?

—Bueno, solo se lo he dicho yo. —Agita la mano, como si diera igual—. Pero no importa. ¿Y tú? ¿Vives muy lejos?

Por fin ha dejado de lado el «*noona*». Yo señalo con desgana una calle que está a la derecha, luego un edificio alto con ventanas de espejo que se ve en el horizonte. —Allí.

Insoo deja caer la mandíbula, sorprendido.

—Qué alto... ¿Vives sola?

—Con mi prima y un amigo —respondo a lo que es, aparentemente, una pregunta simple y normal.

—¿Y tus padres?

—Viven en otro vecindario.

—Así que, ¿eres de Seúl?

—Sí.

—¿Y no has vivido en otra ciudad?

—En Roma, un tiempo...

Insoo sigue con su bombardeo de preguntas cortas. Pasado un tiempo tengo la sensación de estar rellenando un test al azar. Todo resulta ser una especie de maniobra de distracción de Insoo, que después de estar minutos y minutos preguntándome hasta qué clase de cereales prefería, suelta:

—¿Tienes novio?

Voy a responder, pero me muerdo la lengua. Frunzo el ceño.

—¿Y esa pregunta?

Se encoge de hombros.

—Como cualquier otra.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Interés laboral!

—Eso no suena demasiado correcto.

—Entonces, ¿tienes novio? ¿O novia?

—No —contesto.

Insoo asiente despacio, procesando la información. No sé si está contento porque ha tenido tiempo libre y ha podido salir de la agencia o si le ha hecho extrema ilusión que su estilista no tenga ninguna relación.

—Y... ¿perros o gatos?

Me río, incrédula.

—Tengo alergia a los gatos, así que perros.

Sigue con sus preguntas, aunque se detiene a pensar algunas más complejas. Yo sigo contestando las preguntas de Insoo cual madre primeriza con su hijo de cuatro años. Caminamos hasta llegar a una calle que se divide en dos. Yo tengo que ir hacia la derecha, los chicos hacia la izquierda.

Me paro para despedirme de ellos con una sonrisa. Hojun me da las gracias por «invitarlo» al cine —no sabe nada de mi acuerdo con Yoongi, que espero que me devuelva el dinero de las entradas más tarde—. Insoo se despide con un alegre «¡hasta mañana!». Sí, definitivamente son dos rayitos de sol.

Yoongi, por su parte, camina un par de metros con ellos y luego vuelve hacia una tienda de conveniencia que aún está abierta. Oigo cómo les dice a sus compañeros que sigan hacia delante, que él volverá al apartamento más tarde. Yo camino calle arriba, pero mi intuición —o mi esperanza— hace que permanezca escondida entre dos muros. Estoy segura de que Yoongi saldrá de la tienda sin nada, volverá la cabeza para asegurarse de que Insoo y Hojun se han ido y me buscará.

Mientras me pregunto por qué estoy actuando de una forma tan infantil, Yoongi aparece con la misma tranquilidad con la que había entrado en la tienda. Y con las manos vacías. Mi instinto no falla: gira la cabeza hacia la izquierda, se asegura de que sus dos compañeros no están y camina hacia el lado contrario con algo de recelo.

Salgo de las sombras cuando Yoongi pasa por delante de mis narices. No se da cuenta de que estoy aquí, así que aprovecho su despiste para seguirlo en silencio un buen rato. No voy a agarrar la tela de su camisa y tampoco voy a pellizcar su hombro ni nada por el estilo. A lo mejor ni siquiera se ha dado la vuelta por mí. Quizá mis sospechas de que está saliendo con alguien son ciertas y Yoongi está buscando a su amante o lo que sea.

Al final, Yoongi llega a una calle que no conoce, pero yo sí. Se gira. Ha estado a punto de darse de bruces conmigo. Esbozo una sonrisilla.

—¡Romeo va en busca de su Julieta, oh, en un amor prohibido! —dramatizo—. ¿Dónde vive tu novia? A lo mejor puedo ayudarte a encontrar la calle.

—En la calle «cállate y deja de seguirme»

—Vivo por aquí. —Vuelvo a señalar el edificio de doce pisos, esta vez más cercano que antes.

—Menuda excusa —bufa.

—Ay, no te hagas el duro. ¿Quieres acompañarme?

—Solo estaba desorientado. —Yoongi me dedica una mirada envenenada, pero sé que va a ponerse a caminar a mi lado.

Mi instinto tampoco falla esta vez. Andamos en silencio unos cuantos metros, despacio, como si paseáramos por un parque en vez de ir por una callejuela oscura de Seúl. Él abre la boca para decir algo. Se contiene. Simplemente chasquea la lengua.

—Podríamos ir al cine más a menudo. Hasta lo podría programar en los horarios —propongo—. Como ahora tengo un sueldo fijo, creo que puedo permitírmelo. No haré más descargas ilegales.

—¿Como si fueran unas puñeteras excursiones? ¿Qué somos?, ¿niños de secundaria?

—De párvulos, más bien.

Me sorprende que Yoongi ponga un gesto de estar molesto, que diga algo entre dientes y que me dé un golpe suave pero rápido en la cabeza, revolviendo mi flequillo.

—Puedes ir con Hojun. Te lo has pasado bien, ¿no?

Me río. Olfateo el aire.

—¿Lo hueles...? Son celos. Celos porque Hojun me ha hecho más caso a mí que a ti —digo. Él no me hace burla. Vuelve a matarme con la mirada—. Si quieres podemos ir solos... Como amigos.

—Obviamente vamos a ir como amigos, Aerin.

—¿Insinúas algo?

—¿El qué?

—Que estoy interesada en ti.

—Eres interesada por naturaleza...

Pongo los ojos en blanco.

—El otro día me estabas mirando el culo...

—Era un trabajo de investig... ¡Uy, llego tarde a un ensayo de madrugada!

Finge sorpresa, da dos pasos torpes, en falso y adrede, se gira y vuelve a huir.

—¡Cobarde! —le grito.

—¡Materialista! ¡Interesada! —contraataca.

Me doy por vencida. Que le den. Alzo los brazos al cielo y por fin, después de un largo día, vuelvo a casa.

Hoy es una de las fechas clave en el calendario del regreso a los escenarios de CUT: es su primer *fansign*, su primer contacto con sus fans. Eso quiere decir que tendré que mantenerme muy al margen si no quiero que la gente empiece a especular. En teoría debo quedarme entre bastidores, esperando con una brocha en mano por si hay que reparar alguna catástrofe estética. Lo bueno de tener un *fansign* hoy es que no tengo que estar tres horas extras en la agencia o en algún plató. ¿Lo malo? Que me pierdo dos clases.

Cuando acepté el trabajo pensé que la conciliación laboral no iba a ser un problema, que podría ir a las clases de la tarde, pero me equivocaba. Qué ilusa. Llevo casi un mes sin pisar la facultad y eso es un problema. Trabajo durante el día, estudio por la noche y sobrevivo a base de café, al que me estoy volviendo inmune. Cuando tenía diecisiete años me quejaba del instituto, del conservatorio, de todos los animes sin segunda temporada que me dejaban con un vacío existencial... Pero ahora todo es peor. Más grande, más serio. Como yo. Los problemas crecen contigo, supongo. Ahora es la universidad, el trabajo, las facturas, Jiho o el cabrón de Dongyul.

Ese idiota lleva un par de días llamándome sin parar, suplicándome que vuelva con él. Está claro que alguien como él no puede conseguir a alguien como yo. He empezado a ignorar sus llamadas y estoy a un pestañeo de bloquear su número. Pero sé que no se dará por vencido y que a los dos días estará frente al apartamento, de rodillas, rogándome para que pueda volver a tratarme como un puñetero objeto. Yo misma me he dado cuenta de que mi repugnancia por el contacto físico ha llegado a un nivel extremo. Y todo por culpa de Dongyul.

Suspiro y salgo de mi habitación rauda y veloz para calzarme. Tengo que ir al local donde se celebra el *fansing* con bastante antelación para preparar todo el material necesario antes de que lleguen los chicos. Mientras me pongo el calzado más cómodo que tengo a mano, oigo unos sollozos ahogados y a Thai reconfortando a alguien. Retrocedo. Piso el parquet del apartamento con los zapatos; espero que nadie se dé cuenta. No quiero que Thai me grite en tailandés por ensuciar el suelo e «ignorar las reglas y costumbres de nuestra cultura».

Los sollozos provienen de la habitación de Jiho. Está sentada en la silla de su escritorio, con el rostro escondido tras su pelo y con un libro con fotos entre las manos. Reconozco alguna de las fotos de lejos: es el disco de CUT. Solo espero que Jiho esté llorando por lo maravillosas que son las fotos —que nos llevaron dos malditos días y más horas de las que planeé—. Me acerco a ella despacio y le froto la espalda.

—¿Qué pasa? —pregunto. Mi voz suena fría y robótica en vez de sonar dulce y tranquilizadora. Supongo que sigo sin tener el don de la palabra—. ¿Te gustan tanto las fotos que estás llorando al

verlas? Yo lo haría, la verdad.

Thai me riñe con la mirada y yo me encojo de hombros. No soy muy buena dando consejos, consolando al resto o simplemente hablando con alguien. Siempre tiendo a bromear y a soltar algo sarcástico. Supongo que es un aspecto de mi personalidad que debería mejorar, pero el tiempo solo lo empeora.

—Sus compañeras... —empieza a decir el tailandés.

Alzo una ceja.

—¿Te ha pasado algo en el instituto?

Jiho niega con la cabeza. Me acuclillo para quedar a su altura, sujeto su rostro con ambas manos y la obligo a mirarme. Sus ojos están rojos por culpa del llanto y sus párpados se ven algo hinchados. No sé por qué no quiere decirme qué está ocurriendo con sus compañeras y sus clases, pero está empezando a preocuparme de verdad. Jiho está haciendo equilibrios en la cuerda floja y está a un milímetro de caerse al vacío.

—Hoy te vienes conmigo al trabajo. Pero cambia esa cara —sentencio, estirando las piernas. Jiho parece sorprendida. No responde al instante, así que cojo su mano y tiro de ella, haciendo que se levante de la silla giratoria—. Vamos.

—¿De... de verdad? Pero hoy es el *fansign*... Y no tengo entrada...

—Yo soy tu entrada, Jiho. Lleva tu disco y vístete. —Señalo el pequeño libro de fotos de color negro que ha dejado sobre el escritorio.

Thai agita la cabeza después de procesar toda la información y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?! ¿Vas a llevarla a la firma? ¡Yo también quiero ir!

—No, Thai. Tú te quedas aquí a discutir con tu hermano por Skype. Y a limpiar la cocina —suelto al salir de la habitación. Jiho está buscando algo con lo que vestirse con una parsimonia que termina hartándome. Voy hasta mi armario, saco un vestido negro y se lo lanzo—. ¡Póntelo!

Ella gruñe porque la tela negra acaba tapando su cabeza. Thai y yo salimos de la habitación, y mientras esperamos a que Jiho termine de vestirse, discutimos sobre el *fansign*. Thai insiste en que no es justo que cuele a mi prima, yo argumento que él ni siquiera es fan de los chicos. Protesta, sin cansarse, hasta que lo empujo pasillo abajo. Jiho aparece con el vestido negro, un poco ajustado a la cintura y con mangas largas, pero no pegadas. La falda le queda un poco más larga que a mí porque ella es más bajita, pero aun así sigue estando preciosa. Tiene los buenos genes de su prima...

Agarro su muñeca y tiro de ella por dos razones: una, porque Jiho es lenta como un caracol con agujetas y dos, porque ya llego tarde al trabajo, como siempre. Estoy a menos de un día de ser despedida. Llego tarde, hablo demasiado con los chicos, cuelo a un familiar en un evento oficial...

Durante el camino, pienso un plan para que Jiho entre en el *fansign* sin problema. Puedo hacer que se esconda en algún lugar del camerino, o quizá puedo hablar con alguna otra chica para que me ceda su entrada para poder dársela a Jiho. Como me he propuesto no ser cruel con gente que no conozco, desecho la segunda idea. El trayecto en metro es corto. Al llegar al lugar de la firma, sigo con la mente en blanco. No se me ocurre nada; lo único en lo que pienso es en mi nula capacidad de reacción. ¿Cómo pretendo ser cirujana? Si me encontrara en medio de una operación sin saber qué hacer, como ahora, mi paciente llevaría muerto horas.

Hay una larguísima cola fuera del recinto. La mayoría son chicas que esperan emocionadas a entrar en el auditorio para ver a sus ídolos. Por el momento, le digo a Jiho que espere con ellas aunque no tenga un pase. Primero me encargaré del maquillaje y del vestuario. Vendré a rescatar a

Jiho más tarde, cuando el *fansign* haya comenzado y todo el mundo esté concentrado en CUT. Con suerte, nadie se dará cuenta de que hay alguien sin entrada.

Entro por una de las puertas metálicas de la parte de atrás. Uno de los *mánager* me saluda en cuanto estoy dentro. Correspondo con una leve reverencia y maldigo entre dientes; si él está aquí, significa que los chicos ya han llegado y que Gaji va a soltarme una buena reprimenda. Resoplo. Finjo una sonrisa al entrar en el camerino.

Sí, los chicos ya están aquí.

—Dios mío, Im, ¡ya era hora! ¿Se puede saber dónde estabas? —grita histérica Gaji. Me contengo y no hago ningún gesto de fastidio—. Llegas tarde.

—Eso no es ninguna novedad. —Oigo la voz de Namjoon. Aparentemente ha tomado el lugar de protestón de Yoongi. Me quito la chaqueta y, aprovechando que él pasa a mi lado, agarro la manga de su sudadera negra y le empujo de mala gana hacia una silla situada enfrente de un enorme espejo. Él se sorprende al principio, pero después se deja caer en la silla.

—El metro llegaba con un poco de retraso —miento, recogiendo mi melena en una coleta para que el pelo no me moleste mientras maquillo. Cojo un par de brochas y un poco de corrector. Maquillar a CUT es como pintar con blanco en una pared que ya es de ese color. ¡Apenas necesitan maquillaje! He de admitir que tengo bastante envidia.

Retiro con cuidado el flequillo grisáceo de Namjoon de su frente y lo sujeto con un par de pinzas.

—¿Estabas estudiando? —me pregunta.

Namjoon y yo hablamos a diario por chat. Suele preguntarme sus dudas existenciales en vez de buscarlas en Naver. A las tres de la mañana, me llega un mensaje preguntándome qué opino sobre la clonación humana o sobre cualquier otro tema bioético. Siendo sincera, Namjoon es la única persona con la que puedo hablar de algo como esto; ni siquiera mis profesores de la facultad están interesados en temas de ese tipo. Namjoon también sabe que me paso las noches estudiando, así que normalmente me pregunta qué tal me va. Me dijo que él echaba de menos estudiar. Es todo un cerebritito...

Niego con la cabeza mientras cubro algunas —escasas— rojeces en el rostro de Namjoon.

—El metro ha llegado tarde hoy, no tengo ni idea de por qué. No tengo mucho tiempo para estudiar últimamente. —Mi suspiro se pierde enseguida en el aire. Entre conversaciones lejanas, Haein riéndose en algún rincón por algún chiste malo y Gaji medio gritando porque no encuentra la sombra de ojos que necesita, ni siquiera lo escucho—. No entiendo por qué necesitáis maquillaje. Sí, ya sé, los flashes y todo eso, pero, joder, ¿por qué tengo que maquillaros si tenéis la piel de un bebé?

Namjoon irradia paz y tranquilidad. Evidentemente, no puede estar quieto cuando está sobre el escenario, pero en el día a día, es la calma en persona. Y eso ayuda, en parte, a que yo también me tranquilice.

No tardo mucho en terminar de maquillarlo, pero cuando estoy dando los últimos retoques al look, alguien del equipo se asoma por la puerta del camerino y anuncia:

—Ya han abierto las puertas.

Mierda. Eso significa que la cola del exterior está avanzando y que Jiho puede tener problemas. Chasqueo la lengua. Me sentiría muy mal conmigo misma si dejara a mi prima fuera después de lo que está pasando, después de hacerle una promesa. Quito las pinzas del flequillo de Namjoon, lo arreglo con la yema de mis dedos, sin necesidad de un peine ni de ningún otro utensilio de peluquería. Le digo con suavidad que está listo, aunque aún tiene que ponerse la chaqueta del

traje, pero Gaji ve que no he alisado el pelo de Namjoon y enseguida me mira horrorizada.

—¿Qué es ese desastre?! —exclama. Gaji empuña unas planchas del pelo finas y estrechas como si fueran un cuchillo. Espero que no quiera quemarme la cara. Con resignación, me empuja hacia un lado y se pone a alisar el flequillo gris de Namjoon.

Los demás chicos ya están listos. Otras personas del equipo les estaban ayudando a ponerse las chaquetas. Cualquiera que los viera pensaría que es una estupidez, que una chaqueta se puede poner sin ayuda... Son de más de un millón de wones. Son prendas extremadamente delicadas y caras. No se las puede poner cualquiera y, por supuesto, no pueden romperse. Si Insoo o Namjoon no tuvieran ayuda con las chaquetas, seguramente estaríamos de luto, lamentando la pérdida de una prenda carísima. Al menos, las ventas del disco se han disparado y los beneficios están siendo altos. De no ser así, K.K Entertainment se podría haber declarado en bancarrota. Arriesgaron demasiado con el nuevo estilismo. Pero no ha ido nada mal.

Oigo, fuera, el murmullo entusiasmado de las fans. Mi cuerpo empieza a ponerse en modo pánico. ¿Jiho estará ahí? ¿Se habrá ido? ¿Una marabunta de fans la habrá aplastado? No puedo irme de aquí hasta que mi trabajo haya terminado, así que me quedo arreglando el cuello de la camisa de Namjoon antes de que salgan al escenario del auditorio. Doy unas palmaditas amistosas en su hombro antes de que se vuelva y salga por la puerta junto a sus compañeros, a quienes enseño los pulgares como diciendo: «Muy bien, chicos, ¡suerte!».

Por fin, puedo salir a rescatar a mi prima. Casi todos los miembros del equipo están prestando atención a la presentación que se está dando en el escenario, así que salgo de los bastidores con la excusa de que tengo que ir al baño y camino a toda velocidad hacia la puerta de atrás. Tengo que rodear medio edificio. Aún hay algunas chicas esperando en la puerta del auditorio, donde minutos antes un vigilante de seguridad controlaba el paso. Reconozco a Jiho entre algunos grupos de chicas de su edad; ella está sola. Hago una mueca, sintiéndome mal por Jiho, me acerco y agarro su muñeca. Se sobresalta. Tiro de ella y me llevo un dedo a los labios, otra vez, para que guarde silencio. La llevo de la mano hasta llegar a la puerta del auditorio por la que yo he salido. Allí, una vez más, le pido que no haga ruido. Jiho asiente, emocionada, con su disco pegado al pecho. Aunque todo está muy controlado, espero que no se den cuenta de que hay una persona de más en el *fansing*.

Detengo a Jiho antes de que salga disparada. Echo un vistazo al auditorio. Hay un par de asientos libres y no parece que haya gente prestando atención.

—Ve. ¡Y mantén la calma si Insoo te pide salir! —grito en un susurro, animando a Jiho, que sale hacia el patio de butacas. Veo que se queda en el primer asiento libre que ve, apretando entre sus manos el nuevo disco. Está nerviosa, pero por primera vez en bastante tiempo, sus ojos brillan por la ilusión y no por las lágrimas.

Me aseguro de que nadie ha notado su presencia —de momento— y vuelvo hacia los bastidores. Cuando me doy la vuelta, soy capaz de ver a Gaji al final del pasillo, dispuesta a salir corriendo para decirle a su jefe que he colado a alguien en el *fansign*, algo que en teoría no puedo hacer. Camino con tranquilidad, cruzada de brazos. Llego al lado de Gaji. Ella me mira entre interrogante y enfadada, preguntándome qué estoy haciendo. Me limito a devolverle una mirada ácida, envenenada, que espero que la disuada de decirle algo a los jefes.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—¿Y tú? —suelto, caminando junto a ella.

—¿Me estás tuteando?!

—Lo siento, *unnie* —digo, sin dejar la sorna de lado.

Antes de que lleguemos a la zona de bastidores, me agarra del brazo. Con tono amenazador, me dice:

—No sé por qué estás aquí, pero no es para trabajar. Pienso decírselo a la jefa de personal. No mereces este puesto. Siempre llegas tarde y te acercas demasiado a los chicos. Todos sabemos cuáles son tus intenciones.

Me siento ligeramente herida, pero se me pasa enseguida al darme cuenta de lo ridícula que es la situación.

—Vaya, pensaba que esto de la rivalidad en el trabajo solo pasaba en las series y las películas —me río, escéptica—. Gaji-*unnie* soy yo la que ha impulsado este nuevo lanzamiento del grupo, y las ventas dicen que ha sido el más rentable de todos. Incluso la noticia de la nueva gira ha llegado a países de otros continentes. No he dormido durante días solo por idear todo esto. He hecho bocetos, he diseñado todo de pies a cabeza, traigo café y comida, cuadro los horarios de todo el equipo, maquillo, peino y visto. ¿Quién es la que no trabaja ahora, *unnie*?

—Has roto las normas más esenciales, Im —me recuerda—. ¡Has traído a alguien a un evento cerrado!

Sí, es una de las normas esenciales. CUT son estrellas que están guardadas como oro en paño. Todo está calculado al milímetro. De hecho, no dejo de repetirme en la cabeza: nada de fotos, nada de vídeos o audios, nada de filtrar información que ellos no quieran, nada de acercar a terceros a CUT. Es más estricto de lo que parece. Inspiro con fuerza.

—¿Y qué? Al menos estoy un paso más lejos del infierno que tú. Solo estoy ayudando a alguien que lo está pasando mal.

Me voy pasillo arriba, aún con los brazos cruzados, ignorando la presencia de Gaji. Estoy segura de que he metido la pata, pero para mí la vida de una persona y las ilusiones de alguien que quiero son mucho más importantes que un puesto de trabajo.

Me sitúo a la sombra de unas cortinas rojas. Puedo ver perfectamente el patio de butacas y a los chicos sentados detrás de una mesa cubierta con una tela encima del escenario. Firman discos, sonrín, responden preguntas y hablan con las fans como si fueran realmente conocidas. Me apoyo contra la pared y observo la escena sin decir nada. Algunas chicas lloran. Los chicos las consuelan con amabilidad. Otras tienen la suerte de poder entrelazar sus dedos con los de algún integrante del grupo. Sonríe enternecida cuando veo que es el turno de Jiho. Sube al escenario con timidez.

Me apoyo en la pared que tengo a mi derecha. Por un lado, los *fansign* son una idea maravillosa para que las fans conozcan a sus ídolos, pero por otro me parecen crueles. Hay mucha gente que no puede acceder a ellos, y además, seguro que tienen envidia. Como yo. Es irónico porque yo paso la mayor parte del tiempo con ellos... Pero una parte de mí también quiere que me reconforten, que me den palmaditas en la espalda y entrelacen los dedos conmigo.

Una reunión de emergencia a última hora de la tarde y un «tenemos que hablar de algo serio» no son dos cosas que inspiren mucha confianza. Todo ha resultado ser una falsa alarma; lo primero que hago al salir del despacho del CEO, el jefazo o papá CUT, es soltar un pesado suspiro. Cierro la puerta y me despido de Shoo y de mi jefe con una reverencia y una sonrisa, agradecida.

He estado a un paso de perder mi trabajo. No sería la primera vez. En resumidas cuentas: no me han despedido porque aún no se han acabado las promociones de la última gira y todo apunta a que voy a tener que seguir trabajando aquí para sacar al grupo adelante con nuevos estilismos .

Pero los chicos han desempeñado un papel muy importante. Les expliqué la historia de Jiho a modo de defensa y ellos la entendieron. Dijeron que no les importaba que una fan más acudiera al *fansign*. Y, además, le han dicho a su jefe que se sentían cómodos conmigo. Que no había ninguna necesidad de cambiar de estilista por enésima vez.

Subo en ascensor a la planta de los estudios. En cuanto los integrantes de CUT pisan la agencia, van allí. Tienen un par de horas libres antes de ir a una grabación para un programa de música televisivo. Bueno, «tenemos», mejor dicho, porque donde vayan ellos voy yo.

Mi teléfono suena de repente. Es Dongyul. Rechazo la llamada de mala gana. Las puertas del ascensor se abren, camino hacia el estudio de grabación más grande y abro la puerta sin llamar. Me espero encontrar cualquier escena grotesca, pero solo veo a Haein y Insoo tirados en un sofá, a Seungchol sentado en el suelo, a Hwan sentado en otro de los sofás de cuero negro y a Yoongi en una de las sillas giratorias que siempre utilizan los productores. Están hablando y ni siquiera reparan en mí hasta que mi teléfono suena de nuevo.

—Hola, *noona* —dicen al unísono el de pelo gris y el rubio.

—¿Necesitáis algo?

—Café. —Yoongi, cómo no, pide lo de siempre. Frunzo los labios, pero creo que él no lo ha notado.

—Vas a tener una úlcera de estómago como continúes así —le advierto.

—¿Y tú no, señorita Im? —replica. Él también sabe que mi vida se basa en la cafeína. Tiene razón; no soy la más adecuada para decirle que deje de beber café, aunque mi estómago es bastante más fuerte que el suyo.

—¿Necesitáis algo...?

El tono de llamada de mi teléfono móvil me interrumpe. Con fastidio, lo saco del bolsillo de mi pantalón y rechazo la llamada de Dongyul. Ya van tres veces. A la cuarta, bloquearé su número.

—¿Por qué no contestas? —pregunta Insoo.

—¿Porque es alguien a quien no quiero contestar? —Puede que me haya pasado de sarcástica. Insoo mira hacia otro lado.

—Pues responde y di que no te llame más —sentencia Yoongi, observándome con el codo apoyado sobre la mesa llena de controles de producción y sujetándose la cara con la mano. Parece cansado—. ¿No es lógico?

Cuando el teléfono vuelve a sonar, lo lanzo a las manos de Haein como si fuera una bomba a punto de explotar. Él logra alcanzar mi móvil antes de que caiga al suelo con sus delicadas manos, que son del mismo tamaño que las mías. Mira la pantalla un par de segundos y, sin pensárselo, como si fuera un acto innato y reflejo, desliza el dedo por la pantalla y contesta.

—¿Sí? —dice con voz suave. Me mira—. ¿Aerin? No, no la conozco. Espera.

Le pasa el teléfono a Insoo, que está a su derecha. Él se lo lleva a la oreja con aire despreocupado.

—Hola. —Puedo oír la voz de Dongyul al otro lado de la línea. Está cabreado—. ¿Quién es esa chica...? No la conozco. —Insoo hace una pausa. Nos mira como diciendo: «Joder, este tío está loco»—. Ah, ¿tu novia? No sé. A lo mejor un amigo sabe algo. ¡Espera!

El siguiente en hablar por mi teléfono es Jin. Todo esto le debe de parecer superentretenido y cómico, así que toma el teléfono con una sonrisilla. Se mete tanto en el papel que termina sentado en la mesa como si estuviera posando para un retrato.

Ahoga un grito de horror.

—¿Que no sabes quiénes somos? ¿No conoces a CUT? Vaya, no me lo puedo creer. ¡Pero bueno,

no grites! Puedo entenderte perfectamente sin que grites. Cálmate. —Deja que Dongyul se explique. Yo me llevo una mano a la boca para ocultar una evidente sonrisa. No esperaba que esto fuera tan divertido, aunque no he pensado en las consecuencias...—. ¿Aerin? No sé, pero lo siento. Las rupturas deben de ser muy duras... Te acompañamos en el sentimiento.

Devuelve el teléfono a Insoo. Es raro que el idiota cabeza cacahuete de Dongyul no haya perdido la paciencia. Insoo carraspea antes de hablar.

—Ay, ¡ya sé quién es la chica! Aerin es nuestra *noona* —recalca la palabra—. Sí, sí; como lo oyes. *Noona*.

Dongyul grita demasiado. Está perdiendo los nervios. Insoo, que no quiere problemas, se retira el teléfono de la oreja con una mueca de dolor. Me acerco para recuperarlo y terminar con el asunto, pero es Yoongi quien recibe el móvil. Deja de tener esa actitud apática y se yergue en su silla con aire orgulloso.

—¿Quién eres? —bufa—. No, ella no está con nosotros. ¿Por qué no dejas de llamar ya? ¡Yoongi pone los ojos en blanco! Puedo decirle algo de tu parte. ¿Que vuelva a casa ahora? No estamos en el medioevo. Además, está trabajando. ¿Por qué la molestas?

Hago una seña para que me dé el teléfono, pero se queda con él.

—¡Dámelo! —susurro, impaciente.

—A ver —continúa Yoongi—, que dejes de joder. ¿No lo entiendes? ¿Necesitas algún tipo de esquema o de resumen? Está trabajando y punto. No va a irse de aquí. —Dongyul suelta algo que, al parecer, molesta mucho a Yoongi —. ¿Me estás amenazando?

Insoo suelta una risilla; ver a Yoongi enfadado debe de hacerle gracia. Haein no parece tan contento.

—*Hyung*, creo que ya está.

—Ah, ¿estás amenazando a Aerin?

Es suficiente. Consigo arrebatarse el teléfono a Yoongi.

—Deja de llamarme —digo a la pantalla. Cuelgo. Bloqueo enseguida el número de teléfono de Dongyul y doy por zanjado el tema. No volverá a molestarme. O eso espero.

El ambiente se queda un poco frío después de tanto ajeteo, pero Hwan es capaz de romper el hielo. Suena escandalizado.

—¿Cómo es posible que tú conozcas a una persona tan...?

—¿Gilipollas? —sugiere Yoongi.

—Iba a decir ignorante. ¿Es tu ex?

—Eh... Sí —respondo, algo avergonzada.

Insoo se hace a un lado y deja un hueco en el sofá. Da un par de palmaditas sobre la tapicería, esperando a que me siente.

—Cuéntanos la historia, *noona*.

Creo que me estoy acostumbrando al sobrenombre. Con un suspiro, me dejo caer en el sofá, entre Insoo y Haein. Les cuento la historia, como me ha pedido el primero. No tengo nada mejor que hacer y es una historia lo suficientemente larga para matar el tiempo. Hwan escucha atento, con la boca semiabierta, y al final, el único que se atreve a decir algo es Yoongi.

—Eres idiota —dice agitando la cabeza. Chasquea la lengua—. Te merecías algo mejor que ese tío.

Resoplo.

—Lo sé.

—Y ahora vete a por mi café. No he estado escuchándote en vano —protesta. Me levanto del

sofá, pero me acerco a Yoongi y lo llevo conmigo sin mediar palabra. Al principio pide ayuda, estirando el brazo hacia sus compañeros, pero al final cede. Cuando vamos por el pasillo, me mira como si estuviera intentando ver mi cerebro a través de mi cráneo—. No deberías volver sola a casa.

Me sorprende tanto que me diga algo así que me atraganto con mi propia saliva. Tardo un par de segundos en asimilarlo y procesarlo.

—¿Lo dices por ese cabrón? No estará esperándome allí. Además, ¿pretendes acompañarme? ¿Tú? ¿Un enclenque de un poco más de metro y medio?

Me empuja.

—Pensé que habías cambiado.

—Lo mismo digo, pero sigues siendo igual de alto.

Se ríe.

—Que te den, Aerin.

El paseo desde el estudio hasta la cafetería más cercana no ha sido muy largo. De hecho, se pueden contar los pasos. Solo hay que salir por la puerta, caminar recto unos cuantos metros y, *voilà*, estás en una cafetería que se halla enfrente de la agencia. Normalmente, los chicos no salen de la agencia a estas horas porque hay un noventa por ciento de probabilidades de que algún fan los arrolle, pero después de echar un vistazo al exterior, Yoongi ha decidido acompañarme.

No hablamos mucho por el camino. Bueno, realmente no hablamos nada. Siento que el silencio es un poco incómodo. Aun así no hago nada por romper el hielo. Caminamos deprisa para llegar cuanto antes al local, regentado por una amable mujer que pronto empezará a tratarme como cliente VIP. No hay ni un solo día en el que no pise su cafetería para comprar litros y litros de café. Yoongi pide con educación un café americano templado. Yo sigo añadiendo cosas a la cuenta: unos cuantos té helados, más cafés, un par de ellos con leche, unas galletas integrales para Jinyoung y lo suficiente para reponer energías. La mujer que nos atiende se da la vuelta con una sonrisa para preparar nuestro pedido.

La camarera deja un vaso de americano caliente, pero no mucho, y frío, pero tampoco tanto, en la barra de mármol. Yoongi alarga la mano para alcanzarlo y se dispone a irse. Pensé que iba a ayudarme con las bolsas. Saco la cartera de mi bolso y le tiendo a la mujer los suficientes billetes para poder pagar. De repente, Yoongi retira mi mano con un golpe suave y me da su tarjeta de crédito. Mi ceja escéptica se alza sola, sin que yo me dé cuenta.

—Paga con esto —me dice.

Tomo su tarjeta, pero él me quita los billetes y los guarda en su bolsillo con rapidez. Pensé por una milésima de segundo que iba a ser amable, pero me equivoco por enésima vez. Suspiro mientras pago con su tarjeta, resignada, sintiéndome una tonta y una ilusa. La mujer me devuelve la tarjeta negra con una sonrisa a la que yo correspondo con una ligera mueca. Intento agarrar todas las bolsas con una sola mano, y sorprendentemente, lo consigo. Creo que tengo un nuevo talento.

No me esfuerzo en alcanzar a Yoongi, que ya está unos cuantos metros por delante. Él camina rápido para llegar a la agencia cuanto antes, y yo, cargada con bolsas llenas de cafés de todos los tipos y algún que otro té, soy incapaz de acompasar mi ritmo. Veo cómo entra a la velocidad del rayo en el edificio, dejándome esa sensación de que está huyendo. De que me evita. De que no quiere hablar conmigo más de cinco segundos.

He dejado de crear hipótesis; prefiero guardar mi potencial para el trabajo. Pero no puedo evitar preguntarme si Yoongi está molesto por algo que he dicho o hecho, o si simplemente ha cambiado. Los dos hemos cambiado, los dos vemos las cosas con un tinte diferente, supongo.

Entro en la agencia unos segundos —o puede que minutos— después de que lo haga Yoongi. Reparto los cafés con una sonrisa fingida, como de costumbre, subo a los estudios y busco a los chicos para terminar con el recado. Cuando todo está entregado, téis incluidos, decido matar el tiempo revisando que toda la ropa que necesitamos para días posteriores está bien organizada.

Alguien abre la puerta tan de golpe que lanzo la percha que tengo entre las manos hacia una ventana que, gracias al cielo, está cerrada. La percha de madera rebota contra el cristal y finalmente cae al suelo. Suspiro aliviada llevándome una mano al pecho al ver que se trata de Seungchol.

—Yoongi-*hyung* quiere su tarjeta —me dice con un tono algo robótico.

—Dile que si quiere peces que se moje el culo —bufó, agachándose a por la percha.

Seungchol se limita a pestañear un par de veces y se va para volver al rato. Ha dejado la puerta abierta, así que oigo sus pasos cuando está a unos cuantos metros de la pequeña sala donde guardamos la ropa. Asoma la cabeza, sin que el cuerpo traspase el marco de la puerta.

—Yoongi-*hyung* dice que no va a venir. Dice que subas y que le devuelvas su tarjeta.

—No voy a devolvérsela si él no viene a por ella.

Veo que Seungchol pone los ojos en blanco.

—Pues no voy a volver a ir al estudio —protesta. Se va, diciendo algo entre dientes, pero da marcha atrás y vuelve a mirarme, con su carita de niño bueno, de «no he roto un plato en mi vida»—. Eh, *noon*...

Se queda un par de segundos callado y ronronea, pensando qué decir. Su mirada se clava en el suelo. Es como si, de repente, todos los conocimientos adquiridos se hubieran borrado de su mente. Como si no fuera capaz de articular ningún sonido, y todo por el tono amenazante y serio de mi voz. Toma aire por la boca para luego soltar en un suspiro:

—*Hyung* se está enfadando...

Yoongi no parece muy cabreado. De momento. El horario ha concluido por hoy, justo a las once de la noche. Las grabaciones han terminado, todo el equipo está cansado, las fans ya se han ido a casa y el lugar está en silencio. Los chicos no tardarán mucho en irse a su apartamento, pero el resto nos quedaremos aquí, limpiando, ordenando todo y colocándolo en cajas para llevarlo de vuelta a la agencia.

Estoy pensando en cuántas horas voy a necesitar para resumir un tema de cien páginas y cuántas horas voy a poder reservar al sueño, así que ni siquiera me doy cuenta de que Insoo se despide de mí utilizando el «*noon*» al igual que el más pequeño, Seungchol. Los dos salen en silencio mientras yo les sonrío con algo que se podría denominar dulzura.

Hora de volver a casa para seguir estudiando, para seguir aguantando los gritos en tailandés, para seguir luchando contra el sueño y contra las llamadas de Dongyul. He bloqueado su número, pero estoy segura de que llamará a mis padres o a quien sea hasta conseguir lo que quiere. Solo de pensarlo se me quita el sueño.

Recaliento en el microondas las sobras que Thai y mi prima han dejado para mí. El primero debe de estar dormido y Jiho estará viendo vídeos de CUT. O eso quiero pensar. Espero que su ánimo se haya elevado hacia las nubes. Ahora, al menos, tiene su disco firmado y la imagen de su hombre perfecto grabada a fuego en su memoria. ¿A quién no se le sube el ánimo con eso?

Ceno de mala gana sentada en el sofá viendo un canal que emite noticias las veinticuatro horas del día. Una puerta de algún lugar de la casa se abre despacio. Espero que sea Thai, entre la

vigilia y el sueño, levantándose de la cama para beber agua. Prefiero mil veces que sea él a que sea un fantasma que vive en algún armario.

No es Thai, y tampoco un fantasma. Jiho se acerca a mí, titubeante, y termina sentándose a mi lado guardando una distancia prudente. Dejo el plato en la mesa de café de la sala de estar y cruzo una mirada interrogante con ella. Está en pijama, con las manos entrelazadas, esperando a que yo diga algo. Me da la sensación de que está impaciente.

—¿Pasa algo?

—E... eh... —tartamudea—. Quería darte las gracias por lo de esta mañana.

—No tienes por qué dárme las. —Agito la mano para restarle importancia, pero Jiho insiste.

—Pero, ¡Aerin!, para mí ha sido muy importante, y tú...

—Bah, da igual.

No se da por vencida. Me levanto y me dirijo a la cocina arrastrando los pies para librarme de una posible charla prima-prima menor, pero Jiho me sigue. Me da las gracias repetidas veces. Yo, una y otra vez, respondo que no tiene por qué dárme las. Dejo el plato de la cena en el lavavajillas y voy hacia mi habitación, esperando que mi prima se dé por vencida. Jiho, sin previo aviso, como si tuviera una especie de arrebató repentino, se cuelga de mi cuello, rodeándome con sus brazos. Algo manda a mi cerebro señales de peligro cuando noto el peso de Jiho sobre mí y sus brazos alrededor de mis hombros. Acepto su abrazo lo mejor que puedo. No se aparta hasta que le doy unas palmaditas cariñosas en lo alto de la cabeza.

Jiho sonrío agradecida, ilusionada y feliz. Le devuelvo la sonrisa, típica de una madre orgullosa. Dejo que se marche. Cuando oigo la puerta de su habitación cerrarse, me vuelvo para limpiar un poco la cocina. Thai siempre la deja hecha un asco. Él cocina, yo limpio. Es ley de vida.

Tardo un buen rato en poner todo en orden, y por fin, después de un día más largo de lo que esperaba, puedo desvestirme y ser la Aerin con una coleta mal hecha, sin lentillas y sin los kilos de maquillaje necesarios para ocultar mi falta de sueño. Me siento en la silla giratoria de mi escritorio con la taza de café entre las manos, doy un par de vueltas y me horrorizo al ver todos los apuntes que tengo extendidos sobre la mesa.

Suspiro. Puede que no me acueste hasta las cuatro.

Estudio, estudio más y, tras un par de horas siento que el sueño está ganando terreno dentro de mí. La vibración del móvil sobre el escritorio me despierta lo suficiente para seguir estudiando un rato más. Miro el mensaje más tarde.

Yoongi

Tienes mi tarjeta de crédito. 01:02

Mierda. 01:36

¿Tienes mi tarjeta de crédito? 02:00

Mierdamierdamierda. 02:05

No me jodas. 02:10

La has perdido. 02:15

Lo siento muchísimo. 02:16

Has perdido mi tarjeta de crédito. 02:16
Cómo has podido perder mi puta tarjeta. 02:16
Estás despedida. 02:16

La encontraré, te lo prometo. 02:18
Lo siento muchísimo, Yoongi, de verdad. 02:18

Tienes que estar de coña. 02:27

Si. 02:30
He tenido tu tarjeta todo este tiempo. 02:30
No la he perdido. Uuups, era una broma je, je, je 02:30

Joder. 02:45
Mañana tienes el día libre. 02:45
Estás despedida. 02:45

¿En serio?
√√ leído a las 02:50

Me levanto de la silla algo sobresaltada. Yoongi no contesta, como de costumbre, y no puedo evitar preocuparme. ¿Otra vez? ¿He perdido mi trabajo otra vez? Bostezo. Estiro el cuello y los brazos mientras una parte de mí me dice que ya es hora de dormir, pero la otra me hace sentir una infantil. No sé por qué he bromeado sobre una cosa tan seria. Perder una tarjeta de crédito que no es tuya y que tiene una cantidad de dinero probablemente ilimitada es algo grave. Pero yo, la reina de meter la pata, bromeo sobre ello. Decido no darle importancia y me tumbo en la cama, me deslizo entre las sábanas y me acurruco mirando hacia la pared.

Entonces mi estúpida cabeza decide recordar todas las veces que he metido la pata. «Hola, insomnio.»

Es una constante batalla interna: quiero volver atrás para deshacer las estupideces que he hecho en mis veintitrés años, y también quiero seguir hacia delante. Pueden parecer actos normales, cotidianos e incluso automáticos, pero a mí me parecen meteduras de pata que, desgraciadamente, no puedo rehacer.

Doy vueltas en la cama, inquieta, hasta que llaman al timbre.

Frunzo el entrecejo. Salto de la cama, busco mis gafas y salgo rauda y veloz hacia el pasillo, sopesando la idea de llevar un cuchillo conmigo. No tengo ni la más mínima idea de quién puede llamar a las tres de la mañana a nuestro apartamento. Bajo el banzo del pequeño recibidor y echo un vistazo por la mirilla de la puerta. La abro segundos después.

—¿Estáis locos? —grito en un susurro.

Son Yoongi, vestido —o disfrazado, depende del punto de vista de cada uno— de la muerte, y Seungchol, enfundado en una enorme sudadera gris. El más mayor —pero más bajito— resopla.

—Mi tarjeta.

Yo también resoplo.

—No me lo puedo creer. —Me doy la vuelta para ir a por mi cartera, donde he guardado la tarjeta de Yoongi desde que me la dio. No tuvo intención de recuperarla en toda la tarde, quizá porque estaba demasiado ocupado, y yo ni siquiera me acordaba de que la tenía. La broma ha debido de poner a Yoongi en alerta. Corro por el pasillo y vuelvo con mi cartera en la mano—. ¿Qué hacéis a las tres de la mañana por la calle?

Noto que Seungchol está evitando mirarme y Yoongi parece haber fijado su vista en mis manos. Entonces me doy cuenta del porqué. Estoy vestida con un pijama de pantalón corto y no llevo nada más que eso y una fina camiseta con el dibujo de una gata distorsionada. La situación me resulta cómica en vez de vergonzosa. Aguanto la risa. Le tiendo la tarjeta de crédito negra a Yoongi, que la guarda con rapidez en su propia cartera.

Me sorprende que Yoongi también se ría, aunque enseguida se pone la mano delante de la boca para esconder su sonrisilla.

—Qué pijama más bonito.

—Ah... sí, claro. ¿Prefieres este mejor que el rosa?

—Mil veces antes.

No sé cómo tomarme su comentario. Por el momento, ignoro su risilla descarada y dejo que se marche junto a Seungchol, que se despide de mí con el típico:

—Adiós, *noon*.

No me lo pienso dos veces y me agacho para agarrar uno de mis zapatos. Sí, sigo odiando que me llamen así. Afortunadamente no es de tacón, así que no hay mucho peligro si se lo lanzo a la cabeza. El zapato en cuestión, una zapatilla Adidas de color negro, sale disparado en dirección a Seungchol, que se protege encogiéndose sobre sí mismo.

La zapatilla rebota contra la puerta del ascensor y cae sobre la cabeza de Yoongi. Él hace un movimiento similar al de una tortuga escondiendo su cabecita. Al principio parece sorprendido —de hecho, parece un niño con esa expresión de desconcierto—, pero después actúa rápido y, en vez de lanzar el zapato contra mí, como haría cualquier persona, se lo lleva.

Como si yo fuera la puñetera Cenicienta y él, el principito de turno.

No sé qué hora de la mañana es y tampoco me interesa mucho saberlo. Estoy sentada entre dos chaquetas de tela vaquera, en el suelo, recordando o intentando recordar qué he hecho durante el día. Hemos tenido que ir a un estudio de televisión, un bicho gigantesco se coló en el camerino y Jin, Hojun y yo terminamos escondidos detrás de Seungchol, que rompió los botones de una camisa que no pudo remendarse, así que tuvo que salir con la camisa casi desabrochada al escenario... Luego llegó la cena para celebrar la no-sé-cuánta victoria de los chicos en las listas musicales, y al final, el soju. Una de mis compañeras me dijo que no me vendría mal celebrar el fin de las promociones del nuevo lanzamiento con el resto del equipo y terminé con tres botellas de soju. Sí, tres.

Admito que estoy borracha. Pero no lo suficiente como para tener que quedarme aquí durante toda la noche para no tener que pasar un momento bochornoso al encararme con Jiho o Thai. Además, ni loca pasaría una noche en el apartamento de siete tíos con las hormonas disparadas. He llegado aquí conducida por parte de los mánager, y obviamente, por los chicos. Sé que Insoo también está borracho, tanto o más que yo. El resto, ni idea. He perdido la noción de todo tipo y creo que las personas sobrias son las borrachas. Puedo mantenerme perfectamente en pie, mi maquillaje sigue en su sitio y hablo como lo haría una persona normal. Supongo que es hora de marcharme de aquí.

Me levanto sin mucha dificultad. Hay tanta ropa acumulada en esta maldita casa que han tenido que utilizar los pasillos como armarios improvisados. Tropezó con mis propios pies. Aunque nadie me ha visto, finjo que no ha pasado nada. Me froto los ojos sin miedo a emborronar mi escaso maquillaje. La embriaguez no me da miedo; el sueño, sí. Temo quedarme dormida a medio camino. La casa de los chicos no queda demasiado lejos de mi apartamento, a unos diez minutos andando.

Camino hacia la puerta principal, dispuesta a irme de aquí cuanto antes. Cuando me doy cuenta de que he dejado mi bolso en la sala de estar, retrocedo pasillo abajo, protestando entre dientes. Encuentro mi pequeño bolso rojo en el sofá, tirado de mala manera, y también a Insoo y Haein discutiendo a grito pelado. Les observo un par de segundos. Insoo, sin duda alguna, está mucho más borracho que yo. Intenta hablar deprisa, pero se traba a cada sílaba. Parece frustrado. Haein corrige a Insoo, pero ambos están borrachos. No logro entender cómo van a ser capaces de sobrevivir a la resaca. Las promociones han terminado para ellos, pero para la mayoría del equipo el trabajo continúa.

Me acerco a ellos para recuperar mi bolso.

—Eh, *noona* —ronronea Insoo—. ¿Qué es bueno para dej... dejar de estar borracho?

—Saltar —respondo, encogiéndome de hombros. Y de repente, llega la elocuencia típica de los borrachos—: El alcohol se elimina de tu organismo si se acelera el metabolismo con la actividad física, al sudar eliminarás...

Haein se levanta tan rápido que temo que se maree y caiga al suelo. El más pequeño del grupo y Insoo se comunican con la mirada. Se ponen a saltar como si estuvieran poseídos por Alex Owens en *Flashdance*.

Al rato llega Hojun, que les imita mientras yo me río descaradamente de los tres. El pelirrojo también se ríe, señalándolos, aunque más tarde se da cuenta de que está mareado y se deja caer en el sofá. Haein se tira a su lado. Insoo da un par de vueltas más mientras salta, desorientado, y empieza a tambalearse peligrosamente hacia un lado. Con suerte estoy aquí para agarrar la tela de su camisa y enderezar al pobre, pero no tengo la fuerza suficiente y su peso me vence. Termino aplastada en la pared hasta que el rubio decide sentarse en el suelo.

—Aerin-*noona* — vuelve a llamarme, con voz lastimosa, como si fuera un enfermo terminal. Apoya la cabeza contra la pared y dice que me siente en el suelo. Niego con la cabeza—. ¿Ya te vas?

—Sí —respondo. Echo un vistazo al sofá, donde Hojun está a punto de quedarse dormido.—. ¡Buenas noches! —exclamo.

No me doy cuenta de que alguien sigue pisándome los talones, así que al ver a Insoo detrás de mí me asusto casi igual o más que cuando vi el bicho gigantesco en el camerino. Está cantando. En el peor de los casos, Yoongi saldrá de su habitación, gritará, lanzará algo a su compañero y le ordenará que se vaya a la cama de una vez. Yoongi apenas ha bebido, porque según él, no puede tomar soju del barato. Él es todo un sibarita y solo bebe licores de los caros. También ha dicho algo de algún problema hereditario, pero no me acuerdo demasiado bien. Creo que esa es su excusa para no beber y reírse de nosotros.

Insoo se acerca a mí y se coloca a mi lado. Nos agachamos a la vez para alcanzar nuestros respectivos pares de zapatos, y sin querer, nuestras cabezas chocan. Él pierde el equilibrio. Tengo que ayudarlo, una vez más, pero esta vez es para que se levante del suelo. Le tiendo una mano para poder tirar de él. La coge. Lo de saltar no ha hecho mucho efecto; sigue borracho y no es capaz de levantarse, ni siquiera con mi ayuda. Protesto, él agarra mi muñeca y los dos terminamos en el suelo riéndonos a carcajada limpia, tan alto que no me extrañaría que hubieran llamado a la policía porque pensasen que alguien se estaba muriendo.

Como era de esperar, Yoongi aparece abriendo la puerta de su habitación de par en par. Se frota los ojos.

—¿A qué cerdo estáis matando? —gruñe. Se cruza de brazos y nos mira por encima del hombro, casi con desprecio.

Lleva una camiseta blanca y unos pantalones anchos, largos y seguramente cómodos. Lo primero que mi mente de borracha piensa es que es el mismo Yoongi de hace cinco años, algo más atractivo y con el cuádruple de dinero. Después del *déjà vu*, me levanto del suelo como puedo. Insoo le mira pidiendo misericordia.

—Lo siento, *hyung* —murmura.

Yoongi suspira con resignación y vuelve a la oscuridad de su habitación, aunque deja la puerta abierta. Insoo consigue levantarse con mi ayuda y el apoyo de la pared mientras repite unos aplastantes «chist, chist» sin cesar, mandándome callar. Cuando por fin está erguido por completo, se apoya en la pared de color blanco con aires de superioridad y no deja de mirarme. Tardo más

de lo normal en atarme los cordones de mis zapatos. Por un momento creo que Insoo se está mofando de mí, pero solo está observando con la boca abierta cómo hago una lazada. Tengo que asegurarme de que me los he puesto bien antes de dar un par de pasos hacia delante.

—Buenas...

—¡Bueenas noches! —me interrumpe Insoo, lanzándose sobre mí. Aunque sigo estando borracha, no lo estoy tanto como para no apartarme. Aun así, Insoo me rodea con sus brazos. Es un poco más alto que yo—. Hasta mañana —canturrea.

—Sí, sí, hasta mañana. —Intento quitármelo de encima. Una parte de mí está gritando porque no me gusta tener a la gente pegada a mí; la otra, gritando también, lucha para que corresponda al extraño abrazo.

Hace ademán de darme un beso en la mejilla, pero la Aerin borracha lo interpreta como si fuera a darme un beso en los labios, así que alzo un poco la cabeza para que los suyos queden a la altura de los míos. Y actúo con rapidez. No es él, soy yo la que le da un beso rápido en los labios, como si fuera por error. Ahora la parte que gritaba por apartarme de Insoo está chillando porque la he cagado. Y mucho.

En mi defensa, podré decir que ha sido el alcohol o que ha sido él, pero no me creerán. Recuerdo sin mucha dificultad las palabras de Yoongi: «Es más fácil creerme a mí que creer a una persona como tú». Yo solo soy una empleada. Y, en mi contra, podrán decir que soy una entrometida que ha roto las reglas y que está intentando ligarse a todos los miembros de CUT. En conclusión: creo que con esto he vuelto a perder mi trabajo.

Insoo parece fuera de lugar. Aunque ha sido el beso más fugaz de la historia, casi similar al que puede dar una madre a un hijo, creo que ha sido el primer beso que ha tenido en años. Puede que en toda su vida. Se atreve a devolverme el beso, rápido y algo juguetón. Consigo que se separe de mí porque, gracias al cielo, creo que ya estoy recuperando la cordura.

De repente, alguien me empuja hacia la puerta bruscamente. Una mano que no es mía alcanza el picaporte, abre la susodicha puerta sin tener la precaución de no darme con ella en la cara y me echa del apartamento. Me giro. Sorprendentemente, a pesar del alcohol —que suele volverme más lenta todavía— logro quedarme entre el marco de la puerta antes de que Yoongi, que es quien me ha empujado, la cierre en mis narices.

Hago un puchero.

—¿Tú también quieres un beso de buenas noches? —suelto.

Él pone los ojos en blanco sin decir nada, y me tomo su silencio como un sí. Coloco mis manos en sus mejillas, apretándolas y juntándolas ligeramente, acerco mis labios a los suyos y los beso, muy rápido, como si no quisiera que él se diera cuenta de que acabo de besarlo. No retiro las manos de su cara. También está algo sorprendido. Ignoro que estoy rompiendo todas las reglas existentes y vuelvo a besar a Yoongi.

Vale, esta última vez ha sido porque sus labios rosados me están resultando demasiado apetecibles.

Yoongi me empuja para que me separe de él. Si pudiera, me habría dado una patada y lanzado fuera del apartamento. Me despido con la mano, pero el sonido de la puerta cerrándose con fuerza hace que me encoja. Sí, Yoongi me ha cerrado la puerta en las narices y estoy segura de que ni siquiera me va a dirigir la palabra en días, puede que semanas.

Ahogo un grito antes de marcharme del edificio.

—¡Tienes mi zapatilla, imbécil!

Abre la puerta un milímetro, lo suficiente para dejar caer unos cuantos billetes. En otra situación

física —cuando estuviera sobria, por ejemplo— no hubiera recogido del suelo los wones, pero estoy algo borracha aún. Me agacho para llevármelos. Servirán para pedir un taxi... O para malgastarlos en comida basura, una de dos.

Seúl es una ciudad segura; los jueves por la noche solo Myeong-dong y Hongdae son zonas concurridas. El barrio donde vivo, sin embargo, está desierto y oscuro. Normalmente no hay delincuentes por aquí. Pero ¿quién sabe? Alguien borracha que tiene problemas para echar a correr y que lleva unos billetes en la mano es vulnerable a estas horas.

En resumidas cuentas, estoy planteándome volver al apartamento de los chicos. Sería otra cagada y mis probabilidades de perder el trabajo en la agencia se multiplicarían por diez. Quizá Yoongi ni siquiera me dejase entrar si vuelvo. Decido continuar hacia delante, mirando una y otra vez mi teléfono. El frío que hace en la calle me despeja. El alcohol está dejando de hacer efecto... O eso creo. Estoy empezando a estar paranoica. ¿Y si me siguen? Creo que escucho algo. Me doy la vuelta. Me asusto al ver una figura negra, pequeña, de unos treinta centímetros de alto.

Suspiro con alivio, me acuclillo y llamo al gatito negro que ha aparecido de la nada. Arrugo los billetes y los meto en el bolso, sin importarme romperlos. Como tengo problemas para recordar por culpa del soju, no soy consciente de que los gatos me dan alergia.

—¡Ven, gatito!

«Eres estúpida», me dice mi parte cuerda. Antes de que las yemas de mis dedos rocen el pelaje del gato, estornudo estrepitosamente y el animalillo se espanta. Hago un puchero mientras veo cómo huye. Vuelvo a estornudar. Retomo el camino, un poco desorientada. Tardo bastante en darme cuenta de que voy en dirección contraria.

Es octubre, y a pesar de que hace buen tiempo, casi primaveral, por las noches las temperaturas caen y mi jersey de punto negro no es suficiente. A lo lejos, a unos cuantos metros, veo el edificio de apartamentos donde vivo. Acelero el paso, aunque estoy cansada. No tardo mucho en llegar. Solo me queda subir al ascensor, teclear el código de la cerradura de la puerta y listo; por fin podré dormir.

Pulso el botón con el número tres y me apoyo en la pared del ascensor con un suspiro. Ha sido un día largo, pero divertido. Me río al recordar a Insoo, Haerin y Hojun saltando en la sala de estar de su apartamento de forma ridícula.

El ascensor se detiene en la tercera planta con un pitido. Las puertas se abren, y al instante, pienso en pulsar de nuevo el botón de bajada. O que el suelo se abra y me trague.

Reconozco a Dongyul, que me está esperando sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de madera, como si quisiera bloquear el paso. Como en los viejos tiempos, como cuando yo salía del trabajo a las tantas y en condiciones mejores que estas. En cuanto me ve, se levanta. No parece estar enfadado, ni siquiera molesto. Las puertas del ascensor se cierran porque no soy capaz de reaccionar. Cuando me doy cuenta de que estoy encerrada, decido plantar cara a ese idiota de Dongyul.

Me peino mirándome en el espejo del ascensor, me aseguro de que mi cabeza está bien alta y salgo, dispuesta a entrar en el apartamento sea como sea.

—Aer...

Callo a Dongyul enseñándole la palma de mi mano. Me ha dejado un poco de espacio, mantiene las distancias. Alargo el brazo para poder alcanzar la cerradura electrónica de la puerta, pero Dongyul agarra mi muñeca y se coloca frente a mí.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas?

Me encojo de hombros.

—Porque no eres mi novio —suelto. No hago mucho esfuerzo para liberarme, aunque la mano de Dongyul aprieta cada vez más mi muñeca—. Es lógico.

—¿Ya has rehecho tu vida? ¿Tan rápido? —Me acerca a él con un empujón brusco. El pánico empieza a invadirme—. Aerin, joder, te quiero.

—No —digo yo, negando enérgicamente con la cabeza—. No, no, ¡no!

No me quiere. Yo a él tampoco —de hecho, creo que nunca he llegado a quererlo— y no puedo ser débil ahora. Me mira con cara de cachorrito, rogándome. Es como si me estuviera pidiendo «por favor, vuelve conmigo».

Dongyul me pega a él tirando de mi brazo, rodea mi cadera con sus manos y se pone a mi altura para poder hundir su cara en mi cuello. Tiene la intención de besarme, pero se detiene. Me olfatea un par de segundos. Nota el olor del alcohol impregnado en mí y sabe que no estoy sobria. Yo, con miedo, saco fuerzas de algún lugar de mi cuerpo, y al sentir sus manos retirar mi jersey y sus labios paseando por mi cuello, agarro su chaqueta y le empujo. Me cuesta deshacerme de él, pero lo consigo. Con todas mis fuerzas, tiro a Dongyul al suelo. Antes de que se levante, le señalo con el índice.

—¡No estoy borracha, no quiero volver a verte nunca más y como me hagas algo... te lanzo al váter! —chillo. Mañana seré la comidilla de todos los vecinos.

Mientras tecleo el código de la puerta lo más rápido que puedo, oigo el pitido del ascensor. Alguien está llegando. Dongyul se ha puesto de pie. Puedo ver a cámara lenta cómo se arrastra hacia mí, como si fuera una víbora, un depredador que va a devorar a su víctima. Trago con dificultad. La mirada de Dongyul es diferente. Es oscura, cargada de malas intenciones. Le he hecho enfadar.

La puerta del apartamento se abre cuando Dongyul ya ha alzado un brazo y una voz inconfundible exclama:

—¡Noona!

Son Seungchol, Insoo y Yoongi. Creo que son los dichosos vengadores, que estoy salvada, pero Dongyul está a un segundo de bajar el brazo y darme un golpe. Antes de que lo haga, mira a los chicos. Aprovecho su despiste para actuar rápidamente y dar una bofetada a Dongyul que resuena por todo el pasillo. El «oh» de Seungchol acompaña el sonido del golpe.

—Te lo mereces —bufo—. Vete.

Entro en el apartamento seguida de los chicos, que, curiosamente, se despiden de él con una leve reverencia. Él está ahí, desconcertado, con la mano en la mejilla para aliviar el dolor. Echo un vistazo al pasillo del exterior por la mirilla de la puerta, poniéndome ligeramente de puntillas. Dongyul se marcha.

—Ya se ha ido.

El más pequeño de nosotros suspira con cierto alivio.

—Bueno, pues...

Tapo la boca a Seungchol al darme cuenta de que Jiho está en casa y de que tres de los siete chicos están aquí. Les obligo a que guarden silencio con un exagerado «chist». Si Jiho se entera de que están en el apartamento, morirá de un ataque al corazón. Se miran unos a otros, preguntándose qué está pasando. Yo también me lo pregunto, la verdad.

—¿Qué hacéis aquí? —susurro.

—Venimos a... —Insoo habla demasiado alto. Le mando callar. Él, imitándome y fingiendo que

no está hablando, se gira hacia Yoongi con el dedo en los labios—. Chist...

Sigue borracho. Me dirijo a Yoongi, que parece el más sobrio.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Estábamos preocupados por ti... ¿Por qué susurras?

—¡Chist! —Alzo las manos como haría un árbitro para parar un partido—. Vivo con más gente, están dormidos y... no pueden saber que estáis aquí.

—¿No pueden saber qu...?!

Insoo tapa la boca de Seungchol esta vez. El rubio vuelve a imitar mi ya mítico «chist». Sí, está claro que el único sobrio es Yoongi. Ya se ha quitado los zapatos, como si estuviera en su casa. Lo detengo antes de que empiece a moverse libremente por el apartamento. Tengo que alargar el otro brazo porque Seungchol está haciendo lo mismo, en silencio, y temo que se arme el escándalo del siglo si Jiho se cruza con alguno de los chicos.

—Deberíais iros. —Bien, al parecer mi yo ebria está desapareciendo y ya puedo actuar con normalidad—. Es tarde, tenéis que descansar...

—Descansaremos aquí, *noona*. —Seungchol se zafa de mí y sale disparado pasillo arriba, hacia las habitaciones, decidido a descubrir la casa por sí mismo. Sin quitarme los zapatos, salgo corriendo hasta alcanzar a Seungchol. Agarro su brazo, abro la puerta de mi habitación y le lanzo dentro, como si fuera un gatito—. ¿De quién es esta habitación?

Ignoro el desorden y que Seungchol está paseándose por mi leonera como si nada. Hago lo mismo con Insoo. Agarro su muñeca, tiro de él y lo meto en mi habitación, recluido junto a su compañero.

—Si queréis quedaros aquí, no hagáis mucho ruido, ¿vale? —murmuro. Insoo y Seungchol asienten. Me aseguro de que van a obedecerme y salgo de mi habitación, cerrando la puerta con cuidado.

Solo queda Yoongi. El rebelde, el anárquico, el que va a quejarse haga lo que haga. Está aún en el recibidor —apenas se ha movido—. Tengo el tiempo suficiente para encerrarla en mi habitación. Me acerco, le cojo de la mano para tirar de él y escucho cómo se abre una puerta con un chirrido. La única puerta que hace ese sonido tan irritante es la de Jiho.

Estoy sujetando la mano de una sensación mundial que tiene medio millón de dólares en forma de Rolex. Si Jiho ve al mismísimo Min Yoongi en su casa, va a querer morirse. Veo la sombra de Jiho por el pasillo, caminando hacia nosotros. Está oscuro. Supongo que no puede ver el rostro de Yoongi, pero él es demasiado reconocible.

—¿Aerin...? ¿Eres tú?

Tengo una idea no muy lúcida. Pego bruscamente a Yoongi a la pared, coloco mis manos en su rostro de nuevo, ladeo mi cabeza y pego mi nariz a la suya hasta que nuestros labios están casi sellados. No le beso, pero meto la pata otra vez. Ahora ni siquiera sé lo que estoy haciendo. No sé si estoy protegiendo a mi prima, si el efecto del alcohol me está obligando a actuar así o si solo quiero acercarme mucho a Yoongi. Cojo sus manos y las pongo al final de mi espalda, para darle más credibilidad a la escena, para que parezca que de verdad nos estamos enrollando.

Todo eso, que ha ocurrido en cuestión de segundos, parece ser suficiente para espantar a Jiho. Ella choca con algo, quizá con el mueble que está en el pasillo, formando un estruendo enorme. Me giro, fingiendo estar asustada y tapando lo mejor que puedo el rostro de Yoongi con mis manos. Él no puede protestar. Está aplastado contra la pared y yo tapo su boca con fuerza.

—¡Casi me matas del susto! —exclamo.

Jiho, abrumada, sin saber muy bien cómo actuar al ver a su prima —aparentemente— besándose

con un tipo que no conoce, hace una reverencia rápida para disculparse.

—¡Perdón, perdón!

Se va, despavorida. Al menos mi plan ha funcionado... A costa de un trauma, pero ha funcionado.

Yoongi agita la cabeza para que deje de tocar su cara.

—Voy a matarte —susurra, contra mis manos—. Voy a hacer que te despidan y luego voy a matarte, Aerin.

Suena como una verdadera amenaza. No me queda más remedio que apartar mis manos de la cara de Yoongi, aunque él, sin embargo, no ha movido las manos de mi culo. Al final, soy yo la que huye. Demasiado contacto físico en muy poco tiempo.

Con todo el cuidado del mundo, intentando hacer el mínimo ruido posible, abro la puerta de mi habitación. No chirría, al contrario que la de Jiho. La luz sigue encendida y mis cosas están todavía donde las dejé, esparcidas por mi escritorio o en la cama, bajo el cuerpo de Seungchol o el de Insoo. Por unas milésimas de segundo, observo la escena con la cabeza ladeada, algo enternecida. Insoo y Seungchol duermen en mi cama, sobre algo de ropa —recién planchada— que había dejado sobre ella.

Voy de puntillas hasta el único armario de mi habitación. Lo abro, despacio, mirando de reojo los pies de Seungchol. Si fuera mucho más cercana a ellos —o los odiara—, seguramente les gustaría una broma. Mover el colchón de mi habitación a la terraza y dejarles encerrados ahí, poner espuma de baño en sus manos y hacer que se la extendieran en la cara... Miles de posibilidades pasan por mi mente. Sin embargo, me limito a coger mi pijama, mi ordenador portátil y la funda de mis gafas.

Si no conociera la verdadera situación de los chicos, que están muy cansados, les gritaría para que se despertaran. Sé que necesitan un buen sueño reparador y no me atrevo a pedirles que se marchen. Además, por alguna razón, me siento más segura con ellos aquí. Aún tengo miedo de que vuelva Dongyul, con las pilas cargadas, dispuesto a tirar la puerta con su cabezón hueco.

Salgo de mi habitación. Me aseguro también de que la puerta está bien cerrada. Jiho nunca entra en mi habitación sin mi permiso, pero ¿quién sabe? A lo mejor, a las seis de la mañana, sale corriendo de la suya para decirme que ha tenido un sueño donde Insoo se casaba con ella, y para su sorpresa, ¡pum! su amor platónico está durmiendo en la habitación de su prima. Sería un caos, probablemente la causa de un fallecimiento y la de mi despido definitivo.

Me cambio de ropa en el baño, cerrada a cal y canto. Hasta miro dentro de la bañera, por si acaso hay algún asesino esperando a que me desnude para clavarme un puñal en la espalda. O algo peor, como un Yoongi irónico.

Estoy hecha un lío. Mi sistema endocrino está trabajando más que nunca. Estoy empezando a creer que la excusa de echarle la culpa al alcohol se está quedando anticuada. Es hora de aceptar que el calor momentáneo y la excitación no han sido cosa del soju. Resoplo mientras me pongo el pijama. También me quito las lentillas. Ni siquiera me desmaquillo. No hacerlo antes de ir a dormir es un crimen, soy consciente de ello, pero estoy cansada y la mejor solución para esto es no hacerlo.

Paseo hasta la sala de estar con el ordenador portátil bajo el brazo. Rodeo el sofá y me siento justo al otro extremo de donde se encuentra Yoongi, cambiando de canal con apatía. Se ha apoderado del mando del televisor y de mi parte preferida del sofá. Lo ignoro de la misma manera

que él me ignora a mí.

La tensión es similar a la que hay entre una pareja que acaba de discutir. Él no habla, yo tampoco. Enciendo el ordenador mientras Yoongi, con el codo hundido en el reposabrazos y la mejilla apoyada en el puño, suspira. Parece molesto, puede que impaciente. Mi intuición me dice que quiere irse de aquí. Bueno, creo que cualquiera se daría cuenta de que Yoongi prefiere marcharse. Siempre se ponía agresivo e intranquilo cuando estaba nervioso, miraba hacia los lados y movía la pierna de arriba abajo, sin parar. Ahora lo sigue haciendo. Chasquea la lengua. Suspira por segunda vez.

—¿Esos dos tienen pensado irse de aquí? —gruñe.

No respondo al instante.

—Están dormidos —digo, con calma.

Yoongi suspira. Y ya van tres veces.

—Joder, ¿en serio?

—Deja que duerman —suelto cuando veo de soslayo que Yoongi hace ademán de levantarse. Me dedica una mirada asesina, pero vuelve a sentarse—. Vuestro apartamento no está tan lejos, ¿no? Yo me encargaré de despertarlos por la mañana.

Parece que he convencido a Yoongi. Vuelvo a mirar la pantalla de mi ordenador. Pretendo estudiar, pero todo el mundo sabe que estudiar cuando aún hay restos de alcohol en tu sangre es imposible. Además, tengo a Yoongi al lado. No se mueve, pero me distrae. Por eso decido levantarme y caminar hasta la cocina. Voy a prepararme un café, para que me despeje —además, es diurético y me ayudará a que se me pase la borrachera— y así alejarme todo lo posible de Yoongi. Estoy comprobando que es contraproducente tener al pelinegro al lado.

Después de poner en marcha la cafetera, me siento en la encimera, dando un salto. Coloco el ordenador en mi regazo y bostezo sonoramente.

—¿Les dirás algo a mis jefes? —pregunto, sin venir a cuento, en un intento ridículo de romper el hielo.

—No —responde él, frío.

—¿En serio? No confío en ese «no», Yoongi.

—¿Qué pretendes que les diga? ¿Que estabas borracha y que has besado a dos de los siete integrantes de CUT? ¿Que has encerrado a Insoo y a Seungchol para siempre jamás? —dice, sin apartar la vista de la pantalla y sin dejar de cambiar de canal. Solo veo parte de su cabeza y de su brazo. No veo su rostro, así que no tengo ni idea de cuál es el nivel de sarcasmo que está utilizando.

—Todavía estoy sufriendo los efectos del soju. Háblame con claridad, por favor —lloriqueo.

—No les diré nada a tus jefes.

—¿De verdad?

—Joder, qué pesada.

—¡Gracias! —exclamo, no demasiado alto. Sé que no me ve sonreír y yo tampoco soy muy consciente de la sonrisa que se me ha dibujado en el rostro de repente. Bailoteo, tranquila, como si estuviera celebrando que Yoongi mantenga la boca cerrada.

—Yo me preocuparía más por Insoo —continúa—. No le dará la suficiente importancia y se lo soltará a alguien.

—¿Por Insoo...? —Enarco una ceja tras llegar a una conclusión—. ¿Has visto que yo...?

—No voy a hacer que se calle la boca, así que Insoo es tu problema —sentencia.

Silencio. Yoongi no tiene nada más que decir y a mí se me han agotado las palabras. Supongo

que tendré que ocuparme del tema mañana, cuando Insoo despierte. El café ya está listo. Salto de la encimera, saco una taza y titubeo antes de poner otra sobre el granito. Me vuelvo hacia Yoongi.

—¿Quieres café? —Le ofrezco una taza aún vacía con voz dulce. Él también se gira para poder verme. Cruzamos una mirada interrogante. Al final, me tomo los ojos de cachorrito de Yoongi como un sí y relleno las dos tazas con el café oscuro. Me acerco a Yoongi para tenderle la taza—. No le he echado azúcar, quie...

—¡Qué educada te vuelve el alcohol! —suelta, sarcástico.

Veo que aún está un poco molesto, quizá enfadado. En circunstancias normales, con alguien que no hubiera sido mi amigo durante un curso, con alguien con el que no me interesara volver a ser cercanos, pasaría del tema. Pero, como es Yoongi, termino sentada contra el otro reposabrazos del sofá, mirándole. Doy un sorbo al café mientras le escudriño para averiguar qué está pasando por su mente. Creo que solo está pensando en comprarse una de las fregonas automáticas que venden en la teletienda.

—Eh, no te enrabietes como un niño de dos años. ¿Qué te pasa?

—¿Estamos en una sesión de terapia?

—Sí, ¡pero gratis y con un café! —Alzo un brazo con una sonrisa, como diciendo: «¡Tachán!»—. Si hay algo que te atormenta, cuéntamelo. No voy a decir nada. Me voy a llevar tus secretos a la tumba.

Yoongi suspira, por cuarta vez, mirando el líquido de la taza.

—¿No vas a decirme nada? ¿Es por tu novia? ¿Estás cansado? —No responde. Solo hace una mueca demostrando que se le agota la paciencia—. Deja de poner esa cara de haber oído una mierda, Yoongi. ¿No puedes sonreír durante un solo segundo?

Golpeo su costado con mi pie descalzo, juguetona. Ni se inmuta. Hago un puchero.

Su actitud de niño repelente, harto de que sus padres discutan, me harta. No me gusta que esté así. Tengo la sensación de que Yoongi se pasa los días comportándose como si fuera un grano en el culo porque ya no se siente tan cercano conmigo. Obviamente, ha pasado un tiempo, pero eso no tiene mucho que ver. Ahora que trabajo con él y que volvemos a pasar la mayor parte del día juntos, es mucho más fácil retomar la amistad. Pero Yoongi no parece captar la idea.

Dejo la taza de café sobre la mesa para ir a recuperar mi ordenador, abandonado en la encimera de la cocina. Yoongi, mientras bebe pausadamente su café, estira las piernas y me pone la zancadilla. Tropiezo con sus pies, pero no hago demasiado el ridículo porque logro mantener el equilibrio. Niego con la cabeza. Sigue siendo un crío.

Vuelvo al sofá, me siento como antes, con mis pies cerca de Yoongi y la espalda contra el reposabrazos, y le observo a través del cristal de mis gafas. Sigue cambiando de canal.

Me lanza el mando.

—Pon una película —me ordena.

Frunzo el entrecejo, desconcertada. Es tarde, estamos haciendo bastante ruido y Jiho o Thai pueden despertarse en cualquier momento. Seungchol y Insoo también. Yoongi espera a que yo responda con aire escéptico. Su mirada inquisidora me convence.

—Vale, pero solo si estás callado y no protestas.

Asiente. Me levanto para buscar *Princesa por sorpresa* y espero que no grite al ver el título. Se abraza a un cojín, se hunde en el sofá y se coloca en su posición de «voy a quedarme dormido en cuanto empiece la primera escena». Cierro mi portátil y lo aparto para ver una película que me sé de memoria. Me acurruco, en posición fetal.

Yoongi abre la boca para decir algo. Al principio solo deja escapar un ronroneo suave.

—¿Cuántas veces has visto esta película?

—¿Diez?

—Joder. —Se frota los ojos. Es adorable. Me hace sonreír.

—¿No te recuerda a los viejos tiempos?

—¿Ver la misma película todos los puñeteros días? Sí —responde, entre risillas.

Nos quedamos en silencio un buen rato, leyendo los subtítulos de la película. Casi me sé los diálogos —podría recitarlos sin problema—, así que no le presto mucha atención. Voy deslizándome por el sofá poco a poco, hasta que me quedo apoyada en Yoongi. Mi cabeza cae automáticamente en su hombro.

—¿Te molesto? —pregunto con voz suave, adormilada. Solo lo hago por temor a que Yoongi me empuje sin previo aviso de manera brusca y me lance al suelo.

Él, igual de adormilado que yo, agita la cabeza.

—No. Pero hoy es una excepción porque estás borracha.

Si es la única forma de acercarme a Yoongi, tendré que «emborracharme» todos los días.

Me despierto porque tengo la necesidad vital de levantarme a por un vaso de agua. Tengo la garganta seca, como un maldito desierto. Lo único que distingo de la sala de estar son algunos muebles que puedo ver gracias a la claridad que entra por la ventana. El cielo está tomando tonos anaranjados, así que supongo que serán entre las cinco y las siete de la mañana. Recuerdo que estábamos viendo *Princesa por sorpresa*, pero no recuerdo haber visto las últimas escenas. Estiro los brazos hacia delante mientras me despego del cuerpo de Yoongi. Está dormido, como un bebé, con la cabeza apoyada contra el respaldo del sofá y abrazando aún el cojín del que se ha apoderado.

Arrastro los pies hasta llegar al frigorífico, lo abro, saco una botella de agua fría y bebo de ella. Creo que en menos de un minuto me he bebido un litro y medio de agua. Con el estómago lleno, tardo un par de segundos en darme cuenta de que Jiho está a punto de despertarse para ir al instituto. Miro con urgencia el reloj colgado de la pared de la cocina, girándome brusca y dramáticamente, horrorizándome aún más al ver que son las seis y media de la mañana.

Tengo que desalojar el apartamento cuanto antes. Temo por la vida de Jiho, por la salud psicológica de los chicos y por mi trabajo. Chasqueo la lengua y vuelvo al sofá. Me quedo petrificada al ver a Yoongi. Inspiro, planteándome qué merece más la pena: quedarme a observar su rostro sin imperfecciones, con su nariz pequeña y sus labios esponjosos, despertarle o dejarle dormir. Puede que la segunda opción conlleve muchos gritos y un escándalo mucho peor que el mío con Dongyul, así que opto por la tercera opción y me voy a mi cuarto.

Entro en silencio, pero rápido. Seungchol duerme acurrucado, con un brazo fuera de la cama y a punto de caerse de esta. Logro salvarle de la caída. Me acercó a él, ignorando a Insoo, que duerme ocupando más de la mitad de la cama. Agito con suavidad a Seungchol para despertarlo. No responde. Tras un segundo intento, se limita a mover la cabeza hacia otro lado, gruñendo. Al menos no está en coma.

Como parece que va a ser difícil lograr que Seungchol se levante de la cama, doy la vuelta a la cama y empiezo a dar toquecitos suaves en el hombro de Insoo.

Obtengo una reacción parecida: gruñe, se acurruca para protegerse y se gira para deshacerse de mí. Hago una mueca. Pretendo ser silenciosa, pero si hace falta, sacaré la artillería pesada. Y con «artillería pesada» me refiero a vasos de agua helada, altavoces, música a todo volumen y, si es necesario, hasta el aspirador. Vuelvo a zarandear sin mucha fuerza a Insoo.

—Cinco minutos... —murmura.

Serán diez, que luego se alargarán a quince, después a veinte... Suspiro resignada. Quizá

despertar a Yoongi sea lo más fácil. Vuelvo al salón, repito el mismo proceso y me alejo de Yoongi en cuanto abre los ojos. Ha sido más rápido de lo que creía. Apenas he rozado su antebrazo y está despierto.

Mira hacia los lados, desorientado, estira el cuello y los brazos y bosteza. Se queda un rato mirando al infinito. En cuanto enfoca la mirada, la dirige a mí y me suelta, demasiado alto:

—¿Qué quieres?

—¡Chist! —Me llevo el índice a los labios—. Son casi las siete —le informo. Hago ademán de agarrar su mano para tirar de él, pero Yoongi vuelve a abrazar el cojín para evitar levantarse—. Ayúdame a despertar a Insoo y Seungchol.

Enarca las cejas.

—¿Yo?

—No, mi abuelo en tanga —resoplo—. Ayúdame, por favor, antes de que esta casa se vuelva un manicomio —le ruego, con mirada de niña buena acompañada de un puchero. Junto mis manos a la altura del pecho—. Porfa, porfa...

Yoongi vuelve apoyar la cabeza contra el sofá, decidido a quedarse dormido nuevamente. No tiene intención de ayudarme. Suelto un «vale» cargado de resignación alzando los brazos al cielo.

Me encamino de nuevo hacia mi habitación y me paro a los pies de la cama. Carraspeo. Sé que no es suficiente para llamar la atención de los dos bellos durmientes, así que, como sé que todos los chicos llevan un niño dentro, aprovecho que Insoo y Seungchol están descalzos para hacerles cosquillas en las plantas de los pies. El primero en removerse en la cama es Insoo; primero protestando, luego riendo. Se reincorpora sin dejar de soltar risillas, aunque para de golpe cuando se da cuenta de la tremenda resaca que tiene. Me ve y me mira interrogante.

—¿Dónde...? —Su voz suena ronca, grave y seca, probablemente es porque no ha bebido nada que no sea alcohol desde la noche anterior.

—En mi habitación —respondo—. No hagas preguntas. Solo levántate.

Me acerco a Seungchol para agitarlo con suavidad. Me agacho para estar algo más cómoda y quedar a su altura. Después de tres intentos, abre los ojos y se despega del colchón. Pestañea con fuerza, intentando despejarse. Me ignora y busca a Insoo con la mirada. No se dicen nada, pero supongo que se entienden sin necesidad de palabras. Seungchol rueda por la cama para levantarse por el otro extremo, así no tiene que cruzarse conmigo. Se pega a Insoo y, antes de que pongan un pie en el pasillo, les advierto:

—No hagáis ruido.

Asienten. De todas formas, ya están demasiado adormecidos como para salir de aquí gritando. Los empujo hacia la puerta del apartamento. Dejo que se calcen. Mientras tanto, voy a por Yoongi. Espero no tener que agarrarle de los tobillos y tirar de él hasta que se caiga del sofá. Tampoco quiero arrastrarlo por el suelo. Sería demasiado... dramático.

Está en el sofá, donde le había dejado, dormido. Tengo que inclinarme hacia delante para dar un par de palmaditas en su hombro y poder susurrarle con suavidad que se despierte. Yoongi no se mueve. Por un instante pienso que está fingiendo dormir. Vuelvo a dar palmadas en su hombro, esta vez más fuerte. Vuelvo a decirle que despierte. Se me acaban los planes. Irónicamente, mi última opción es gritarle. Soplo en su oído para molestarle. Quizá se molesta más de lo debido y se despierta solo para protestar, pero al menos se levantará.

Encoge los hombros para protegerse del aire frío que sale de mis labios, abre los ojos de golpe y se gira para verme. Nuestras narices casi se rozan. Yoongi no tarda ni una milésima de segundo en poner una mano en mi cara y en empujarla hacia atrás con fuerza, haciendo que yo doble el

cuello. Me quejo. Por poco sufro una luxación.

Va hacia la puerta, rechistando. Se reúne allí con Insoo y Seungchol, que, de repente, se quita los zapatos y vuelve hacia atrás como si hubiera tenido una visión vital, como si se hubiera acordado en ese momento de algo que era de vida o muerte. Camina hacia el pasillo. Insoo y yo miramos sin entender muy bien esa reacción. Seungchol se gira hacia nosotros.

—¿Dónde está el baño?

—¡Puedes mear en el felpudo del vecino! —grito en un susurro, haciendo señas desesperadas a Seungchol para que vuelva, como si él fuera un maldito perro extraviado—. Se está haciendo tard...

—¡A la derecha! —le indica Insoo, señalando una puerta que, en efecto, es el cuarto de baño. Quiero creer que ha acertado por pura coincidencia. Me asusta la idea de que Insoo haya podido estar pululando por el apartamento sin que me diera cuenta.

Estoy perdiendo los nervios. Seungchol entra en el baño cual alma que lleva el diablo. Insoo bosteza. Yoongi, aburrido, se apoya contra la pared y saca su teléfono móvil para mirar algo. Espero unos segundos, a lo mejor minutos. Seungchol debe de estar hundiendo la cabeza en el váter —o a lo mejor el tiempo pasa demasiado lento para mí— porque no sale de ahí. Impaciente, abro la puerta del apartamento y empujo a Insoo fuera. Solo queda Yoongi, que prefiere salir por su propio pie antes de que yo le agarre de la muñeca como he hecho con el rubio. Antes de que cierre la puerta, oigo otras bisagras chirriar.

«Alerta roja, Jiho se ha despertado.» Planeo encerrarme en el baño con Seungchol y fingir que soy yo la que está ahí, pero sería demasiado incómodo. Opto por cerrar la puerta del apartamento en las narices de Yoongi —como él hizo conmigo— y salir disparada hacia el pasillo.

—¡Buenos días, Jiho! —saludo a mi prima. Nunca soy tan efusiva, así que eso puede crear sospechas—. Ven a la cocina, te he preparado algo de café.

Niega ligeramente con la cabeza.

—Voy al baño, primero tengo que...

—Thai está en el baño —miento.

—Mmm... esperaré aquí —dice, quedándose enfrente de la puerta. Bosteza. Está aún bastante cansada. A lo mejor, si ve a Seungchol salir del baño, piensa que es un sueño.

—Sabes que Thai tarda mucho, creo que deberías ir desayunando para no perder el tiempo.

No funciona. Jiho sigue ahí, plantada, pero insisto una vez más. Resopla. Al final, cede y viene conmigo a la cocina, o hace ademán de ello. Escucha el ruido de la cisterna y ve cómo gira el picaporte del baño. Su cuerpo se vuelve inmediatamente hacia la puerta, que se abre con rapidez.

Seungchol se para en seco al ver a Jiho. Ella da un paso torpe hacia atrás, sorprendida, y él hace lo mismo. Seungchol logra avanzar hacia delante después de mirar al suelo. Sale volando hacia la salida del apartamento, donde yo le espero para abrir la puerta y facilitarle el trabajo. Se pone los zapatos lo más rápido que puede.

—Seung-Seung... —tartamudea Jiho, contra la pared y ambas manos en el pecho. No veo que esté sudando ni que respire con dificultad. Descarto un posible infarto.

Me apresuro para llegar hacia Jiho, coger su mano y llevarla hasta su habitación. Hago que se tumbe en la cama, tapo su cuerpo entero con las sábanas y grito:

—Tú no has visto nada... ¡Esto es un sueño! —grito.

—¡Era Seungchol lo he vist...!

—¡Es una recopilación de recuerdos de tu cerebro, Jiho, tal como yo! ¡Es un proceso onírico! ¡Estás soñando!

—¡Aerin! —protesta.

Para que se calle, decido sentarme encima de ella, aplastando su delgado cuerpo. Con una voz suave, con la intención de que se calme, empiezo a recitar una y otra vez que lo que ha visto es obra de un sueño.

—Estás soñando, Jiho, estás soñando...

—Me estoy ahogando...

Decido poner los pies en el suelo y levantarme antes de que la pobre Jiho muera por deficiencia de oxígeno. Se quita las sábanas de encima, agita la cabeza y después peina su larga melena azabache con los dedos. Se queda un momento con la mirada fija en la pared que tiene enfrente, plagada de pósteres de CUT y fotos que ella misma ha imprimido.

—¿El chico de ayer por la noche era él, Aerin? —me pregunta. Yo ahogo un grito.

—No, ese era un tío de la facultad —respondo, sonando muy convincente. Como sé que mi estrategia del sueño no ha funcionado, me quedo al lado de Jiho, mirándola con seriedad—. Tenía que arreglar una chaqueta para Seungchol y ha venido antes para no perder tiempo en la agencia.

—Seungchol ha estado en mi casa —susurra para sí misma.

—Jiho, escucha. No puedes decírselo a nadie, no puedes publicarlo en ningún lugar, ¿entendido? Si lo haces, todo el mundo se volverá loco, buscará exhaustivamente a los chicos y no los verás jamás de los jamases. —Veo que hace ademán de estirarse para coger su teléfono móvil, que está en la mesilla de noche. Lo cojo antes que ella y lo alzo para que no pueda arrebatármelo desde la cama—. Nada de filtrar información. Te colé en el *fansign* y fue todo un riesgo, así que, Jiho, por favor, no hagas ninguna tontería.

—Está bien. —Intenta recuperar su móvil. Echo el brazo hacia atrás y le enseño mi índice de la mano contraria estirado, como diciendo: «No, alto, bonita».

—Prométemelo. ¿Promesa de meñique?

—Pero a cambio... quiero que me cuentes todo lo que haces con los chicos.

Enarco una ceja.

—¿Crees que tenemos orgías o...?

—¡No! ¡Solo quiero saber cómo es tu trabajo! No quiero que me cuentes secretos —murmura.

—Está bien. —Entrelazamos los meñiques. Le devuelvo su teléfono con algo de reticencia—. Y ve a desayunar. Tienes que empezar el día con fuerza; a lo mejor Seungchol vuelve a aparecer en el baño y no querrás tener un bajón de azúcar...

Mi trabajo en la agencia en estas épocas queda relegado a ser la chica de los cafés del principio. Las promociones han terminado y los únicos eventos cercanos son los de Navidad, galas de premios y conciertos de fin de año. Tenemos un par de semanas de descanso para luego trabajar como si fuéramos esclavos con sueldo.

Hoy nadie me ha pedido café —de momento— y el resto de las estilistas no están en la agencia. Eso quiere decir que estoy aquí por mera decisión propia. Quiero hablar con Insoo sobre el tema del «beso», aunque estoy segura de que sus recuerdos de la noche anterior son demasiado borrosos. Sería una gran ventaja si no se acordara del bochornoso momento. Si es verdad lo que dijo Yoongi, eso de que Insoo no le iba a dar importancia, no debería preocuparme demasiado. Pero sé que se lo dirá a alguno de los chicos —o a todos—, y los chicos quizá se lo cuenten a un tercero, y ese tercero tal vez se lo diga a otro... Hasta que el rumor llegue a oídos de la jefa de personal y entonces decida despedirme.

Coincido en el ascensor con uno de los *mánager* de CUT. Nos saludamos cordialmente, como siempre, y le pregunto si los chicos están aquí. Me dice que algunos de los chicos están en la sala de ensayos. Voy hacia allí junto a él.

Distingo la cabellera rubia de Insoo junto a la de Namjoon, Haein y Hojun. Llamo la atención del primero, que me ve reflejada en el enorme espejo de la sala. Insoo viene hacia mí con aparente discreción, pero en cuanto se me acerca, lloriquea como un bebé grande y se pone una mano en la frente, por debajo del flequillo. Se queja tan alto que el resto de los chicos se gira hacia nosotros.

—¡Tengo una resaca terrible!

—Chicos, me llevo a Insoo un momento. Necesito que elija unos zapatos —suelto, a modo de excusa—. ¡No tardo! —El resto asiente con aparente inocencia. Salgo con Insoo al pasillo. Lo primero que hago es pedirle que no sea demasiado ruidoso. En general, todo CUT es un cúmulo de gritos y ruido. Me aseguro de que no hay nadie por aquí—. Insoo, ¿te acuerdas de lo que pasó anoche?

—Más o menos. —Me mira con suspicacia. —No me digas q...

—Casi os tenemos que mandar a un hotel —dice de pronto Yoongi, apareciendo de repente.

Pongo los ojos en blanco. Llega con un vaso de café en la mano. No sé de dónde lo ha sacado y tampoco me importa. Se queda a nuestro lado, bebiendo, como si estuviera viendo una telenovela

—¿Tú y yo...? —Insoo echa la cabeza hacia atrás, extrañado.

Yoongi, divirtiéndose cual crío en unos columpios, sonrío mientras sorbe el café por la pajita. Yo agito las manos enseguida.

—¡No! Joder, ¡claro que no! —trato de explicarme—. Mira, yo estaba borracha, tú estabas como una maldita cuba y solo te besé cuando ya me iba de vuestro apartamento. Fue un beso de despedida y ni siquiera fue con lengua, y ni siquiera duró cinco segundos, así que, machote, no te hagas ilusiones.

Creo que eso último sobra, pero el nerviosismo me ha hecho soltarlo de carrerilla. Insoo frunce el entrecejo. Yoongi decide echarle leña al fuego.

—Os besasteis.

—Pero ¿se puede saber qué haces tú aquí, amargado? —le suelto a Yoongi.

Insoo se relaja, deja de estar en tensión. Se ríe suavemente y hace un gesto con la mano.

—*Hyung*, tan solo fue un beso —dice, restándole importancia, tal y como dijo Yoongi—. No pasa nada, Aerin... ¿verdad?

—Sí, totalmente. Nada de atracción ni esas cosas —añado. Antes de que Insoo se marche, pellizco su brazo para que se vuelva hacia mí—. Aun así, no se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué...?

Me encojo de hombros.

—Es más divertido si lo sabemos solo nosotros dos. Tres —me corrijo al ver que el pelinegro todavía sigue ahí, presenciando la escena con su café amargo en la mano—. ¿Promesa de meñique?

Entrelazo su dedo con el mío, como había hecho anteriormente con Jiho, pero con la diferencia de que el meñique de Insoo es tres veces mayor que el de mi prima. Aun así sus manos parecen delicadas y muy bien cuidadas. Nuestra promesa queda sellada. Más le vale cumplirla... O maltrataré su pelo antes de perder el trabajo.

Entra de nuevo en la sala de baile. Yoongi, en cambio, se va pasillo abajo, creo que sin rumbo. Camina deprisa y me cuesta alcanzarlo a mi paso normal, así que salgo corriendo tras él. También

he venido aquí con la intención de hablar sobre nuestra amistad.

He estado pensando en que deberíamos retomar las viejas costumbres. Ver una película con él en el sofá de mi apartamento me recordó a cuando éramos adolescentes, y una parte de mí, reacia a dejar atrás esos tiempos, quiere con todas sus fuerzas poder repetir la velada. Me conformaría con pasear por Myeong-dong o con visitar alguna cafetería nueva. El único inconveniente es que ahora Yoongi es diez veces más famoso, que tiene horarios bastante estrictos y que su agenda está a punto de explotar.

Ah, y que tampoco soy su amiga. Solo soy alguien que trabaja con y para él.

—Yoongi, Yoongi, Yoongi —lo llamo antes de alcanzarlo a la altura de los ascensores—. ¿Tienes algo de tiempo libre?

—¿Para qué?

—Eh... No sé, porque me gustaría... —Me quedo callada un segundo. Cojo aire—. ¿Me consideras tu amiga? —pregunto, curiosa—. ¿Somos amigos?

Sorbe algo de café.

—Si no somos amigos, ¿qué mierda somos?

Suspiro un poquito aliviada.

—O sea, que sí somos amigos.

—¡Premio!

Sonrío y no tengo idea de por qué. El ascensor abre sus puertas. Entramos en él. Yoongi pulsa el botón de la última planta. Estoy concentrada en planear lo que voy a decir a continuación y no pulso el botón de la planta baja. Yoongi me mira como si se estuviera mofando de mí y pulsa el botón sin que yo diga nada.

—Entonces, si tienes algo de tiempo libre, podríamos ir a tomar café a algún lado.

—¿A las tres de la mañana? —dice, irónico. Sé que suele irse a dormir a esa hora, o incluso más tarde.

—¿Por qué no? Siempre estoy despierta a esa hora.

El ascensor llega primero al piso de los estudios de grabación. Yoongi me deja sola, pero antes de desaparecer, me da su vaso de café vacío. Solo queda hielo.

—Me lo pensaré —me dice.

—¿Ese «me lo pensaré» significa «sí»? —Asomo la cabeza por el ascensor para ver cómo se marcha. No se gira—. Eh, Yoongi, ¿deja de hacerte el interesante de una vez!

Yoongi

Eh 02:12

Ehhh 02:12

Yoongi 02:12

Qué? 02:17

¿Vamos a alguna cafetería? 02:20

No hay nada abierto a estas horas. 02:26

Sí, hay una cafetería que abre todas las madrugadas de los viernes cerca de mi apartamento. 02:26

Estoy cansado. 02:26

Bueno, está bien. Descansa mucho! 02:26

√√ leído a las 02:26

Ahora en serio, Yoongi. 02:27

Vamos a algún lado. 02:27

¿Por favor? A cambio de lo que quieras... 02:27

Si voy contigo ahora, no me tiñes el pelo. 02:30

Hecho. 02:32

Te espero a las 3 en la calle de tu apartamento. 02:35

No tardes. 02:35

Seré puntual. 02:37

Dónde coño estás? 03:02

Ya voy!! Solo son dos minutos tarde! 03:02

Tres. 03:03

aaarrggg

√√ leído a las 03:03

Salgo de mi habitación de puntillas, apago la luz y utilizo el resplandor de la pantalla de mi teléfono para orientarme, aunque me sé el camino hacia la puerta de memoria. Soy lo más silenciosa que puedo, pero hay algo que me obstaculiza el paso y termino chocando con la pared después de tropezar.

Por si fuera poco, me doy con la esquina del puñetero mueble del pasillo en el dedo meñique del pie.

—Joder —susurro en voz casi inaudible.

No sé si hay algo que desvela a Jiho o si he sido yo quien la ha despertado. Un segundo después de golpearme, mi prima abre la puerta de su habitación y se queda en el umbral, intentando verme.

—¿Aerin? ¿Dónde vas? —dice también susurrando.

Hago una seña indicando que estoy bien, que da igual dónde vaya.

—Voy a la tienda de conveniencia... No hay... pañuelos.

—Ah... Vale.

—Duerme y descansa.

Jiho vuelve a su habitación. Deja la puerta entreabierta. Yo, aún cojeando por culpa del dolor, me pongo la chaqueta bómbier azul que he elegido, nada discreta, me calzo y me voy, mientras Jiho me observa con atención por la rendija de la puerta.

Bajo por las escaleras hasta la planta baja para salir del edificio. Distingo la figura solitaria de Yoongi apoyada en la pared del muro del edificio de enfrente. Camino hacia él. Viste, como siempre, con ropa oscura. Esta vez no lleva una mascarilla. Pasan algunos minutos de las tres de

la mañana y es obvio que no va a reconocernos nadie.

—Vaya, Yoongi, tan alegremente lúgubre como siempre —suelto a modo de saludo.

—Tú invitas.

—¿Qué? Pero si tú ganas trece veces mi sueldo. Además, estoy ahorrando para comprarme unos Valentino. Serán dos míseros cafés, no unos billetes de avión a París.

Caminamos hacia la derecha. Yoongi anda abrazándose a sí mismo. Durante un buen trecho del camino no intercambiamos palabras, al menos hasta que me doy cuenta de que el jersey que lleva no le protege demasiado del frío. Es casi diciembre. ¿A quién se le ocurre salir así a la calle, y más aun cuando es noche cerrada? Me quito mi chaqueta.

—Póntela.

—No, es tuya. —Me da un manotazo para no tener que ponerse mi bómbier.

—Yoongi, vas a resfriarte. ¡Póntela!

Acepta mi chaqueta de mala gana y se la echa por los hombros.

—¿Contenta?

—Sí. —Le sonrío.

Él desvía la mirada. Me gustaría saber qué está pasando por su cabeza... Nunca ha sido un buen actor, y por eso es incapaz de ocultar que está algo nervioso.

Yoongi

Te apetece sushi? 23:07

Ahora? 23:07
Es tarde... 23:07

Ohhh!!! Megatarde!!! Son las once de la noche!!! 23:07
En el restaurante de Gangnam. 23:07

Estás loco yoongi. 23:08
Estás hablando del restaurante de sushi más caro de Seúl y probablemente de Corea. 23:08

Sabes que solo como alimentos de calidad. 23:10

Porque tu dinero crece exponencialmente y puedes permitirte... 23:10

Salgo en 10 min. 23:11

Qué bicho te ha picado??? 23:11
Por el dios en el que no creo, eres Min Yoongi. No sales de tu casa excepto en situaciones de inanición.
23:11

Salgo en 9 min. 23:12

No estoy de humor. 23:12
Tengo que pagar una carrera universitaria, facturas de la luz, necesito comprar comida y llevo ahorrando para unos
Valentino desde hace siglos. 23:12
Pretendes que pague siete millones de wones solo por sushi???
√√ leído a las 23:12

Yo invito. 23:15

ERES TÚ DE VERDAD??? 23:16

QUIÉN ERES Y QUÉ HAS HECHO CON YOONGI?! 23:16

No hace falta, en serio. 23:16

Ya he cenado de todas formas 😊 23:16

Sabes si hay una palabra específica para esto? 23:17

Me he perdido. 23:17

Prefieres un GPS en vez de una cena? 23:17

Tu sarcasmo me deja más tranquila. 23:17

Así sé que eres tú. 23:17

Aerin 23:18

Prepárate 23:18

Yá. 23:18

De veras, no tengo ganas de salir a cenar hoy. Ni siquiera a alguna cafetería. Estoy cansada... 23:19

ES UNA CITA. 23:19

Qué? 23:19

Cenamos, yo pago. 23:19

Tú te callas y aceptas. 23:19

Una cita! 23:19

Ah, vale, cita de amigos!! 23:19

Me habías asustado 😊 😊 23:19

UNA PUTA CITA COMO SI FUÉRAMOS

JODIDOS NOVIOS, AERIN. 23:19

Quééé? 23:19

un momento tbai ha visyo una arankañ

en su cuarto y tengo que ir

a matatla. 23:19

Te espero en la calle de tu apartamento. 23:20

peto yooxngi no cttes que estou es xmuy anticipado 23:20

yoogynfi EEEEEHHH 23:20

√√ leído a las 23:20

Mi cabeza recapitula rápidamente qué es lo que acaba de pasar: Yoongi acaba de pedirme que salga con él. Con él. Con una estrella del k-pop. ¿Acaso tiene algún tipo de virus contagioso? ¿Está desvariando? ¿O soy yo la loca? No sé qué pensar. Aún estoy mirando la pantalla del

teléfono cuando me doy cuenta de que todo esto no es un sueño. Es verdad. Me llevo las manos a la cabeza, entre sorprendida y horrorizada. Estoy en pijama, sin maquillaje y sin lentillas. Estoy hecha un desastre para una primera cita con el señor todopoderoso que solo bebe café amargo.

Estoy empezando a creer que vivo en una película al más puro estilo *Princesa por sorpresa*, o peor, que vivo en alguna historia que ha creado alguien en internet. Ha sido demasiado rápido. De la noche a la mañana, Yoongi y yo hemos pasado de no querer vernos a tener conversaciones todas las madrugadas. En algún momento, las conversaciones por chat se convirtieron en llamadas telefónicas, y las llamadas en charlas en su estudio con mucho café. A veces se unía Hojun, o Haein, o cualquier otro; otras veces estábamos solos. Los temas de conversación variaban desde alguna tontería —como lo horrible que eran algunos colores y la existencia de leyes que deberían prohibirme la entrada a tiendas de ropa— hasta temas más profundos como la amistad. De vez en cuando, Yoongi apuntaba algunas frases remarcables. Quizá eran para próximas canciones. Los días y las semanas pasaron. Y hoy, de repente, me encuentro buscando como loca algún vestido que sea idóneo para una cita. Pensaba que solo me consideraba su amiga. ¡Es demasiado precipitado!

Todos estos días he estado presentándome en la agencia con unos simples vaqueros y un jersey. Nada de estilismos estrambóticos. Pero hoy necesito algo que demuestre que tengo interés en tener una cita con Yoongi. Que me importa, pero no demasiado. Si me pongo un vestido caro, el collar que heredé de mi abuela y unos zapatos de tacón, Yoongi pensará que estoy desesperada. Tengo un momento de crisis existencial. Miro mi armario abierto de par en par con los brazos en jarras, buscando alguna prenda que sea lo suficientemente bonita como para tener mejor aspecto que Yoongi. Él podría ir con una bolsa de basura y yo con un vestido de Versace, y Yoongi seguiría lucíendolo mejor que yo. Hasta podría ponerse el vestido.

Cuando veo que el tiempo se agota, elijo unos pantalones negros y una simple camisa blanca, sin estampado. Completo el conjunto con un abrigo y unos pendientes discretos. Salgo corriendo hacia el baño con el teléfono en la mano.

Noto un golpe en el pecho. Mi teléfono móvil cae al suelo del pasillo al instante. Es Thai quien lo recoge y me lo tiende. Sin embargo, no he chocado con él, sino con Jiho. Los dos me miran de arriba abajo mientras me coloco bien la camisa.

—¿Dónde vas? —preguntan al unísono, uno más descarado que la otra.

Son conscientes de que yo les oculto algo. No estoy cumpliendo mi promesa de transparencia con Jiho, no del todo. Le cuento qué sucede en mi trabajo, pero me ahorro algunos detalles como que salgo a las tres de la madrugada del apartamento para encontrarme con Yoongi en la agencia o que he visto alguna película con los chicos tirada en el sofá de su casa. Mi excusa para mis escapadas es bastante creíble: el «chico de la facultad» y yo tenemos algo, y la única forma de pasar tiempo a solas es encontrándonos por la noche. Thai se lo cree por dos razones: porque he creado una historia de la nada y porque la explico con pelos y señales. Lo que hace que una mentira sea creíble son la cantidad de detalles simples y el número de veces que se repiten. Además, Thai es demasiado ingenuo. Podría decirle que los cerdos son verdes y terminaría creyéndoselo. Mi prima, en cambio, es bastante más suspicaz. Desde que vio a Seungchol saliendo de nuestro baño, tiene en la cabeza que el «chico de la facultad» es realmente él. Le he repetido unas mil veces que no es así, que algún día les presentaré al chico. Aun así, Jiho sigue sin tragárselo. Es más cabezota que yo.

—He quedado con Sungjae —suelto. Acabo de inventarme el nombre.

—¿Tu amiguito? —dice el tailandés con algo de sorna.

—Sí, sí. —Voy hacia el baño para ponerme algo de maquillaje en la cara y peinarme lo mejor que pueda. Intento cerrar la puerta, pero Thai y Jiho se ponen en medio. No dejan de mirarme—. Qué, ¿sois *paparazzi*?

Fuera bromas. Son capaces de seguirme hasta el infinito y más allá solo para saber dónde voy. Thai entorna los ojos.

—Te estás poniendo muy guapa.

—Solo estoy maquillándome con algo de máscara; lo de siempre —argumento—. Además, creo que Sungjae quiere formalizar las cosas.

—¿Qué?! —exclama Thai, ahogando uno de sus grititos agudos, abriendo la boca como si fuera a recibir una barra de pan y pegando un buen golpe a Jiho en el brazo—. ¡No nos habías dicho nada, *noon*!

Le amenazo con meterle la brocha que estoy utilizando en el ojo. Echo un vistazo a la hora que marca mi reloj.

—¡Mierda, mierda! Llego tarde. Adiós. —Dejo todo mi maquillaje esparcido por el lavabo. Me peino con los dedos, guardo el teléfono en mi pantalón y salgo de allí poniéndome el abrigo—. No me esperéis despiertos, dormid mucho, bla, bla, bla... ¡Hasta mañana!

Me calzo con lo primero que veo —unos mocasines oscuros—, abro la puerta de una manera muy brusca y corro hacia el ascensor. ¿Estará cabreado? Si mi cabeza y mis habilidades matemáticas no fallan, solo llego un par de minutos tarde y espero que Yoongi lo pase por alto. Si no es así, podría decir que he tenido el primer plantón de mi vida. Al menos no ha sido en el altar como en las películas romántico-dramáticas de Cielowood.

Los metros que separan la calle del edificio donde vivo se me hacen eternos. Es noche cerrada, hace bastante frío y parece que hay algo de niebla. Me cuesta distinguir a Yoongi en la oscuridad, apoyado en la fachada del edificio de enfrente, como de costumbre. Creo que debería limpiar el cristal de mis gafas.

Lo primero que hace cuando llego a su lado es señalar la esfera de su Rolex. Enarco las cejas.

—Sí, bonito reloj.

—Quince minutos. Estaba congelándome aquí. ¿Acaso no tienes sentimientos?

—¡Eso es mentira! Solo han sido... —Reviso la hora de mi reloj—. Mierda, tienes razón. Han sido problemas técnicos... —Río con algo de nerviosismo.

Me encamino hacia la derecha, siguiendo el camino que va hacia el centro de Seúl. Yoongi camina en dirección contraria. Saca las manos de su abrigo negro y se encoge ligeramente de hombros, preguntándose con la mirada qué estoy haciendo.

—¿Dónde vas?

—¿A Gangnam?

Señala con desgana un coche negro. Por un momento, me quedo sin respiración. Mis expectativas de que todo esto sea una broma de mal gusto del señorito Yoongi se han desmoronado cual esperanzas de adolescente en su último año de instituto. Va en serio. Muy en serio. Que traiga uno de los coches más elegantes de la agencia me hace querer huir. De verdad. No puede estar pasándome esto. Estoy confusa, no sé si estoy haciendo lo correcto. Titubeo antes de seguir a Yoongi al coche. Sigo esperando a que me diga que está de coña.

—¿Sabes conducir? —le pregunto. Abre la puerta del copiloto y, literalmente, me empuja dentro del vehículo. No me queda más remedio que sentarme y ponerme el cinturón de seguridad—. Me ha quedado claro.

—Me saqué el carnet de conducir antes de debutar...

—¿Te dio tiem...?

Un golpetazo, un fuerte choque y un irritante sonido de una alarma me sobresaltan. Yoongi hace como si nada, coloca bien el retrovisor y carraspea. Ha golpeado al coche de atrás.

—Hace tiempo que no conduzco.

Resoplo. Me quito el cinturón.

—Déjame a mí. —Me bajo del coche de un salto.

Yoongi enarca las cejas.

—¿Sabes conducir? —Me imita.

—Me saqué el carnet en Roma, en una ciudad de motoristas temerarios y rotondas kilométricas. ¿Vas a mover tu culo?

No le queda más remedio que bajarse del coche y cederme su lugar. Por el momento, es una cita interesante. Logro enderezar el coche y sacarlo del lugar donde estaba aparcado sin mucho esfuerzo. Vuelvo a salir del vehículo. Yoongi ocupa el sitio del conductor por segunda vez. Dejo que lleve el coche por las calles de Seúl, relativamente concurridas. Son casi las doce de la noche.

Por alguna razón, me siento observada y nerviosa. No es por la cita en sí, ni por Yoongi. Es porque siento que no debería estar con él. Hay cámaras por todos los lados, hay fans hasta en los lugares más inhóspitos, la prensa y los medios siempre están al día. ¿Y si alguien consigue una foto y la publica? Sería el escándalo del siglo. Mancharía las manos de CUT, y es algo que no quiero por nada del mundo. Apoyo el codo en el saliente de la ventana y miro por el cristal, intentando ocultar mi nerviosismo. Yoongi lo empeora cuando me recuerda que vamos a uno de los restaurantes más caros de la ciudad.

—He reservado una mesa —dice, como si no tuviera importancia.

—¿En serio? Joder, Yoongi...

—Relájate —me dice, riéndose. El sufrimiento ajeno, o al menos el mío, siempre le ha resultado muy divertido a Yoongi.

—No finjas estar tranquilo. ¡Seguro que tú también estás nervioso!

—Tú me pones nervioso. —Agita la cabeza y se retira con cuidado algunos mechones del flequillo que le tapan la vista—. Quiero decir, me pones nervioso porque estás nerviosa y no dejas de moverte.

—Ya, claro...

No decimos nada de camino al restaurante. Allí apenas hablamos. Es demasiado para mí. Elegante, oscuro, con muebles de madera maciza, con chefs reconocidos internacionalmente. Las únicas palabras que murmuro en el restaurante son unos secos «gracias» cuando un camarero nos sirve el primer plato de sushi. Yoongi se ha encargado de pedir los platos. Parece que es tímido, pero le gusta mandar. Le gusta el orden y, en cuanto ve la oportunidad, intenta manejar la situación. Aunque sea desde las sombras. Es la primera vez en todo este tiempo que me siento un poquito más pequeña ante Yoongi, en el sentido literal y en el metafórico.

—Me da miedo tocar el sushi. Es tan bonito... —digo, para mí misma.

—No me digas que... —Yoongi bufá, chasquea la lengua y resopla al ver cómo me levanto de la silla para hacer una foto al plato—. Era obvio que ibas a hacerlo. —Toma la primera pieza sin avisarme, antes de que yo pueda hacer una segunda foto desde un mejor ángulo. Lo miro horrorizada.

—¿Qué?

—Esto... Yoongi.

—Esto, esto... —me hace burla, con la boca llena.

Vuelvo a sentarme con un suspiro.

—Gracias por invitarme.

—De nada.

—Pero, de verdad, no tenemos por qué... —Su mirada fría me interrumpe. Decido guardar silencio y agachar la cabeza.

—Si no quieres salir conmigo, por mí vale. No es ningún problema. —Arrogante. Es la única palabra que puede describirlo.

—¿Y eso a qué viene?

Hace una ligera mueca.

—Me gustan los retos.

—Ah, ¿sí? —Por alguna razón, me hace reír. Creo que es su ataque de egocentrismo el que me hace soltar una carcajada algo descarada. Sé que en el fondo él no es así, y su pésima actuación me hace gracia. Me tapo la boca con ambas manos, aunque es imposible ocultar mi sonrisa. Yoongi también se ríe, pero lo esconde mejor que yo—. Pues, si te gustan los retos, puedo llevarte a algún *survival show*. ¿Qué te parece?

Yoongi niega con la cabeza, como diciendo: «No me lo puedo creer», sonriendo y tomando una nueva pieza de sushi mientras tanto. Yo decido comer también —porque, digan lo que digan, la comida es más importante que el mismísimo amor— y, casi sin mirarnos, hablamos despreocupadamente de cosas que odiamos. Mejor dicho, hablo de cosas que odio. Yoongi se limita a escucharme mientras yo me quejo, riéndose de vez en cuando y comentando alguna de mis palabras. El resto del tiempo, mastica el arroz o me mira durante unos segundos. Embelesado. Impresionado. Si mi padre estuviera aquí, seguramente se acercaría a Yoongi para decirle que acababa de caer de lleno en la red de pesca de su hija.

La cena concluye sin muchos incidentes. No he tenido que practicar la maniobra de Heimlich a nadie, el sushi estaba riquísimo y, por primerísima vez, no he tenido que pagar. Yoongi ha soltado su tarjeta de crédito como si fuera un simple papel. Ni siquiera se ha impresionado al ver el total de la cuenta. Yo, solo de ver el precio de los platos, me he mareado. Y él como si nada. Le agradezco por enésima vez que me haya invitado a cenar y paseamos hasta el coche.

Ahora soy yo la que aguanta los quejidos de Yoongi. Ha confesado que no quiere llevarme a casa, que está cansado y que no tiene ganas de conducir.

—No te preocupes —le digo, tranquila—, conduciré yo.

Me mira sorprendido. Abre los ojos como platos y sus labios se fruncen ligeramente.

—¿Eh? ¿Vas a llevarme al apartamento?

—Sí. ¿Por qué no?

—Se supone que soy yo el que tiene que llevarte a casa y todo eso... ¿verdad?

Me río porque me resulta adorable.

—¡Eres todo un principiante en esto!

—¿Y qué esperabas, gilipollas?

—No sé, pero creía que salías con alguien.

Es él quien se ríe, mucho más amargo.

—Hay reglas, por si no lo sabías. —Curiosamente, las está rompiendo todas, una a una—. Y no he salido con nad...

—¿Nunca?!

—No he salido con nadie desde hace tiempo —termina su frase.

—Mucho tiempo puede ser toda tu vida...

—He salido con más chicas, Aerin —dice, abriendo el coche desde la distancia. Tengo la sensación de que me miente, pero hago la vista gorda.

—Pues sigues siendo un novato con esto de las citas. —Subo al coche. Me abrocho el cinturón de seguridad, sigo la rutina de siempre...

—No soy novato, soy clásico —objeta. Después, añade, casi susurrando: — Además, siempre me has hecho ver esas películas romanticonas... Pensé que te gustaría algo así. —Carraspea—. Te llevaré a casa.

—Qué considerado.

No volvemos a hablar. El silencio es cómodo, el paisaje metropolitano lleno de luces y chispas me hipnotiza y el ambiente es relajante. Podría quedarme dormida aquí mismo. Me hundo en el asiento y observo a Yoongi mientras conduce.

—Siempre has tenido unas manos bonitas —le suelto. Él me ignora. Sigue con los ojos clavados en la carretera. Me gusta cuando se concentra.

Desvío la mirada el resto del viaje, que son unos escasos diez minutos. Reconozco las calles estrechas y los edificios achatados. Hemos llegado a nuestro vecindario, y, por tanto, a mi destino. Yoongi detiene el coche antes de llegar a la localización exacta de mi apartamento.

—Gracias —repito.

—La próxima vez, pagas tú.

Me abrocho mi abrigo aún sentada. Yoongi tamborilea con los dedos sobre el volante, como si estuviera esperando algo. Sé lo que es o, al menos, me lo imagino. Está esperando a que yo tome la iniciativa para poder saber que no va a cagarla si él continúa.

Hago ademán de salir del coche solo para confundirlo. Después, me inclino hacia delante y, sin llegar a poner una mano en su cuerpo, beso a Yoongi. Es rápido, parecido a aquella vez que lo besé cuando estaba borracha en su apartamento. Sin embargo, no me separo tan deprisa. Espero a que él me bese. Sé que va a hacerlo porque ha agarrado mi camisa con su puño, tirando de la tela hacia abajo y hacia él.

Entonces me besa. Porque simplemente le gusta llevar la batuta del asunto y porque la tensión había alcanzado un límite insospechado estos últimos días. Nos acercábamos demasiado. En algún momento tenía que suceder esto.

Yoongi mueve sus labios sobre los míos pidiendo paso. Es una sensación tan, tan distinta a la de mis besos con Dongyul que dejo enseguida que la lengua de Yoongi se inmiscuya en mi cavidad bucal, despacio. Es inesperadamente calmado. Y dulce.

No cuento los minutos, pero sí las respiraciones que necesitamos para recuperar el aire. A la tercera, cuando creo que los dos nos hemos desinhibido bastante, me separo de él.

—Bienvenido a tu *survival*, Yoongi.

—¿Estás tomándome el pelo?

—Has dicho que te gustaban los retos... —digo, con aire misterioso. Salgo del coche. Me despido de él con la mano, juguetona.

Yoongi arranca y se marcha a toda velocidad, entre indignado y cabreado.

Es mentira. No se lo voy a poner difícil... pero sería divertido si lo hiciera.

Digamos que el ambiente está un poco... extraño. Ni siquiera sé cómo definirlo; quizá caldeado, pero no en un sentido violento. Desde que Yoongi y yo salimos en lo que él denominó «una cita como si fuéramos jodidos novios», tengo la sensación de que nos evitamos. Si nos vemos por la agencia, agachamos la cabeza y ni siquiera nos miramos. Es gracioso porque, sin que nadie lo sepa, nos quedamos juntos por las noches.

Es mi última hora en la agencia por hoy. Supongo que después de ordenar algunas prendas que hay que devolver a las marcas podré marcharme. Como las promociones han acabado, no hay mucho que hacer por aquí. Digamos que todo lo relacionado con los lanzamientos de nuevos discos es cíclico y se divide en varias partes. Ahora, después de la tormenta, llega la calma. O eso cree la gente. Aunque tenga menos trabajo, aquí nadie se detiene. Todos nos necesitamos a todos, como si fuéramos los engranajes de la maquinaria de un reloj. Si uno se para, todo se ralentiza o, en el peor de los casos, se rompe. Por eso tenían tanta prisa en cubrir una baja de maternidad. Aunque nadie de la agencia tenga mucho tiempo para descansar, Yoongi siempre tiene un par de minutos para dejar lo que está haciendo y acercarse a mí. Como si no me diera cuenta.

Aprovecha para pasar por mi lado cuando no hay nadie a mi alrededor. El resto de las estilistas se han marchado y algunas personas están casi en la otra punta de la sala. Yo ordeno algunas chaquetas, apilándolas unas encima de otras, y las etiqueto con su respectiva marca y la dirección donde hay que devolverlas. Veo a Yoongi de reojo. Dije que no se lo pondría difícil, pero obviamente no voy a hacerme la facilona. Lo que faltaba para alimentar su ego. Después de que esté rondando por ahí sin decirme nada, carraspeo.

Él inspira por la boca y mira hacia otro lado enseguida, haciendo el desinteresado.

—¿Has visto mi teléfono por algún sitio?

Seguramente tenga el teléfono en alguno de sus bolsillos y solo sea una pregunta para hablarme. «Buena forma de romper el hielo, campeón.»

—¿Ahora también soy tu madre? —suelto, sin mirarlo.

Esto se está convirtiendo casi en una estrategia militar. Él se hace el difícil, yo también. Él no piensa ceder, así que yo tampoco. Es un tira y afloja para ver cuál de los dos se deshace de su timidez antes. Siendo sincera, quiero salir con Yoongi, pero hay tantas normas, tantas consecuencias... No quiero convertirme en un obstáculo para él, así que una parte de mí quiere mantenerse al margen, pero no sé cuánto tiempo podré fingir que Yoongi no me gusta. O viceversa. A él, por mucho que siempre tenga esa expresión impassible, le cuesta no hablarme o acercarse a mí.

Miro la hora en mi teléfono.

—¡Oh! Son las seis. —Llevo la pila de chaquetas para colgarlas en la sala de las estilistas y, de paso, recojo mi abrigo y mi bolso—. ¡Hasta mañana!

Intento irme de allí lo más rápido posible. Me resulta divertido ver cómo Yoongi se debate entre dejarme marchar o no. Él hace un gesto apático con la mano, como diciendo: «Sí, eso, vete».

—Adiós —resopla, hundiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta negra y volviéndose para ir hacia los estudios.

Soy incapaz de no soltar una risilla mientras me echo el bolso rojo al hombro. Salgo de la agencia después de despedirme del resto educadamente con una reverencia, y nada más salir a la calle, tomo un atajo para llegar cuanto antes a casa. Tengo dos horas de clase en la universidad, ando con el tiempo contado y ni siquiera me detengo a mirar el mensaje que ha hecho que mi teléfono vibrara. Solo puede ser Yoongi, preguntando a qué hora salgo de la facultad.

Siempre le hierve la sangre cuando no le contesto rápido, así que responderé a su mensaje unas cuantas horas más tarde porque, como dicen, la venganza se sirve como el ceviche: fría.

Yoongi

Cuándo sales de clase? 18:03

Perdón, acabo de leer tu mensaje
estaba estudiando. 21:19
Sigues en el estudio?? 21:19

Lo siento, estaba trabajando en una canción. 22:30
Ya has terminado de estudiar? 22:30

No me había dado cuenta!! 23:46
Estaba ordenando unos apuntes. 23:46
Estás en el estudio? 23:47

Por qué quieres saberlo?? 23:48

Interés laboral ;) 23:48

No. 23:50
Quieres sushi? 23:50

Es otra cita? 23:50

Llámallo como quieras, estoy aburrido. 23:50

Así que soy tu pasatiempo.
√√ leído a las 23:51

Por qué eres así? 23:57
Mejor no vengas al estudio. 23:57

Bueno, vale. 23:58
Entonces ven. 23:58

No puedo contigo de verdad. 23:58

Guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón y me preparo para mi escabullida hacia la agencia. Llevo un par de semanas así, desde aquella cita en un restaurante caro de Seúl. A las doce, o incluso más tarde, me visto, salgo a la intemperie y, si tengo dinero y suerte, cojo un taxi para llegar al estudio y quedarme con Yoongi. A veces paso la noche allí, mientras él trabaja, y otras me voy pasadas un par de horas. Y luego, si Yoongi está excepcionalmente enérgico, salimos a escondidas a alguna cafetería que esté abierta.

Digamos que lo nuestro ha llegado a un punto muerto, y se podría decir que la situación me desespera. No somos novios, tampoco amigos. Ah, y mucho menos amigos con derecho a roce —y algo más—. Ni siquiera nos miramos a la cara. Aquel beso en su coche fue producto de una alineación estelar, un milagro y un larguísimo período en el que hablábamos demasiado. Digamos que ahora las cosas han vuelto a su cauce y todo se está volviendo rutinario.

No veo ningún taxi por las calles o avenidas, así que aprovecho para darme un paseo hasta la agencia y, de paso, comprar dos cafés en una máquina expendedora.

Poco a poco, las calles se vuelven más estrechas y oscuras. Sigo siendo una miedica y me horroriza que alguien pueda estar siguiéndome en la noche cerrada, así que acelero el paso para llegar cuanto antes a la agencia. Sujeto las latas de café con una sola mano de una forma un poco torpe y rebusco la tarjeta de identificación en mi bolso. Paso la tarjeta por la ranura del lector y empujo con mi cuerpo la puerta intentando no hacer ruido. La cierro con el mismo cuidado.

Casi de puntillas, subo las escaleras. El ascensor emite un pitido cada vez que las puertas se abren, por eso prefiero no arriesgarme. Cuando llego a la planta de los estudios, camino sigilosamente hacia una de las puertas, guiada por lo que parece ser la base de alguna canción. El sonido se escucha bastante amortiguado porque la mayoría de las salas están insonorizadas, así que supongo que Yoongi tiene que estar escuchando su trabajo a todo volumen.

No me equivoco: al abrir la puerta del estudio, el pasillo y probablemente toda la agencia, se llena con los atronadores sonidos de los bajos. Instintivamente me llevo la mano libre a la oreja, porque siempre he tenido los oídos sensibles, y al hacer ese gesto, dejo que la puerta se cierre de golpe.

Yoongi para la música y ahoga un grito. Se gira para verme con cara de susto.

Me río sin piedad al ver su cómica reacción.

Grita, quejándose.

—¡Me has asustado, joder!

—¡Pero si sabías que venía a verte! —protesto yo. A pesar de chillar como si estuviera ofendida, le tiendo su café.

—¿Sabes lo que es llamar a la puerta?!

—¡Pero si tenías la música tan alta que era imposible que me escucharas! —contraataco. Resoplo de mala gana y me quito el abrigo. Lo lanzo al diminuto sofá negro que hay en la sala.

—Cuando el estudio nuevo esté listo, pondré un timbre —sentencia, volviéndose hacia la

pantalla del ordenador y dando un sorbo al café—. Así se terminarán los problemas.

Y silencio. Incómoda, sin saber qué decir, vago por el estrecho estudio con una mano en el vaso de café y otra en la cadera, como si fuera una anciana caminando despacio por un paseo. Miro con curiosidad cada recoveco de la pared negra, cada papel, partitura... Siempre he creído que los músicos, en general, hacen una tarea muy ardua por nosotros. Y esa tarea es hacernos sentir. Creo que ahora entiendo un poquito mejor por qué Yoongi quería dedicarse a hacer esto.

Casi sin querer, hundo la mano en el teclado del único piano de la sala. Yoongi se gira hacia mí cuando oye esa nota tan grave y me fulmina con la mirada. Le sonrío, entre nerviosa y avergonzada.

—Perdón... —Sigo caminando hasta quedar a su espalda. Miro a la pantalla también. Señalo a las líneas azules de las pistas—. ¿Todo eso es una canción?

—No está terminada —responde—. Aún quedan bastantes cosas que añadir.

—¿Y lo has hecho tú solo?

—Aerin, ¿por qué me haces preguntas que harías a un niño de cinco años? —suelta. Cuando chasqueo la lengua con molestia, se ríe y se aparta un poco hacia la derecha para que vea mejor la pantalla—. Estoy componiendo. Más tarde, si pasa la primera ronda —No sé a qué se refiere con eso, siendo sincera—, alguien del equipo de producción me ayudará a darle los últimos toques. Luego se añaden las pistas de voz, y después, se retoca un par de veces hasta que quede la canción final.

—Esto es solo... ¿la base? ¿Tantas líneas y colores para una base?

—¡Bienvenida al mundo! —exclama sin mucho sentimiento, sin apenas moverse, pero con mucha ironía.

Doy unas palmaditas en su hombro.

—Suerte con eso, colega. Tiene pinta de ser muy difícil.

—Estudiar la anatomía completa de una uña sí que tiene que ser difícil —dice, refiriéndose a mis estudios. Elevo mi mirada al techo.

—No estudio la anatomía de una uña, no seas exagerado. Además, si me gustara estudiar uñas, ¿cuál sería el problema?

Se encoge de hombros.

—Ninguno. Es... admirable que estudies tanto.

—Oh. —Me sorprende su respuesta—. Gracias, supongo...

Una vez más, un silencio incómodo se instala entre nosotros. Yo, puede que nerviosa, vuelvo a pasear por el estudio bebiendo poco a poco el café. No sé si sacar el tema de «bueno, ¿qué somos?» porque a) es todavía más vergonzoso y b) seguro que Yoongi esquivaría la pregunta.

—Oye... —murmuro, llamando su atención. Me mira sin expresión alguna, esperando a que yo diga algo—. ¿Puedo escucharlo entero?

Mi cerebro, de alguna manera, ha decidido hacer otra pregunta para salvar la situación. Es una buena táctica de defensa. Yoongi asiente, como si le diera igual que prendiera su estudio. Arrastro la banqueta que hay bajo el teclado y la coloco justo al lado de la silla negra de Yoongi.

Hace tiempo que no me acercaba a él, puede que desde nuestro beso en el coche. El contacto físico sigue costándome un poco, así que mantengo la distancia. Corta, pero aun así es una distancia. Yoongi da al *play*. Escucho, atenta.

Mientras tanto, él se hunde en la silla y me mira casi de reojo, como si de repente estuviera intranquilo. Pega un brinco cuando, al terminar la canción, le doy un sonoro golpe en el costado.

—¡Véndesela a Beyoncé! —grito—. ¡Desde el principio yo sabía que tenías talento!

Él me mira como si estuviera loca.

—Quiero creer que te ha gustado... ¿Quieres escuchar alguna más?

Digo que sí sin darme cuenta de la táctica perfecta de Yoongi. Debería haber caído antes. Pone otra pista, y de vez en cuando, a media canción, me pregunta qué me parece o si me gustaría cambiar algo. Me cuesta notar que lo único que está haciendo es distraerme para que no me percate de que ha acercado su silla a la banqueta donde estoy sentada o de que su mano izquierda está a punto de rozar la mía. Hasta que no acaba a canción y bajo la vista para ver cuánto café me queda, no me entero de su estrategia. Yoongi finge, como de costumbre, no saber nada. Mira hacia otro lado en cuanto yo me río y trata de esconder el rostro tras su mano contraria. Le doy un codazo suave.

—No te hagas el tonto; te he pillado.

—¿Pillado? No te entiendo...

—Si quieres salir conmigo, solo tienes que decírmelo. —Agacho la cabeza y jugueteo con la tapa de plástico del vaso—. De todas formas, buena técnica para intentar cogerme la mano y esas cosas. Nunca pensé que serías de esos...

—No estaba intentando...

—Sí lo estabas —lo corto, señalando lo cerca que está su mano de mi cuerpo. Él la retira enseguida, como si se hubiera quemado. Su reacción me hace reír.

—Cuando me acerco a ti siempre te encoges, como si te fuera a morder o algo así... — Enseguida se retira unos cuantos mechones del flequillo de los ojos, con cuidado. No sé si lo hace porque de verdad le molesta o si simplemente está algo nervioso.

—No tienes pinta de morder a la gente, si te soy sincera. —Sus facciones suaves no ayudan mucho a crear una imagen mental de un Yoongi peligroso—. Ni siquiera de gritar a la gente.

—Yo qué sé, Aerin. Siempre reaccionas como si te diera miedo y me evitas y eres... joder, déjalo.

—A ver si en realidad el que tiene miedo de desmoronar su imagen de chico duro eres tú... — digo, con un tono juguetón y algo de burla. Yoongi se gira de repente en la silla y nos quedamos cara a cara. Enseguida levanto las manos en son de paz—. Era coña, era coña. No me das miedo ni nada de eso. ¡¿Cómo podría darme miedo alguien como tú?! Simplemente necesito... tiempo.

Mira su reloj.

—Creo que ya han pasado unos cuantos segundos.

Suelto una carcajada inesperada y después agito la cabeza. Yoongi sabe toda mi historia con Dongyul.

Bueno, ese imbécil innombrable. Se lo conté en una de nuestras «citas», cuando Yoongi me acompañaba a casa. No había nadie por la calle, así que me pareció oportuno. Además, él no había dejado de preguntarme por mi «exloquefuera».

—Me costará acostumbrarme al contacto —mascullo. Yoongi lo entiende perfectamente a pesar de que he hablado entre dientes. Aun así hay algo en el mensaje que no comprende.

—¿Por qué utilizas el futuro? ¿Asumes «algo»?

Una forma muy sutil de hacer que no seas tú quien haga la típica pregunta de «¿quieres salir conmigo?». Buen punto. Resoplo. Primero gesticulo sin mediar palabra, luego logro explicarme.

—No sé si asumirlo, porque no sé si estás dispuesto a saltarte las normas de la agencia y arriesgar tu carrera por mí.

Yoongi abre los brazos.

—¿Qué estoy haciendo ahora? Estoy pasándome las normas por el forro en este mismo instante.

No deberías estar aquí y mírate.

—Entonces, ¿estamos saliendo juntos de manera oficial? —Por fin hago la pregunta. Yoongi se vuelve para beber algo de café. Se encoge de hombros antes de responder:

—Supongo que sí.

—Somos novios. Has tardado semanas en decírmelo. ¡Semanas!

—No, no. —Mueve el índice delante de mi rostro—. He estado semanas intentando que tú dieras señales...

—Vengo a tu estudio por las noches a escondidas con café y vamos a un restaurante tú y yo solos. ¿No te parecen suficientes señales?

—Eso lo pueden hacer los amigos —ataca.

—Oh, venga ya. ¡No te lo he puesto nada difícil! —protesto, cruzándome de brazos como si fuera una niña pequeña—. No llevamos ni cinco minutos siendo novios, o lo que sea, y ya me estás hartando.

—Ah, ¿sí? —dice él, meciéndose en la silla.

Asiento con aparente molestia, pero ninguno de los dos puede evitar reírse. Miro el reloj del escritorio. A lo tonto, he estado un buen rato aquí. Mañana madrugo y no debería acortar mis horas de sueño.

—Creo que debería ir..

Al hacer ademán de levantarme, Yoongi agarra mi mano. Me sobresalto y mi cuerpo enseguida se pone en alerta. Él, al ver mi susto, desliza su mano y suelta la mía con suavidad.

Yoongi sonrío a modo de disculpa.

—Tranquila, no voy a morderte. A no ser que tú quieras...

—¡Estás que te sales! Podemos hablarlo mañana, si quieres.

Me levanto de la banqueta y la arrastro de vuelta a su sitio, bajo el teclado. Antes de ir a por mi abrigo y mi bolso, retrocedo unos pasos y, sin más, en un arrebato de yo qué sé qué, me acerco a Yoongi y le planto un beso en los labios. Quizá sea una forma inconsciente de celebrar que por fin tengo un novio decente o que he cumplido el sueño de muchas personas: salir con su amor platónico. Ahogo un grito cuando me doy cuenta de que he dejado la marca de mi pintalabios en Yoongi. Me apresuro a quitársela con la yema de los dedos, pero él lo arregla antes que yo humedeciéndose los labios y frotándose con el pulgar después.

—Eh, sí... Eso servirá también.

Me despido de él con la mano y salgo de allí mientras Yoongi, en su silla giratoria, me mira con una sonrisa de victoria, orgulloso. Estoy segura de que en cuanto me marche de aquí se pondrá a saltar y bailotear.

Me voy de allí tan deprisa que Yoongi tiene que recordarme que me he dejado el abrigo dentro, en el estudio.

Sí, el abrigo, y también la dignidad al distraerme con su sonrisa y golpearme con el marco de la puerta. Pero bueno, eso es lo de menos ahora que estamos saliendo, ¿no?

Hoy ha sido un día excesivamente largo. Aunque no he tenido que ir a trabajar tantas horas como otros días, las clases han terminado consumiendo parte de mi cerebro. Solo quiero tumbarme en la cama, contemplar el techo y quedarme dormida mientras escucho algo de música.

Y, por si fuera poco, Dongyul vuelve a acosarme como si fuera el jodido villano de alguna película barata de terror adolescente. Me llama constantemente desde el número de la funeraria, me envía correos electrónicos que desbordan mi bandeja de entrada o me espera a la puerta del apartamento, como hoy. Una simple amenaza con llamar a la policía ha bastado para que él y sus tatuajes se fueran del edificio. Aunque se haya marchado, sigo sintiéndome observada.

Empiezo a creer que necesito ir a terapia. Dongyul más salir con un famoso es igual a imaginarte cámaras fotográficas en cada esquina y a personas dispuestas a abordarte en cada rincón.

Yoongi y yo somos novios definitivamente, pero solo entre nosotros. Yo no he dado la noticia a nadie, ni siquiera a mi madre, y Yoongi está guardando el secreto bastante bien. No quiere que nadie se entere. De momento. Prefiere no pensar en las consecuencias. Que esté desafiando tantas normas me hace creer que de verdad está enamorado.

En el fondo no es nada especial. No somos la pareja más cariñosa y empalagosa del universo. La noción de romanticismo que tiene el mundo es bastante equivocada: no son ositos de peluche, rosas rojas, bombones y pétalos sobre la cama. Con Yoongi es sarcasmo y, si los dos hemos tenido un buen día, quedarse despiertos hasta las cuatro de la mañana hablando de temas profundos de los que creía que solo podía hablar con Namjoon. No hay mucha diferencia entre ser novios y amigos, al menos con Yoongi. De todas formas, creo que aún no estoy preparada para volver a tener una relación seria. Lo mejor es ir pasito a pasito, poquito a poquito. De hecho, no nos acercamos demasiado. Como mucho, cojo su bonita mano y él entrelaza sus dedos con los míos.

Después de calmarme en la ducha, me enfundo en un enorme albornoz de rizo y arrastro los pies hasta mi habitación, donde me dejo caer en la cama, bocabajo. Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco... Hasta que de repente escucho el sonido que me notifica nuevos mensajes en mi teléfono. Resoplo, pero me quedo en la cama. Las notificaciones cesan unos segundos. Luego, el teléfono vuelve a sonar. Esta vez es una llamada. Parece importante, así que no me queda más remedio que responder.

—¿Qué quieres?!

—Que abras la puerta —resopla Yoongi, impaciente. Frunzo el ceño, y por alguna razón, me imagino que él también junta las cejas—. ¿Por qué me contestas tan histérica?

—¡Has interrumpido mi hora de relax!

—¡Oh, vaya, es una pena que no puedas hacerlo mañana y pasado y el sábado y el resto de los días de tu vida! —replica, sarcástico como de costumbre—. ¿Vas a abrir la puerta o no?

—Ya voy, ya voy.

Cuelgo y dejo el teléfono en la mesilla de noche. Con un suspiro, me ato bien el cinto del albornoz y salgo de la habitación hacia la puerta del apartamento. La abro de mala gana. Yoongi pasa al apartamento al instante. Debe de suponer —o saber— que estoy sola. De no ser así, su inexistente culo no se habría presentado aquí. Estar en la misma casa que una fan con riesgo de fallo cardíaco sí que es una aventura. Se quita los zapatos y el abrigo —negro— que lleva puesto. Me mira de arriba abajo. ¿No le gustaban los retos? Tener que contenerse va a ser uno de los más difíciles. Yoongi se muerde el labio. Después lo recorre con la lengua, despacio.

Al ver su reacción, yo salgo corriendo despavorida, pasillo arriba.

—¡Deja que me vista!

—No hace falta... —Me giro para fulminar a Yoongi con la mirada. Hace un gesto despreocupado con la mano—. Tú sigue con lo tuyo.

Vuelvo a la habitación. Allí, cerrada a cal y canto, desato mi albornoz. Antes de quitármelo, abro ligeramente la puerta y me asomo hacia el pasillo. Yoongi camina hacia la sala de estar, donde se apoderará del mando de la televisión, un cojín y el sofá entero.

—Eh, Yoongi.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito que me des conversación. —Veo que se acerca, dispuesto a entrar. ¿Dónde se ha quedado su timidez hoy? Le cierro la puerta en las narices. Escucho cómo se ríe—. Quédate ahí fuera.

Busco rápidamente algo de ropa interior, unos pantalones y un jersey.

—¿Qué tal las clases? —me pregunta Yoongi. Oigo un suave golpe en la puerta, así que supongo que se ha sentado en el suelo y ha apoyado la cabeza contra la madera.

—Mal. Muy mal. Fatal. Terriblemente horrible.

—Eres demasiado dramática.

—¿Yo? ¡Para nada! —Hay un momento de silencio que utilizo para abrochar el botón de los vaqueros—. ¿Qué coartada convincente es la de hoy? —le pregunto.

Yoongi suele excusarse y decirles a los chicos que se va a quedar en el estudio hasta tarde o que está cansado y que irá más pronto al apartamento que comparte con sus compañeros. Por el momento, los falsos argumentos le han servido y Yoongi no ha levantado sospechas. Todavía. Es un mal actor. Puede quedarse callado, pero cuando está exultante o demasiado triste es incapaz de ocultarlo. Estoy segura de que algún día los chicos se darán cuenta de que su *hyung* esconde algo.

—Les he dicho que me quedaré en el estudio —contesta, sin más, algo frío.

—¿Vas a quedarte aquí?

—¿Quieres que me quede? —pregunta, socarrón.

—Tengo que estudiar, Jiho y Thai estarán al caer y mañana tengo clase. Además, tienes que descansar. —Yoongi apenas duerme a pesar de que las promociones del último disco han finalizado hace tiempo. Necesita tener las energías renovadas para las galas de fin de año y las ceremonias de premios; necesita dormir. Pero no lo hace y yo, que soy la que le mantiene despierto con mis dudas existenciales, me siento algo culpable.

—Esas excusas son peores que la mía. Además, puedo dormir aquí si me dejas. ¿Verdad? —Noto algo de ironía, puede que segundas intenciones.

Me quedo un buen rato callada, intentando descifrar a qué se refiere con eso de «si me dejas».

Después de lo que parecen ser unos largos minutos, suspiro.

—Quédate, si quieres, pero sabes que mi prima explotará si te ve. Tendré que taparte la cara con una bolsa de basura, atarte a una silla y fingir que eres mi rehén.

—Creo que mejor me voy.

—¡No!, quédate. No pasará nada si no sales de mi habitación.

—Vamos, que prácticamente seré un rehén —se queja.

Thai y Jiho han salido a cenar juntos por mero deseo propio, porque les dije que no les vendría mal airearse. El tailandés y mi prima apenas salen de casa. Les di algo del dinero que ahorramos para hacer la compra mensual, les dije que se marcharan y, aprovechando la coyuntura, yo tendría la casa libre y en silencio para estudiar. Pero Yoongi ha aparecido de la nada, así que supongo que estudiar me resultará algo difícil.

Mi oído extraordinariamente inhumano capta el sonido de alguien tecleando el código de la cerradura. Ahogo un grito. La puerta del apartamento se abre, así que yo abro rápidamente la de la habitación. Aún no me he puesto el jersey. Alguien entra en el apartamento. Estiro el brazo y agarro el cuello de la camisa a cuadros de Yoongi, que estaba sentado en el suelo del pasillo. Lo arrastro hacia dentro.

—¿Qué haces? —protesta, demasiado alto. Le tapo la boca, cierro la puerta sin hacer mucho ruido y me quedo pegada a ella para que Yoongi solo vea mi espalda.

—¡Ya estamos aquí, *noon!* —escuchamos. Es Thai, con su voz de prepúber, chillona e inestable—. ¿Aerin?

—¡Estoy ocupada! —grito. Me vuelvo con un suspiro y me quedo cerca de la puerta, por si Thai o Jiho se atreven a abrirla. Yoongi se ha levantado del suelo y está mirándome. Abro los ojos como platos—. ¿Puedes dejar de mirarme? —susurro. Él alza las manos en son de paz, moviendo los dedos de una forma bastante cómica, y para no verme, se gira y mira hacia la ventana.

Esto parece la típica escena de alguna película de humor fácil. O peor, de una porno. Prefiero no pensarlo. Es cliché a la par que recurrente. Inspiro profundamente y resoplo despacio, intentando mantener la calma. Echo un vistazo a Yoongi. Aunque su cara debe de ser un poema, sonrío. ¿Por qué todo lo que hace me parece adorable? ¿Él se sentía así respecto a mí cuando era más joven?

—¿Puedo coger el cargador de tu ordenador? —Es Jiho quien habla esta vez—. ¡Necesito hacer un trabajo!

Yoongi se está aguantando la risa. Le lanzo un peine, que resulta ser lo que tengo más a mano. Le doy en la espalda.

—¡Estoy...! —No se me ocurre nada.

—¡Aerin!

—¡Róbaselo a Thai! —suelto mientras me peleo en silencio con Yoongi. Él no deja de reírse y de zafarse de mí. Yo intento taparle la cara y los ojos con una sola mano. Le golpeo en el hombro para que deje de reírse. Estoy empezando a irritarme. Él se queja, frunciendo el ceño y haciendo una mueca—. ¡Cállate!

Le vuelvo a obligar a mirar hacia la pared, como si fuera un niño de párvulos castigado. Me pongo justo detrás de él, a su espalda, para que no me vea.

Jiho golpea la puerta. Aprieto tanto los puños que temo clavarme las uñas en las palmas de las manos.

—¡Ya voy, joder, espera! —Me acerco a Yoongi para susurrarle—: A la de tres, lanzo el cargador a la cara de Jiho y tú sales corriendo, ¿vale?

—Pero qué clase de... —Tengo que poner la mano en su mentón y hacer que mire hacia arriba. Pone los ojos en blanco—. ¿Qué clase de plan es ese?

—Uno arriesgado que puede salir bien... o mal.

Jiho aporrea la puerta una vez más.

—¡Thai no quiere dejarme el suyo!

Tapo a Yoongi con la manta que estaba sobre mi cama. Sí, quizá hubiera sido más fácil que se escondiera en el armario, como en las películas de adolescentes, o debajo de la cama, pero al parecer siempre tengo que optar por la opción más creativa —y estúpida—. Me pongo el jersey con rapidez y alcanzo el dichoso cargador del ordenador portátil. Abro la puerta unos centímetros y se lo tiendo a mi prima con una sonrisa. Ella se marcha en cuanto lo tiene entre las manos.

Asomo la cabeza para ver que no hay nadie observándome y grito un entusiasmado «¡Buenas noches, no me molestéis!», que es bastante típico en mí. Cierro la puerta.

Yoongi se deja caer en la cama a ciegas y, cuando está tumbado boca arriba, se retira la manta de la cara. Nos retamos con la mirada. Él es incapaz de sostener la mía y termina volviendo la cabeza hacia la ventana.

Suelto una risilla suave.

—¿No querías un reto? —susurro, lo suficientemente alto para que me escuche, pero lo suficientemente bajo para que no me oigan hablar desde fuera. Busco algo de ropa cómoda en mi armario—. Felicidades, ¡acabas de tener uno!

—Pensé que iba a morir en el intento —dice, sarcástico.

Recojo de mi escritorio unos apuntes y los llevo conmigo. Me dejo caer en la cama. Apoyo mi cabeza en el esternón de Yoongi. No va a tardar ni dos segundos en quejarse.

—Me estás ahogando —murmura. Su voz suena más grave a pesar de que está hablando en un tono más bajo y confidencial.

—No pienso moverme.

Me empuja y me lanza —literalmente— fuera de la cama. Me caigo al suelo, aunque no es una caída demasiado estrepitosa. Dejo los apuntes ahí. Yoongi ocupa todo el centro de la cama. Hincó las rodillas en el colchón, me tumbo a su lado y busco el borde de su camisa para jugar con él. Yoongi no dice nada. Estoy contando los segundos que faltan para que se incline hacia mí y me bese. Contra todo pronóstico, él juega con algunos mechones de mi pelo.

Esto parece una especie de juego: «a ver quién tiene más paciencia». O eso o aún somos demasiado tímidos el uno con el otro.

Yoongi gana la partida. Al final soy yo la que se lanza. Me pego a él y beso sus labios apretando ligeramente sus mejillas. Aunque mis sábanas de estrellitas le restan romanticismo al asunto, creo que deberíamos aprovechar la comodidad de la cama. Yoongi no tarda mucho en ser quien dirige y lleva el ritmo del beso. Siempre hace lo mismo. Deja que yo inicie las cosas y después hace que cambien los papeles. No me quejo; su ritmo es gentil y fácil de seguir. Es la primera vez que nos besamos así desde que estamos saliendo. Poco a poco, Yoongi deja de ser el chico cohibido que aparenta ser y me agarra de la cadera.

Está dispuesto a reincorporarse para tumbarme en la cama cuando escucho el grito ahogado de Thai en el pasillo.

—¿De quién son estos zapatos?! Aerin, ¡no me digas que me has comprado unas Raf Simons de segunda mano! ¡Qué ilusión!

Yoongi y yo cruzamos una mirada interrogante, algo sorprendidos.

Corrección: las sábanas de estrellas y Thai rondando por el apartamento reducen el

romanticismo y la pasión a cero.

Cual suricato, asomo la cabeza por la puerta para mirar el pasillo, oscuro, sin aparente vida. Sé que Thai no anda lejos. Quizá ya se ha llevado las Raf Simons de Yoongi para dormir con ellas. Debería haber sido menos descuidada. Una parte de mí no deja de disculparme diciendo que no he tenido el tiempo suficiente para esconder los zapatos de Yoongi porque todo ha sido demasiado repentino, pero sigo culpándome por dejar al gato escondido y las orejas fuera.

Cierro la puerta de mi habitación. Busco a Thai con la mirada, pero no veo ni rastro de él. Me acerco al recibidor para asegurarme de que los zapatos de Yoongi están ahí. Como me esperaba, han desaparecido. De momento no me está resultando difícil guardar mi relación en secreto, pero Thai —más que Jiho— es como un agente del FBI. Discreto, eficaz y, sobre todo, un gran investigador. No tardará mucho en darse cuenta de que le he mentado.

Paseo hasta el salón con parsimonia. Está vacío y oscuro, como el pasillo. Decido volver hasta este, arrastrando los pies. Toco con mis nudillos en la puerta de la habitación de Thai. Espero un par de segundos. Como no responde, vuelvo a golpear la madera.

Abre la puerta y me mira con un puchero, casi al borde del llanto. Un denso humo con un fuerte olor a incienso me golpea. Odio el incienso, por eso siempre evito entrar en su habitación. Prefiero no saber qué clase de secretos oculta.

—Las Raf Simons me están pequeñas. —Me enseña las zapatillas de suela blanca y me las tiende dramáticamente. Teniendo en cuenta que los pies de Thai son como una barca, es normal que le estén muy justas. Se lleva la mano a la frente. Finge desmayarse—. ¡¿Qué voy a hacer?!

Se las arrebato rápidamente. Las inspecciono, aparentemente buscando algún tipo de solución. Imito a Thai y hago una mueca.

—Jo, es una pena —susurro—. No pasa nada, las cambiaré y te traeré unas nuevas.

—¿Algo de segunda mano puede cambiarse?

—¡Claro! Nunca has comprado en tiendas de segunda mano, ¿verdad? —Realmente no tengo ni idea de lo que digo, pero sueno convincente. Thai está tan obsesionado con tener algún calzado de diseño que no cuestiona mis palabras. Parece que se ha creído mi mentira—. Esta semana conseguiré otras.

Asiente, aunque sigue mirándome con algo de suspicacia. Le enseño mi dedo meñique para que lo entrelace conmigo, prometiéndole algo que no cumpliré. Probablemente pondré alguna excusa sobre otra, formando un muro de mentiras que terminará siendo una catedral. Nos deseamos buenas noches mutuamente. En cuanto cierra la puerta, yo suspiro, cansada y aliviada al mismo tiempo. No parece que haya levantado demasiadas sospechas.

Vuelvo a mi habitación. Yoongi sigue tirado en la cama, mirando su teléfono con los labios algo fruncidos y su brazo izquierdo extendido horizontalmente en el colchón. Dejo sus Raf Simons cerca de la puerta, la cual cierro utilizando el peso de mi propio cuerpo. Me quedo apoyada en la madera fría. Recuerdo lo que ha pasado antes de que yo tuviera que salir disparada al pasillo, lo ridículo y vergonzoso de la situación, y sin poder evitarlo, suelto una risilla. Me quedo en la puerta. Mi cerebro está procesando lentamente qué decir, pero se queda al setenta por ciento de carga.

—¿Has cenado? —pregunto, después de unos cuantos segundos que pueden haber sido minutos. Yoongi se limita a hacer una mueca. Me cuesta saber si muestra desinterés o enfado. Supongo que se mueve en la fina línea que separa ambos estados—. Puedo prepararte algo. Cocino muy bien.

—Iré marcando el número de los bomberos...

Alzo la vista al techo.

—Vas a llamar a los bomberos porque mis platos son la bomba, ¿verdad?

Se lleva una mano a la cara, gruñe por culpa de mi chiste terriblemente malo y termina ocultando una risilla. Finge que no le ha gustado la gracia, pero sé que en el fondo la guardará para alguna próxima canción.

—Deja de hacer chistes de ese tipo, por favor. Estás afectando a mi salud mental y a mi moral.

—Entonces ¿no quieres nada de cena?

—He cenado hace un par de horas. —Entorno los ojos, sospechando de lo que dice. Soy demasiado desconfiada. Debería empezar a fiarme más de él. Dicen que la confianza es la base de una buena relación amorosa, pero desgraciadamente ese no es mi punto fuerte.

Decido sentarme en la cama con mis apuntes más recientes de obstetricia, a pesar de no haber cenado. Es casi algo automático: prefiero estar con Yoongi antes que comer un buen plato de fideos, y eso es muy raro en mí. Apoyo la espalda contra el cabecero de la cama y cruzo las piernas. Dejo los apuntes entre ellas.

A Yoongi le llaman la atención las hojas llenas de colores flúor. Se reincorpora un poco y se gira para poder alcanzar uno de los folios y leerlo. Empieza a fruncir el ceño poco a poco, conforme va leyendo. Me devuelve el papel.

—Definitivamente estás loca.

—Eso dicen. —Me encojo de hombros—. Pero, si no lo estuviera, tú y yo no tendríamos nada. ¿A que no?

En vez de decir *touché*, sonrío y se vuelve a tumbar en la cama, mirando al techo. Aprovecho que él está en completo silencio para leer las dos primeras frases de los apuntes. Sí, solo las dos primeras porque al inicio de la siguiente ahogo un grito fruto de la más pura frustración. Dejo los apuntes a un lado, me cruzo de brazos y me replanteo toda mi vida estudiantil mirando a un punto del infinito.

—¿Estás pensando en que deberías haber hecho algo relacionado con las artes? —suelta Yoongi.

Me sorprende que me conozca tan bien. Agito la cabeza, riéndome.

—No lo sé. No me gusta la asignatura, eso es todo. —Le tiendo los apuntes. Él los coge algo desorientado—. Ayúdame.

—¿Me ves cara de médico? —resopla, frotándose los ojos con algo de cansancio, se reincorpora por segunda vez y se sienta enfrente de mí con una postura similar a la mía. Cruza las piernas, pero utiliza su mano libre como apoyo. Lee unos cuantos párrafos sin comentar nada—. ¿Qué mierda es esta? —ríe, incrédulo—. ¿Qué es hiper... hiperco... hiper...? Aerin, creo que no puedo ayudarte con esto.

—¡Pero si solo tienes que leerlo y asegurarte de que te digo lo que pone ahí!

Me tiende los folios. No me queda otra que cogerlos.

—Mi capacidad de entendimiento para temas médicos es reducida.

—Pero la redundancia no te la quita nadie —protesto.

Sin previo aviso, me quita los apuntes, los estira y los lee, dispuesto a echarme una mano con la obstetricia.

Vuelvo a quitárselos.

—No hace falta, no voy a estudiar más.

—¿Es psicología inversa?

—No —gruño. Me cruzo de brazos para darme algo de calor—. No me gusta estudiar eso.

Me recuesto sobre el cuerpo de Yoongi, apoyando mi cabeza en su hombro. Al principio no

busco su mano, pero al final, encuentro su brazo y no me contengo. Lo rodeo con los míos como si se tratara de un peluche. Mi madre siempre me ha contado que es algo que hago desde niña: siempre que estoy triste, busco algo que abrazar.

Cuando era bebé me bastaba una mantita suave, y ahora, después de unos cuantos años aferrándome a la almohada, tengo a Yoongi. Él no se queja.

—No me gusta la medicina —suelto.

Yoongi posa su mano en mi frente. Miro hacia arriba para ver su expresión de sorpresa.

—¡Vaya! Pensé que tenías fiebre.

Chasqueo la lengua. Ignoro su comentario sarcástico y continúo.

—Creo que he vuelto a equivocarme, joder. Solo pierdo el tiempo.

—Pensé que tu única meta en la vida era ser cirujana —me dice, susurrando. Jugueteo con sus dedos aprovechando la coyuntura, sabiendo que no va a decirme nada ni va a empujarme al vacío por la ventana.

—Yo también, pero ahora sé que no es más que un sueño de niña pequeña. No es objetivo, ni realista. Tengo que estudiar demasiado para llegar a ser lo que quiero ser, pero estudiar requiere mucho dinero, mucha dedicación y tiempo. Muchísimo tiempo. —Inspiro, logro mantener la calma y después, todavía entrelazando mis dedos con los de Yoongi, suelto el aire en un suspiro.

Ahora es Yoongi quien mueve mi mano, algo absorto.

—Si estás haciendo algo que no te gusta, no tienes por qué seguir haciéndolo —me aconseja—. ¿Por qué no lo dejas?

—¿Dejar la medicina? —La simple frase me horroriza.

Yoongi asiente, tranquilo.

—¿Por qué vas a continuar si lo único que haces es amargarte la vida? Tú misma lo estás diciendo. Déjalo. Con el dinero de la universidad podrás comprarte algo de marca.

Me quedo sin palabras durante un par de segundos.

—No me puedo creer que tú, Min Yoongi, me estés diciendo esto. ¿Dónde está tu ideología de «persigue tus sueños y nunca te rindas»?

—Acabas de decir que tu objetivo de ser cirujana era un deseo infantil poco realista. Y yo solo te estoy animando a encontrar algo que de verdad te guste.

—¿Como qué?

—¿Maquillar muertos?

Lo observo con mi ceja escéptica enarcada y cara de «¿en serio?».

—Creo que deberías marcharte.

Se ríe.

—En serio, Aerin. Te va ese rollo macabro pero glamuroso, ¿no?

Niego con la cabeza.

—¿Y si me presento a alguna audición para alguna compañía?

Ahora es Yoongi quien me mira con la expresión de no entender nada. Pestañea un par de veces.

—No sabes cantar, no sabes bailar y ser fan de una *boyband* durante años no te convierte en un *idol*.

—¡Mierda, no valgo para nada! —digo, sarcástica.

—Yo solo digo que deberías dejar la univer...

—¡No! —Golpeo casi sin darme cuenta su abdomen y le interrumpo—. ¡¿Yo, una mujer sin un diploma universitario?! ¡Imposible!

—Joder, Aerin, pues busca otra carrera que de verdad sea para ti, no te obsesiones con la

medicina y con ser una cirujana. ¡Te iban a despedir a los dos días por negligencia médica!

—¡Pero yo quiero graduarme!

—¿No ves que estás estresada y que necesitas «horas de relax» —suenan socarrón— prácticamente cada minuto?

—¡Chist! —Sello sus labios con mi índice—. Estamos gritando mucho.

—Estás —me corrige en cuanto quito mi dedo de su boca. Me señala de forma amenazante, como si me reprendiera—. Escucha. —Se cruza de brazos, apoya la cabeza en la pared y mira hacia el techo. A veces, cuando habla, hace un mohín con sus labios y ese gesto me parece adorable a la par que hipnótico. Podría quedarme horas y horas viendo cómo dice palabras sin sentido y no me cansaría—. Piensa que aún te quedan unos tres años de carrera...

—Estoy cursando asignaturas del curso anterior —añado.

—... que aún te quedan unos veinte años más de carrera. —Su rectificación me hace gracia, pero disimulo una suave carcajada—. Piensa que tienes que estudiar mucho. ¿Realmente lo que quieres es estudiar toda tu puñetera vida?

Vuelvo a recostarme contra Yoongi, pero esta vez rodeo su cintura y lo abrazo.

—No me importa si es algo que me gusta.

—¿Pero en qué quedamos? —Agita la mano—. Bueno, la cuestión es que quizá la medicina no es lo tuyo.

Sus palabras, por alguna razón, me duelen. Llevo años luchando por conseguir el graduado, por ser una doctora, pero los últimos meses me he dado cuenta de que, como dice Yoongi, quizá esto no es lo mío. Sé que no voy a dormir porque voy a estar dándole vueltas al asunto; aun así me levanto para meterme bajo las sábanas. He tenido un día demasiado largo. Yoongi hace ademán de irse; mañana tiene que ensayar un par de veces su actuación para una gala de los premios MAMA, algo así como los Grammy de Asia, y después, subirse a un avión camino de Hong-Kong. Tiene que madrugar, pero aun así agarro la manga de su camisa y tiro de ella.

—Me sé tu agenda de memoria. Sé que puedes quedarte —murmuro.

Solo podemos vernos gracias a la luz que entra de la calle. Es tenue y cálida, diría que hasta más romántica que la de las bombillas de mi lámpara de Ikea. Tengo miedo a la oscuridad desde que dormía con Dongyul. Yoongi suspira al tumbarse en la cama conmigo. Está bien tener un novio —que no sea gilipollas— en situaciones como esta: puedes utilizarlo de almohada sin ningún tipo de reparo. Poso mi cabeza en el pecho de Yoongi. Y como no es una almohada sino un novio, tengo la ventaja de que también corresponde al abrazo.

Me río al escuchar el ritmo acelerado de su corazón.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? Parece que estás a punto de sufrir un infarto —bromeo. Como respuesta, Yoongi me aprieta tanto que me hace toser.

Puede que sea la segunda vez que se enamora de verdad, pero creo que es la primera vez que tiene algo serio con una chica. Al menos creo que es algo serio. Me resulta enternecedor, aunque creo que Yoongi tiene las ideas bastante claras. Sabe lo que quiere, cuándo lo quiere y cómo lo quiere; ya no es un niño. Yo, sin embargo, vuelvo a ser la adolescente indecisa de antes. Confundida, pero aparentando no estarlo. Sigo con las yemas de mis dedos el recorrido que dibujan las venas de Yoongi, desde su mano hasta su antebrazo, acariciando su piel de porcelana.

El ritmo taquicárdico de Yoongi decelera poco a poco, junto a su respiración, que se vuelve más profunda. Supongo que no tardará en quedarse dormido.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero cuando me separo ligeramente de él para ver si ha caído en los brazos de Morfeo, tiene los ojos cerrados y la boca entreabierto. Vuelvo a apoyarme en su

pecho, con más cuidado.

Me quedo despierta toda la noche, pensando en el tema de la universidad. Si la dejo ahora, no podré retomarla. Mis padres me desheredarán, seré una fracasada multiplicada por dos y siempre estaré reprochándome no haber seguido adelante. Pero, mirando el lado bueno, no tendré que estudiar de madrugada, podré dormir más y podré pasar más tiempo a solas con Yoongi sin apuntes de por medio.

La alarma estridente de mi teléfono —una de las obras más conocidas de Wagner— me sobresalta. El cometido de poner esa melodía era despertarme rápido, con ganas de comerme el mundo y creyendo que era una diosa vikinga. Hoy me limito a detener la alarma sin ganas antes de que llegue la peor parte de la obra. Además, no quiero que Yoongi se despierte por culpa de unos acordes wagnerianos. Después de clavar mi mirada unos instantes en el techo, vuelvo a mirar la hora y maldigo entre dientes. Yoongi tiene que prepararse para un vuelo a Hong-Kong y yo también debería hacerlo.

Duerme sobre su costado izquierdo, dándome la espalda. Me deslizo por debajo de las sábanas y me quedo a escasos centímetros de él. Primero doy un par de golpecitos en su espalda, después tiro de su camisa y, por último, me atrevo a tapar su nariz y su boca para que no respire. Abre los ojos de inmediato cuando se da cuenta de que pellizco su nariz de gatito. Gruñe y me empuja.

—Sí, buenos días para ti también, princesa. —Resoplo mientras retiro las sábanas y la colcha. Yoongi tira de ellas para volver a taparse—. Ay, Yoongi, no me hagas llevar la cama hasta la agencia.

Dice algo en voz baja, sin vocalizar mucho, así que ni sé ni entiendo lo que dice. Yoongi se gira y se queda tumbado boca arriba. Estira un solo brazo hacia el techo mientras se frota los ojos con los nudillos de la mano contraria. Después de hacer su rutina matutina de bebé rogando por salir de la cuna, me mira.

—¿Me preparas un café?

—¿Perdona? Estoy en mi casa. —Pongo los brazos en jarras—. ¿Y por qué debería prepararte un café? En esta sociedad machist...

Antes de que empiece con mi típico discurso que defiende desde que era una adolescente, Yoongi toma mi rostro, poniendo sus manos en mi mandíbula. Me acerca a él con rapidez y me besa. Ni siquiera me da tiempo a responder.

—Te veo en la agencia. No llegues tarde.

Pongo los ojos en blanco. Sentada en la cama, veo cómo Yoongi se da un buen paseo por mi habitación antes de llegar a la altura donde están sus Raf Simons. Se agacha para cogerlas poniéndose la mano en la zona lumbar de la espalda, como si fuera viejo. Creo que lleva siendo un viejo desde los quince años, lo cual es un poco triste. Está tranquilo. Me extraña.

—¿No estás nervioso?

Agita la cabeza para negar con todo el desinterés del mundo. Es raro que no esté nervioso teniendo en cuenta que dentro de unas cuantas horas se subirá a un avión con destino a Hong-Kong. Yo estaba comiéndome las uñas del nerviosismo cuando viajé de Seúl a Busan, ¿él no está impaciente ni nervioso por ir a la gala de premios musicales más importantes de Asia? ¡Hasta yo lo estoy y solo porque voy a estar en el mismo edificio con cientos de *idols*! No me puedo creer que el tiempo haya pasado tan rápido. Hace unos cuantos meses estaba trabajando en una funeraria con un novio posesivo con el cerebro y el pene del tamaño de un cacahuete; ahora trabajo en una

agencia de entretenimiento, gano más dinero, tengo un novio mejor y estoy a punto de iniciar mi primer viaje de trabajo a una gala de escala casi internacional. ¡Y lo mejor de todo es que siempre estoy llevando de un lado para otro chaquetas de diseñador!

—Solo son unos premios.

—¿Y si os lleváis el gordo?

—Ya te llevamos a ti, la gorda, no te preocup...

No me contengo y le lanzo la almohada. Consigo darle en la cara. Yoongi se limita a protestar y a devolverme la almohada sin mucha fuerza. Cae al suelo.

—¡Vuelve a llamarme gorda y...!

—¡Vilvi i llimirmi guirdi y...! —se burla de mí, mirándome por encima del hombro y con una mueca que podría ser de asco, aunque creo que es más bien un puchero—. ¿No vas a acompañarme hasta la puerta?

Suspiro. Resignada, me levanto de la cama. Enfundo mis pies en mis geniales chanclas de color rosa, los arrastro hasta la puerta y la entreabro.

—Deberías decirle a tu jefe que me suba el sueldo —susurro, mirando a los lados del pasillo para asegurarme de que está vacío y oscuro—. Maquillo, visto, llevo cafés, recompongo horarios, hago de *mánager* y ahora también soy tu guardaespaldas.

Recorremos los escasos cinco metros que separan mi habitación de la puerta del apartamento en silencio. Jiho y Thai aún deben de estar dormidos. Pongo la mano en el picaporte con mucho tiento, e intentando no hacer demasiado ruido, abro la puerta mientras Yoongi se calza. Ha llegado sano y salvo. Estiro el brazo para alcanzar el abrigo de Yoongi, escondido debajo de unas chaquetas que son mías. Él mismo lo dejó así para no levantar sospechas. Se lo doy. Vuelvo a agarrar la manga de su camisa para obligarlo a que se pare en seco.

Soy yo quien lo besa, con más calma. Antes de que el beso dulce se torne en uno más fogoso, detengo a Yoongi y me separo de él, colocando las yemas de mis dedos en sus labios. Me apoyo en el marco de la puerta. Él es incapaz de no sonreír. Aunque yo también intento mantenerme imperturbable, correspondo a su sonrisa en cuanto lo veo enseñar sus encías rosadas.

—No voy a volver a besarte hasta que no ganéis un premio en los MAMA.

—¿Es un nuevo reto? —susurra, yéndose hacia el ascensor.

—Una misión, para ganar experiencia y poder subir al siguiente nivel... —Enarca las cejas, pero no dice nada. Agito las manos abrumada al darme cuenta de que ha sonado un poco incorrecto—. ¡No es lo que tú piensas!

Yoongi me dedica una mirada como diciendo: «Sí, ya, eso dices». Se marcha. Cierro la puerta con lentitud. Espero que le dé tiempo a pensar una buena coartada que le salve de las sospechas. En cuanto Yoongi ponga un pie en su apartamento, los chicos le acribillarán a preguntas: «Eh, *hyung*, ¿dónde has estado?», «¿Qué has hecho?», «¿Por qué has vuelto tan tarde?». El estudio de Yoongi, como el del resto, está en el edificio de K.K Entertainment, donde hay cámaras y un guarda de seguridad todas las horas del día. Es tan fácil como ir y preguntar al señor guarda si ha visto a Yoongi en toda la noche. Y sabrán que su *hyung* les miente, y como son todos unos cotillas, se pondrán a tirar del hilo hasta destapar el secreto. Yo me llevo las manos a la cara, ocultando mi evidente sonrojo. No puedo dejar de pensar —mal— sobre la comparación anterior. Solo de imaginarme cierta escena me siento como una adolescente con las hormonas disparadas.

—¿Quién era?

Doy un brinco al escuchar la voz, me doy en la cabeza contra la puerta y, asustada, ahogo un grito. Me llevo la mano al pecho cuando veo que se trata de Thai. Con suerte no habrá visto a

Yoongi... o al menos no habrá reconocido su rostro. Sin pensármelo dos veces, me agacho y cojo los primeros zapatos de tacón de aguja que veo. El alivio deja paso a la ira. Se los lanzo, cargada de rabia.

—¡Casi me matas del susto! ¡¿En Tailandia no os enseñan lo que es la intimidación?!—grito, despertando una vez más a todo el vecindario.

Como si recibir un zapatazo en la frente no fuera peligroso, Thai continúa con su interrogatorio.

—¿Es ese Sungjae? ¿Es el chico de la facultad?

—Sí, Thai —miento—. ¡Pero no puedes aparecer de la jodida nada y pegarme esos sustos!

Le lanzo una de las botas que descansaban en el suelo. Consigo darle, pero aun así huye hacia su habitación.

Hemos llegado a Hong-Kong sin incidentes. El avión no se ha caído por el camino, al menos. Aunque hemos viajado en el mismo avión, los chicos han ido con sus mánager en primera clase. Nosotras, las estilistas, el resto del equipo y algún que otro técnico, hemos viajado enlatados en la clase turista. Al menos el hotel es de mi agrado. Moderno, minimalista, con wifi, buena calefacción y una cama cómoda. ¡Y sin bichos! Tengo la suerte de tener una habitación para mí sola. Era más barato que pedir una doble y tener que compartir habitación con Jinyoung, o peor, con Gaji.

Salgo de mi habitación arrastrando un maletín de maquillaje. Ha llegado el día y la hora.

Los MAMA son los premios musicales más importantes de Asia y los chicos están nominados en varias categorías. Las chaquetas, camisas, pantalones, zapatos y maquillaje están en mis manos. Gaji y Jinyoung solo se limitarán a seguir mis órdenes. Estoy nerviosa; quiero que todo salga perfecto. A veces, las ganas de que todo salga como queremos es lo que nos hace meter la pata y pensar en eso es lo que me pone aún más de los nervios. Los chicos tienen que estar impecables, como si salieran de una pasarela de Mister Universo.

Bajo en ascensor hasta la planta donde han habilitado una pequeña sala para que podamos preparar a los chicos. Tenemos unas cuantas horas de trabajo por delante. Solo las estilistas están en la sala, colocando sus utensilios de peluquería o colgando los portatrajes para que las prendas no se arruguen. No digo nada, solo me dedico a abrir el maletín y a extender el maquillaje sobre dos mesas de madera situadas delante de un enorme espejo. El ambiente es pesado y el silencio bastante incómodo. A Gaji no le gusta que yo esté al mando. Como es un evento demasiado importante, sé que no querrá joderme. Pero si fuera un día cualquiera, la muy estúpida estaría dispuesta a fastidiar mis estilismos para echarme la culpa después.

Jinyoung da un pequeño brinco y abre la puerta de repente. Pienso que habla sola, pero en realidad está apremiando a los chicos para que vayan pasando a la habitación. El primero que se deja caer en la silla que tengo delante es Yoongi. Aprovecha que Seungchol y Hwanse están peleando por sentarse en otra de las butacas, los rodea y se sienta con un resoplido. Saca su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Solo lo hace para distraerse, para no tener que mirarme y para evitar sonreír.

De momento nadie se ha dado cuenta de que Yoongi y yo somos algo que se podría considerar como pareja. Mi eros se mantiene a raya, Yoongi disimula bastante bien —siempre y cuando esté entretenido— y el resto no nos presta mucha atención. Saben que cierto tipo de contacto físico es algo natural en este trabajo, así que no les resulta extraño que tire de la cintura de los pantalones

de Yoongi o que le ate la corbata demasiado cerca. Es difícil actuar como si no habláramos cada noche hasta las tantas de la madrugada. He empezado a escribir todas las mentiras que utilizo para excusarme en un cuaderno que he guardado bajo el forro de la maleta, como si fuera dinero de contrabando o hachís. Espero que, con este método, la gran mentira que hemos creado Yoongi y yo no termine siendo un desastre.

Retiro el flequillo oscuro de la frente de Yoongi para maquillar sus cejas mejor. Mientras tanto, él echa un vistazo sin mucho interés su teléfono.

—Sube un poco la barbilla, por favor —digo con tono robótico, neutro, quizá demasiado artificial.

Yoongi obedece. Hemos estado un día sin vernos. Ellos tenían ensayos y yo me quedé en la habitación del hotel con mis apuntes. Viajar una semana antes de tener exámenes es bastante problemático, así que decidí llevarme mis apuntes conmigo para no tener cargo de conciencia más tarde. Cuando me inclino hacia delante para seguir maquillando el rostro sin imperfecciones de Yoongi, él pone su mano en el dorso de mi muslo para que reduzca un poco más la distancia. Tengo que retirar su mano antes de que alguien se dé cuenta. Yo no soy la única que se divierte viendo cómo sufre: Yoongi también aprovecha la coyuntura y la cercanía para hacer cosas como esta. Siempre reacciono con rapidez. Si sigue así, riéndose cada vez que yo mascullo entre dientes que deje de hacerlo, se delatará él solo.

Termino de maquillar a Yoongi, Gaji se encarga de peinarle y Jinyoung se asegura de que los trajes estén bien y de que los zapatos sean lo suficientemente cómodos. Seungchol es el último en pasar por mis manos. El tiempo se nos ha agotado después de pasar un buen rato maquillando a Insoo, así que el más joven de los siete se lleva el toque especial de Aerin y va sin peinar a una gala de premios. Genial.

Solo ellos posarán en la alfombra roja, solo ellos van en un coche negro de alta gama. Nosotros, el equipo, nos quedamos entre las sombras. El trayecto del hotel al recinto donde se celebra la gala es relativamente corto; unos escasos diez minutos. Se nota el nerviosismo y se oye a las fans desde muy lejos. Puedo ver una enorme multitud gritona a través de la ventana del copiloto del coche gris —bastante discreto— donde nos hemos montado solo un tercio del equipo.

La sensación que tengo no es demasiado buena. Puede que sea la adrenalina, puede que sea la inquietud. Los gritos son ensordecedores. Hay demasiado ruido. Me pregunto si es esto lo que buscan los chicos: fans, flashes cegadores y periodistas por todas partes. Las ganas de tener algo de fama se me quitan de golpe y por un momento no entiendo por qué la gente ansía tanto tener seguidores. ¿Son los chicos felices con todo esto? ¿No se cansan de tener el objetivo de una cámara a escasos metros todos los días? ¿O del simple ruido?

Los gritos se intensifican cuando CUT pone un pie en el suelo. Las fans enloquecen, los presentadores comentan en directo algunos aspectos de los chicos —que todo el mundo ya sabe— e inician la ronda de fotografías, entrevistas y saludos a lo largo de unos cien metros tapizados con una aterciopelada alfombra roja. Se me escapa un suspiro bastante pesado mientras camino por detrás de las paredes del *photocall*.

Pierdo de vista a los chicos. La organización del evento nos lleva a una sala habilitada como si fuera un camerino. Está situada en un largo pasillo donde hay más habitaciones, cada una con un cartel y un nombre. Leo algunos y me sorprende descubrir los pocos grupos que conozco ahora. Estoy segura de que si Jiho estuviera aquí, sabría decirme al menos el nombre de dos integrantes de cada uno.

Dejamos todo el material que necesitamos en la sala, doy un buen paseo para traer unos cafés,

nos sentamos en uno de los sofás del camerino —que es bastante grande— y nos quedamos viendo la retransmisión de la gala.

Es como ver un partido de fútbol. En Italia, mis compañeras de piso se volvían locas cada vez que su equipo marcaba un gol. Aquí, cada vez que los chicos se ven obligados a subir al escenario a recoger un premio, nos levantamos del sofá, gritamos, brincamos y aplaudimos.

Hay un pequeño descanso que aprovechamos para preparar a los chicos para la actuación. En menos de tres minutos, recorreremos pasillos enteros para llegar a la parte trasera del escenario. Jinyoung, en sus andamios de quince centímetros, ha tenido que hacer una pequeña pausa para quitarse los zapatos de tacón y correr descalza como le he recomendado. Los chicos ya están preparando los micrófonos cuando nosotras llegamos allí. Inicio mentalmente una cuenta atrás.

Retoco solo lo necesario para que salga bien en televisión. Oímos una voz en off que anuncia el nombre de los chicos, las luces se apagan y la gente enloquece. Los chicos forman un corro, se dicen algo y se dan ánimos unos a otros, aunque creo que no les hace mucha falta. Todo les saldrá bien. Antes de que salgan al escenario, les aliento con una sonrisa y les enseño mis pulgares.

La actuación, a pesar de ser corta, debería llevarse la etiqueta de «concierto». Aplauzo con entusiasmo ganándome una mirada reprobatoria de un señor que debe encargarse del sonido. Avergonzada, agacho la cabeza y me apresuro para colocarme cerca del escenario, tender botellas de agua, toallas y demás material a los chicos. Yoongi pasa raudo y veloz a mi lado, aunque alcanzo a darle unas palmaditas amistosas en las espaldas, como diciendo: «Eh, chaval, lo has hecho muy bien».

Tienen un buen rato para reponer energías en el camerino, pero no el tiempo suficiente para hablar demasiado. Me encargo de cerrar la puerta de la sala. Hay bastante ruido aquí dentro y todo el mundo va de un lado a otro para abanicarlos, para retocarles el maquillaje, para secarles el sudor o simplemente para felicitar a los chicos por su actuación. Se limitan a sonreír y a dar las gracias. Hojun, a pesar del cansancio, es incapaz de dejar de mostrar su sonrisa. Si por él fuera, se subiría de nuevo al escenario.

Ahogo un grito dramático. Todo el mundo me mira, pensando que he visto algún cadáver, o peor, algún bicho. Me río y hago un gesto con la mano para restarle importancia a mi numerito.

—No pasa nada, pero van a entregar el premio gordo y os lo vais a perder —bromeo.

El primero en salir disparado es Seungchol, seguido de Hojun —que suelta risillas agudas—, después van Haein y Insoo con mucha más calma, luego Namjoon y, por último, Hwany Yoongi. Se niegan a correr. Al final del enorme pasillo de camerinos, unas personas vestidas de negro los ayudan a encontrar su lugar en la zona con el resto de los artistas.

Vuelvo a sentarme en el sofá, entre un mánager y Jinyoung, que tamborilea sobre el reposabrazos con los dedos, nerviosa. Quedan bastantes minutos para que anuncien el premio a artista del año, el premio que los chicos quieren llevarse a casa. Todas las apuestas —incluidas las mías, las de la escéptica del siglo— apuntan a que el ganador será otro grupo. Pero ¿quién sabe? A lo mejor rezar, como hacen algunos miembros del equipo, o cruzar los dedos de las manos sirve de algo. Me mantengo estoica, algo dudosa.

Miramos la pantalla del televisor del camerino sin pestañear. Atentos, esperamos a que el presentador extraiga la tarjeta con el nombre del ganador.

Como los chicos, nos miramos entre nosotros: «¿Han ganado?», «¿son ellos?», «¿qué pasa?». Yo sigo sentada en el sofá, observando cómo ni siquiera ellos se lo creen.

Me inunda una sensación similar a la ternura y no puedo evitar hacer un puchero. Es como ver a un bebé crecer, como criar a un hijo, como ver volar a tu primer polluelo. Ver a Yoongi conseguir

sus sueños es todo eso. Mientras todos saltan y se alegran, yo sigo pensando en que estoy orgullosa por él. Como novia y como amiga. Me alegro tanto que podría llorar.

Pero no lo hago. Suelto una carcajada descarada al ver cómo es él quien llora. Es algo cruel, lo sé. Decido echarle la culpa al nerviosismo. Sí, es su culpa. Tiene la culpa de que yo pase de la risa al llanto —no literal— en cuestión de segundos al escuchar el discurso de Namjoon y al ver el abrazo que se dan entre los siete. Me llevo una mano al pecho. Jinyoung me refugia en sus brazos. Tengo el corazón hecho pedacitos. No sabía que una victoria podía ser tan dolorosa.

Recibo felicitaciones por mi buen trabajo, hasta de Gaji que, algo resignada, admite que sin mí no habrían llegado hasta aquí. Yo niego todo lo que me dicen.

—¡Es mentira! Yo no pinto absolutamente nada. Todo ha sido obra de los chicos y de todos los que habéis trabajado duro con ellos desde el principio.

Vitoreamos a los chicos cuando están de vuelta en el camerino. Se abrazan con sus mánager, con la gente con la que han estado trabajando desde que eran unos adolescentes. Algunos rompen a llorar; otros, como Seungchol, ya se están secando las lágrimas. Hojun viene gritando con los brazos abiertos, como de costumbre, me agarra y me levanta del suelo mientras me abraza —y grita—. Recibo palmadas en la espalda, algún que otro elogio. No sé a quién atender hasta que veo a Yoongi aferrado a un pañuelo de papel.

Resopla cuando me ve, pero es incapaz de esconder una sonrisa radiante.

Quiero reírme a carcajada limpia y mofarme de que él es un llorón por mucho que no quiera admitirlo. Nos acercamos, no demasiado, y justo antes de que yo estalle en risotadas, coloca sus manos en mis mejillas y reduce la distancia de golpe.

Lo malo que tiene —y tendrá— Yoongi es que, cuando está feliz, es incapaz de esconderlo. Puede fingir que no está triste, que no está cabreado o cansado, pero nunca sabrá cómo evitar sonreír cuando está contento.

Me besa. Delante de todo el equipo, delante de sus compañeros. No es consciente de que la ha cagado, pero yo sí.

Hago como si fuera un error, como si nos hubiéramos besado en los labios sin querer —algo estúpido porque Yoongi ni siquiera ha movido las manos de mi rostro— y me muestro sorprendida. Suelto una risilla nerviosa, abrazo a Yoongi, le doy unas palmaditas y le susurro al oído:

—Eres idiota.

—Sí, yo también pienso que nos merecemos el premio —canturrea en alto para disimular.

Me separo de él. Cuando veo el rastro de sus lágrimas y sus ojos enrojecidos, le señalo con socarronería.

—¿Quién es el llorica ahora?

Hojun y Seungchol se unen para fastidiar a Yoongi, que pone los ojos en blanco y se va, con aparente desinterés.

Al parecer todo el mundo está demasiado concentrado en autofelicitarse y nadie se ha dado cuenta del pequeño desliz. O eso pienso.

Mr. Soohwan + niños + Aerin

Hwan ha creado el grupo

Hwan te ha añadido al grupo

Hwan QUÉ HA PASADO
Hojun AKDKALFOLFLLSW
Hwan Necesitamos explicaciones
Insoo YOONGI HYUNGGGGGG
Haein Eh, hyung, por qué no nos lo has contado???
Yoongi 🙄❤️ Fuera de cobertura.

Yoongi 🙄❤️ ha salido del grupo

Hwan Aerin?? Sé que estás leyendo los mensajes!!
Seungchol lol
Hwan Puedes explicarme lo que ha pasado?

Hojun añadió a Yoongi 🙄❤️

Hojun No huyas!!
Namjoon Qué es esto?
Haein Estamos intentando que Aerin
o Yoongi-hyung nos expliquen si son novios.

No entiendo nada.

Yoongi 🙄❤️ Aerin y yo no somos novios.
Yoongi 🙄❤️ Solo amigos.
Yoongi 🙄❤️ AMIGOS?
Hojun Hyung se te ve en la cara que estás enamoradoOOoOoO.
Yoongi 🙄❤️ Pero qué coño dices?
Jungcoconut Entonces?
Haein Que son amigos con derecho a roce 🙄

QUE NO.

Yoongi 🙄❤️ QUE NO.
Hojun Si hasta responden lo mismo 🙄
Haein Lo que digo, son follamigos.
Insoo NOONA Y QUÉ HAY DEL BESO.
Hwan Decid la verdad!!
Hwan Cuánto tiempo lleváis juntos? Si no lo decís
hablaremos con el jefe 🙄🙄

Unas cuantas semanas.

Yoongi 🙄❤️

Yoongi 🥰❤️ ha salido del grupo

Seungchol loool

Hojun Cómo crecen!!!!; 🥰🥰

Namjoonie En serio?

Sí.

Hwan Lo dije!

Seungchol looooooooooooooool

Tae Hyung tiene novia?

Namjoon Sí, Aerin y Yoongi están juntos... No te enteras de nada

Hojun Yo estoy muy feliz por vosotros dos 🥰

Hwan Y yo! Pensé que Yoongi nunca iba a tener una novia decente...

Namjoon Yo también me alegro! No diremos nada hasta que vosotros queráis... ¿verdad?

Insoo Verdad.

Haein Síp.

Más os vale, os recuerdo que vuestro pelo y vuestra piel están en mis manos.

Haein 🥰🥰

Tae Ven a celebrar con el resto del equipo el premio!

Suena tentador, pero tengo que estudiar.
Os lo merecéis, así que disfrutadlo.

Namjoon Tú también eres parte del equipo, deberías venir...

Pasadlo bien!

Dejo el teléfono en la mesilla de noche con horror. Lo saben, ya lo saben. Estoy despedida. Muerta. Bueno, quizá lo segundo no sea tan malo si me hacen un mausoleo. La cuestión es que estoy jodida. Si los chicos se han dado cuenta, significa que el resto de los presentes también. ¡Mierda! ¿Y ahora qué?

Un «tenemos que hablar» nunca puede ser bueno y menos cuando te lo dice tu novio un mes después de empezar a salir contigo. Lo único que se me ocurre en este momento para librarme de la charla y de una posible ruptura amorosa es huir. Irme lejos, hasta la frontera con el Norte, donde, con suerte, me arrestarán o me dispararán. Pero las piernas no me responden. Así que, sin más remedio, dejo el teléfono móvil en una de las mesillas de noche de la habitación y me quedo mirando a un punto del infinito, pensando en la gran metedura de pata. En cuanto leí «jefe» en los mensajes, entré en pánico. Obviamente, si uno de los chicos le cuenta algo a mi jefe —y al suyo— sobre mi relación con Yoongi, yo estaré despedida y quizá, fuera de Corea. Y Yoongi... bueno, dudo que él sufriera unas represalias tan drásticas, pero tampoco saldría ileso. Se añadirían más restricciones a la lista de normas que ya ha roto.

Me estoy tomando todo esto como si fuera una especie de experimento. Sí, uno de esos experimentos sociales de los que tanto hablan. Quiero dormir y despertarme cuando todo haya acabado. Quiero creer que es una broma de los chicos. Al menos, mi gran estupidez ha servido para que me dé cuenta de que mis sentimientos por Yoongi no son ya una cosa de niños.

Al no recibir mensajes nuevos, arrastro los pies hasta un pequeño escritorio de madera que hay en la habitación, situado frente a una ventana, saco algunas hojas de una carpeta rosa que he traído conmigo y me siento en la silla del escritorio con un largo suspiro. Hago un ejercicio mental para olvidarme del «tenemos que hablar» de Yoongi, de su beso y de todo lo sucedido hace unas horas. Establezco mis prioridades frente a mis apuntes de medicina: familia, estudios, trabajo y el resto, donde se incluye Yoongi. Después de la breve reflexión, me concentro en memorizar todo lo del texto. Tengo una noche entera y unas ochenta páginas de apuntes por delante.

Es de madrugada cuando empiezo a hartarme de leer siempre los mismos tecnicismos. Las letras se me juntan. Necesito urgentemente un café. Me levanto y paseo por la habitación, rodeando la cama, dudando de si debería mirar mi teléfono o no. Tengo miedo de encontrarme con malas noticias.

Soy incapaz de resistirme y le echo un vistazo. Solo tengo mensajes de personas del equipo felicitándome por el buen trabajo, algunas preguntándome si estoy dormida o por qué no he ido a celebrar el premio con todos. Respondo que estaba cansada, que me encuentro mal y que prefería quedarme en la habitación. En realidad, una de las razones por la que no he ido a esa especie de fiesta improvisada es por miedo a ser la comidilla de todos, por la desconfianza. ¿Y si la fiesta no era nada más que una encerrona? Ante la duda, he preferido quedarme aquí.

La celebración ya ha terminado, o eso creo. Son las tres de la mañana y la mayoría de los

miembros del equipo no se mantienen despiertos hasta estas horas a excepción de un par de ellos. Supongo que todo el mundo estará ya en su habitación. Como una tonta, me tiro a la cama para esperar alguna señal de vida de Yoongi. Necesito saber si ha hablado con los chicos, si los ha coaccionado lo suficiente para que se mantengan bien calladitos o si les ha mentado —más—. Así que, impaciente, me atrevo a enviarle un mensaje.

Yoongi 🥰❤

¿Has hablado con los chicos? 03:05

¿Estás despierto? 03:05

¿No quieres hablar del tema? 03:05

ME HAS DEJADO CON LA INTRIGA PEDAZO DE MIERDA CONTÉSTAME 03:05

👉👉👉👉👉👉 03:38

¿Esa es tu respuesta? 03:40

Sí 03:46

Dime tu número de habitación 03:46

Has dicho que teníamos que hablar. 03:50

Quiero zanjar esto. 03:50

arimn 03:58

Aerin*03:58

Dime tu número de habitación 03:59

El alcohol te sienta mal... 03:59

arimn 03:59

Quién es esa? 03:59

No estoy borracho 🥰 04:00

creo 04:00

Dime tu número de habitación 04:00

Íbamos a hablar. 04:00

Puedo hablarte a la cara 🥰🥰 04:00

808 04:00

Por fin has captado el mansaye 04:01

El qué? 04:01

MASAJE 04:01

MENSAJE 04:01

Me quedo de pie, frente a la puerta, impaciente, esperando a que Yoongi golpee la madera con sus nudillos. Hago ademán de mordirme las uñas, pero me contengo. Después de muchos años, ahora tengo una manicura casi perfecta y no quiero estropearla. Cuando por fin llaman a la puerta, me apresuro a abrirla. Es un golpe suave, sin ganas. Está claro que es Yoongi.

Entreabro la puerta y le dejo pasar por la estrecha apertura. Aún lleva la camisa y los pantalones del traje de la gala, que contrastan con el glamour de mi pijama de flores. Es él quien cierra la puerta, despacio, lo más silenciosamente posible. Hay un par de segundos de silencio en los que él se dedica a bostezar mientras ojea la habitación con desinterés. Camina hacia la cama.

—Eh, hola —llamo su atención—. ¿Vienes a bostezar o a hablar?

—No se lo dirán a nadie.

Como siempre, mis cejas se alzan. Me cruzo de brazos con una actitud altiva a la par que suspicaz.

—¿No?

Yoongi se deja caer en el borde de la cama. Niega con la cabeza mientras vuelve a bostezar.

—No. Soohwan ha dicho que no abrirán la boca mientras nosotros no les demos permiso para hacerlo. —Es básicamente lo mismo que dijo por el chat—. El único problema es Insoo, pero se le olvidará con el tiempo.

—¿Y el resto del equipo? ¿No han visto nada?

Yoongi, que se estaba frotando los ojos, me mira a través de sus dedos.

—¿Pretendes que vaya uno por uno, preguntando a cada persona si ha visto cómo te besaba?

Resoplo.

—No, idiota. Quiero decir...

Suelta una risilla algo sarcástica, pero que en el fondo es dulce y melodiosa.

—Tranquila, Aerin, no pasará nada. ¿Por qué tienes tanto miedo?

Me ahorro lo primero que se me viene a la mente, demasiado empalagoso para ambos.

—¡Porque no quiero perder mi trabajo otra vez!

Suspiramos casi al mismo tiempo. Él agotado, yo a punto de echarme a llorar como una magdalena por culpa del estrés acumulado. Yo también me siento a los pies de la cama, junto a Yoongi.

—Ha sido culpa tuya —murmuro.

—Ha sido tuya. Tú le has dicho a Hwanque estábamos juntos. Bueno, se lo has dicho a los seis.

—Resopla—. No te quejes. ¡El beso podría haber sido un error! Solo quería abrazarte. Calculé mal la distancia.

—¡Es que ha sido un error! Si no me hubieras besado, no estaríamos hablando de esto.

—Si te callaras, tampoco estaríamos hablando de esto.

Apoyo la cabeza en su hombro, como si buscara refugio. Yo ya me he acostumbrado a acercarme a él, a rodear su brazo con los míos o a abrazarle por la espalda para dejar caer mi peso sobre él. Y Yoongi, que huía de mí cual cucaracha, también se ha terminado acostumbrando. Al rato me estrecha en sus brazos. Más que el alcohol que ha bebido en la fiesta para celebrar el éxito conseguido, es la felicidad lo que le embriaga. Yoongi está feliz, y, por consiguiente, yo también. No puede evitar sonreír. Puedo atreverme a decir que lo conozco lo suficientemente bien como

para saber que estará así durante un buen rato; por mucho que intente disimularlo, seguirá enseñando sus encías al reírse con facilidad.

El silencio vuelve a reinar en la habitación. No escucho nada más que el suave zumbido de la calefacción de la sala, pero, de repente, Yoongi hunde su nariz en mi pelo.

—Siempre hueles bien.

Me alejo de él como si acabara de ver una maldita araña. Mi reacción ha sido tan rápida que le ha sorprendido. Me mira como si acabara de pulsar el botón que activa una bomba. Me siento sobre mis rodillas en el colchón mientras me peino.

—Tío, deja de olisquearme como si fueras un dichoso perro. Me das mal rollo.

Se ríe, otra vez. Pensé que iba a coger la almohada que tiene detrás para pegarme con ella y sacarme el alma de un solo golpe, pero solo sonrío.

—Es tu problema; eres tú la que se ducha con litros y litros de jabón con olor a cerezo.

—En serio, Yoongi, ese rollito siniestro no es lo mío —repito, acurrucándome a su lado con algo de reticencia. Utilizo su brazo estirado a modo de almohada.

—¿No te va el rollo oscuro...?

—Bueno, depende del día, de la situación... —Hago una pausa. Al darme cuenta de que Yoongi vuelve a atacar con segundas intenciones, golpeo su abdomen con el codo.

—¿Qué?

Frunzo el entrecejo.

—No te desvíes del tema.

Asiente con algo de apatía, cansado. Yoongi cierra los ojos, como si estuviera dispuesto a echarse a dormir. Supongo que estará doblemente cansado después de un día lleno de emociones, incluido el llanto. Me abrazo a él, como de costumbre, para sentirme cómoda y algo protegida. Cuando su brazo se duerme antes que él, utiliza su mano contraria para ponerla en mi cabeza y empujarme hacia el extremo de la cama. Libera su brazo, quejándose.

—¿Por qué te pesa tanto la cabeza? Y no digas que es porque tienes mucho cerebro.

—En teoría, tengo más surcos y circunvalaciones para aumentar la superficie cerebral y...

Su mirada deja de ser afable durante una milésima de segundo, el tiempo suficiente para que yo me calle. Después, Yoongi suspira y se sienta contra el cabecero acolchado de la cama, agarra una de las dos almohadas y la abraza en vez de abrazarme a mí.

Considero la idea de abalanzarme sobre él. Estamos solos, tenemos una habitación y creo que ambos consideramos que la tensión sexual ha llegado a su punto álgido. Observo la lazada de la camisa de Yoongi. Fijo mi mirada en ella, visualizo cómo la deshago.

Pero gateo hasta él solo para sentarme a su lado. Cojo su brazo y lo paso por mis hombros. Apoyo mi costado en el suyo. Nos miramos.

Coloco mi mano en su mentón para poder acercar su rostro a mis labios, y como haría una abuela cariñosa, beso sus mejillas sonoramente, varias veces.

—¡Estoy muy orgullosa de ti! —le digo mientras él sonrío y, de alguna manera, intenta zafarse de mí.

—Para, me vas a hacer daño...

Yoongi no quiere admitirlo, pero en el fondo es la persona más achuchable del universo. Dejo de besar sus mejillas y beso sus labios, con un ritmo lento y acompasado.

Aprovecho las breves pausas para deslizarme por la cama y sentarme, con cuidado, con mis piernas a los lados de las de Yoongi. Él tira hacia abajo de la tela de mi camiseta.

Me sorprendo —gratamente— cuando Yoongi deja de besarme un momento, cuando me acerca

un poco más a él, cuando noto sus labios rozar mi piel y que besa el cuello. Jugueteo con el lazo de su camisa mientras él baja hacia mis clavículas.

—Al final no vas a ser tan novato como pensaba... —Me río, algo nerviosa. Deshago finalmente la lazada.

Yoongi se limita a soltar una risilla suave antes de que volvamos a besarnos. El ritmo es algo más rápido, más complicado de seguir en un principio. Una cosa lleva a otra; vamos adquiriendo intensidad poco a poco y, de repente, estoy en una situación que solo me había planteado.

He desabrochado casi toda la camisa de Yoongi, dejando al descubierto su piel impolutamente blanca. Mi índice recorre las líneas algo definidas de su pecho. Me viene a la mente una idea estúpida: ¿y si estás soñando? Cuando Yoongi me quita la camiseta, lo hace tan bruscamente que termino haciéndome daño en el cuello.

Vuelvo a acercarme a él, despacio. Sin timidez, enredo mis dedos en su pelo, dejo que me bese todo lo que quiera.

Doy gracias a Dios, si de verdad está ahí, porque esto no es un sueño.

Como todas las mañanas, incluidas las de los fines de semana, me despierta la alarma de mi teléfono móvil. Me acurruco de nuevo en la cama, creyendo que cinco minutitos más entre las sábanas son inofensivos.

Mientras echo un vistazo a los cientos de mensajes que tengo, busco el brazo de Yoongi para colocarlo alrededor de mi cintura. Él está dormido como un bebé, envuelto en un albornoz — porque tenía frío— y hecho un rollito con las sábanas. Puedo escuchar su respiración suave. Es como un niño, pero nadie diría que lo es si supiera lo que hicimos la madrugada anterior. Yoongi protesta, irritado, retira el brazo de mi cintura y se da la vuelta para poder dormir cómodamente. Ignoro su rechazo y echo un vistazo a los millones de mensajes que tengo.

Hojun

Aerinnnnn 06:20

Buenos díaaaasssss ❤️ 06:20

Yoongi no contesta a su teléfono. 06:20

Y supongo que es lógico que le pregunte a su novia. 06:20

Buenos días 🙋❤️ 07:01

El equipo se está preparando para ir al aeropuerto,
y han preguntado por Yoongi 07:07

Hemos dicho que estaba en la ducha 😏 7:07

Es una excusa creíble 07:08

El equipo espera a que Yoongi «salga de la ducha» 07:08

Nam y yo vamos a buscarle a tu habitación 07:08

Yoongi es bajito, así que lo podemos esconder bien. 07:08

Creo que puede ir él solo. 07:08

Me hacía ilusión llevar a cabo mi plan 07:09

nos vemos en tu habitación!!! 07:09

Miro la hora reflejada en la esquina superior de la pantalla. Sabiendo que Hojun está eufórico por encubrir la relación amorosa de su amigo del alma, no tardará más de tres minutos en llegar aquí y nos encontrará todavía en la cama. Alargo el brazo para poder alcanzar mis gafas, que están sobre una de las mesillas de noche. Me reincorporo despacio, estirando el cuello. Observo a Yoongi, durmiendo como un tronco, y visualizo en mi cabeza las posibles situaciones de peligro que pueden suceder si se despierta.

Agito suavemente a Yoongi. No responde, así que vuelvo a tumbarme en la cama, esta vez pegada a él. Me quedo abrazando su cintura, rodeando sus piernas con las mías, encaramada a él como si fuera un panda en una rama de bambú, y le doy un sonoro beso en la mejilla. No sé si es el beso en sí o el ruido pegajoso lo que lo ha despertado, pero Yoongi abre los ojos, despacio, y gira la cabeza ligeramente para verme.

Le sonrío.

—Buenos días, princesa.

Hace una mueca, disgustado, pero no me empuja fuera de la cama ni se queja de mi presencia. Es un grandísimo avance. Ronronea algo que resulta ser una respuesta a mi «buenos días».

—¿Qué hora es? —me pregunta con una voz ronca que es el mismísimo cielo. No, mejor que el cielo. Debe de ser que estoy de buen humor. Se da la vuelta. Su rostro está cerca del mío, sus labios también... Hago ademán de besarlo aprovechando el aura romántica que nos rodea, pero él planta su mano en mi cara. Aún le cuesta demasiado tener que aguantar a una novia cariñosa—. ¿Qué hora...? —repite.

—Las siete. El vuelo es a las once, pero el resto del equipo ya se está preparando...

Como si le hubiera repetido que acaba de llevarse el premio musical más importante de Asia, Yoongi abre mucho los ojos y me mira entre asustado e incrédulo. Acaba de recordar lo nuestro. Que estamos saliendo y que nadie de su agencia, a excepción de los chicos, lo sabe. Me separo de él para dejarle algo de espacio. Yoongi se deshace del lío de sábanas y se sienta en el borde de la cama. Parece un poco preocupado. Y enfadado.

—Mierda —suelta.

—No te preocupes, podemos buscar un vuelo más tarde y quedarnos aquí un rato más —bromeo, pero Yoongi no parece captar la broma. Se gira, protestando, y me lanza la almohada, que es lo que tiene más a mano. Logra darme en la cara—. ¡Es coña! Hojun viene hacia aquí con Namjoon. Te cubren.

Suspira algo más aliviado. Los dos miramos hacia la puerta cuando oímos que alguien llama con los nudillos. Salto fuera de la cama sin darme cuenta de que solo llevo encima la camisa con la que vestía Yoongi. Me hacía ilusión vestirme con algo de marca, así que, aprovechando la coyuntura —y que Yoongi ya estaba dormido— me la puse. Él me alcanza antes de que yo llegue a la puerta. Agarra el bajo de la camisa y tira de ella, empujándome hacia atrás.

Yoongi abre la puerta y me obliga a esconderme detrás de ella, pero aun así lo desafío y asomo la cabeza. Saludo con la mano a Hojun y a Namjoon, como si nada.

—¡Hola!

Hojun tiene la sonrisa radiante de siempre y ropa bien doblada bajo el brazo. Namjoon no parece tan contento como su compañero, pero también oculta una sonrisilla. Hojun le tiende la ropa a Yoongi. Él la acepta refunfuñando.

—Vamos, *hyung*, la gente va a creer que te has quedado a vivir en la ducha —le apremia Hojun.

Yoongi entra en el baño de la habitación dando un portazo. Me deja sola. Por un momento, a pesar de estar tras la puerta de madera, me siento terriblemente indefensa. Miro a los pies de Hojun. Quiero que la tierra me trague. Esto es demasiado incómodo. Cuento los segundos en silencio y hasta soy capaz de escuchar un terrible tictac en mi cabeza.

La puerta del baño se abre a cámara lenta. Yoongi sale vestido con una de sus múltiples sudaderas negras. Hojun se toma la libertad de entrar en la habitación para agarrar a Yoongi de la muñeca y arrastrarlo hasta el pasillo, donde les espera un Namjoon algo avergonzado. Los chicos se despiden de mí con la mano y caminan pasillo abajo, hacia los ascensores. Parecen contentos. ¿Serán los premios de anoche o que se alegran porque su amigo ha echado un buen polvo?

Me quedo con la palabra en la boca. Todo es demasiado rápido, y ninguno de los dos reparamos en que a) yo aún llevo la ropa de Yoongi, y b) su teléfono móvil está aquí. Tengo que pensar una manera discreta de devolvérselo y asegurarme de que la ropa no huela demasiado a cerezo.

Puede que esté empezando a volverme loca, que no sea para tanto. Pero quiero que todo esto salga bien, que Yoongi y yo seamos felices juntos. Y mi intuición femenina, mi clarividencia, mi sentido común o mi simple desconfianza me advierte de que tenga cuidado. Cualquier detalle puede costarme el trabajo... Y una ruptura dolorosa.

Aún llevo el teléfono de Yoongi en el bolso. No hemos vuelto a vernos desde que se marchó de mi habitación, donde no me importaría volver en este momento. Llevamos más de una hora ordenando los trajes y complementos que llevaron los chicos en la gala, haciendo recuento de maquillaje y demás cosas aburridas. Suspiro con pesadez mientras cierro el último maletín de maquillaje. Todo está listo. Por fin. Es hora de ir al aeropuerto, coger un vuelo de vuelta a Incheon y, después de una larga jornada, descansar.

Me subo en el asiento de copiloto de un taxi hongkonés. Respiro con calma, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el asiento. Todo va a salir bien. El avión no se va a caer, no me voy a marear en el viaje, no voy a vomitar de vuelta a casa y voy a poder darme un baño de burbujas relajante en cuanto llegue a casa.

Llegamos al aeropuerto un par de minutos antes que los chicos. Ignoro los flashes de las cámaras de algunas fans que los están esperando. Ellos están tan acostumbrados que se limitan a caminar hacia la puerta de cristal de la terminal mientras nosotros, el equipo, arrastramos las maletas.

Dentro, todo está algo más tranquilo. No hay fans ni tampoco mucha gente en la zona de facturación.

Tengo mi billete de avión en la mano, entre mi pasaporte. Todo el mundo ha desaparecido por la terminal, que tiene tiendas de marca, cafeterías, zonas de descanso y hasta una sala VIP. Parte del equipo ha ido a algún restaurante a comer, Namjoon está descansando y yo debería hacer lo mismo. Me acerco a una sala cercana a la zona de embarque, cerrada, con sillones de cuero y plantas que no son falsas. En circunstancias normales yo no tendría el privilegio de estar aquí, pero una de las ventajas de viajar con un grupo musical de moda es poder aprovechar las salas VIP de los aeropuertos.

Me siento algo alejada del resto de las personas. Dejo mi bolso sobre mi regazo, y casi al instante, veo una sombra pasar a mi derecha, donde hay otro asiento libre. Es Yoongi, ataviado con la sudadera negra de antes. Lo único que ha añadido a su look de chico gótico son unas gafas de sol. Se sienta a mi lado después de asegurarse de que no hay nadie de quien sospechar a

nuestro alrededor.

—Mira lo que te dejaste anoche en la habitación... —Abro mi bolso sin fondo y, despacio, saco su teléfono de última generación. Se lo muestro con aire juguetón. Me lo arrebató de las manos lo más rápido que puede—. ¿Qué harías sin mí? —Lo miro con los ojos entornados, intentando ver más allá del cristal negro de sus gafas—. Di las palabras mágicas.

—¡Abracadabra! —exclama. Coge su teléfono, lo guarda en el bolsillo de su pantalón y se hunde en un sillón de cuero—. Gracias —murmura, escondiéndose detrás del cuello de la sudadera.

Finjo que no lo he oído.

—¿Qué? No sé lo que has dicho. ¿Puedes decirlo más alto?

Pone los ojos en blanco.

—Gra-cias.

Somríó, satisfecha. Me contengo para no pellizcarle la nariz.

—De nada —canturreo—. Podría haberme quedado con él, pero no quería que te enfadaras conmigo.

Yoongi agita la cabeza a pesar de que sonrío de oreja a oreja. Él también debería disimular más, pero ahora no importa. No hay nadie a nuestro alrededor aparte de Namjoon, que está dormido con los auriculares puestos. Yoongi nota algo fuera de lo común en mi cuello, así que lo señala. He intentado ocultar las marcas violáceas que él ha dejado por mi cuerpo lo mejor que he podido, pero hay alguna que se sigue viendo, como la que él señala. El cuello del jersey no llega a taparla del todo. Resoplo con hastío.

—Échate el pelo hacia ese lad... —Yoongi se queda a media frase. Nota la presencia de alguien a nuestra espalda. Me giro cuando veo que él también lo hace.

Es Gaji, sentada en los sillones que tenemos detrás.

Y creo que lo ha escuchado todo.

No sé cuál será la excusa adecuada para justificar las marcas de mi cuello o la conversación que Gaji ha escuchado. En cuanto se ha sentado en las butacas que Yoongi y yo tenemos detrás, no hemos mediado palabra. Yo, en un intento de no parecer aún más sospechosos, finjo que sigo una conversación con Yoongi. Él, volviendo a ser el antipático con alma de diva de la noche de siempre, responde con secos monosílabos. Saca el teléfono que le acabo de devolver del bolsillo de su pantalón y teclea algo rápidamente. Miro la pantalla de reojo: está hablando con Hojun. Deben de tener una especie de pacto de sangre. Creo que Hojun está más emocionado por nuestra relación que nosotros mismos.

Con la cabeza bien alta, me levanto para alejarme de aquí como si no hubiera pasado nada. Me ajusto la correa del bolso al hombro, camino hacia el baño de la sala VIP y me aseguro de que Gaji no me sigue. No miro hacia atrás; utilizo las cristaleras del lugar y me fijo en su reflejo. No, no me sigue. Suspiro aliviada, pero nada más poner un pie en el baño vacío, gruño. Pataleo. Me enrabieta. ¿Por qué todo siempre me sale mal? Me quedo frente a uno de los espejos del baño repitiéndome la pregunta una y otra vez. Era obvio que nada iba a salir bien teniendo en cuenta lo rápido que ha sido y que estoy saliendo con un jodido *idol*. Que Gaji se entere puede ser el punto y final a nuestra relación, pero no creo que sea lo peor que pueda pasarnos. ¿Y qué hay de las fans? Se volverían el mismísimo demonio. Me amenazarían de muerte, me exiliarían. Y Yoongi, seguramente, también terminaría fuera del país, hundido en el olvido y tachado de traidor.

Si es cierto que todas las personas tenemos libertad, ¿qué hay de los chicos? Es cierto que han cumplido su sueño, que están haciendo lo que más quieren en el mundo, pero su comportamiento siempre está sometido a unas normas estrictas, a cantidades de dinero o de fans que no son más que números. Me planteo si yo sería capaz de hacer lo mismo que ellos: renunciar a mi derecho a la libertad solo por conseguir mi objetivo en la vida. Probablemente no.

Arreglo un poco mi pelo aprovechando que estoy frente a un espejo y retoco mi maquillaje con cuidado. Antes de salir por la puerta, escucho el repiqueteo de unos tacones. Lo reconozco enseguida. Es Jinyoung sobre sus únicos Louboutin.

Se ha manchado la camisa con lo que parece ser café. Se acerca al lavabo de mi izquierda e intenta deshacerse de la mancha.

—¿Se me ha caído el café encima y la camisa es blanca...!

—Vaya —murmuro, desinteresada.

—¿Y esos golpes? —No detecto sorna en su voz, pero sé que lo dice con cierta ironía. Me froto el cuello fingiendo dolor y tapo las marcas acto seguido. Mantengo la boca bien cerrada. Jinyoung,

ignorando la mancha de café de su camisa, se apoya en el lavamanos de cerámica blanca tal y como lo haría mi madre cuando va a iniciar un bombardeo de preguntas—. ¿Quién ha sido? —pregunta, más seria.

—Son de hace tiempo; mi novio... —suelto después de un rato bajo su mirada inquisidora. Sigue mirándome incrédula—. No es lo que crees. No ha sido ninguno de los chicos.

—Por Dios, soy casi como una madre para ellos y tengo dos hijos adolescentes, Aerin.

Me muerdo la lengua para no meter la pata. ¿Quiere decir que ser madre te da el poder automático de adivinar las cosas, como con quién se acuesta tu compañera de trabajo? Resoplo.

—Conozco a un chico de la facultad...

—Escúchame, Aerin —me dice, sonando maternal, comprensiva y dulce—. No tienes por qué mentirme... No ganas nada ocultándome si has tenido algo con los chicos. Procura tener cuidado, ¿vale?

Frunzo el ceño.

—Yo no he tenido «algo» con ninguno de ellos. —Hago un exagerado gesto de comillas—. No sé qué te hace pensar eso.

—Bueno, Gaji ha dicho que estabas hablando con Yoongi sobre algo de anoche.

Actúo como si no supiera nada.

—¿Qué?

—Aerin. —Me reprende con la mirada—. Nadie aquí es tonto. Lo sabe casi todo el mundo.

No hay nadie en la agencia. Los chicos descansan en su apartamento después de su exitoso viaje a Hong-Kong... A excepción de Yoongi. Le han citado para una reunión muy urgente a la que yo también estoy invitada. No he tenido tiempo de dejar mi maleta en casa, así que aún la arrastro conmigo por los pasillos poco iluminados del pequeño y viejo edificio, a punto de destartarse. Espero que las ganancias de este año le permitan a la empresa alquilar un nuevo local. Pienso en esta estupidez —y en lo sucios que están algunos cristales— para no ponerme más histérica.

La explicación de por qué estoy aquí es una historia muy corta: más de una persona del equipo vio el beso que Yoongi me dio cuando aún lagrimeaba, pero como no era personal relevante, decidieron mantener la boca cerrada. Gaji ya tenía sus sospechas y al oír que nos habíamos besado delante de todo el mundo, fijó sus ojos de buitre en nosotros. Sus sospechas se corroboraron cuando nos escuchó hablar en el aeropuerto y cuando notó que Yoongi se sentaba a mi lado en vez de alejarse de mí todo lo posible. Y, en vez de seguir el comportamiento modelo del resto de sus compañeros, decidió chivárselo a la gente. La voz se corrió como la pólvora y a Yoongi no le quedó más remedio que dar la cara delante de su jefe.

Llamo a la puerta del despacho más grande del edificio con algo de miedo. Hago una reverencia. Si por mí fuera, me arrodillaría en el suelo para pedir disculpas, pero no lo hago. Tengo una imagen que mantener. Nuestro jefe señala con parsimonia una única silla libre a la derecha de Yoongi, algo cabizbajo. No me da muy buena espina. Tomo asiento.

—¿Y? —dice, mirándome como si estuviera esperando a que explotara por combustión espontánea.

Jugueteo con mis dedos.

—Eh...

—¿Estáis saliendo?

Miro de reojo a Yoongi con la esperanza de que él me dé alguna señal. No se mueve. Está

estoico. Por un momento dudo. No sé si conviene decir que sí o no. Al final, me decanto por la primera al ver que Yoongi está empezando a perder la paciencia. Asiento.

—Sí.

La reacción de Yoongi no es muy mala. Bueno, no reacciona. Supongo que es una buena señal. Nuestro jefe se remueve en la silla y mira al techo, pensativo y puede que algo decepcionado.

El hombre vuelve a echar el torso hacia delante. No se dirige a mí; esta vez habla a Yoongi.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Él asiente.

No. No me digas que va a romper conmigo aquí y ahora. Lo observo con algo de horror.

—Nadie va a interferir en vuestra relación —continúa el jefe, tranquilo y comedido—. Es una de las normas. Pero más os vale no protagonizar ningún escándalo.

—Teniendo en cuenta que esta sociedad se escandaliza por todo, dudo que... —Yoongi golpea mi pie con el suyo de forma discreta para que me calle—. Perdón.

—Yoongi ya lo sabe; no hay ningún problema si su imagen se mantiene limpia. Creo que no soy quién para impedir que alguien esté con la persona que quiere. —Suenan muy idílico y romántico, pero siento que hay letra pequeña y aún no la he leído—. No obstante, Aerin... Me temo que vamos a tener que prescindir de tus servicios.

—Oh —musito.

—¿Y el estilismo? —Yoongi, ágil, toma la palabra antes que yo. —¿Quién se va a encargar del estilismo? Aún quedan varias galas —dice. No me mira. Escondo una sonrisilla detrás de mi mano, orgullosa; la típica sonrisa de «¡ese es mi chico!».

—El resto —responde Sihyuk con algo de frialdad—. Jieun volverá pronto y ella puede encargarse de llevar todo esto sin problema. Im, es una medida que de todas formas teníamos ya prevista. —Más que consolarme, me hunde en la miseria—. Buena suerte con vuestra relación, chicos —suelta, mucho más feliz y casi hasta ilusionado.

No pregunto quién es la tal Jieun. No me importa. Sigo procesando que acabo de quedarme sin trabajo. Otra vez. Y en esta ocasión no ha sido por dejarlo con el hijo de la empresa, sino todo lo contrario. El dueño de la agencia me hace firmar el finiquito y me pide que recoja las escasas cosas que he dejado por la agencia. Con resignación, me levanto de la silla, me despido, recupero mi maleta y salgo del despacho dispuesta a lanzarme por las escaleras.

Escucho la puerta cerrarse. Yoongi también sale del despacho con una actitud similar a la mía. Suspiramos casi al unísono. Él chasquea la lengua.

—¿Qué haces aquí? ¡Estás despedida!

—¡Istis dispididi! —me burlo de él. Yoongi se acerca a mí y me da un empujón suave para que camine hacia los ascensores—. Me gustaba este trabajo...

—Puedes seguir viniendo aquí para admirar lo bonitas que son las prendas de marcas caras. —Lo miro creyendo que lo dice en broma, pero va en serio. Yoongi se encoge de hombros—. Solo que no te darán dinero por ello.

—Al menos no nos han separado... ¿Por qué no han despedido a Gaji en vez de a mí? —me quejo—. ¡¿Cómo pagaré la universidad ahora?!

Con el enésimo bufido del día, pulso el botón de bajada del ascensor. No tarda mucho en llegar a la planta donde nos encontramos. Está completamente vacío y entramos, en silencio. Dejo que el peso de mi cabeza caiga sobre el hombro de Yoongi. Lloriqueo contra su cuello.

—¡Sigo sin entender por qué me despide...!

—Es como una medida preventiva —me explica. La puerta del ascensor se abre, pero se vuelve

a cerrar porque ninguno de los dos salimos de él—. Solo te despiden para que no haya asperezas entre tú y el resto.

—Seguro que Gaji se muere de la envidia.

—Claro, ¿y quién no se iba a morir de la envidia teniéndome a mí como novio? —Yoongi hace hincapié en el «a mí». Yo pongo los ojos en blanco mientras me separo de él—. Además, tu contrato no era fijo.

—¿Cómo sabes que mi contrato no era fijo?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Magia.

Le resto importancia y dejo de sospechar que fue Yoongi quien escogió mi currículum entre otros tantos. Pulso el botón para abrir las puertas del ascensor antes de que me resulte demasiado claustrofóbico, pero antes tomo una decisión que espero que sea correcta:

—Voy a dejarlo.

Las puertas metálicas se abren. Retrocedo con brusquedad, asustada. Soohwan está enfrente de mí con una cara de horror terrible, como si hubiera visto un fantasma —ver a Yoongi es casi lo mismo—. Alza las manos y agita la cabeza con energía.

—No, no, no, no. ¡¿Qué?! ¡¿Que vas a dejar el qué?! —exclama—. ¡Pero si hacéis una pareja asquerosamente perfecta!

Escucho la risa apagada de Yoongi, a mi espalda. Yo también me río. Trato de explicarme, pero es Yoongi quien se acerca a su *hyung*.

—¿Qué haces aquí?

—Ah, esto... Venía a buscarte. —Que se traduce como: «He venido a ver qué pasaba con vuestra relación porque soy como una maruja de pueblo»—. No sabía que Aerin estaba aquí también... ¿En serio vais a tener que dejarlo?

—Estaba hablando de la universidad.

Yoongi se gira, también horrorizado. Toma aire para decir algo, pero se queda a medio camino. Me limito a sonreír con algo de culpabilidad y puede que arrepentimiento. Yoongi, después del pequeño lapsus, me enseña su pulgar, dándome su aprobación.

—Siempre y cuando estés bien, no importa tu carrera. Nos vamos —dice por fin.

—Descansad. Yo me quedaré a recoger mis cosas...

Yoongi sale casi disparado hacia la puerta, pero Soohwan se queda quieto a medio camino entre la salida y el pasillo, confuso. Me señala con sus dedos torcidos e intercambia miradas conmigo y con Yoongi.

—¿No le vas a dar su beso de buenas noches?

Yoongi no se acerca demasiado a mí. Ni siquiera hacemos ademán de besarnos, solo chocamos nuestras manos a modo de despedida. No hace falta que me bese para saber que me quiere. Si no me quisiera, no habría convencido a su propio jefe de que le dejara continuar con su relación amorosa. Tampoco me hubiera animado a dejar la universidad pensando en mi propio bienestar.

Además, no me gustan las despedidas, y menos si son con un beso. Son más amargas. Y si no, que se lo pregunten al Yoongi de hace cinco años.

Yoongi 🙄❤️

Puedes venir al apartamento??? Porfa :(23:06

Por qué? Para qué? 23:18

No seas un vago y ven!! 23:20

Ya lo entiendo... Estás sola? 23:37

Quiero ver Million Dollar Baby con helado, llorar y llorar. 23:37

Qué te pensabas? 🙄 23:37

Llego en 10 min. 23:37

Helado de chocolate, porfa :(23:38

Estás bien? 23:41

Quiero un abrazo 🙄✓

✓✓ leído a las 23:41

La Navidad se acerca, hace demasiado frío y estoy pasando por la peor racha de mi vida. No dejo de repetirme «por qué, por qué, por qué, por qué» y yo misma estoy empezando a consumirme.

Yoongi y yo no tenemos tiempo para vernos. Él siempre está de un lado para otro, acudiendo a galas y trabajando en su estudio hasta la madrugada. No podemos salir juntos por la mañana; es una de las épocas en que Seúl está más concurrido y no podemos arriesgarnos. Por la noche, yo estudio y él descansa.

Escucho el pitido de alguien abriendo la cerradura electrónica de la puerta. No creo que sea Jiho y mucho menos a estas horas. Ella está en casa de sus padres aprovechando que tiene un par de semanas de vacaciones por Navidad, así que no vendrá al apartamento a no ser que se le crucen los cables y se crea la rebelde sin causa de cualquier drama que se escapa de casa. Thai,

también fuera, debe de estar en cualquier club y no creo que vuelva hasta el día siguiente... si vuelve. Como el resto de las personas que saben el código de la puerta están descartadas, supongo que es Yoongi. Le dije cuáles eran los dígitos de la cerradura. Estoy demasiado cansada como para levantarme y recibirlo.

La puerta se cierra despacio. Tardo bastante en oír cómo Yoongi arrastra sus pies descalzos por el parquet. Se para antes de pisar mi pelo esparcido por el suelo. No veo nada más que su sombra. Yoongi suspira al verme tirada en el suelo, con todos mis apuntes de medicina desordenados a mi alrededor y escuchando a todo volumen el Réquiem de Fauré en honor a mi vida universitaria fallecida. Llevo una hora aquí, tumbada, al borde de las lágrimas y casi en estado vegetativo.

—Pero ¿qué te pasa? —bufa—. ¿Quieres invocar al demonio de los universitarios o algo así? Estás como una cabra.

Tiene razón. Esto parece un ritual satánico —de no ser porque faltan unas cuantas velas—. Me reincorporo despacio mientras Yoongi pasea hacia el sofá de la sala, vacío, entero para él.

—¿No me has traído helado? —lloriqueo con un puchero.

—¿No tienes suficiente conmigo? —Yoongi se vuelve, abre los brazos como diciendo: «Aquí estoy» y al ver que yo no muevo ni un dedo, suspira otra vez y se deja caer en el sofá. Bien, es un novio fantástico. Gruño aún sentada en el suelo. Él debe de haberse arrepentido y se levanta para ayudarme a despegar el culo del parquet. Camina hasta llegar a mi lado, me tiende sus manos y tira de mí para que me levante. Yoongi echa un vistazo a todos los apuntes del suelo, a los esquemas y a algunas imágenes bastante gráficas.

Se ríe con incredulidad.

—¿Qué mierda es todo esto...?

—Toda mi vida universitaria resumida en apuntes.

Antes de que pueda hablar, me lanzo a sus brazos para que rodee mi espalda. Sus hombros suben y bajan, así que supongo que se está riendo en silencio. Lo corroboro al notar el tono algo burlón de su voz.

—¿Qué te pasa?

—Mis padres me van a desheredar.

Me da un par de palmaditas en la cabeza a modo de consuelo. Al menos ha progresado algo y ya no le hace falta un palo kilométrico para darme unos golpecitos en la espalda mientras dice: «Ya está, ya pasó». Sin soltarme, camina hacia el sofá y se sienta en él.

—¿Qué has hecho ahora?

—Me he dado de baja en la universidad. —La música se detiene de repente y mis palabras suenan aún más dramáticas. Me deshago poco a poco de los brazos de Yoongi, pero me quedo sentada a su lado. Miro al suelo, cabizbaja—. Estoy perdida. Quise darle una segunda oportunidad, pero... es imposible. Mis padres no lo entienden.

—Venga ya, tienes veintitrés años —dice, entornando los ojos con aparente molestia—. A tus padres les debería dar igual qué estás haciendo con tu vida. Si quieres dejar la universidad, la dejas. Si quieres hacerte cantante, te haces cantante. —Coge algo de aire y se queda unos segundos sin decir nada, algo confundido. Después niega con la cabeza—. No, no, mejor no te hagas cantante... ¿Sabes? Que se jodan. —Se encoge de hombros—. Si estudiar medicina ya no te hace feliz, dejarlo es lo mejor que puedes hacer.

Vuelvo a buscar refugio entre sus brazos. Me acurruco contra su pecho, haciéndome un ovillo. Yoongi apoya su barbilla en mi cabeza. Él, en realidad, es el único apoyo que tengo. Mis padres odian que su hija haya dejado la carrera cuando estaba a punto de terminarla, Jiho ya tiene

suficiente con sus problemas y Thai es ajeno a los verdaderos sentimientos del resto. Me tachan de insensible; siempre acuchillo al resto con mi ironía e intento parecer despreocupada. Pero estoy aquí, sintiéndome vulnerable y en medio de una crisis existencial. Siempre aparento ser quien no soy. Al menos tengo a Yoongi. Él también tiene su corazoncito muy muy muy en el fondo. Le ha llevado unos cuantos meses deshacerse de su coraza de hielo. Supongo que él se siente algo identificado con la situación: sus padres no le apoyaban cuando se marchó a Seúl para perseguir su sueño de convertirse en *idol*, pero ahora puede presumir de ser uno de los más famosos y tiene una buena relación con sus padres. A mí, en cambio, me ha sucedido todo lo contrario. Siempre he sido la niña de los ojos de mis padres... hasta ahora.

—No sé qué voy a hacer —me quejo—. No estudio, no trabajo.

—Felicidades, ese es el sueño de mucha gente —suelta, sarcástico. Golpeo con mi codo su abdomen. ¡Siempre la está cagando!—. Ya, lo sé. Pero no es el tuyo. Mira el lado bueno, ahora tienes mucho tiempo libre para saber cuál es tu verdadera vocación.

—¿Y si me hago modelo?

—Pero si eres terriblemente fea... —Miro hacia arriba para toparme con su cara. Yoongi también me observa.

—No deberías decirme eso, ¿sabes? Los novios de verdad no le dicen a su novia que tiene la cara de un mono, le dicen que es mona. ¿Pillas la pequeña diferencia?

Con algo de resignación, me separo de él e intento sentarme al otro lado del sofá. Hago ademán de levantarme para recoger todos los folios esparcidos por el suelo —ver tanto desorden está empezando a volverme loca—, pero Yoongi atrapa mi mano. Tira de mí. Termino tumbada en la misma posición, recostada sobre su pecho, y él me abraza para que no vuelva a escapar.

Levanto la cabeza para mirar a Yoongi con cara de cachorrito. Estoy un rato acariciando la piel pálida de sus antebrazos.

—Mis padres dicen que tendré que volver a casa —susurro entre la luz tenue de la sala de estar—. Planeaba pasar la Navidad con ellos, o al menos el Año Nuevo, pero ellos pretenden que me quede a vivir allí.

El verdadero motivo de por qué la idea me horroriza es que volver con mis padres significaría separarme más de Yoongi. Si él puede venir a mi apartamento por las noches es porque solo nos separa una distancia de unos quince minutos a pie, puede que menos, pero si vuelvo a mi antiguo barrio, tardará casi una hora. Además, ahora hay demasiadas tiendas de ropa y cafeterías en el barrio de Seúl donde me crie. Y eso supone que está demasiado concurrido y no será fácil pasar desapercibido.

—¿Y no puedes quedarte aquí? —pregunta, refiriéndose al apartamento.

—No lo sé. Yo pagaba el alquiler, pero dudo que ahora mis padres quieran asumir este gasto.

—Siempre podrás vivir debajo de un puente. Seguro que haces amigos. Dicen que los sintecho de Seúl son muy simpáticos.

—Yoongi —le riño.

—¿Qué?

—Cierra la bocaza —le ordeno.

—Nunca pensé que tú me dirías eso.

—¿Puede que sea porque tú siempre tienes el humor de un perro rabioso y ahora soy yo la que está así? —Jugueteo con sus dedos largos y me quedo pensativa un buen rato. Otra vez, mi inconsciente ataca con «por qué, por qué, por qué»—. Creo que no debería...

Me tapa la boca. Noto el aliento de Yoongi en mi pelo cuando él suspira.

—Chist. Siempre te arrepientes de lo que haces. Creo que por una vez en tu vida podrías dejar de pensar tanto en las consecuencias. —Tiene razón—. Y también podrías dejar de hacer rituales satánicos...

—No era un ritual... —murmuro.

—¿Puedes poner una película? —suelta él.

—Tú estás más cerca.

—No, tú.

—No te quejes si pongo *Love Actually*.

—Es la vigésima vez que veo esa película contigo —exagera... o eso quiero creer.

Me levanto y rodeo la mesa de café para encender el televisor. Busco alguna película interesante. Decido poner el clásico de los clásicos, la mejor película que he visto en mi vida: *Mulán*. Es cierto que me sé los diálogos de la película y que tengo veintitrés años, pero nunca se es demasiado mayor para ver una película de Disney.

Vuelvo al sofá dando pequeños saltitos mientras Yoongi se queja con cara de asco. En cuanto ve los títulos, Yoongi se pregunta a sí mismo para qué ha venido aquí. Me siento a su lado, pero no tardo demasiado en volver a acurrucarme contra él. Es como si notarlo me hiciera sentir más segura y querida. Por fin, después de años sin poder permitirme el lujo de decirlo, confío en alguien —casi— al cien por cien.

Él echa su brazo por mis hombros. Escuchar las canciones de la banda sonora me hace ponerme de buen humor casi al instante... creo. Mi cabeza me dice que no es la película, que es volver a tener a Yoongi cerca después de unas cuantas semanas, pero mi orgullo no deja que lo admita. Canto las canciones a pleno pulmón hasta que Yoongi golpea mi nuca.

—¿Puedes venir mañana también? Thai y Jiho no están, y me da miedo dormir sola —confieso.

—Si insistes...

—¿No te dirán nada por venir? ¿No tienes que trabajar?

—No te preocupes.

Suena convincente, así que no pregunto más. Vemos los primeros minutos de la película sin decirnos nada. Noto la mano de Yoongi escurriéndose «accidentalmente», como diría él, por mi espalda. Después, siento el metal horrorosamente frío de la correa de su Rolex contra mi piel. Al principio el roce me sobresalta, pero me acostumbro poco a poco y dejo que Yoongi siga el recorrido de mi columna vertebral con la yema de sus dedos, hasta llegar a mi cuello, donde se detiene.

Lo observo. Tiene la mirada clavada en la pantalla del televisor, aunque sé que no le está haciendo caso.

—¿A qué has venido?

—A ver la joya del arte cinematográfico por excelencia, ¿para qué si no?

Sé que está retándome. Agacha la cabeza para verme. Dejo que siga con su mano bajo la tela de mi camiseta.

Odio perder. En serio, odio perder. Y odio que a Yoongi se le dibuje esa sonrisa de haberse salido con la suya cuando me rindo y tiro de su jersey para que se acerque a mí. Lo beso. Él corresponde al instante.

Yoongi se inclina hacia mí con la intención de que yo me deslice por debajo de él. Dejo de escuchar los diálogos de la película de fondo. Solo soy capaz de oír nuestros jadeos más el sonido húmedo de nuestros besos.

Yoongi se detiene súbitamente.

—Vas a perderte la película —suelta, burlándose de mí y de rodillas en el sofá. Me mira como si estuviera a su completa merced, y aunque no me guste admitirlo, en realidad es así. Sigue hablando con tono juguetón—. ¿Estás segura de que...?

—No importa. —Me encojo de hombros—. No voy a perderme nada nuevo.

Le doy luz verde, así que me quita las gafas y las deja en la mesa de la sala de estar. Yoongi vuelve a inclinarse, pero en vez de atacar mis labios, ataca mi cuello. Las marcas que dejó la última vez han desaparecido por completo y ahora se dispone a dejar unas nuevas dado que lo nuestro ya no es un secreto. Además, no me verán en la agencia durante un buen tiempo.

Juguetea con el cuello de mi camiseta, estirándolo hacia arriba, pero no llega a quitármela del todo. Justo cuando yo estoy asiendo el jersey de Yoongi, suena mi teléfono. Él se queda recuperando el aire contra mi cuello, mirando de reojo cómo alargo el brazo para contestar a la llamada.

Ve reflejado en la pantalla el nombre de contacto de mi madre. Es raro que llame a estas horas, es más de medianoche, pero sabiendo que no he contestado a la veintena de mensajes que me ha dejado, comprendo que es normal que decida llamarme.

—¿No vas a cogerlo? —Irritado, Yoongi intenta ver de quién se trata.

—No. —Lanzo el teléfono a la mesa, con cuidado. Ignoro la llamada y me reincorporo despacio. Apago la televisión con el mando—. No creo que sea importante. Es mi madre; está histérica desde que dije que había dejado la universidad.

Yoongi se sienta en el sofá con aire molesto. Estoy segura de que está a un solo segundo de irse porque no ha conseguido lo que quiere.

Me da lástima. Cojo su mano y hago que se levante del sofá para llevarlo por todo el pasillo. Protesta, dice que está cansado, que quiere irse y que pare de empujarle. Le digo que se calle.

—¡Chist! Vamos a la cama.

—Bien, quiero dormir.

Me giro para mirarlo con una ceja alzada, con mi típica cara de «¿en serio?». Yoongi se mantiene impertérrito, pero no logra esconder una sonrisilla. Se está divirtiendo como un niño en un parque de atracciones. Veo que se humedece los labios, pasando la lengua por ellos. Empujo la puerta de mi habitación, que estaba entreabierta. No vuelvo a cerrarla. Estamos solos, ¿qué más da?

No hay apenas luz cuando abro los ojos. La escasa claridad que entra por la ventana me hace suponer que es muy temprano. Estiro los brazos en la cama. Si no recuerdo mal, la noche anterior la pasé con Yoongi. Echo un vistazo a mi habitación, hecha un desastre. Tendría que haber despejado un poco mi escritorio, al menos liberarlo de maquillaje; todo ha terminado en el suelo. Vuelvo a estirar los brazos mientras me reincorporo pegando las sábanas blancas a mi pecho. Aún estoy demasiado dormida y me cuesta ver la figura de Yoongi cerca de mi armario. Parece que se está vistiendo.

—¿Planeabas irte silenciosamente como los malos amantes de las películas? —murmuro. Me tumbo de lado en la cama, hincó el codo en el colchón y apoyo la cabeza en la palma de mi mano para observarlo desde una perspectiva mejor. Está demasiado concentrado en que la hebilla de su cinturón esté bien, de que la capucha de su sudadera esté bien, de que su look esté bien. —Llevas el Rolex torcido —le aviso. Él lo recoloca enseguida, como si llevar un puñetero reloj torcido durante más de dos segundos fuera un delito con pena de muerte. También se asegura de que lleva su teléfono encima—. ¿Tanta prisa tienes?

—Puede llegar alguien a tu apartamento en cualquier momento y será la cagada más grande del mundo, bebé...

Enarco las cejas.

—¿Bebé? —suelto una carcajada demasiado fuerte y descarada—. ¡¿Bebé?!

—¿Qué dices? —Intenta actuar como si no hubiera pasado nada, como si no me hubiera llamado «bebé». No sé si ha sido inconsciente o si lo ha dicho adrede, pero no puedo parar de reírme. Me va a dar un ataque—. Estás loquísima, Aerin.

—¡Acabas...! —intento recuperar aire mientras me seco las lágrimas—. ¡Acabas de llamarme bebé!

—No. ¿Qué dices?

Agito la cabeza sin dejar de reírme.

—Me has llamado bebé.

—No.

—¡Sí!

Yoongi masculla algo, pero no soy capaz de entender lo que dice. Pestañeo varias veces. Veo demasiado borroso. Al llevarme las manos a los ojos para frotármelos, me doy cuenta de que no llevo gafas. A veces mi estupidez llega a extremos muy insospechados. Me deslizo entre las sábanas hasta quedar en el borde de la cama

—No pasa nada por que me llames así —le digo, ronroneando. Espero que se acerque a mí porque siento que estoy falta de cariño en este momento, pero Yoongi se limita a observarme—. ¿Por qué no te quedas un rato más?

—¡Adiós...! —se despide lanzándome un beso con la mano con todo el desparpajo del mundo. Lloriqueo como una niña pequeña y pataleo. Como por arte de magia, Yoongi vuelve a aparecer por la puerta. Me muestra la palma de su mano—. Solo cinco minutos.

Sonrío satisfecha. A pesar de la depresión postuniversidad y de la crisis existencial de ayer, a pesar de que deben de ser las cinco de la mañana, estoy terriblemente feliz. Mis dos hipótesis para explicar el caso de mi felicidad extrema son a) el polvo de madrugada y b) que por fin me siento bien con mis elecciones. No he tenido demasiado tiempo para reflexionar sobre las palabras de Yoongi, pero él tiene razón. Creo que es hora de dejar de pensar tanto en las consecuencias y de seguir adelante sin arrepentirme.

Abro los brazos para que Yoongi caiga sobre ellos. Se queda encima de mí, observándome durante unos cuantos segundos como si yo fuera su disco preferido de Epik High; una obra de arte según él. Aprovecho que está quieto para apretar sus mejillas y juntar sus labios. Yoongi pone los ojos en blanco mientras yo muevo su cara de un lado a otro.

—¡Mírate, eres adorable!

Él logra deshacerse de mí con rapidez, y al cabo de unos segundos, se inclina para mordirme el cuello. Más que un vampiro o alguien enfadado porque le dicen la verdad, Yoongi es como un gatito que de vez en cuando necesita jugar. Muerde con bastante fuerza una región de mi piel cercana a mi clavícula. Me quejo, chillando, dramatizando la escena. Los vecinos se deben de estar preguntando qué clase de fetiches tienen los habitantes del apartamento por culpa de mis grititos.

Solo es una broma entre nosotros dos, pero hay alguien que se lo ha tomado muy en serio. Ni Yoongi ni yo somos conscientes de que Thai está en el apartamento. Aunque es ruidoso de por sí, no lo he oído entrar. Puede que el tailandés haya vuelto al apartamento cuando Yoongi y yo estábamos en plena acción, o quizá cuando yo ya estaba dormida. No me interesa saberlo en este momento.

Automáticamente, mis brazos cubren la espalda de Yoongi, como si fuera suficiente para proteger su cuerpo. Tengo la sensación de que esto se va a convertir en una versión barata de alguna telenovela estúpida al ver, casi a cámara lenta, cómo Thai grita:

—¡Deja a mi Aerin!

Todo pasa despacio ante mis ojos, pero realmente sucede tan rápido que soy incapaz de hacer nada. Thai está borrachísimo, como con unas seis copas de más, y, por si fuera poco, empuña una sartén tipo wok igual de grande que su cabeza. Intento detenerle sin éxito. La situación es tan ridícula que me gustaría reír a carcajada limpia, pero no tengo tiempo de hacerlo. La sartén describe una trayectoria perfecta hacia la cabeza de Yoongi. Cubro su nuca con mis manos y tiro de él hacia abajo. Le pego a mi pecho todavía desnudo. Creo que, al menos, he logrado salvar su cráneo de un traumatismo.

Aun así, escucho un sonido metálico; la sartén ha chocado con algo. Ha caído al suelo, junto a Thai, que está tan borracho que ha perdido el equilibrio de una manera demasiado tonta. Sigue murmurando algo en el suelo y lanzando puñetazos al aire. Suspiro para mantener la calma.

Yoongi me imita mientras se separa de mí. Veo que aprieta la mandíbula con rabia y su mirada perdida —no menos que su paciencia—. Lo más lógico es que se dirigiera al borracho que ha estado a punto de volarle la cabeza, pero me dice a mí cuatro palabras demasiado amenazantes:

—Voy a romper contigo.

Empujo a Yoongi para que se quite de encima y, con las sábanas bien pegadas a mi cuerpo, me levanto de la cama para gritar al estúpido de Thai. No solo ha roto el momento, ¡también ha estado a punto de matar a Yoongi!

—¡Voy a denunciarte! —Golpeo su costado con mi pie. Thai sigue en el suelo, incapaz de recobrar la compostura—. ¡Por ser un alcohólico, un usurpador y por tentativa de homicidio! —Vuelvo a darle una nueva patada, pero veo que está en tal estado que termino compadeciéndome de él. Me acuclillo, sujetando muy bien las sábanas que tapan mi cuerpo, y con mi única mano libre, agarro el brazo de Thai.

Antes de llevarlo a rastras hasta el baño, echo un vistazo a Yoongi. No aparta la mano de su oreja y me temo que está algo dolorido. Establezco una prioridad rápidamente y me acerco a él para asegurarme de que no está al borde de la muerte.

Yoongi no se resiste. Cuando tomo su mano para retirarla, no protesta, y cuando le pido que gire la cabeza para auscultarle mejor, tampoco. Hago una mueca de dolor al ver la marca que ha dejado el golpe en su oreja. La zona está enrojecida, inflamada y no tiene muy buena pinta.

—Creo que esto te va a doler un poco... —le susurro con aire apaciguador antes de tocar con mi índice la zona de la herida. Está blanda.

—¡Joder! —gruñe Yoongi. Sabía que iba a dolerle mucho porque, si estoy en lo cierto, Thai le ha roto el cartílago de la oreja de un sartenazo. Pensaba que Yoongi había salido ileso, pero me he equivocado.

—Quien avisa no es traidor... —le digo—. Vas a tener que ir al hospital.

—¿Qué ha hecho...? —pregunta con una tranquilidad que me resulta espeluznante.

—Una heridita, nada más... Te ha roto el cartílago. Deja que llame a Namjoon, ¿vale? —Sonríe con algo de nerviosismo—. ¡Te traeré algo de hielo!

Salto por encima del cuerpo de Thai —que está demasiado perjudicado como para mantenerse de pie— y salgo corriendo torpemente por el pasillo por culpa de las sábanas que arrastro conmigo. Me dirijo a la cocina, abro el congelador y saco el paquete de guisantes ultracongelados que nadie se comerá en este apartamento. Creo que están caducados. Lo envuelvo en un paño de cocina y se lo llevo a Yoongi. No deja de quejarse. Hago que incline la cabeza con suavidad, le digo que se tumbe en mi cama y le doy los guisantes congelados.

—¡Esto ni siquiera es hielo!

Froto su abdomen como si fuera un cachorro al que tranquilizar.

—Servirá de todas formas. Deja que me ocupe de Thai y que llame a Namjoon. Serán unos minutitos.

No sé si ponerse una camiseta vieja y unas bragas se puede considerar vestirse, pero lo hago lo más rápido que puedo y me llevo a Thai al baño, sujetándolo por las axilas. Como no se levanta, tengo que arrastrar su cuerpo por el parquet del pasillo. Abro la puerta del baño de un golpe, dejo a Thai sentado en el suelo y corro a la sala de estar para recuperar mi teléfono móvil. Está ahí desde la noche anterior. Ignoro las llamadas perdidas de mis padres y busco el contacto del Namjoon.

Marco el número. Me llevo el teléfono a la oreja. No me queda más remedio que sujetarlo con el hombro. Necesito tener las manos libres si quiero hacer que Thai vomite. Llego al baño cuando todavía está sonando el tercer pitido de la llamada. Me arrodillo en el suelo, sujeto con fuerza la cabeza de Thai y hago que abra la boca. Sin guantes de látex ni nada de lo que me recomendaban en la universidad, introduzco mis dedos índice y corazón en la boca de Thai.

—Oh, ¡hola! —exclamo con ilusión, como si ver a mi compañero de piso vomitar fuera lo más bonito del mundo—. Verás, tengo que pedirte un favor...

Thai sigue vomitando todo el alcohol que ha ingerido. No parece volver en sí, así que me temo que ha tomado alguna otra droga. Cuando se apoya en la pared fría del baño algo jadeoso, supongo que ya ha terminado de echar hasta la primera papilla. Le ayudo a levantarse del suelo y, con más cuidado que antes, lo llevo hasta su cuarto. Tengo que abrir la puerta de una patada. Gruño por el esfuerzo al quitármelo de encima —a pesar de estar delgado, me cuesta moverlo— y lo dejo tumbado en la cama. Me agacho para asegurarme de que está vivo al menos.

—¿Se puede saber qué mierda has tomado? —le pregunto.

Thai solo es capaz de balbucear algo. Está empapado en sudor, su flequillo negro se le pega a la frente y apenas puede abrir los ojos. Chasqueo la lengua. Estoy cada vez más segura de que le han ofrecido un vaso con unos cuantos gramos de droga en uno de los clubes clandestinos de Hongdae. Al muy idiota de Thai le gusta el peligro; en vez de ir a una discoteca normal y corriente, se va a clubes escondidos en callejones oscuros. Se me escapa un suspiro larguísimo y muy pesado. Lo observo un par de segundos más mientras cavilo la idea de llevarlo al hospital junto con Yoongi.

El pobrecito debe de estar retorciéndose de dolor en la cama, repitiendo una y otra vez que no debería ser mi novio. Me siento culpable a la vez que enfadada. ¡Todo estaba yendo bien hasta ahora! Lloriqueo llevándome las manos a la cara de vuelta a mi habitación. Mi poca experiencia en traumatología me dice que Yoongi tendrá que pasar un buen rato en el quirófano y, si no ha tenido demasiada suerte, tendrá que estar yendo al otorrino de por vida. El golpe no ha sido letal, pero puede que los huesecillos de su oído hayan sufrido más que su cartílago... ¡¿Y si ahora está sordo de un oído?!

Camino con tranquilidad hasta mi cama, hasta que mis rodillas tocan el colchón. Yoongi está sentado con la espalda apoyada en el cabecero. Si las miradas mataran, él me habría asesinado ya. Me hace sentir aún más culpable de lo que ya me siento. Ni siquiera me dejo caer a su lado.

—Namjoon llegará pronto... —le informo. Yoongi mira hacia la ventana de mi habitación, aparentemente molesto. Tiene el ceño fruncido y aprieta la mandíbula todavía, supongo que por el dolor, no por estar enfadado conmigo—. Dice que ha llamado a vuestro mánager. La única excusa que se nos ha ocurrido es que te has resbalado y te has dado contra una puerta.

Yoongi sigue guardando silencio. Sé que me ha escuchado porque sus labios forman una ligera mueca, así que descarto que esté sordo. Es él quien sigue empeñándose en ocultar nuestra relación. Aunque todo el mundo sabe que estamos juntos, solo los chicos saben —y a veces solo lo suponen— que, cuando Yoongi no está en el apartamento o en el estudio, está conmigo. Mis antiguos jefes no tienen ni idea de cuánto tiempo pasamos juntos o lo que hacemos porque Yoongi

prefiere mantenerlo en secreto. Yo siempre he creído que lo que pasa entre dos se queda entre dos, pero toda la agencia sabe lo de nuestra relación, así que no comprendo por qué Yoongi sigue buscando excusas.

Hago ademán de sentarme en el borde de la cama y esperar, pero oigo que mi teléfono móvil suena con insistencia en el cuarto de baño, donde lo he dejado. No me molesto en correr hacia allí, simplemente camino con toda la parsimonia del mundo mientras me pregunto quién será la persona que se atreve a llamar con tantas ganas. Veo que se trata de mi madre. Resoplo. Obviamente era ella.

—Hol...

—¿Dónde estás?! —grita tan fuerte que tengo que apartarme el teléfono de la oreja—. ¡Te he llamado unas quince veces!

Sí, soy consciente de que me ha llamado un montón de veces, puede que incluso más de las que dice. Cojo aire y lleno mis pulmones despacio.

—Estoy en el apartamento. ¿Qué pasa?

—¡Te he dicho que vinieras al hospital, Aerin, te lo he dicho!

Me froto las sienes con fuerza, incrédula. Hoy va a ser un día de mierda.

—Joder, mamá, ¿qué coño está pasando?

—¡Esa boca!

—¡Recórcholis, mamá! ¿Qué es lo que sucede? —suelto con el mismo tono que un personaje de dibujos animados, sarcástica.

Oigo que mi madre suspira al otro lado de la línea, entre cansada y triste. Su voz deja de sonar tan chillona, habla con más calma y seriedad.

—Es tu abuela. Ha sufrido un paro cardíaco. La han encontrado tirada en el suelo... Hemos estado intentando llamarte porque no está demasiado estable y...

Mi madre sigue hablando, pero no necesito escuchar lo que dice para saber qué está pasando: mi abuela está al borde de la muerte y mis padres temen que no llegue a despedirme de ella. Asiento despacio con la cabeza, aunque mi madre no me ve, finalizo la llamada y vuelvo a mi habitación, donde termino de vestirme. No elijo nada negro porque, de momento, no me parece oportuno ir de luto... Aunque podría ir vestida de negro por la muerte de mi relación amorosa con Yoongi. Sé que está cabreado y que eso de «voy a romper contigo» podía ir en serio. Echo un vistazo a Yoongi mientras elijo un jersey que sea de cualquier color menos oscuro.

Carraspeo.

—¿Crees que podrás caminar hasta tu apartamento...?

—Tu amiguito no me ha roto una puta pierna, ¿sabes? —refunfuña—. ¿Dónde vas?

Cruzamos una mirada interrogante.

—Mis padres me han dicho que vaya a casa —miento. Hago un puchero sin atreverme a mantener la mirada. Jugueteo con la tela de los jerséis ordenados del cajón de mi armario, pensando en que debería dejar mi orgullo apartado durante un momento y disculparme—. Lo siento —susurro—. Ahora vas a tener que pasar un buen rato en el médico... Pero, si te sirve de consuelo, ¡la anestesia es de lo mejor que hay! Te lo pasarás genial en el quirófano.

Yoongi enarca una ceja.

—¿Quirófano?

Siempre la estoy cagando y lo peor de todo es que ni siquiera me doy cuenta.

—Es una intervención menor qu...

Yoongi alza una mano para que me calle.

—No me lo expliques. No quiero saberlo.

—De veras, lo siento. Lo siento muchísimo. ¡Mira tu oreja! —Sin poder evitarlo, me acerco a él para enmarcar su rostro con mis manos y girar su cabeza levemente hacia un lado para poder ver la herida mejor.

—¿Cómo voy a poder ver mi oreja, idiota?

—¿Te duele mucho?

—Aerin, déjame en paz —protesta, empujándome con suavidad fuera de la cama y su espacio vital. No me queda otra que apartarme, resignada, y terminar de vestirme con un jersey blanco y unos vaqueros.

Esperamos en silencio a que llamen al timbre. Es Namjoon, vestido de incógnito con una bufanda que le tapa casi hasta los ojos. Ayudo a Yoongi a que se ponga el abrigo mientras le recomiendo a Namjoon que vayan al hospital cuanto antes. Él inspecciona la herida de su compañero, que camina como si estuviera severamente herido, frunce el ceño y suelta:

—¿No basta con una tiritita?

—¿En serio, Namjoon? —Lo miro con cierta incredulidad. Él se limita a encogerse de hombros, como diciendo: «Y yo que sé». Agito la cabeza—. ¡Tened cuidado!

—Joder, no nos vamos a la guerra —gruñe Yoongi. Llama al ascensor del edificio pulsando el botón varias veces, con impaciencia. Se tapa la oreja con la mano contraria.

Namjoon se despide de mí con aire tímido, mientras que Yoongi desaparece en el ascensor. Tiene tanta prisa por irse de aquí que ni siquiera espera a que su compañero entre tras él; las puertas casi aplastan al pobre Namjoon, que al final consigue entrar en el ascensor.

Me vuelvo para coger mi abrigo, mi bolso y mi tarjeta bono del autobús. No tengo tiempo para maquillarme o asegurarme de que Thai sigue vivo, así que me calzo con rapidez y salgo del apartamento casi pisándoles los talones a Namjoon y Yoongi. Los veo caminar a lo lejos, calle abajo. Tengo que ir en dirección contraria para llegar a la parada de autobús, donde siempre cogía el bus que me llevaba a la funeraria. Tarda un par de minutos en llegar. Se me hacen eternos. El conductor, el de siempre, me saluda sonriente y me pregunta dónde he estado todo este tiempo. Solo le devuelvo la sonrisa y le respondo que tomé la decisión de caminar en vez de ir en autobús. Me siento al final del todo, como de costumbre, miro por la ventana parada tras parada e intento no mordirme las uñas.

Entro en el hospital por la puerta de urgencias. Un hombre alto con gafas me llama por mi nombre y me paro en seco. Aún es pronto y la sala de espera está prácticamente vacía, casi a oscuras. Lo reconozco. Es el mánager de los chicos.

—Aerin, ¿vienes a ver a Yoongi?

Me quedo un par de segundos con la boca abierta, buscando una respuesta adecuada. Él me mira expectante. No veo a Yoongi por ningún lado —creo que está ya dentro de la consulta—.

—Eh... No, no. Vengo a empezar unas prácticas. —Sueno convincente. El mánager asiente, comprensivo—. De todas formas, espero que no sea nada grave...

Huyo hacia un pasillo muy ancho, donde hay una sala de espera rectangular más grande y peor iluminada. Veo a mis padres, sentados en las terribles y chirriantes sillas de plástico del hospital. Mis tíos, que se mudaron desde Sokcho hace tiempo, también están aquí. Mi padre está muy cabizbajo, pero algo nervioso. Me acerco a ellos con tiento, y antes de que pueda susurrar un mísero hola, recibo un abrazo de mi madre.

El informe médico de Yoongi es bastante bueno comparado con el de mi abuela. Él solo ha tenido que someterse a una intervención quirúrgica para la que ni siquiera ha necesitado anestesia general. Solo necesita que la herida y los puntos sanen, algo de reposo y unos cuantos analgésicos. Por desgracia, no podrá participar en los eventos musicales navideños y probablemente tampoco en los de fin de año. Las fans están desoladas, pero yo, que apenas tenía esperanzas, estoy exultante. Bueno, quizá no tanto porque suena demasiado egoísta... Estoy más bien algo triste, pero pensar que puedo pasar las Navidades con Yoongi me levanta un poco el ánimo. Podremos cenar juntos y ver alguna película navideña, de esas que él odia tanto.

Voy hacia el apartamento de los chicos por petición expresa de mi novio, que debe de estar solo y aburrido. Llevo en las manos un par de bolsas de un supermercado porque sé que el frigorífico del apartamento está vacío. Me imagino que solo tendrán botellas de agua, algo de zumo, kimchi y las típicas sobras de la cena que nadie quiere.

Llamo al timbre del apartamento. Nadie abre. Vuelvo a llamar y después, creyendo que no hay nadie dentro, aporreo la puerta. A punto estoy de golpear a Yoongi en la cara con mi puño.

—Ya ha llegado la loca —resopla, dejando que entre en el apartamento. Hay, al menos, quince pares de zapatos en la entrada. No sé dónde dejar los míos.

—¿Qué tal está tu oreja? —Intento ver la herida, pero la zona está vendada y no parece molestarle demasiado a primera vista.

—Al menos está ahí —responde.

—¿Te duele?

No contesta a la segunda pregunta porque va hacia la sala de estar. Debe de estar jugando a algún videojuego o viendo algún programa de teletienda para matar el tiempo de espera para ver al resto de sus compañeros en televisión. Sigo a Yoongi, aunque giro hacia la derecha para ir a la cocina. Está bastante más limpia de lo que esperaba. Dejo las bolsas sobre la encimera de la isla y empiezo a sacar los ingredientes para la cena.

El sonido del vidrio de la botella de vino chocando con el mármol llama la atención de Yoongi. Se gira como si fuera un cachorrillo intentando averiguar qué es lo que ha tintineado. Se acerca a la cocina arrastrando los pies.

—¿Vino? —Enarca una ceja. La idea no parece disgustarle. Es más, puede que hasta le emocione.

—Es para mí. —Busco otra botella de cristal entre las bolsas. Cuando el vidrio frío toca mis dedos, agarro el cuello de la botella y la dejo en la isla—. Para ti. Zumo de uva. No puedes mezclar alcohol con los antiinflamatorios, así que te he traído esto para que te conformes.

—Eres... —Se queda a media frase. Prefiere no decir nada—. ¿Quién dice que no puedo mezclar las pastillas con el alcohol? Dicen que el vino es bueno para...

Yoongi coge la botella de vino tinto, pero yo soy más rápida que él y se la arrebató de las manos.

—¡Lo dice la ciencia!

—La ciencia es una patraña.

Ahogo un grito, ofendida.

—¡Oh, Yoongi, no te atrevas a...!

Entorna los ojos, se acerca a mí con aire amenazante y me señala con el índice.

—La medicina no sirve de nada.

Sé que lo dice solo para ver cómo me enfado. Me cruzo de brazos.

—Hazte la cena tú solito. Si la ciencia es una patraña, ¡quizá puedas asar un pollo con la magia!

Yoongi se ríe. Después hace una mueca de dolor.

—¿Es normal que oiga todo como... como si tuviera el oído taponado? —Suenan algo preocupado. Su vocecita suave le delata.

—Vas a quedarte sordo —bromeo.

—Así no tendré que oírte más —sentencia, volviendo a la sala de estar para sentarse en el sofá.

Resignada, preparo los ingredientes y los utensilios necesarios para hacer un plato de pasta con verdura y carne. Es lo que mejor cocino después de pasar tanto tiempo en Italia. Debería abrir un restaurante italiano ahora que he perdido el trabajo. Quizá tenga un buen futuro... Enciendo los fogones, dejo que el agua hierva, sazono la carne y me doy cuenta de que no puedo picar ni un pimiento. Literalmente. Los cuchillos nunca se me han dado bien y creo que los bisturís tampoco.

—Yoongi, mueve tu culo y ayúdame si no quieres morir de hambre.

—¿Has dicho algo? —Finge que le duele hasta el alma. Cierra los ojos con fuerza, agonizando del aparente dolor—. Es que me duele la herida, la cabeza, la nariz, un poco el estómago, las piernas...

—Levántate —le ordeno, tendiéndole el cuchillo. Yoongi, con hastío, me obedece y se acerca a mí con su típica actitud cansada y apática. Coge el cuchillo por el mango—. ¿Puedes cortar esto en trocitos pequeños? —digo, señalando las verduras y la carne que no puedo cortar.

—Pero si es una jodida cebolla, ¿cómo no vas a poder cortar esto?

Observo cómo Yoongi parte con facilidad las verduras, como si llevara manejando cuchillos del tamaño de mi cabeza desde que nació. Yo dejo que la pasta se cueza y saco una sartén para saltar todo lo que Yoongi está cortando.

—¿Te das cuenta de lo romántico que es esto? Estamos cocinando juntos.

—Si tú lo dices... —masculla entre dientes.

—Es como si estuviéramos en una película de Cielowood.

—¿De esas que estrenan en verano porque nadie va a verlas al cine y porque son un fracaso? —Yoongi me mira con las cejas enarcadas esperando a que yo diga que sí, pero me quedo callada—. Dohun —su mánager— me ha dicho que estabas esta mañana en el hospital.

Me muerdo el labio inferior para intentar seguir en silencio. No quiero que Yoongi se preocupe por mí. Sigo disculpándome a cada minuto por lo que Thai le ha hecho a su oreja y, en realidad, yo ni siquiera he tenido la culpa. Al final me rindo.

—Mi abuela está allí.

En momentos como este, lo más normal es preguntar por el paciente. Eso denota tener cierta empatía y a la gente le gusta. Yoongi pasa por completo de interesarse por el estado de mi abuela, y en vez de preguntar por ella, pregunta por mí.

—¿Estás bien?

Me sorprende tanto que me quedo de piedra. Ni siquiera mis padres me preguntan qué tal estoy desde que ya soy adulta. Dongyul nunca me preguntaba si estaba bien, si necesitaba algo. Es la primera vez en años que alguien se preocupa por mi bienestar, y es reconfortante.

Sonrío.

—Sí. No te preocupes por mí. Sé cuidarme yo solita.

—Pero si no sabes cortar ni un brócoli.

—¡Oh, me voy a morir porque no sé cortar verdura!

—Y... ¿tu abuela?

—Dicen que no saldrá de esta. Se está muriendo.

—Aerin, ¿en serio estás bien?

Me encojo de hombros.

—Son cosas que pasan. El ciclo de la vida y todas esas cosas.

Se limita a sonreírme con algo de lástima y lo nunca visto: se inclina hacia mí para darme un beso en la mejilla.

No he conseguido descansar nada en toda la noche. Tampoco durante el día. En un hospital no hay tregua y mucho menos cuando uno de tus familiares más cercanos se está muriendo. Estoy sentada en el coche de mi padre. Es la tercera vez que coloco el retrovisor y la tercera vez que me quedo mirando más allá del horizonte, con las manos sujetando el volante. Sigo pensando por qué yo no he llorado como el resto. Supongo que es porque tengo asumida la muerte o porque ya estaba preparada después de oír el desesperanzador pronóstico. No me preocupa mi abuela, sé que ella está bien esté donde esté ahora, que ya no está sufriendo, pero... ¿Mi padre? ¿Mi tía? ¿Y mi prima de Sokcho? No puedo evitar preocuparme por cómo evitarán este bache. Quizá lo rodeen, tal vez lo salten o puede que caigan en él de lleno. A partir de ahora, las Navidades serán la putísima mierda que son en realidad para todos nosotros, no solo para mí. Sin mi abuela, estarán vacías, tristes y apagadas.

Me he visto obligada a volver a casa de mis padres. Al menos por una temporada. Quiero brindarles el suficiente apoyo, aunque sé que pasados unos días empezarán las discusiones del tipo «mi hija es un desastre». No es momento para contarles a mis padres que estoy saliendo con uno de los *idols* del momento, ni tampoco para decirles que voy a iniciar un curso de moda el próximo semestre. Me he limitado a pedirle el coche a mi padre, sin darle explicaciones de dónde voy. No quiero que sepan que voy al apartamento de siete chicos con las hormonas más disparadas que un adolescente en pleno apogeo o que yo misma en plena ovulación.

Voy allí solamente para pasar un rato con Yoongi; me basta con tenerlo al lado y con escuchar alguna de sus frases sarcásticamente hirientes. Los chicos de Busan han vuelto a su ciudad y Namjoon está con su familia en Ilsan, así que Soohwan, Hojun y los de Daegu están en el apartamento.

Arranco y conduzco con demasiada calma por las calles de Seúl. Intento tomar un atajo, pero me encuentro con un atasco terrible. Son las nueve de la noche; muchos trabajadores vuelven a casa para disfrutar de lo que queda de la Navidad y, por si fuera poco, nieva. En cuanto caen dos gotas o dos copos, la gente ve la necesidad de contribuir a la polución sacando sus cochazos. Como consecuencia, llego quince minutos más tarde de lo previsto al apartamento de los chicos.

Es Soohwan quien me abre la puerta. Me sonrío, pero yo solo consigo responder con una mueca.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —comenta mientras me quito las botas.

—¿Sobrevivís sin mí en la agencia?

Se ríe.

—Más o menos.

Caminamos juntos hacia la sala de estar, charlando sobre qué tal nos ha ido en estas pocas semanas. Saludo con la mano a Hojun, que parece estar bastante ocupado mirando algo en su portátil. Insoo está sentado en uno de los sillones de la sala, en pijama, descalzo y mirando su teléfono con desinterés. Al verme, su expresión cambia y esboza una sonrisa. Y después está Yoongi, sentado en el sofá como un auténtico rey. Está tapado con una manta, rodeado de cojines y bebiendo algo de un vaso con pajita. Qué dramático.

—Hola —me dice—. ¿No vas a saludarme?

—Levántate y anda.

—¿Qué? ¿Te crees Jesucristo?

—¿Y tú crees que estás parapléjico?

Escucho las escandalosas carcajadas de Hojun acompañada de la inconfundible risa de Soohwan. Insoo también se está riendo, tapándose la boca con el dorso de la mano.

—¿De verdad estáis juntos, *hyung*? —pregunta este último, entre risillas.

—A veces lo dudo —suelto.

Hojun incomoda a Yoongi con un «ooh» que es el símil de echar sal en una herida, pero mi novio ni se inmuta. Termino sentándome entre los cojines que tiene al lado, apartando unos cuantos y dejándolos en el suelo. No nos damos un beso a modo de saludo, ni nos abrazamos ni nos rozamos. No hace falta.

—Quería ver una película, pero ellos no. —Soohwan me mira como si buscara apoyo. Su mirada pasa de «ayúdame, por favor» a «di que tú también quieres o muere» en menos de un segundo.

—¿Por qué no? Podríamos verla todos juntos.

—Os lo dije, os lo dije. —Yoongi niega con la cabeza. Se dirige a Insoo y Hojun—. Os dije que si Aerin venía, Soohwan iba a terminar poniendo la película.

Emocionado, Soohwan da unos brinquitos hasta llegar al televisor, lo enciende y se pone a buscar la película que tanto quería ver. Yo esperaba que fuera algo romántico con lo que llorar, pero resulta ser un filme de acción. Mientras el más mayor apaga las luces y enciende otras más tenues, Yoongi y yo nos movemos para que Hojun pueda sentarse en la otra punta del sofá. Un espíritu cándido y amable, o algo por el estilo, posee a Yoongi, quien, sentado en el medio del sofá, nos tiende un extremo de la manta a cada uno. Antes de taparse con ella, Hojun nos mira con una sonrisilla divertida dibujada en el rostro.

—Nada de manitas. ¡Las manos donde yo las vea!

Yoongi y yo levantamos las manos y las dejamos fuera de la manta, donde Hojun pueda verlas. En cuanto el pelinaranja devuelve la vista a la pantalla del televisor, Yoongi vuelve a guardar las manos. Insoo no pone pegas, pero le pide a Yoongi que le dé unos cuantos cojines para poder sentarse en el suelo, a nuestros pies. Soohwan también se sienta en el suelo, cosa que me parece ridícula porque hay tres asientos libres, y tienen pinta de ser muy cómodos.

La película empieza. Hojun se pierde algunas escenas sin importancia porque cabecea hacia delante, pero logra vencer al sueño. Yo, por el contrario, no presto atención a la película. Mi cabeza se llena de recuerdos, de imágenes, de momentos... Y, a pesar de que la carga emocional de la historia de ese superhéroe es nula, se me forma un nudo en la garganta. Un nudo que me impide hablar cuando Yoongi se da cuenta de que estoy al borde de las lágrimas.

—Aerin —susurra mi nombre para que lo mire, pero no lo hago. Noto que su mano busca mi rodilla por debajo de la manta.

Miro al suelo, pero Insoo está en medio de mi trayectoria visual, así que fijo mi mirada en su

nuca.

—Es que... me emociono viendo a Batman. —Me apoyo en el hombro de Yoongi, pero no lloro. Me muerdo el labio inferior y consigo contener las lágrimas, aunque veo borroso por un momento.

—¿Es por...?

—Ya está. Se murió el lunes por la tarde —murmuro.

Creía que había hablado lo suficientemente bajo para que solo me escuchara Yoongi, pero mi comentario llama la atención de Insoo. Mira hacia arriba para verme con sus ojos grandes y redondos. Abre la boca ligeramente, sorprendido.

—Oh, ¿estás bien?

—Batman... Bruce Wayne... Yo... —sollozo—. Su historia es tan conmovedora...

Insoo sonríe con algo de pena. Debe de suponer que he perdido a alguien y por eso vocaliza un «lo siento» bastante claro y sincero. Él también ha sufrido la pérdida de algún familiar, así que se compadece de mí. Yoongi tarda un poco más en reaccionar. Primero deja que me apoye en él, luego me rodea con sus brazos.

No es su abrazo cálido ni el suave beso que me da en la cabeza lo que me consuela. Lo que realmente me reconforta es saber que él está ahí, a mi lado. Y, aunque a él le cueste un poco y a mí me cueste admitirlo, puede llegar a ser cariñoso y atento.

Hacía tiempo que no me sentaba en la vieja mesa de madera del comedor de la casa de mis padres. Extiendo los panfletos informativos de la universidad y abro mi ordenador portátil mientras espero a que mi padre pase por mi lado. Verá los folletos sobre los grados relacionados con el diseño de moda y se parará a preguntarme qué es lo que planeo. Yo, con calma, le explicaré que voy a inscribirme en una nueva carrera, él dirá que haga lo que me dé la gana y listo. Aun así, tendré que buscar un nuevo trabajo si quiero contribuir a la economía familiar o si quiero volver al apartamento con Jiho y Thai. Pensé que nunca iba a decirlo, pero los echo de menos.

Carraspeo con aparente inocencia cuando veo con el rabillo del ojo que mi padre pasa por mi derecha con una taza de café humeante en la mano. Ojea los papeles, pero no dice nada y va directo al sofá. Ha pasado casi una semana desde el fallecimiento y entierro de mi abuela y aun así sigue algo alicaído. Estamos a un par de días del Año Nuevo y mi padre sigue sin soltar uno de esos chistes que solo a Soohwan le harían gracia. Me preocupa. Miro el formulario vacío que se refleja en la pantalla de mi ordenador. Soy mayor de edad y puedo inscribirme en la universidad de nuevo yo sola, tal y como me aconsejó Yoongi. «Ya eres mayorcita, hazlo tú sola y que les den a tus padres», me dijo. Sí, podría hacerlo, pero tendría demasiado cargo de conciencia. Me aclaro la garganta una vez más.

—Papá —digo con voz suave, casi tímida—. ¿Qué te parece si vuelvo a la universidad?

Enarca las cejas y me mira por encima de la montura de sus gafas.

—¿Vas a retomar medicina?

Niego con la cabeza.

—Me refiero a volver a empezar de cero con una carrera nueva.

Mi padre se queda unos segundos en silencio, pensativo. Bebe con calma de su café caliente y después suspira, entre cansado y decepcionado porque su hija no sabe qué hacer con su vida.

—¿Vas a estudiar química? ¿Fisioterapia? Conozco a un...

—No —lo corto—. Moda.

—¿Moda? —repite, escéptico—. ¿Vas a perder el tiempo de una forma tan... cara? Por el amor de Dios, Aerin, ¡solo te quedaban un par de años para terminar la carrera! Si lo que quieres es trabajar en una tienda de ropa, adelante, pero no pierdas el tiempo con una carrera nueva. No va a servirte de nada.

Intento mantenerme lo más tranquila posible, pero no lo consigo.

—¿Sabes qué ha sido una pérdida de tiempo? ¡Estudiar durante todos estos años! Toda mi adolescencia y mis veintitantos años se resumen en sufrimiento, papá. He tardado años —recalco

la palabra— en darme cuenta de que estudiaba algo que no me gustaba. Y además, ¿«por el amor de Dios»? Papá, ¿eres ateo!

—¿Quieres decir que la medicina no te gusta? ¿Hemos estado pagando para nada?

—¿Nunca has soñado con ser astronauta o algo así cuando eras pequeño? Yo soñaba con ser médico. Y tampoco ha sido en vano. A ver quién es la que os salva de un atragantamiento mortal en las próximas cenas de Navidad... Además, tú te empeñaste en que fuera a Italia, que estudiara allí.

—Aerin, la moda sí que es una pérdida de tiempo.

—No lo es, ¡me gusta! No puede ser una pérdida de tiempo porque es algo que se me da bien. —Él resopla, se frota la cara por debajo de sus gafas—. Nos ahorraremos quinientos mil wones cada semestre. Podré utilizar ese dinero para volver a vivir con Jiho y cuidar de ella, ¡y así no tendréis que verme más por aquí! ¿Qué te parece?

Hace una mueca. No parece muy convencido.

—Deberías buscar un trabajo decente cuanto antes y ya está.

—Eso es un no, ¿verdad?

—No veo necesario que tengas que inscribirte en una nueva carrera, y mucho menos si está relacionada con la moda. ¿No sabes ya suficiente de ropa, maquillaje y esas cosas?

Suspiro, indignada.

—Joder, nunca me habéis apoyado.

Como último recurso, planeo hacerme la víctima. Quizá unos pocos lloriqueos sirvan para que mi padre me dé luz verde. Él me mira con algo de pena, pero sé que en el fondo está empezando a enfadarse conmigo. Nunca le ha gustado que deshagan sus planes y yo, en realidad, soy su plan maestro. El proyecto «hija perfecta» que, de momento, le está saliendo mal. Le mantengo la mirada y pongo ojitos de cordera. Ruego en silencio. Al final, mi padre se levanta para mirar los folletos de la universidad sin mucho interés. Los lanza de nuevo a la mesa.

—Te apoyamos, Aerin, pero solo en aquello que es bueno para ti. Si quieres estudiar moda, adelante, hazlo, pero búscate la vida. Eres una adulta —sentencia, yéndose hacia la cocina.

—¿Estudiar día y noche y no dormir es bueno para mí? —replico, señalando mis ojeras, que aún no han desaparecido. Creo que se han vuelto crónicas. Mi padre no me escucha. Como respuesta, recibo un portazo.

Me ha quedado claro: tengo que correr para alcanzar mi —nuevo— sueño. Y tengo que hacerlo sola. Me mantengo positiva. Sí, tendré que correr detrás de mi sueño, y si no lo alcanzo, al menos habré hecho algo de ejercicio.

Mi madre está volviéndose loca y no deja de enviarme mensajes. No me queda más remedio que poner el teléfono en silencio y guardarlo en la guantera del coche. Bajo del coche de mi padre después de aparcar y corro hasta llegar a la entrada del edificio de apartamentos donde viven los chicos. Hace demasiado frío. Creo que venir en pantalón corto ha sido una muy mala idea. Aunque solo he recorrido unos cinco metros, el frío de finales de diciembre es demasiado cortante. Apenas siento las piernas cuando piso la acera contraria. Pulso con insistencia el botón del portero automático, pero nadie contesta. Espero unos cuantos segundos, y cuando apenas sé si estoy viva por culpa del frío, vuelvo al coche. Será mejor esperar allí.

Enciendo la calefacción del coche y la pongo al máximo. Saco mi teléfono móvil de la guantera y marco el número de Yoongi. Es la última persona con la que he hablado por teléfono. Oigo los

pitidos que indican que la llamada está establecida. ¿Y si no está en casa? Juro que lo buscaré por todo Seúl y lo arrastraré hasta la cama. Y no lo dejaré salir de ahí hasta que un médico diga lo contrario. ¡Necesita reposo!

Por fin, Yoongi contesta al teléfono.

—¿Qué quieres?

—¡Que abras la maldita puerta porque casi muero de una hipotermia!

—¿Estás en el apartamento? —Parece que está moviendo algo. Habla algo deprisa y eso solo me hace sospechar—. ¡Ya te dije que no vinieras!

—Estoy en el coche esperando a que muevas tu culo de vago y abras la puerta del portal, inútil —le suelto—. No me dijiste nada de que no viniera... Ay, ¿me estás preparando la cena...?

—No —responde rápidamente. Mis expectativas de tener una cena romántica improvisada se desmoronan—. No puedo abrir la puerta ahora. ¿Te veo mañana?

—¿Qué? ¡¿He venido hasta aquí para nada?! —exclamo.

—Estoy ocupado —suelta. Escucho su voz más lejana, como si se hubiera retirado el teléfono de la oreja—. Para, para —le oigo decir—. Te llamo luego.

—Yoon...

Cuelga. El muy hijo de la grandísima madre naturaleza se atreve a cortar la llamada. No puedo dejar de pensar en qué estará haciendo, pero estoy segura de que no es nada bueno. ¿Y si está con otra? Va a enterarse de quién es Im Aerin.

Vuelvo a bajarme del coche, esta vez con el teléfono en la mano. Busco en mi agenda el número de teléfono de alguien lo suficientemente inocente como para decirme los códigos de las cerraduras, o alguien que me tenga la confianza suficiente. Ese alguien resulta ser Hojun. Tarda menos de lo que esperaba en contestar.

—¡Hola! —suenan alegre como siempre. Su voz está acompañada por algo de ruido, así que supongo que no está con Yoongi.

—Hola, Hojun. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro. Bueno, depende. ¿De qué se trata?

—¿Puedes decirme los códigos de las puertas de vuestro apartamento? Creo que Yoongi está dormido y quiero darle un susto... —miento, al menos en parte.

—Ah. Seis, tres, siete, cuatro —me dice sin darme tiempo a procesarlo—. Y cero, ocho, uno, cinco.

La puerta del edificio ya está abierta.

—Cero, ocho, uno, cinco... —repito para memorizarlo. Camino hacia los ascensores—. ¡Gracias, te debo una!

—De nada —canturrea, tan exultante como siempre.

Llego a la puerta del apartamento. Agudizo el oído para intentar escuchar más allá de la pared, pero solo oigo silencio y eso no me tranquiliza demasiado. Tecleo los dígitos en la cerradura, agarro el picaporte con fuerza y abro la puerta intentando no hacer demasiado ruido.

El pasillo de las habitaciones está oscuro, pero aun así logro ver a Yoongi al final de este, en el umbral de la puerta de la sala de estar. Está de espaldas. Le está hablando a alguien con un tono demasiado dulce.

—Ahora vengo, Cielo... ¡Joder! —Se da la vuelta y, literalmente, pega un brinco cuando me ve. Pensaba que yo era la más asustadiza de los dos. Definitivamente, está demasiado tenso. Está claro que esconde algo—. ¿Qué haces aquí?

—Asegurarme de que estabas descansando —le digo con una sonrisilla—. No pareces tan

ocupado... ¿O sí?

Chasquea la lengua. Me quito los zapatos y me acerco a él con intención de ahogarlo en un abrazo y preguntarle hasta que me canse, pero Yoongi me esquivo. Ahogo un grito, entre despechada y ofendida.

—Estoy...

—¿Con otra? —escupo.

—¿Qué dices?

—No sé, te he oído hablar con alguien...

—No es lo que piensas.

—Dile a esa tipa que se atreva a dar la cara.

—Aerin, no es lo que parece. —Suena más serio. Pone las manos en mis hombros, como si quisiera tranquilizarme... o detenerme. Además, cuando alguien dice «no es lo que parece» es totalmente lo que parece.

—¡Has llamado «cielo» a alguien!

Oigo un ladrido. Me imaginaba que podía estar con cualquier perra, pero no en el sentido literal. A los pocos segundos de que yo exclame el nombre, un perrito aparece correteando por la puerta de la sala de estar, rodeando ágilmente las piernas de Yoongi. Su pelaje rizado parece suave y le da la apariencia de un peluche. La ternura me gana, y sin previo aviso, me acucillo para acariciar con cariño al cachorrito, que salta e intenta jugar con mis manos. Al final cojo al perrito en brazos. ¡Es tan mono que podría morirme aquí mismo!

Sin soltar al cachorro, que es casi como un bebé, voy a la sala de estar. Termino de abrir la puerta de un manotazo. Me sorprende no ver a nadie. Tampoco escucho nada. Dejo al perro en el suelo y me siento en el parquet.

—¿Y la tía que te follas cuando yo no estoy? —pregunto al aire.

—No hay ninguna.

—Entonces, ¿Cielo...?

—Cielo. —Yoongi señala con cierta apatía al cachorrito, pero su voz vuelve a ser dulce, como si le hablara a un niño pequeño.

Las piezas encajan en mi mente cuando el perro correteaba hacia Yoongi. Rompo a reír y mis carcajadas son tan fuertes que termino tumbándome en el suelo. Por si fuera poco, el perrito vuelve para saltar encima de mi tripa y a mi alrededor.

—¿Cielo? ¿Esta cosita adorable es Cielo? —Vuelvo a ahogar un gritito, esta vez de emoción. Juego con las patas del perrito, entre risas. Parece que hemos hecho buenas migas. Lo cojo nuevamente en brazos y lo alzo para examinarlo—. ¿Y a qué viene ese nombre? ¿No quedaba mejor Chispas? ¿Rayo?

Yoongi se limita a gruñir mientras se sienta en el suelo. Apoya la espalda en la pared como si fuera un abuelo cansado.

—Cielo, ven.

Su mascota no le hace caso. Sigue dejando que yo le acaricie la panza y la cabeza.

—Vaya, parece que se ha rebelado contra ti.

Yoongi parece herido. Casi al instante, se lleva una mano a la boca, para tapársela, y finge llorar a moco tendido.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto.

—¿Yo?

—¡Cielo! —lloriquea, sintiéndose traicionado.

—Así que estabas ocupado con un perro...

—¿No te parece una monada? —me pregunta. Se tumba en el suelo y extiende los brazos como si fuera a hacer uno de esos ángeles de nieve.

—¡Lo es! ¡Me encanta! ¿Puedo llevármelo a casa un par de días? —ruego. Junto las manos a la altura de mi pecho—. Por favor...

—No sabía que te gustaban los perros.

—Amo a los perros. Si por mi fuera, adoptaba un trillón —digo, sincerándome.

Veo que Yoongi me mira con la boca ligeramente abierta. No, no me observa. Me admira. Me siento una auténtica princesa durante un momento. Le brillan los ojos, como si le hubieran dado la mejor noticia de su vida. Yoongi se reincorpora un tiempo después y pasa por mi lado. Se lleva a Cielo consigo, en brazos. Lo protege como si fuera su retoño.

—Has venido solo para quitarme el puesto, ¿verdad? —Ahora me mira como si fuera una madre rica defendiendo a su hijo marginado por ser un idiota.

Entorno los ojos.

—Lo nuestro ha sido amor a primera vista, ¿verdad?

—Bueno, más o menos, pero...

—¡Yoongi, le hablaba al perro!

Yoongi 🙄❤️

Echo de menos a mi bebé :(20:30

No pensé que me ibas a decir esas cursilerías en tu vida. 21:00

Hablo de Cielo. 21:06
Bueno, también te echo de menos a ti. 21:06

Él también te echa de menos. 21:10
Contenta? 21:10

Te quiero! 21:11
Te quiero tanto que podría comprarte
mil cafés americanos bien calentitos. 21:11

Qué bicho te ha picado. 21:11

El perro. 21:12

A QUE ES UNA MONADA. 21:12

SÍ 21:12
Tú también eres una monada 🥰
√ leído a las 21:12
HEY ME HAS BLOQUEADO?? 21:15

Ups, se me fue el dedo. 21:20

Te odio. 21:20
Cómo está tu oreja? 21:21

Ahí. 21:21
Mi hermano se ha reído de mí. 21:21

Le has contado la historia? 21:21

La versión para fans. 21:21

Entonces se ha reído porque cree
que eres demasiado estúpido 21:22

Cómo ha ido tu día? 21:23

Bien, supongo. 21:23
He estado todo el día con mis padres y he ido
al apartamento para recoger el correo. 21:23
Mi prima se casa en marzo ☹️☹️ 21:23

Jiho? 21:24

No, tonto. 21:24
La de Sokcho. 21:24
Piensa que el espíritu de mi abuela sigue por aquí
y ha adelantado la boda por eso. 21:24

Deja que adivine... 21:24
No vas a ir a la boda 21:24

Es la semana de nuestro cumpleaños, ¿crees que voy a ir? 21:24
Tengo que celebrar mis 24 por todo lo alto. 21:24

Se me olvidó decirte una cosa. 21:25

Cielo te tiene demasiado ocupado. 21:25

Esa semana estamos de tour. 21:25
En América. 21:25

No te preocupes. 21:25
Iba a contratar strippers de todas formas. 21:26
Iba a utilizar tu tarjeta de crédito de todas formas también. 21:26
Así que... 21:26

No viste las fechas? 21:26

No... 21:26
Estoy un poquito liada estos días. 21:26
Mis padres me obligan a buscar un trabajo
y estoy de entrevista en entrevista. 21:26
Yá sabes. 21:27
Voy a cenar con mis padres. 21:28
Cuando vuelvas de Daegu podríamos ir a cenar

con Cielo. 21:28

 21:28

Estás celoso de un cachorrito? 21:29

Cuando vuelva de Daegu no voy a querer ver tu cara. 21:29
Te llamo más tarde. 21:29

No voy a contestar a tu llamada de mierda hasta que me prometas que saldremos a cenar juntos cuando vuelvas a Seúl. 21:29

Una llamada que me ahorro. 21:30
Feliz Año Nuevo! 21:30

PÚDRETE. 21:30


√ leído a las 21:31

He pasado la última semana del año en casa de mis padres. La mayoría de los días hemos discutido sobre mi futuro: mi madre se empeña en que deje definitivamente cualquier tipo de carrera porque es «demasiado estrés», pero quiere que consiga un trabajo; y mi padre sostiene que debería probar con alguna carrera como la enfermería o la fisioterapia. He llegado a tal punto que prefiero no opinar, así que siempre que el tema sale a la luz lo zanjo diciendo que haré lo que crea conveniente. Por si fuera poco, mi odiosa prima del norte se casa con un tipo baboso que conoció en una tienda de piercings. Le he dicho a mi madre que no iré a la boda —en primer lugar porque quedaría relegada a la mesa donde se sientan todos los invitados irrelevantes y no quiero sentarme con ese grupito—, pero ella insiste en que busque un vestido y unos zapatos bonitos para ir. Jugueteo con la invitación pasándomela de una mano a la otra mientras espero a que terminen los anuncios de la televisión.

Estoy tan aburrida que he pensado en empezar a hacer ganchillo. Quizá pueda abrir mi propia tienda de bufandas, jerséis y gorros de lana. Justo cuando estoy a punto de levantarme a por mi portátil para empezar a buscar tutoriales, mi teléfono, muerto del asco desde que los chicos están con sus respectivas familias, suena y vibra sobre la mesa del comedor.

Me levanto con parsimonia y acepto la llamada.

—¿Qué quieres, maldito lisiado?

—Deja de llamarme así, loca. —Oigo que resopla, desquiciado. Es Yoongi. Después de estar unos cuantos días en reposo, ha ido a Daegu para pasar el Año Nuevo con sus padres y su hermano mayor. Sinceramente, he estado tan ocupada que apenas lo he echado de menos... Bueno, un poquito, pero no lo suficiente como para gritarlo a los cuatro vientos. De fondo se escucha bastante ruido, como si fuera en coche.

—Querías cenar, ¿no? Pues ven al apartamento y pide unas pizzas.

Frunzo el entrecejo, algo extrañada. Se supone que Yoongi volvía a Seúl el 4 de enero. Me retiro el teléfono de la oreja un momento para ver la fecha reflejada en lo alto de la pantalla. Creía que era día 2, pero resulta que ya es 4. Odio no tener clase o tener que ir a trabajar; ni siquiera sé en qué año vivo cuando no tengo que hacer nada.

—¿Ya estás en Seúl?

—Llego en... —Hace una pausa, seguramente para calcular cuántos minutos le quedan para pisar su amado apartamento—, dos minutos.

Sujeto el teléfono con el hombro, voy hacia mi habitación y abro el armario.

—No tengo ganas de ir. Además, ¿pizzas? ¿Sabes lo que he engordado comiendo todos los días en casa de mi madre? —Escojo una simple camisa, un jersey para ponerme encima y unos vaqueros algo desgastados—. Lo siento, Yoongi, pero hoy no.

—¿En serio?

—¡Te llamo luego!

Cuelgo. Lanzo mi teléfono a la cama, muy cerca de mí, me quito el pijama que mi madre me ha regalado por Navidad —no es de Hello Kitty, es negro, sin mucho adorno— y me visto con la ropa que he elegido. No tardo mucho en maquillarme. De hecho, tardo más en ponerme una bufanda enorme de punto que en ponerme máscara de pestañas. El invierno en Seúl es muy frío, así que tengo que abrigarme bien. Prefiero congelarme antes que derretirme, pero mi madre no me dejará salir de casa si no llevo unos calcetines bien gordos y una bufanda calentita.

Correteo por el pasillo, y antes de irme, me asomo al despacho de mi padre, donde él está pegado a su iPad. Está tan concentrado que apenas se fija en que estoy ahí.

—¡Papá, me llevo tu coche! —exclamo.

Se limita a asentir. Hace un gesto desganado con la mano para que me vaya, guardo las llaves de su Audi en mi bolso diminuto y salgo de casa, no sin antes despedirme de mi madre con un «¡No me esperes despierta!». Si no se lo digo, seguramente se quede en modo vigilancia hasta las cuatro de la mañana para esperarme y preguntarme dónde he estado, para olisquearme y averiguar si he estado bebiendo. Debería darle lo mismo porque ya tengo veinticuatro años, pero sigo siendo —y seré— la niña de sus ojos, y no puede dejarme marchar como haría cualquier otra madre.

Me subo al Audi y conduzco cantando a gritos las canciones de la radio. Una señora me mira con cara de haber visto un fantasma cuando me detengo delante de un semáforo, y yo decido que saludarla con la mano es una buena idea. Debe de pensar que me he escapado de un psiquiatra.

Aparco el coche unos metros más allá de la puerta del edificio donde viven los chicos. Lo más probable es que Yoongi ya haya llegado al apartamento, y puede que alguno de sus compañeros también, así que en vez de utilizar los códigos que he memorizado, decido llamar al timbre. No quiero parecer una acosadora, ni tampoco irrespetuosa. La puerta de madera del apartamento no tarda mucho en abrirse.

—¿No se supone que ibas a quedarte procrastinando en tu casa? —bufa Yoongi. Al parecer ha llegado hace muy poco: sigue vestido y ni siquiera se ha quitado el abrigo. Aprovecho la coyuntura y agarro su muñeca.

—¡Vamos a algún sitio! —Doy un par de brinquitos, como una niña pequeña. Yoongi resopla, entre cansado y molesto. Se sujeta el puente de la nariz con el índice y el pulgar—. Ponte los zapatos, abrígate y vamos a cenar juntos. Por favor, por favor —le ruego—. Vamos a algún restaurante de la zona de Garosu-gil, no habrá nadie a estas horas. —Hago un puchero—. Porfa...

Sé que todas las ñoñerías que haga para chantajearlo servirán tarde o temprano. Pego mi mejilla inflada contra la suya y espero a que se queje y grite de la más pura frustración.

—Joder, vale.

Suelto una risilla, satisfecha.

—Sabía que ibas a aceptar. Lo estás deseando.

—Deja que guarde unas cosas...

—No, ¡da igual! —Tiro de él—. Vámonos antes de que sea tarde y te arrepientas —le digo, llevándolo hacia el pasillo. No voy a dejar que ponga excusas porque si no, al final, nos quedaremos en el apartamento comiendo pizzas grasientas. Por el camino, veo una bufanda negra enrollada en un perchero. Supongo que es de Yoongi, así que la cojo y se la lanzo. También le tiro su amada gorra negra—. Abrígate bien. Hace un frío terrible.

—Detesto el frío. Deberíamos quedarnos. —Coge mi mano y tira de mí hacia el pasillo. Estoy a un solo paso de agarrar el picaporte de la puerta. Esto empieza a ser un tira y afloja.

—Iremos en coche.

—Pueden vernos.

—No hemos salido juntos en Navidad como haría una pareja cualquiera.

—Mi herida aún no está curada...

Suelto su mano. Su cara de gatito triste y herido me obliga a replantearme si deberíamos quedarnos en el apartamento o no. Aquí hace mucho más calor que en la calle, obviamente, Yoongi está más cómodo y no corremos el peligro de ser capturados por algún fan o los *papparazzi*. Suspiro, rendida, y me quito la bufanda.

—Está bien. Nos quedamos.

Yoongi parece sorprendido.

—¿En... serio?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Qué remedio. Al menos no pasarás frío y tu herida cicatrizará antes.

Pestañea algo confuso. De repente, pone sus manos en mis hombros y me obliga a girarme. Me lleva hacia la puerta. No sé si me está echando —cosa que es altamente probable— o si ha decidido llevarme la contraria otra vez; puede que haya cambiado de idea y ahora quiera ir a cenar a algún restaurante minimalista pero acogedor.

—Tú conduces y tú pagas —suelta. Veo que saca una mascarilla negra de su abrigo —negro— para ocultar la mitad de su rostro. No debería ponérsela por la herida de su oreja, así que yo, como si fuera su madre, me encargo de envolverle en la bufanda. Tapo su boca, orejas y nariz. Solo quedan a la vista sus ojos, aunque son muy reconocibles para las fans.

—Si tengo que pagar yo, vamos a McDonald's. No puedo permitirme el lujo de pagar una cena para dos personas en un restaurante para gente que va a jugar al golf cada mes.

Yoongi y yo nos subimos al coche del señor Im. Espero que mi madre no note el olor al perfume de Yoongi cuando ocupe su lugar en el lugar del copiloto. Ella sabe que salgo con alguien, pero si nota el olor, se lo dirá a mi padre. Y él moverá cielo y tierra solo para enterarse de quién es el inútil que sale con su hija. El trayecto no es muy largo, pero aun así tengo tiempo para resumirle a Yoongi las razones por las que odio a mi prima. Cuando lo miro para saber si me estaba escuchando, se retira un poco la bufanda de la oreja y suelta un «¿eh?», desconcertado. Resoplo. A veces puede ser muy tierno; otras, es simplemente... Yoongi.

Aparco cerca de un restaurante amplio y elegante que Yoongi ha elegido al azar. Garosu-gil es conocido por la cantidad de cafés y restaurantes con precios mediocres. No es McDonald's, pero tampoco es un restaurante de sushi donde la pieza cueste un riñón. Me bajo del coche con cuidado, mirando a ambos lados de la carretera. Yoongi me espera en la acera. Caminamos juntos, pero no

nos damos la mano o entrelazamos los brazos como haría cualquier otra pareja. Mantenemos las distancias, por si acaso.

Vamos hacia la derecha y a lo lejos reconozco una figura familiar. Alto, fuerte y con un corte de pelo demasiado engominado. Calculo el tiempo que tardaríamos en llegar hasta el restaurante, pero nos cruzaríamos con él igualmente. Agarro el brazo de Yoongi y hago que se dé la vuelta. Caminamos en la dirección contraria.

—¿Qué haces? —protesta.

—Creo que sería mejor ir a aquel restaurante, ¿no crees? Parece más acogedor —digo, deprisa y señalando el siguiente local abierto.

Yoongi mira hacia atrás. Hago que vuelva la cabeza al frente tirando de la tela de su abrigo.

—¿Qué pasa?

—No quiero cruzarme con ese tío, ¿vale?

—Ah, es tu ex —concluye antes de pararse en seco.

Yoongi busca mi mano dentro del bolsillo de mi abrigo y me la da. No tarda nada en entrelazar mis dedos con los suyos. Hace que me dé la vuelta y camina hacia Dongyul, directo, como si quisiera chocar con él.

Cuando el cabrón con tatuajes está bastante cerca y parece que me ha reconocido, Yoongi cambia de plan. Ha debido de ver que Dongyul es dos veces más corpulento que él, que sus brazos son prácticamente de hierro; Yoongi agarra mi brazo y vuelve a caminar conmigo hacia el local que yo había señalado antes.

—Gallina.

—Estoy salvando nuestra integridad física —me dice.

Miro hacia atrás disimuladamente. Sigue detrás de nosotros.

Yoongi me abre la puerta del restaurante cuando llegamos. Me parece digno de un caballero, pero en cuanto llego al umbral de la puerta, él pasa primero. Golpeo su espalda —a lo mejor demasiado fuerte— y espero a su lado a que un chico bastante amable nos lleve a una mesa escondida de las miradas indiscretas. No hay ventanas ni gente cerca. Yoongi aprovecha para quitarse la bufanda que cubre su cara y yo para dejarme caer en la silla con un suspiro.

—Te he comprado algo. —Yoongi se sienta en la silla que tengo enfrente con toda la tranquilidad del mundo. Yo lo miro con expectación, esperando a que saque unos pendientes de plata de una caja diminuta—. Por Navidad.

Rebusca algo en los bolsillos de su abrigo y deja un sobre pequeño sobre la mesa. Lo abro. Enarco una ceja, escéptica. Ni siquiera lo ha comprado. Son vales de descuento para McDonald's algo arrugados.

—¡Gracias! Es un gran detalle que hayas pensado en mí... —Rebusco en mi bolso hasta encontrar un boli utilizado que cogí prestado de la funeraria hace mucho tiempo. Es rosa chillón. Lo dejo sobre la mesa—. Feliz Navidad, cariño.

—Oh, vaya, un bolígrafo... Y es rosa...

—¡Para que escribas tus canciones!

—Muchas gracias, bebé.

—De nada —le sonrío—. Seguro que escribes vuestro próximo *hit* con ese maravilloso bolígrafo.

De repente, un camarero llega con una bandeja y dos copas relucientes de vino blanco. Aún no hemos abierto la carta ni hemos visto el menú. El chico que nos atiende señala a una mesa cercana.

—De parte de ese caballero —nos dice.

No pienso beber el vino porque a) puede estar envenenado y b) Dongyul es el maravilloso hombre cortés que nos invita a una copa. Yoongi lo mira como si quisiera cortarle el cuello, y yo, con apatía, me limito a echar un vistazo a mi teléfono.

En cualquier otra situación, me habría girado, habría caminado hacia ese idiota de Dongyul y le habría dicho que me dejara en paz con una bofetada. Pero eso llamaría mucho la atención. Y metería la pata hasta el fondo. Tengo que ser lo más discreta posible cuando estoy con Yoongi si no quiero que alguien se fije en nosotros, se dé cuenta de que el rostro de mi novio le resulta familiar y la cague para siempre colgando fotos en internet.

—¿Se ha ido? —le pregunto a Yoongi.

Él está de frente a Dongyul. Puede verlo a lo lejos, con claridad y sin necesidad de tener que girarse. Yo, en cambio, estoy de espaldas a ese cabrón y no puedo verlo si no es gracias a la cámara interior de mi teléfono. Finjo que me estoy haciendo una foto solo para ver si Dongyul se ha marchado ya. Para mi desgracia, Dongyul está tomando una copa de vino que parece igual a las nuestras.

Miro a Yoongi. Aún no ha respondido a mi pregunta. Sus ojos están encendidos y su mano izquierda está demasiado cerca del cuchillo. Con toda la tranquilidad del mundo, Yoongi estira su diestra para alcanzar la copa de vino blanco. Antes de que el cristal roce sus labios, lo detengo. Hago que deje la copa sobre la mesa.

—¿Qué?

—Puede tener cianuro, puede matarte —le advierto. Sueno tan seria que parece que estoy sobreactuando—. No lo bebas.

Yoongi enarca ambas cejas, escéptico.

—¿En serio? —resopla.

Con algo de resignación, coge la carta del restaurante y pasa las hojas con parsimonia. Ojea los platos. Supongo que tengo que hacer lo mismo, así que abro mi carta y leo los ingredientes de cada plato. Voy directa a los postres y Yoongi, al parecer, a los vinos. Cruzamos una mirada interrogante. Pestañeo varias veces, intentando saber qué está pensando.

Al rato llega el mismo camarero que hace unos minutos nos ha traído las copas de vino, esta vez con un pequeño cuaderno para apuntar nuestra comanda. Me mira después de preguntarme con educación qué es lo que me apetece tomar. El chico sonrío, pero estoy segura de que está deseando irse de aquí.

—Eh... Creo que tomaré...

—Dos copas de vino tinto —me interrumpe Yoongi, señalando una de las bebidas de la carta—. Para la mesa que nos ha invitado —suelta.

Después de que el camarero repita y apunte rápidamente el nombre del vino —que es el más

caro del restaurante—, nos sugiere que elijamos algún plato con patata. Yo simplemente asiento. Siento que los ojos de Dongyul siguen clavados en mí y no puedo evitar perder los nervios. En lugar de mordirme las uñas, me dedico a dar golpecitos en la mesa con la yema de los dedos. Entorno los ojos cuando reparo en que Yoongi ha pedido dos copas de vino. ¿No debería haber pedido solamente una?

—¿Por qué has pedido dos copas? —Hablo tan rápido y tan de repente que Yoongi parece sorprenderse. Estaba mirando mis manos, entre absorto y cansado, y pone cara de gatito asustado cuando escucha mi voz.

—Está con una tía —escupe—. Gírate, parece que está ocupado.

Tuerzo la espalda para poder ver la escena. Sí, está con una chica que lleva el pelo teñido de un llamativo color granate y que a pesar de ser invierno viste con una falda corta. Veo unos cuantos tatuajes salir de sus botas.

—Vaya, ahora ya no se gasta todo el dinero de sus padres en estúpidos videojuegos para críos... También va a pagarle una cena a esa chica. Qué afortunada —digo, sarcástica. Vuelvo a echar un vistazo hacia atrás antes de que la nueva parejita reciba las dos copas de vino a las que les ha invitado Yoongi. Cuando me giro, Yoongi está tomando el vino blanco que Dongyul ha comprado para nosotros. —¡Eh! ¿Qué va a pasar si te mueres? ¡No voy a hacerme responsable!

Yoongi bebe con toda la tranquilidad del mundo. Suspira satisfecho después de probar el vino espumoso.

—De algo tendré que morir.

—¿Y tu testamento?! —dramatizo—. ¿Qué va a ser de Cielo? ¡Mi niño!

Yoongi vuelve a suspirar, esta vez como si estuviera decepcionado. Deja la copa en la mesa.

—¿Te preocupa más Cielo que yo?

—Obviamente sí —miento. Espero que capte la ironía exagerada.

—No me extraña. Es que es un regalo de los dioses. —Yoongi se echa la mano a la cara, ahoga un grito y sonríe—. Es tan... —Se rinde con la búsqueda del adjetivo perfecto para su perrito—, es indescriptible.

La sonrisa de Yoongi es contagiosa y yo termino sonriendo también. Por un momento, olvido que tengo a Dongyul unas mesas más atrás. Agacho la cabeza sin dejar de sonreír. Por muy estúpido que suene, es impresionante que una persona pueda hacerte sentir como si volvieras a tus años de instituto. Creo que eso es lo que hace que una persona sea la correcta; nada de cenas pagadas en un restaurante caro de Gangnam. Lo que cuenta es que te sientas cómodo, vayas donde vayas, como si estuvieras en casa, independientemente de quién esté a tu espalda. No era consciente de que Yoongi pudiera crear este efecto en mí.

—A pesar de los regalos cargados de sentimiento, eres el mejor novio que he tenido en toda mi vida.

Se ríe sin emitir ningún tipo de sonido pero enseñando sus encías rosadas, como de costumbre.

—Teniendo en cuenta que tu vida amorosa se reduce a mí y a ese gilipollas, es obvio que soy tu mejor novio. De todas formas, ¿qué te esperabas de mí? —Me mira algo expectante, esperando una respuesta que le agrade.

Soy yo quien suelta una risilla.

—Lo mismo que podría esperar de un crío de doce años. Admítelo, soy tu primera novia. —Le señalo con el tenedor y entorno los ojos—. ¿O no?

—Estuve saliendo con So... —Ve que la pantalla de su teléfono se ilumina repentinamente y se queda a medias. Ahogo un grito cuando veo a Yoongi responder un mensaje de texto, dejándome

con la intriga. ¿So... *qué?* Puede que estuviera saliendo con Park Soyoung, la chica de mi clase que murió de un paro cardíaco hace unos cuantos meses. Tiene sentido: Yoongi no habría ido al velatorio de Soyoung si no hubiera guardado una relación más estrecha con ella, no solo la de simples compañeros de instituto durante escasamente un año. Yoongi deja el teléfono sobre la mesa después de teclear frenéticamente unas cuantas palabras—. Era Haein —me aclara, tranquilo. Coge aire, frunce el entrecejo e inclina ligeramente la cabeza—. ¿Qué te estaba contando?

Pongo los ojos en blanco. Yoongi está fingiendo incredulidad al ver cómo me molesto. Le encanta. Hago un gesto desganado con la mano para animarle a seguir con su relato.

—Tu primera novia.

—Ah, sí, en Daegu...

—¡Deja las batallitas! —exclamo, provocando que él se ría de mí—. Me estabas hablando de una tal So...

Yoongi evita mi mirada y se cruza de brazos, como si quisiera defenderse de mí. Su postura hace que me espere lo peor.

—Lee SoHwan—dice, tranquilo.

Abro la boca, sorprendida, y sin darme cuenta golpeo la mesa al dejar los brazos caer.

—¿Sojin?! Espera, ¿la SoHwan que tú y yo conocíamos? ¿Nuestra amiga?

—Sí.

—¿En serio?! Pensé que ibas a decir que Park Soyoung fue tu primera novia. ¡Casi me da un infarto aquí mismo! —No sé si me río por la sorpresa, porque no me lo llevo a creer, o porque me acabo de dar cuenta de la ironía—. ¿Empezaste a salir con ella cuando yo me marché a Roma? ¡Qué lista! Seguro que ese era su plan desde el principio... Yo también me hubiera acercado a ti aprovechando la coyuntura, si te soy sincera...

Probablemente, Sojin, esa chica bajita y risueña que fue nuestra compañera el último año de instituto, sacó partido a la situación: un Yoongi despechado y estresado por las prácticas en la agencia era perfecto para que ella consiguiera lo que estaba deseando desde principio de curso. Mi primera hipótesis es que ella fue quien se lanzó. Yoongi, que era un adolescente con las hormonas disparadas, le dijo que sí solo para saber qué se sentía al tener una novia mientras su amor verdadero estaba a un océano de distancia.

—Yo le pedí que saliera conmigo —suena sincero. No parece que me esté mintiendo.

Sus palabras refutan mi idea. Hago una ligera mueca, extrañada.

—Así que por eso no contestabas mis mensajes, eh, pillín... ¿Y cómo te fue con ella? ¿Durasteis más de una semana?

—Se mudó a uno de los edificios que están cerca de la agencia y solía verla todos los días. Era la única que me caía bien de la clase. —Carraspeo, como diciendo «eh, yo también estaba en tu puñetera clase, y además compartíamos pupitre»—. La única que me caía bien aparte de ti —se corrige—. Salimos juntos durante todo el verano. Luego se marchó a la universidad.

—Estuve intentando juntaros medio curso, y cuando me voy, ¿salís juntos? Me parece una falta de respeto.

—Pensé que te ibas a volver loca —comenta. Los platos que hemos pedido llegan a nuestra mesa. Murmuro un gracias, pero Yoongi se queda callado y no continúa hasta que el camarero se marcha—. ¿No te molesta que SoHwan haya salido conmigo?

—En absoluto. Era mona, inteligente y era la única chica de la que me hice amiga. Bueno, supongo que sigue siendo así. —Examino con cuidado el plato que tengo enfrente. Me llevo un

primer bocado a la boca—. ¡Qué rico! —exclamo.

Yoongi agacha la cabeza.

—¿Dejaste de hablar con ella?

—Sí. Desde que volví a Seúl, no sé nada de ella... —Entorno los ojos, perspicaz—. Espera, ¿tú y ella seguís en contacto?

Sin duda alguna, el silencio es la peor respuesta.

—Hablo de vez en cuando con ella.

—Está bien —esbozo una sonrisilla—, siempre y cuando ella no se mude a un apartamento cerca de la agencia y vuelvas a pedirle que salga contigo a mis espaldas.

Yoongi parece algo más aliviado. Creo que los dos estamos de acuerdo cuando cambio radicalmente de tema. Yo hablo mientras él me escucha. Me fijo en que sus ojos tienen cierto brillo; un brillo que, si solo fuera su amiga o si no estuviera enamorado de mí, no tendrían. Me hace sonreír como una tonta, pero para fingir que no ha sido ese detalle el que me ha hecho reír, pongo la excusa de que me he acordado de uno de los chistes anticuados de Soohwan.

La cena concluye sin incidentes. Yoongi le da unos cuantos billetes al camarero amable que nos ha atendido esta noche como si no le importara soltar tanto dinero y me tiende mi abrigo para que me lo ponga. Esperaba que se comportara como uno de los príncipes azules de todas las películas y me ayudara a ponérmelo, pero es Yoongi. Obviamente, no me va a ayudar con algo tan simple como ponerme el abrigo. Posa su mano en mi espalda a la altura de mi cintura para que no me choque con otras mesas, y es entonces cuando el flash de alguna cámara de fotos se dispara. La luz blanca no logra cegarme porque no ha incidido directamente sobre mi cara, así que me giro hacia la dirección del flash.

Dongyul es idiota hasta para sacar fotos a escondidas. La chica que le acompaña tiene una expresión atónita, seguramente preguntándose por qué el tío con el que está ha sacado una foto a una pareja que no conoce.

Le doy a Yoongi mi bolso.

—Sujétamelo.

Me acerco a Dongyul sin pensármelo dos veces. Tiene una sonrisilla ladina dibujada en el rostro, pero se le borra en cuanto me ve. Le quito el teléfono antes de que pulse algún botón y comparto la foto con todos sus contactos, la publiquen en internet, las fans se vuelvan locas y yo muera asesinada por una horda de chicas furiosas. Borro la foto sin decirle nada.

Me dirijo a la chica.

—Aún estás a tiempo de salvarte —le digo—. No vuelvas con este payaso. Lo digo por experiencia. Búscate a alguien mejor.

Antes de que Dongyul me quite su teléfono, lo dejo caer en un jarrón con flores lleno de agua. Vuelvo deprisa a donde está Yoongi, esperándome con mi bolso aún pegado a su pecho, cojo su mano y tiro de él hacia la salida antes de que un Dongyul furioso salga gritando detrás de mí. Algún camarero lo detiene, así que Yoongi y yo salimos de allí sin problemas y con mucha ventaja.

Estallo en carcajadas en cuanto piso la calle. Empiezo a brincar y, aprovechando que Yoongi está algo distraído, entrelazo los dedos de su mano con los míos. Yoongi deja que dé una vuelta bajo su brazo, luego deja que vuelva a saltar y al final, resopla.

—¿Estás borracha? ¡Pero si solo has bebido un sorbo de vino!

—¡Es la adrenalina! —exclamo, aunque es más bien un grito.

—Espero que se te pase el efecto rápido... —A pesar de que voy dando brinquetes, Yoongi no

suelta mi mano. En comparación con la mía, la suya es bastante grande—. Vas a cansarte de saltar enseguida.

No miente. Dejo de saltar casi al instante, escasos segundos después de que Yoongi lo haya dicho. Seguimos caminando juntos, de la mano.

Pero después Yoongi se queja de que tiene frío y me suelta para meter las manos en los bolsillos de su abrigo. Todo era demasiado romántico para ser verdad.

Probablemente el amor que le profesamos los dos a Cielo es lo que ha terminado de unirnos. Hablamos de Cielo durante unos cuantos minutos hasta que el tema va evolucionando a lo bonito que es el interior del Audi. Casi sin darme cuenta, estoy hablando de lo bien que se llevaría Yoongi con mi padre. De hecho, cuando estábamos en el instituto, siempre que hablaba de Yoongi mi padre insistía en que algún día tenía que conocerlo mejor. Podrían hablar tranquilamente de todo el dinero que manejan mientras se toman un café y comparten fotos de perritos. Me viene una idea a la mente.

—¿No crees que debería presentarte a mis padres...?

Yoongi me mira con la boca entreabierta. Pestañea varias veces.

—¿Eh?

—Llevamos saliendo juntos, más o menos... —Tengo que contar con los dedos— cinco meses. Hasta te has subido al Audi de Papá Im, Yoongi —suelto, como si fuera un argumento aplastante—. Además, ¡yo quiero conocer a tu familia!

—Tus padres ya me conocen —dice. No suena enfadado, pero tampoco tremendamente cargado de ilusión—. También pueden buscar mi nombre en Naver.

—Sí, esa es una fantástica idea para que crean que su hija sigue siendo una inmadura: «¡Mira, mamá, este es mi novio y es un famoso!». —Hago un puchero. No creo que Yoongi esté muy convencido y en el fondo yo tampoco lo estoy por miedo a que mi madre le suelte a cualquiera que su hija es novia de Yoongi de CUT, así que zanjo el tema—. Ah, se está haciendo muy tarde. Mañana tengo una entrevista de trabajo.

—¿Y me lo dices ahora? —refunfuña.

—Acabo de acordarme... Es para una revista.

Enarca las cejas.

—¿Como modelo?

—¡Sorpresa! —Alzo las manos y mi vaso de café. En el interior de Yoongi, debe de haberse encendido algo parecido a una alarma que le hace cabrearse un poco. Le sonrío—. De todas formas, ¿qué tiene de malo que trabaje como modelo? —lloriqueo.

Yoongi gesticula con las manos, pero no logra decir nada.

—Hay mucha mierda ahí, ¿sabes?

—¿Como cuál? —Bato las pestañas.

Soy consciente de que en el mundo en el que se mueven las modelos hay mucha gente mala, al igual que en el mundillo del entretenimiento en general. Muchas veces se omite eso. Hay muchas

chicas que desean cumplir su sueño de subirse a una pasarela a toda costa y también hay muchos viejos verdes que se aprovechan de eso para conseguir lo que quieren. Y eso me entristece y me enfada a partes iguales.

Yoongi suspira.

—Aunque con tu cara ni siquiera llegarías a modelo de manos... —añade después—. Suerte mañana.

Sonrío a modo de agradecimiento. Yoongi agarra la manija de la puerta después de recuperar su bufanda de los asientos de atrás. Se la coloca sobre los hombros, no alrededor del cuello, y sale del coche sin decir nada más. Yo le imito segundos después. Doy la vuelta pasando por la parte delantera del coche para poder sentarme en el lado del conductor.

—¿Estarás muy ocupado por la tarde? —le pregunto a Yoongi antes de que se dirija hacia el edificio de apartamentos donde vive con el resto de los chicos de CUT.

Él se detiene y retrocede un par de pasos hacia mí.

—Supongo que estaré en el estudio.

—¿Puedo ir? —Tengo tanto tiempo libre que la única forma de matarlo es haciendo compañía a Yoongi.

—Con tal de que no tropieces con algún cable y desconectes todo mientras estoy trabajando, vale.

—Eso es un sí. —Como si estuviera trabajando en la agencia, hago que se acerque a mí de un tirón para colocar bien las solapas de su abrigo sobre su pecho. Miro hacia arriba—. Vaya, parece que has crecido. ¿Estás de puntillas?

Yoongi masculla algo entre dientes, probablemente un insulto, pero no llego a entenderlo bien. Con una sonrisa, le doy un beso en la mejilla. Dejo que se marche, aunque él sigue enfrente de mí.

Posa su mano sobre el capó helado del coche y me acorrala entre su cuerpo y la puerta abierta del Audi. Coloca la mano contraria en mi cintura, sin llegar a ser demasiado brusco. Sus labios suaves besan los míos. A pesar del frío están cálidos y, si por mí fuera, continuaría besándolo durante toda mi vida. Es un beso breve, pero lo suficientemente largo como para que me dé por satisfecha.

Se da la vuelta y se despide de mí con la mano cuando ya me da la espalda. Suelta un «te veo mañana», yo entro en el coche sonriendo como una tonta y maldigo al darme cuenta de que apenas hay gasolina.

Yoongi 😊❤️

TENGO TRABAJOOO 15:00

Me has llamado siete veces, me lo has dicho gritando y medio llorando mientras intentaba descansar después de dos putas horas con el coreógrafo. 00:07

Estás vivo!! 00:10

Impresionante! 00:10

Sé que estás ocupado... siento haberte

llamado taaantas veces 😊 00:10

Lo puedes solventar si vienes al estudio. 00:11

Ahora?? 00:11

Trae café. 00:12

Es lo único que quiero en este momento. 00:12

☹☹☹☹☹ 00:12

Está bien. 00:12

Me pillas de buen humor. 00:13

Y de nada!

√√ leído a las 00:13

Cuando trabajaba en K.K Entertainment, podía ver a Yoongi incluso cuando estaba ocupado preparando el nuevo lanzamiento. Ahora puedo llamarle como mucho dos veces al día y hablar con él unos diez minutos. Quiero que descanse, así que no lo entretengo con las conversaciones de madrugada.

La noticia, además de que CUT vuelve de nuevo, es que yo he conseguido trabajo y por tanto puedo volver al apartamento que compartía con Jiho y Thai. Trabajaré como modelo para una revista con sede en Seúl, no demasiado grande. No es *Vogue*, pero con suerte no me despedirán y podré tener un puesto fijo. Una de las personas que me han servido de ayuda para trabajar en la revista ha sido Shoo, la jefa de personal de la agencia de CUT, que me recomendó a su homólogo en la revista. Mi padre también me ha ayudado. Conoce a varios periodistas y gracias a él conseguí encontrar la oferta de trabajo más rápido.

Paro en una de las pocas cafeterías abiertas que encuentro por el camino. Compró dos vasos de café gigantesco, subo al coche de nuevo y conduzco diez minutos más hasta llegar a la agencia. Aparco detrás del edificio.

Recuerdo las palabras de una de mis antiguas compañeras: «Si no tienes tu tarjeta de identificación, no entras». Suspiro. Mantengo los cafés con una sola mano y saco mi teléfono para llamar a Yoongi. Llamo igualmente al timbre con la esperanza de que el guarda que nunca me saludaba me reconozca y abra la puerta. Yoongi no contesta y el tipo de seguridad pasa olímpicamente de mí.

De repente, la puerta se abre con un pitido corto y un «clic». Namjoon deja que pase al interior después de saludarme con un simple «hola». Supone que vengo a ver a Yoongi, así que me permite que suba a la planta de los estudios sin ni siquiera preguntarme qué hago aquí.

—Hola, ¿quieres café? —Me quedo a su lado para ofrecerle uno de los vasos.

Él duda por un momento. Se encoge de hombros.

—Si dijera que no, mentiría... —Elige el vaso que tiene café sin azúcar.

Tengo que quitárselo y darle el otro, que era para mí.

—Mejor este. El otro café no lleva ni una pizca de azúcar. —Me mira algo desconfiado—. No te preocupes, no lleva laxante ni forma parte de ningún plan perverso.

Mi sonrisa le tranquiliza.

—Gracias —canturrea. Se da la vuelta para irse, pero se dirige hacia mí tan rápido que llega a asustarme—. Ah, suerte con Yoongi-*hyung*.

—¿Está irritado?

—Cabreado, más bien.

Namjoon me acompaña hasta el pequeño estudio de Yoongi. Es oscuro, como la parte que le corresponde de su cuarto, como su ropa, como su pelo... Diría que también es oscuro como su alma, pero tengo bastante claro que, en el fondo, Yoongi es buena persona. Me despido de Namjoon, que desaparece dos puertas más allá, y entro en el estudio sin llamar.

—¿Qué hay, imbécil? —saludo—. Aquí tienes tu café.

Yoongi está pegado a la pantalla doble de su ordenador y ni siquiera reacciona a mi particular entrada. Le tiendo el vaso de café. Me lo quita de las manos y se lo lleva a la boca con una rapidez que me sorprende. Es muy rápido cuando quiere. Doy un par de vueltas por el estudio, mirando los estantes, algunos papeles...

—Ah, te he comprado algo —suelta con desinterés.

Sus palabras captan mi atención enseguida.

—¿O lo has robado de algún restaurante?

—Los cupones para McDonald's son gratis. Técnicamente eso no es robar. —Señala el pequeño sofá tapizado en negro que está pegado a una de las paredes del estudio. Hay una bolsa blanca con una lazada negra. Parece un regalo caro, pero conociendo a Yoongi estoy segura de que será una caja llena de papel de periódico—. Tómalo como un regalo adelantado de cumpleaños.

—Quedan dos meses para mi cumpleaños... —me digo a mí misma, acercándome a la bolsa. Deshago la lazada—. Espero que no sea una de esas idioteces...

Reconozco al instante la caja que hay dentro de la bolsa. Ahogo un grito al ver las letras finas en color negro estampadas en el cartón. Solo espero que no sea una broma y que los zapatos sean de mi número.

Retiro el papel de seda de la caja y me arrodillo para ver mejor los relucientes Valentino negros que acaba de regalarme Yoongi. El tacón no es demasiado alto y es de un color discreto, parecido al beige. Lo miro con la boca abierta, sorprendida. Él sigue trabajando con sus canciones, impasible.

—Voy a llorar. —Y no es broma. Tengo los ojos llenos de lágrimas—. Yoongi, te amo. En serio. Eres el chico más atento del universo. —Me acerco a él. Me inclino para quedar a su altura porque está sentado en su silla de oficina, sujeto su rostro suavemente y beso su mejilla. Sonríe; los cumplidos le sientan bien—. Eres el mejor novio del mundo, eres la persona más adorable que puede conocer cualquiera, eres... —Beso su mejilla otra vez—. Eres el mejor.

Termino colocando mis brazos alrededor de su cuello, y para abrazarle más cómodamente, me siento en su regazo. Él me da unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué has dicho que era? No te he oído bien. Ya sabes, la oreja...

—¡Eres el mejor! ¡Y te lo repetiré todas las veces que quieras!

Sonríe tan satisfecho que tiene que taparse la boca con la mano. Agarro su muñeca para ver su sonrisa.

—Bueno, me basta con un par de veces.

—¿Cómo te atreves a regalarme unos Valentino, idiota?!

—¿Y ese cambio de actitud?

—Has puesto el listón demasiado alto. ¿Qué voy a regalarte ahora yo a ti por tu cumpleaños? —protesto.

—Tienes dos meses para pensarlo. Y para ahorrar.

—De momento, creo deberías conformarte con ese maravilloso bolígrafo rosa. —Pego su frente a la mía—. Gracias por los zapatos, por cierto.

—De nada.

Su tono de voz es suave, pero mucho más grave y ronco, como si acabara de despertarse. Es su voz la que enciende algo en mí, así que lo beso despacio sin pensármelo dos veces. Me separo de Yoongi y me levanto para poder sentarme a horcajadas sobre él, para estar más cómodos, y vuelvo a atacar sus labios mientras sus manos recorren las curvas de mi espalda. Yoongi llega a la conclusión de que llevo demasiada ropa y empieza a tirar de mi jersey. Alzo los brazos para que me lo quite y lo lanza hacia una esquina. Aún llevo la camisa que tenía puesta debajo, pero ya llevo una capa menos.

Yoongi retira mi melena castaña de mi cara y de mi cuello. Sus labios solo rozan mi piel juguetonamente, y justo cuando está a punto de susurrarme algo cerca de mi oído, veo que algo sale disparado desde la puerta. Parece un USB.

Al instante, aparece Namjoon, todavía sujetando el vaso de café entre las manos. Se da cuenta de lo que pasa y se queda paralizado. Su expresión de sorpresa debe de ser idéntica a la mía. Los dos estamos rojos como un tomate, con la boca ligeramente abierta y el cuerpo tieso, como si nos hubiera picado una serpiente venenosa.

Namjoon reacciona cuando Yoongi se gira ligeramente para mirarlo.

—¡Oh, *hyung*! ¡Lo siento! —exclama, yéndose torpemente.

Se va dando un portazo. Cierra la puerta con tanta fuerza que termina rompiendo el picaporte. Estallo en carcajadas en cuanto Namjoon desaparece de nuestra vista.

—Para una vez que te lo estabas tomando en serio... —se queja Yoongi, hundiéndose en su silla de *chairman*.

La cena está lista en casa de mis padres. Es el último día que paso aquí después de una temporada no muy larga. Pasé parte de las Navidades y enero aquí, pero como ya he conseguido trabajo y tengo un sueldo, puedo volver al apartamento con Thai y mi prima. La cena de hoy es para comentar mi primer día en la revista, que no ha sido tan fatídico como esperaba, y para celebrar el cumpleaños de Jiho por adelantado. Mi prima ha venido a cenar con nosotros porque mi madre no ha dejado de insistir. Ha sacrificado sus horas de *fancams* para venir hasta aquí y cenar el famoso guiso de las ocasiones especiales de mamá Im.

Charlo con Jiho y mi padre sobre cómo ha ido mi nuevo trabajo.

—Es genial. De momento solo he estado escuchando los planes que tienen para las sesiones de fotos del número que viene. El avance de temporada es tan tan tan emocionante que...

Mi madre llega al rato. Me interrumpe, cambia radicalmente de tema y se sienta a mi lado.

—¿Cuándo te has comprado esos zapatos? —me pregunta.

Se refiere a los Valentino que llevaba puestos hace unos minutos. Quise llevar puesto el regalo de Yoongi mi primer día de trabajo para causar una buena impresión, para que mis jefas, que calzan Louboutin y llevan bolsos de piel de ternera de Chanel, dijeran: «Oh, la chica nueva tiene unos zapatos de tacón de Valentino, qué estilazo». Trago con dificultad antes de responder.

—Me los compré hace nada con dinero que he ahorrado —miento. Intento, sin éxito, cambiar de tema otra vez—. ¡Uy, qué buena pinta tiene el guiso, mamá!

—¿Tú ahorrando? —Mi padre me mira por encima del cristal de sus gafas. Me incomoda que haga eso—. Eres el consumismo en persona.

—No es consumismo, es ayuda a la economía —me defiendo.

—No te los habrá comprado ese novio tuyo, ¿no? —me pregunta mi madre, riéndose—. Debe de tener mucho dinero para regalarte unos zapatos así.

Mi madre sabe de lo que habla. Ha estado trabajando durante años en una oficina de una tienda de segunda mano de marcas bastante caras, así que sabe lo mucho que cuestan unos Valentino. Resoplo. Antes de que pueda hablar, mi padre toma la delantera.

—Sí, tiene que ser un tipo con dinero. Pero a saber de dónde lo saca. Teniendo en cuenta el inútil con el que ha estado saliendo mi hija, no me extraña que esté saliendo con otro parecido. O peor. ¿Trabaja?

Elevo los ojos al techo.

—Papá, tengo veintitrés años, sé lo que hago con mi vida.

—Esa respuesta solo quiere decir que estás saliendo con alguien que no te conviene —suelta mi

madre, mucho más rápida que yo—. ¿No era un chico de tu facultad?

—Bueno, vale ya —corto el tema—. Vamos a cenar como una familia normal. Además, estamos asustando a la pobre Jiho.

Ella se encoge de hombros.

—Yo estoy bien.

—¿Cuándo nos vas a presentar a ese chico? —sigue mi madre.

—Eso.

—Cuando sea conveniente. ¿Puedes pasarme el kimchi...? Gracias.

—¿Dos días antes de tu boda con ese gañán? —bufa mi padre.

Pongo los ojos en blanco.

—No, papá, mejor dos días después de mi boda con ese gañán, así no podrás evitarla —escupo—. Dejad el tema, por favor.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? ¡Es solo un chico! —ríe mi madre.

—Lo sé, por eso no debería importaros tanto. Ya no soy una niña y ya no vivimos en el siglo xvi. Creo que podíais dejar que saliera con quien me diera la gana.

—Pero no queremos que salgas con alguien que no te convenga.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —pregunta mi madre.

Resoplo. —Tae... Taemin.

—¿No era Sungjae? —pregunta enseguida Jiho, extrañada.

—¡Sí, Sungjae! Eso —asiento para que parezca que estoy convencida, pero ya he metido la pata—. ¡Que aproveche...!

Mi madre termina sirviéndonos más guiso, y por fin, la conversación sobre mi novio queda zanjada. Creo que es evidente que miento y, para mi desgracia, mis padres no dejarán de indagar hasta que descubran quién es el chico que sale conmigo. Todo esto solo puede acabar de una manera: en catástrofe.

De repente, llaman a la puerta. Miro la hora en el reloj de la sala de estar y enseguida maldigo para mí misma. Yoongi quería verme porque necesitaba trabajar en una canción, así que le dije que viniera cerca de la medianoche, cuando todos estuvieran durmiendo. No lo admite, pero estoy segura de que soy su musa.

— ¡Voy yo! —exclamo. Mi madre ya se ha levantado de la silla, pero soy más rápida que ella y logro adelantarla. Hago un gesto exagerado para que se dé la vuelta—. No pasa nada, ¡ya abro yo!

No logro persuadir a mi madre, así que abro la puerta antes de que llegue ella para decirle a Yoongi que se marche cuanto antes. Pero mamá Im se sorprende al ver al chico que está en la puerta. Sus facciones deben de resultarle familiares, obviamente; Yoongi no ha cambiado mucho en los últimos años.

—Oh, ¡hola! —lo saluda mi madre, feliz, con una sonrisa radiante—. ¿No eres el chico del instituto? Vaya, cómo pasa el tiempo.

—¡Sí, mi amigo! —Pongo mis manos en los hombros de Yoongi—. Solo venía a preguntarme algo, puede hacerlo mañana, ¿verdad? ¡Adiós!

—¿Por qué no te quedas a cenar? —le pregunta mi madre con una amabilidad pasmosa—. Nosotros ya estamos en el postre, pero ha sobrado algo de guiso y...

—¿Por qué no te quedas para siempre? —oigo la voz de Jiho a lo lejos, al final del pasillo. O bien está embelesada o bien está a punto de tener un vahído.

—Hay sándwiches también —añade mi madre.

Yoongi me mira como si estuviera pidiendo permiso. Cuando aún estábamos en el instituto, él

venía a mi casa solo para comer los sándwiches que preparaba mi madre. Debe de haber recordado lo mucho que le gustaban, y como si le hubieran dicho que tiene a su perrito al otro lado del pasillo, Yoongi pasa a la casa de mis padres y se quita los zapatos.

—Creo que tengo un poco de tiempo.

Y luego la loca soy yo.

—¿Qué?

Yoongi aprovecha que mi madre se ha alejado en dirección a Jiho para acercarse a mí y decirme:

—Los sándwiches de tu madre eran lo mejor del mundo.

Yoongi entra en el comedor. Mi padre y él mantienen una lucha silenciosa de miradas, a ver quién aguanta más la del contrario. Al final, obligo a Yoongi a que haga una ligera reverencia al golpear disimuladamente su espalda.

—¿Y tú eres...?

—Yoongi. Mi novio —suelto.

Jiho grita. Se tapa la boca en cuanto lo digo y me veo obligada a llevarme el índice a los labios para decirle con gestos que se quede callada. Yoongi gira la cabeza para mirarme totalmente atónito y puede que ofendido, como si le hubiera dicho que Cielo parece un trozo de pollo rebozado.

—¿Él es tu novio? —Mi padre parece escéptico. Alcanza su iPad, lo desbloquea y busca «Yoongi» en Naver. Casi al instante, se levanta de la silla con los brazos abiertos, una sonrisa nunca vista en él y una alegría que pensé que había desaparecido—. ¡Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien, yerno!

—Papá, por favor, para.

—Yerno, claro, porque os casaréis dentro de poco, ¿no?

—¡Papá!

No me puedo creer que mi padre me siga avergonzando a mis veintitrés años. ¡Y no me puedo creer que acepte a Yoongi solo porque ha visto en internet que es un jodido *idol* mundialmente famoso!

El paso fundamental para que tu padre acabe aceptando a tu novio es encontrar gustos en común. Obviamente, que Yoongi lleve en la muñeca el Rolex que mi padre nunca se ha podido permitir y que tenga el dinero suficiente como para comprarnos una casita en primera línea de playa suma puntos. Sospecho que mi padre empezará a presumir más de Yoongi que de mí ahora que yo soy una decepción para él. Suspiro, pero nadie se da cuenta porque Yoongi acapara todas las miradas.

No tengo mucha experiencia en esto de presentar tu pareja a tus padres y supongo que Yoongi tampoco. Para presentarles a Dongyul planeé cuidadosamente una cena y le pedí al susodicho que no se pasara de la raya, que al menos fingiera ser simpático. La cena resultó ser un desastre a pesar de tener hasta un plan Z para salvarla; mis padres nunca aceptaron a Dongyul y él nunca terminó de llevarse bien con mi padre. De hecho, estoy segura de que se odian. Con Yoongi es distinto: no he planeado nada, todo es pura improvisación; mis padres le conocieron con dieciocho años; ahora tiene la misma estatura, pero es todo un *idol* ... y creo que mi padre ya le considera su mejor amigo.

Antes de aclararme la garganta para hablar después de unos cuantos minutos en silencio, miro a Jiho. Está absorta, hipnotizada, casi catatónica. La comprendo a niveles insospechados teniendo en cuenta que está observando a Yoongi. Chasqueo los dedos delante de sus narices para llamar su atención.

—Prométeme que no vas a decir nada sobre esto —murmuro, mirándola con seriedad. Jiho es incapaz de sostener mi mirada y termina girando la cabeza hacia la derecha. Busco su mano sobre la mesa para cobijarla entre las mías. Suavizo mi mirada y mi tono de voz, para que así crea que no voy a asesinarla si publica algo en internet—. ¿Me lo prometes?

Jiho asiente y busca mi meñique para entrelazarlo con el suyo para así sellar nuestra promesa. Sé que podrá contenerse, al menos durante unos días.

Me vuelvo hacia Yoongi. Al principio estaba un poco apático, quizá por culpa de la timidez, pero ahora está bastante más animado y habla con mis padres como si fueran los suyos. ¿La razón? Cielo. Habla del perro como si fuera su hijo. Mi padre asiente y mira a mi madre como diciendo: «¿Ves? deberíamos habernos tenido un perro en vez de una hija».

Apoyo el codo en la mesa, inclinándome ligeramente hacia delante para estar algo más cerca de Yoongi y hundo la barbilla en la palma de mi mano. Nuestros hombros se rozan.

—¿Por qué no adoptas un perro? —le pregunto a mi padre.

—Esperaré a no tener que hacerme cargo de ti —suelta.

Yoongi esboza una sonrisilla. Sí, lo fundamental para que tu padre acepte a tu novio y viceversa

es sin duda encontrar un punto en común. Ese punto ha resultado ser molestarme. Mi novio se vuelve hacia mí.

—Vaya, ya veo de quién has heredado ese sarcasmo —me dice, asintiendo como si de repente entendiera todos los misterios sin resolver del universo.

Mi madre, hasta entonces callada, limitándose a observar cómo sus sándwiches son devorados por un famoso, decide soltar la primera pregunta incómoda de la noche:

—¿Cuándo empezasteis a salir?

A Yoongi se le escapa ese ronroneo tan característico que siempre emite cuando no sabe qué decir; y yo frunzo el entrecejo, confusa. Nos miramos durante una milésima de segundo, intentando comunicarnos por telepatía o algo por el estilo. Mi padre nos mira expectante, Jiho está a punto de tener un derrame cerebral por la espera y mi madre está arrepintiéndose de haber hecho la pregunta. El silencio se ha vuelto algo incómodo. Yoongi toma aire mientras se frota la parte posterior de la oreja para hablar, pero yo me adelanto.

—¿Desde octubre...? —digo, no demasiado convencida.

—No, noviembre... ¿verdad? —Yoongi está igual o incluso más confuso que yo. Su mirada recorre todos los recovecos del suelo mientras intenta dar con la respuesta.

Ni él ni yo estamos seguros de la fecha exacta. De hecho, ni siquiera hemos pensado en este tema. Yo considero que empezamos a salir juntos en octubre, cuando él y yo íbamos a la misma cafetería todos los días a comprar dos cafés bien cargados para luego ir al estudio y hablar durante horas; Yoongi, sin embargo, cree que nuestras citas comenzaron más tarde, casi llegado diciembre. Volvemos a cruzar una mirada.

—Entre octubre y noviembre, sí. Finales de octubre y mediados de... noviembre. Sí, eso — intento sonar convincente. No lo consigo, pero mi madre asiente y sonríe, encandilada con su yerno. Me doy por satisfecha. ¡Primera pregunta superada!

—Pero... ¿oficialmente? —murmura Jiho, algo tímida. Se tapa la cara cuando Yoongi gira su cabeza hacia ella al escuchar su voz.

—Desde diciembre —contesto.

La expresión de mis padres se ensombrece un poco. Deben de creer que es un error presentarles a Yoongi cuando llevamos poco más de dos meses saliendo juntos. Mi padre me mira las manos, y un instante después, observa las de Yoongi. Está buscando un anillo de compromiso. Su reacción me hace reír; no sé si mi padre está deseando que me case para perderme de vista o si no quiere que pase por el altar hasta que tenga cuarenta años.

Yoongi se termina los sándwiches. Mi madre le ofrece tarta, un té, café, agua, lo que ha sobrado del guiso, uno recién hecho... Le ofrece hasta nuestra casa. Él, algo tímido, rechaza todo lo que mi madre le sugiere. Menos el café, por supuesto. Mi madre se levanta de la silla tan emocionada que casi se lleva por delante a la pobre Jiho, sumergida en sus propios pensamientos. Prefiero no saber qué es lo que está pasando por su cabeza y me vuelvo hacia mi padre. Lo invito a que deje de interrogar a Yoongi y le cuente lo que sea solo para que deje de incomodarlo. No deja de preguntarle cosas como: «¿Y cuál es tu sueldo neto?», «¿Tu contrato es de diez años?» y demás. No solo le hace quedar como el suegro más idiota del mundo... también como el más interesado.

Mi madre llega con una taza de café humeante a la mesa. Yoongi sonríe para agradecerse la, mi padre comenta algo sobre impuestos y yo me dedico a observar la escena y a prepararme por si ocurre algo fatídicamente horrible. De repente, Jiho ahoga un grito y se endereza.

—Entonces ¿el chico de la facultad no existe? —exclama.

Así que estaba pensando en eso todo el tiempo. Resoplo, vuelvo a tomar una bocanada de aire

para hablar y me giro hacia ella, pero Yoongi pregunta:

—¿Qué chico de la facultad?

Balbuceo algo nerviosa en vez de explicarme. No sé a quién mirar, si a Jiho o a Yoongi. Si digo que he mentido, mis padres no confiarán —si es que lo hacen— en mí y decepcionaré a Jiho. Por el contrario, si suelto que el chico de la facultad sí existe, Yoongi se pondrá hecho un energúmeno. Se cabreará conmigo, y Yoongi cabreado equivale a desastre... Y a muchas decisiones precipitadas a la par que equívocas.

Decido salvar mi relación. De todas formas, ¿cuándo han confiado mis padres en mí?

—No existe. En realidad es Yoongi —río para intentar quitarle hierro al asunto—. Durante todo el tiempo que os dije que estaba saliendo con un chico de la facultad, estaba saliendo con Yoongi. No quería decíroslo por si acaso. Tenía miedo de que alguno de vosotros publicara algo o se lo dijera a otras personas que pudieran soltarlo por ahí.

—¿Qué clase de hija miente a sus padres? —murmura Yoongi para que solo lo oiga yo. Le doy un golpe con el pie por debajo de la mesa. Se hunde en la silla, ocultando el dolor.

—Ahora que lo sabéis todo... Por favor, no digáis ni una sola palabra —Aprovecho para pedirles que mantengan la boca cerrada—. Mamá, ni siquiera se lo digas a la tía. Ni a tus compañeros de trabajo, papá. A nadie.

—No diremos nada, Aerin —sentencia mi padre, sonriéndonos.

Jiho vuelve a estar pensativa. Se muerde la yema de los dedos —costumbre que ahora tiene por mi culpa— y hace una mueca.

—Pero... ¿Por qué se lo ocultáis... a las fans?

Yoongi se yergue de nuevo en la silla. Se inclina hacia delante, mira a Jiho bastante serio y juguetea con sus dedos aparentando tranquilidad. La pregunta de mi prima ha sido una puñalada directa al pecho de Yoongi. Es como preguntarle si prefiere a su padre o a su madre, si a Cielo o a su Rolex, si a su novia o a sus fans. Sin ellas él no estaría aquí, montando la ola que le llevará a la cima de su carrera. Pensándolo así, yo no soy más que un cero a la izquierda. Pero quizá Yoongi recuerde que yo fui la chica que envió su primera audición a la agencia. Entonces las cosas se equilibran un poco.

Mi padre ha intentado cambiar de tema, pero no lo ha conseguido.

—No todas reaccionarían de la misma manera... —responde Yoongi después de pensarse la respuesta un buen rato.

—Es complicado —añado yo.

Yoongi se ríe con amargura. A pesar de su risilla, puede que ella haya hecho que Yoongi se sienta mal, dividido. Hago una mueca y abro los brazos antes de dar una sonora palmada.

—¿Os he contado que Yoongi fue quien me regaló los Valentino?

—¡Esos zapatos son carísimos! —chilla mi madre—. ¿Cómo has podido regalarle algo así a Aerin? No merece la pena gastarse tanto dinero en ella.

—Mamá. —Miro ofendida a mi madre—. ¿Quieres decir que no merezco la pena y que no debería gastar dinero en mí?

—No, yo...

—Tu madre tiene toda la razón del mundo —dice Yoongi—. No debería haberte comprado unos zapatos de tacón tan caros.

—¿Y tú crees que merece la pena gastarse medio hígado en un reloj que ni siquiera es resistente al agua? —contraataco.

Mi padre nos observa meticulosamente. Yoongi se queda sin palabras porque la pregunta del

señor Im le pilla por sorpresa.

—¿Qué viste en ella?

Alzo la cabeza para que Yoongi vea mi rostro. Creo que es un error. En vez de contestar algo romántico y que deje sin palabras a mis padres, dice:

—Eh... Tiene gafas.

Supongo que he dormido toda la noche porque, cuando abro los ojos, la luz del día me molesta. Además, Yoongi no está a mi lado y eso me deprime un poco. Él lleva un par de meses de gira y yo tengo que ir a trabajar. Lo echo tanto de menos que creo que podría explotar.

Es marzo y eso significa dos cosas: uno, CUT está de gira en América, llenando estadios y auditorios; y dos, es nuestro cumpleaños. Pensé que haber nacido unos cuantos días después que Yoongi sería una ventaja porque podríamos celebrarlo juntos, pero ahora que es un *idol* tenemos que posponer la celebración, al menos hasta que los chicos estén de vuelta en Seúl... Pude felicitar a Yoongi por teléfono, pero no es lo mismo que hacerlo en persona, darle un beso y decirle las ñoñerías que tanto odia. Es duro saber que tu pareja está a un océano de distancia. Es difícil cuadrar horarios y poder tener unos minutos libres para hablar por videollamada. No pensé en esto cuando, de adolescente, quería salir con un *idol* y tampoco cuando, hace un par de meses, decidí salir con Yoongi.

Antes de saltar fuera de la cama, miro mi teléfono móvil. Enarco las cejas. Es raro. Tengo un montón de mensajes de Jiho, de alguno de los chicos de CUT y de Thai. Alarmada, creyendo que ha podido pasar algo malo, me dispongo a leerlos. Pero antes me llama la atención un correo electrónico nuevo, de Yoongi, que tiene como título una carita sonriente. Seguro que le han hackeado.

Lo abro para asegurarme de que es él, de que él ha enviado el mensaje. Hay un archivo adjunto y el mensaje en sí no es demasiado aclaratorio. Al menos confirma que es un mensaje enviado por Yoongi. ¿Quién iba a decir si no que me jodiera?

Feliz cumpleaños. Espero que te guste. Y si no te gusta, te jodes.

Aunque me felicitó personalmente por teléfono hace un par de días, se sintió mal porque no me había comprado ningún regalo. Yo le repetí como unas mil veces que ya me había regalado los Valentino y que con ese regalo no hacía falta que me regalara nada más durante el resto de mi vida. Aun así, como el cabrón es un detallista, se ha empeñado en hacer algo. Hago click en la pestaña del archivo adjunto.

mixtape.rar

Dicen que la curiosidad mató al gato. Probablemente, ese gato sea Yoongi.

Internet está que arde, los chicos están que arden, sus fans están que arden, todo por culpa de esos malditos archivos. Cinco canciones que se han descargado ya millones de veces y que llevan cierto mensaje oculto. Son, básicamente, una declaración de amor y un problema gigantesco. Yoongi es listo, sabe de sobra cómo confirmar una relación: con una *mixtape*, una recopilación de canciones «caseras», sin tanta producción como las de un álbum.

La historia se remonta a hace un par de meses, cuando ni siquiera Yoongi y yo estábamos saliendo. Él empezó a trabajar en un proyecto «secreto» que nadie escuchó, ni siquiera yo, que suelo tener el permiso de Yoongi para oír sus nuevas pistas. Poco a poco el proyecto se convirtió en un regalo de cumpleaños y las letras se fueron transformando hasta convertirse en indirectas bastante directas.

Las fans están como locas buscando pistas, creando teorías y conspiraciones. Tienen clara una cosa: una chica ha sido la inspiración para las letras, que están fuera del estilo neutro de Yoongi. Si son un poco avisadas, notarán que las primeras letras de la primera estrofa de cada canción conforman mi nombre. Una de las desventajas de llamarme Aerin es la poca cantidad de gente con este nombre. Como mucho, habrá tres o cuatro más en Seúl y unas siete en toda Corea. Me encontrarán, estoy segura.

Las reacciones han sido muy dispares: unas adoran las letras, otras las repudian y me odian con ganas. Me odian tanto que ya he leído unas cuantas amenazas de muerte. Nadie pone en duda el talento musical de Yoongi, pero más de uno se huele el escándalo del siglo. Su estilo sigue siendo intimista y tranquilo, nada rimbombante. Suele gustar hasta a los más críticos. Sin embargo, las letras son algo más controvertidas. Son el cúmulo de todos los «te quiero» que no me ha dicho, sus emociones volcadas en una hoja de papel que ahora es una melodía. Muestran su faceta de chico romántico hasta la médula. Y luego, hay algunas partes que... Bueno, son las típicas partes que mi madre no me dejaría escuchar.

La cuestión es que el daño ya está hecho. Yo estoy paranoica, las fans también. Todo porque Yoongi tenía curiosidad por saber cómo iba a reaccionar la gente al saber que había encontrado una nueva fuente de inspiración.

Debería amar a ese idiota por haberme dedicado su tiempo, pero ahora mismo solo puedo odiarlo. ¿A quién se le ocurre publicar algo de este calibre y más aún cuando está en la cima del mundo? Podría haber sido algo entre nosotros dos. No era necesario que Yoongi gritara a los cuatro vientos lo muy enamorado está de mí.

A pesar de que he conseguido distraerme durante unas cuantas horas, siento que debo llamar a Yoongi. No me sentiré algo más tranquila hasta escuchar su voz. ¿Y si de verdad la curiosidad lo ha matado?

Una llamada, dos, tres... Eso de que «a la tercera va la vencida» es una estupidez. Es a la sexta cuando Yoongi responde, tan cariñoso y de buen humor como siempre.

—¿Qué quieres?

—Voy a arrastrarte por todo Estados Unidos, te voy a ahogar en el Pacífico y después te voy a cortar en trocitos para dárselos a tus fans —suelto de carrerilla—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿No te ha gustado? —pregunta con aparente inocencia.

—¡Sí! —exclamo sin querer—. Pero no era necesario que lo supiera todo el mundo. Ah, y muy acertado lo de incluir mi nombre.

Yoongi suspira al otro lado de la línea. Me imagino que estará sujetándose el puente de la nariz como suele hacer. Permanece callado un buen rato. Yo espero una respuesta, pero se ha quedado sin palabras.

—Yoongi —continúo con un tono algo más tranquilo—, no tenías por qué haberlo hecho. ¿Has pensado en las consecuencias?

—Joder, hablas como mi madre —se queja—. No te preocupes, sabrán entenderlo.

—He estado mirando los comentarios en las redes solo unos minutos y me he encontrado con unas cincuenta amenazas de muerte. No parece que tus fans estén muy de acuerdo con todo esto.

—Bueno, tú tampoco —protesta.

—¡Estaría de acuerdo si...! —Me frotó la sien, intentando no gritar—. Si no lo hubieras publicado de repente. Es como si hubieses tirado una cerilla a unos rastrojos. Le estás diciendo a todo el mundo que hay una chica, Yoongi...

—No podía guardarlo toda mi jodida vida. Mantén la calma, si no sales de casa, no te pasará nada —suelta, sarcástico a la par que algo molesto.

—No es por mí, es por ti y por los chicos. Venga ya, estáis de gira, vuestro disco aún está a la venta y se te ocurre publicar la *mixtape* de la nada. ¿Y si...?

—No me pasará nada, tranquila —me interrumpe, tratando de sonar apaciguador—. Ni a mí ni a ninguno de los chicos. No aparecerá una loca con una escopeta y me pegará un tiro.

—No me refería a eso, pero sin duda alguna estoy más tranquila al saber que no te dispararán en medio de un concierto. —Se produce una breve pausa en la que ninguno de los dos hablamos. Seguramente Yoongi esté arrepintiéndose de haber publicado las canciones después de pensarlo un poco, así que no tardo demasiado en animarlo—: De todas formas, gracias. No esperaba que hicieras algo así por mí. Deberías haber guardado las canciones para el álbum, ¿sabes la cantidad de dinero que podrías ganar con ellas? Son buenísimas. He llorado por tu culpa.

—¿Has llorado? —se ríe.

—Sí... —Y es verdad. Lloré en cuanto escuché el primer acorde.

—No era mi intención, pero me alegro de que hayas llorado.

Ahogo un grito, ofendida. Decido volver a la realidad, por eso le suelto la pregunta que tanto tiempo he tenido en la cabeza:

—¿Y ahora qué vas a hacer? Quiero decir, qué vamos a hacer —me corrijo—. ¿Te ha dicho algo tu jefe?

—Vamos a esperar un par de días —responde, con calma.

—¿A qué? Las aguas de los océanos de las lágrimas de vuestras fans no se van a calmar. Harán teorías, ya sabes, como esas que andan por todo internet. Y luego perderéis ventas, no...

Yoongi resopla.

—Aerin, tranquila.

—Estoy genial —miento.

Me preocupa que sus vídeos tengan menos visitas, que ganen antifans, que todo empiece a ir mal por mi culpa. CUT está de camino a la cima y yo no soy quién para estropearlo. Me temo que a partir de ahora solo tengo dos opciones y una de ellas es alejarme todo lo posible de Yoongi para evitar problemas. En este tipo de situaciones, haga lo que haga saldrá mal. Si me alejo, habrá fans que dejen de apoyar a los chicos por vete tú a saber qué argumento; si me quedo donde estoy, muchas —y muchos— se sentirán molestas porque no quieren a nadie cerca de sus *idol*, y especialmente de Yoongi. Por mucho que lo cuide, yo siempre seré la mala. Será la agencia quien tenga la última palabra. Son ellos quienes saben cómo manejar estas situaciones. Espero que nos den alguna respuesta pronto o de lo contrario no pegaré ojo en toda la noche.

—En serio, no te preocupes por nosotros. Ni por ti. No he dado detalles suficientes para que la gente sepa quién eres —dice Yoongi, después de soltar una risilla suave—. Hay muchas chicas

como tú en la faz de la Tierra.

—En una de las canciones dices que soy única, ¿en qué quedamos?

Protesta, balbuceando algo que son —seguramente— palabrotas. Me imagino a Yoongi agitando la cabeza.

—Se me da bien escribir, pero no se me da bien hablar, ¿vale? Tengo que prepararme para ir a la prueba de sonido. Te llamo más tarde.

Y luego soy yo la que siempre cambia de tema.

—Está bien. Ten cuidado. —Resignada, me dispongo a finalizar la llamada, pero antes de pulsar el botón rojo, me llevo el teléfono de vuelta a la oreja—. ¡Te quiero! —exclamo.

Puedo escuchar el bufido de Yoongi antes de colgar. Finge estar molesto, pero en el fondo le encanta que le diga cosas como esta.

No puedo resistir a la tentación y entro en internet para leer comentarios y ver las reacciones de los fans. Sin duda alguna, el impacto de la *mixtape* de Yoongi es mundial. Y seguramente, la noticia de que mantiene una relación con alguien, también.

Yoongi de CUT en una relación

Dos semanas después de que el integrante de la sensación mundial lanzara su nueva mixtape, cargada con letras románticas y referencias claras a una chica, K.K Entertainment ha confirmado esta mañana en una breve rueda de prensa que Yoongi de CUT mantiene una relación sentimental.

«Yoongi está saliendo con una amiga de la infancia desde hace tres meses», declararon fuentes de K.K, que no dieron más detalles después de confirmar lo que se sospechaba tras del lanzamiento sorpresa de las canciones. ¡Les deseamos lo mejor a la nueva pareja!

Comentarios

Ojalá todo salga bien. [+308, -91]

Qué apuestan a que no pasan ni cinco meses y ya hay una noticia de que han roto... pasa con todos los idols... [+300, -75]

Cómo se atreve a lanzar una mixtape dedicada a una chica sabiendo que puede acabar mal?? Está loco [+258, -46]

Escááándaaloo. [+200, -29]

¿Nadie se ha dado cuenta de esto? Las primeras letras juntas de todas las canciones forman un nombre: Aerin. Así se llamaba la chica a la que escribió aquella carta, no?? A lo mejor es la misma. [+105, -14]

Cambio de pestaña y me pongo al día con el tema *mixtape*. Hay nuevos artículos que me llaman la atención, sobre todo uno en especial.

Identidad de la novia de Yoongi

«Su nombre completo es Im Aerin y actualmente trabaja en una revista que tiene sus oficinas en Gangnam. Fue compañera de Yoongi durante su último año de instituto. Hace poco estudiaba medicina en la Universidad Nacional de Seúl.

Hace tiempo, cuando vio que estaba intentando sacar fotos a la decoración de un restaurante, se levantó de su asiento y vino hacia mí pensando que estaba fotografiándola. Cogió mi teléfono y lo lanzó a un jarrón con agua. También se aprovechaba de su exnovio. Seguro que hará lo mismo con Yoongi...

1.047 Comentarios

Es guapa, pero dicen que las apariencias engañan. Yo conocí a Aerin en el instituto, era una z*rra!! Alguien tiene que alejarla de oppa. [+615, -297]

Yoongi-oppa estás loco. [+592, -200]

Yo apoyo la relación porque creo que los dos están felices. Si ella no es buena para Yoongi, o al revés, me enfadaré! [+400, -82]

Trabajó en K.K durante una temporada. Ahora solo contratan a estilistas casadas!! [+267, -30]

Sin duda alguna, Dongyul es el más desequilibrado de todo este asunto. No tenía ni idea de que su obsesión conmigo estaba llegando a ciertos límites que separan una relación difícil de olvidar de un problema mental. Quizá es su afán de venganza, quizá es el hervor que le falta, o vete tú a saber qué se le ha pasado en la cabeza para publicar mi nombre y apellido, mi foto y mis datos en una entrada que ya han visto miles de personas. Soy la comidilla de todo internet, de todo Corea. Me da miedo salir del coche y que todas las niñas malcriadas del instituto de mi prima me reconozcan, que me señalen con el dedo y corran hacia mí furiosas. Vale, exagero, pero ¿quién sabe? La realidad siempre supera a la ficción. De hecho, ahora que lo pienso, mi relación con Yoongi parece que está sacada del típico libro que yo leía cuando estaba en el instituto. O peor, de una de esas novelas que Jiho lee por las noches. Se conocen, se aman, se separan y se reencuentran por arte de magia. Todo idílico y maravilloso hasta que alguien decide chafar los planes con un asesinato, por ejemplo.

Miro tan fijamente la pantalla de mi ordenador portátil que ni siquiera me doy cuenta de que la pantalla de mi teléfono se está iluminando por una videollamada entrante.

Yoongi ya ha finalizado la llamada cuando intento responder, así que no me queda otra que llamarlo mientras me lanzo a mi cama con el teléfono entre las manos. Le devuelvo la llamada, aunque, conociéndolo, no la aceptará para tomarse la revancha. En contra de mis suposiciones, contesta a la primera. Debe de estar ansioso por hablar conmigo.

—¡Hola! Me alegra verte vivo, sin hematomas, sin marcas de las cuerdas de un secuestro...

—¿Lo dices por las fans? —Yoongi también se tira al colchón de la cama de la habitación del hotel donde se encuentra. Primero se sienta, luego decide tumbarse de lado. Hunde un codo en el colchón y apoya la cabeza en la palma de su mano—. Están tranquilas. ¡No son tan malas!

—Espera, deja que te lea algunos comentarios.

Hago ademán de ir a por mi portátil, abandonado en el escritorio de mi habitación, pero Yoongi emite un quejido y me detiene.

—Los comentarios que lees no son de fans —se defiende.

—Bueno, vale, tienes razón. La verdad es que hay un montón de gente que te apoya. Además de mí misma, claro. ¡Yo siempre seré tu fan número uno!

—Joder, cada vez te pareces más a mi madre cuando hablas... —Se lleva la mano a la cara y agacha la cabeza, entre avergonzado e incrédulo. Se recompone rápidamente—. También me alegra saber que estás viva. Ya sabes, tú tienes un ochenta por ciento más de probabilidades de morir.

—Qué alentador.

Se encoge de hombros.

—Es verdad. Bueno, a lo mejor es un setenta y cinco por ciento.

Elevo los ojos al techo.

—¿Qué tal tu día?

—Entretenido —contesta, sin añadir mucho más—. ¿El tuyo?

—Como siempre. —Ahogo un grito, acordándome de lo que acabo de leer en el artículo—. Te odio. Te odio tanto que podría quitarte el papel higiénico del baño. ¡Y de toda la casa!

—¿Qué ha pasado ahora?

—Las letras, idiota. Incluiste mi nombre y hay personas que ya lo han descubierto.

—¡Vaya! Creo que mañana será un día espléndido para ir a registro civil y cambiarte de nombre —replica, sarcástico—. Aerin, tranquila. Nadie va a secuestrarte.

—No lo hago por mí, lo hago por ti. ¡Imagina que me investigan y descubren que soy un asco de persona! ¡Dañaría tu imagen y la de los chicos!

—No eres un asco de perso... —Yoongi suspira y vuelve a retirarse el flequillo cuidadosamente con las yemas de los dedos—. No va a pasarte nada, tranquila.

Hago un puchero. Cuantas más veces te repiten «tranquila», más nerviosa estás. Me hundo en el colchón y termino acurrucándome en posición fetal con el teléfono casi pegado a mi cara. Me quedo un rato callada. Quizá es demasiado tiempo porque Yoongi cree que la imagen de su pantalla se ha congelado. Estiro los brazos.

—Te echaba de menos —murmuro.

Yoongi hace una mueca de dolor, fingiendo que le ha entrado un cólico o algo similar.

—Por favor, no me digas cosas como esa.

—Oye, al menos te las digo y no te las tengo que escribir en una canción. ¡No seas vergonzoso! —contraataco. Sí, creo que estoy empezando a tener ese tonito típico de las madres riñendo a sus hijos. Me quedo un rato callada para intentar volver a la normalidad—. En serio, te echo de menos.

Ahora Yoongi finge llorar, asqueado por mis repentinas muestras de afecto. Sé que siempre oculta una sonrisilla tonta al recordar mis palabras cuando está esperando a poder hacer la prueba de sonido. Sé que Yoongi se muere de ternura cada vez que le suelto algo así, pero nunca lo admitirá.

Para evitarse un mal trago, cambia de tema.

—¿No deberías estar durmiendo? Es tarde en Corea.

—Solo son las tres de la mañana.

—Y después serán las siete y te quejarás porque solo has dormido cuatro horas. —Una vez más, tiene razón.

Suspiro.

—No te preocupes. Me despierto a las ocho y además tengo café doble preparado para mañana. Estaré genial y sobreviviré a mi trabajo.

—Estás mintiéndome —suelta.

—Me despierto a las siete y media, y tampoco tengo el café hecho.

Yoongi me sonríe con algo que catalogo como dulzura.

—Estaré contigo hasta que te quedes dormida.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho en todo lo que llevamos de relación.

—¿Todavía no estás dormida...? —ríe.

Yoongi y yo hablamos sobre lo complicado que es dormir en una cama que no te resulta familiar. Pasan los minutos y todavía no consigo quedarme dormida. Yoongi no parece irritarse por ello y la mitad de la charla está tan relajado que, cuando se quiere dar cuenta, en Corea son ya las cuatro de la madrugada. Me riñe por no dormir, pero no puedo evitar quedarme despierta para hablar con él. Doy vueltas en la cama intentando buscar una posición cómoda. Creo que son ya las cinco y media cuando por fin me duermo.

A la mañana siguiente, Yoongi todavía está ahí. Mi teléfono apenas tiene batería y la pantalla está oscura. Aun así, puedo ver a Yoongi durmiendo como un angelito reflejado en ella. Pensé que iba a finalizar la llamada en cuanto yo cabeceara... Pero se ha quedado ahí, tal como me dijo.

Es hora de irme de las oficinas de la revista. Aunque estoy aquí como modelo después de pasar por una entrevista de trabajo y un casting en el que me dijeron que no me vendría mal una rinoplastia, he terminado haciendo lo que hacen todas las novatas: ser un correveidile y ordenar papeleo. Camino pasillo abajo, dirigiéndome hacia los ascensores del edificio. Antes de llegar a pulsar el botón, las puertas metálicas se abren. Me veo obligada a dejar paso a una mujer de mediana edad algo envejecida, con el pelo recogido en una coleta y unas gafas de montura gruesa de diseñador.

Va acompañada de un chico estirado con casi la misma apariencia. La mujer se para en seco y me señala.

—¡Im! —exclama. Por culpa de mis tacones, soy casi una cabeza más alta que ella. Le cuesta poner sus manos sobre mis hombros—. Te estaba buscando.

No puedo oponer resistencia por dos motivos: uno, porque temo caerme de los tacones; dos, porque es mi jefa. Me empuja de nuevo hacia las oficinas, deteniéndose metros antes de llegar a su despacho, una sala con puertas de cristal. Me quedo delante de la mujer con las manos entrelazadas y aire inocente, con esa cara de no haber roto nunca un plato. No me resulta muy difícil ocultar mi nerviosismo. ¿Y si va a despedirme? Hoy es mi séptimo día llegando tarde al trabajo y todo por culpa de quedarme hablando con Yoongi mientras preparaba el desayuno.

—Tienes disponibilidad para viajar, ¿no? —continúa, mirándome imperturbable. Siento que es una afirmación más que una pregunta, pero no pongo pegas. Ni siquiera me deja contestar. Su mano derecha, el chico que siempre la acompaña, le entrega uno de los muchos dossiers que lleva y ella me lo tiende—. El reportaje del próximo editorial es sobre moda retro. Nos hemos puesto en contacto con una marca estadounidense, pero si viajamos hasta allí, el presupuesto para buscar a alguna modelo es prácticamente nulo. Así que irás tú.

—¿Eh? —Mi jefa me golpea con el dossier en el costado, obligándome a cogerlo. Lo atrapo entre mis manos y lo hojeo. Hay un billete de avión con destino a California—. ¿Sola? ¡Señora Kim!

Detengo a mi jefa antes de que entre en su despacho con sus aires de diva de los años cincuenta.

—Querida, mírate en el espejo. ¡Yo que tú estaba colgándome de los actores más famosos con esa carita! ¡O sería la *idol* número uno de Corea! —suelta, haciendo un gesto circular con su mano para señalar mi cuerpo—. ¡Siempre hay una primera vez para todo!

Balbuceo, sin saber muy bien qué responder. Sin previo aviso, la señora Kim me arrebató el dossier de las manos. Me amenaza, señalándome con él, y se va hacia su enorme despacho.

—Piénsatelo. Si aceptas, te llevarás un extra del setenta por ciento. ¡Tienes dos días!

Cierra la puerta acristalada en mi cara con todo el desparpajo del mundo. Con un largo suspiro, me vuelvo hacia los ascensores y camino hacia ellos, pensando en qué podría comprarme con el sueldo extra que mi jefa me ha prometido si acepto su propuesta. La verdad es que no me importaría mucho tener que viajar sola. Sopeso la idea mientras espero a que las puertas del ascensor se abran. Paso al interior. Saco mi teléfono para echar un vistazo a los mensajes, en su mayoría de Jiho, que me pide que vaya a buscarla cuanto antes. Supongo que no me quedará más remedio que arriesgarme a que me pongan alguna multa por exceso de velocidad.

Aprovechando que tengo el teléfono en la mano, llamo a Yoongi. En teoría, los chicos tienen un día de descanso antes de viajar a la nueva localización donde darán sus conciertos, pero no estoy del todo segura. Ni siquiera sé qué hora es en la costa oeste de Estados Unidos. De todas formas, marco el número mientras me acerco a mi plaza de aparcamiento. No me vendrá mal contar con una segunda opinión sobre lo de la oferta.

A la cuarta señal de la llamada, contesta.

—¿Otra vez tú?

—Sí, hola, yo también te quiero —bufó. Estoy a un par de pasos del coche. Tengo que buscar las llaves en mi bolso sin fondo, así que sujeto el teléfono con el hombro y lo pego a mi oreja—. Quería hacerte una consulta rápida.

—¿Acaso soy pitoniso?

—Mi jefa me ha hecho una oferta de trabajo: un viaje prácticamente gratis a California para realizar un reportaje fotográfico. Me pagarán un extra —comienzo a decir—. Joder, ¿dónde están las llaves...?

—Tu jefa te paga un viaje y tú no encuentras las llaves —resume él—. ¿Y?

Alzo mi mano en cuanto tengo las llaves del coche entre mis dedos. Por fin puedo abrir la puerta del conductor.

—¡Aleluya! —chillo.

Escucho cómo resopla.

—¿Cuánto es el extra?

—El setenta por ciento de mi sueldo. No está tan mal.

Yoongi hace cuentas mentalmente, se queda un buen rato en silencio. Yo, mientras tanto, lanzo mi bolso al asiento del copiloto, me acomodo para pisar bien los pedales y me pongo el cinturón de seguridad.

—No, no está nada mal —dice por fin Yoongi—. ¿Cuál es el tema de la sesión de fotos?

—Moda retro.

—Hazlo. Con el extra te podrás comprar otros zapatos —me anima, cortándome—. Si te apetece, adelante.

—En realidad, si lo hago, es por el viaje a California.

Yoongi ata cabos. Debe de estar demasiado cansado y por eso no se ha dado cuenta de que mi destino es el mismo que el suyo. Podríamos vernos sin problema, en un país extranjero, sin tener a *Dispatch* o a fans locas pisándonos los talones.

Quizá vernos en Estados Unidos no es tan mala idea como pensaba. Quizá estaremos más tranquilos, quizá podremos pasear con los dedos entrelazados, quizá podríamos actuar como una pareja normal de turistas durante un par de horas.

—Que le jodan, Aerin. Dile a tu jefa que has paseado por treinta pasarelas y que aceptas la oferta.

Sonrío.

Aunque Yoongi no ha sonado cursi ni mucho menos, sus palabras rudas son sinónimo de un «da igual, quiero verte».

Pongo el coche en marcha.

—Bueno, entonces le diré que sí. La de cosas que hago por ti...

Yoongi ha debido de escuchar el rugido del motor, así que ha supuesto que estoy conduciendo.

—Ten cuidado y todas esas mierdas, idiota. Ya sabes, lo que suelen decir en las series y todo eso.

—Está bien... Cuelga tú.

—¡Hasta nunca!

Y, tal como le he dicho, finaliza la llamada. No me sigue el juego del «cuelga tú». Como de costumbre, mi intento de romanticismo se ha ido al garete.

Una brisa suave golpea mi rostro, revolviendo los mechones de mi flequillo que una estilista acababa de peinar. Aunque no ha comenzado la sesión de fotos, que es al aire libre en un motel reformado con una estética rimbombante de los años sesenta, estoy nerviosa. No puedo evitar llevarme las uñas a la boca para mordisquearlas, pero acaban de hacerme la manicura y no puedo estropearla.

Sí, finalmente acepté el trabajo. Quizá la haya cagado al aceptar el extra, pero al menos sé que mi foto aparecerá en una revista en vez de estar en internet recibiendo comentarios vejatorios.

Me piden que pose al lado de la piscina con toda naturalidad. Sin más remedio, me acerco al borde con cuidado de no caerme y miro a la lente del objetivo. Sin duda alguna, esto es muy diferente a sacarse *selcas*. La sesión continúa con el equipo directivo pidiéndome que deje de estar tan nerviosa. La fotógrafa decide tomarse un descanso. Me siento en una de las sillas de tela tras las cámaras, cubriéndome del sol. Alguien muy amable me trae café con hielo, ni muy aguado ni muy fuerte. Doy un primer sorbo. Está perfecto, como a mí me gusta. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor, intentando reconocer a la persona que está preparando los cafés.

Me cuesta reconocer una figura a lo lejos, también resguardándose del sol y de la brisa en el porche del motel. Reconozco el brillo inigualable de la correa de plata que rodea su muñeca y también su gorra preferida. Oculto una sonrisa tras el vaso de café.

Yoongi me hace un gesto para que no me acerque a él, pero después me saluda con la mano disimuladamente. Alguien lo acompaña, en concreto dos personas. Quizá sean su *mánager* y uno de los chicos. Yoongi, que ha captado mi atención, me enseña su pulgar para darme ánimos. Uno de sus acompañantes hace un corazón con los brazos y enseguida identifico a Hojun. Hago un gran esfuerzo por no reírme.

—Aerín, ¿continuamos? —me pregunta una de mis compañeras de la revista.

Asiento. Me alegra que Yoongi esté aquí, aunque a lo mejor él no tanto. En la siguiente foto poso en bañador.

Al tratarse de un reportaje de ropa retro, el bañador no es uno de los más reveladores del universo. Lo único que queda al descubierto son mis hombros —porque no lleva tirantes— y mis piernas. Es negro, así que contrasta a la perfección con mi piel extremadamente pálida. Mientras la peluquera da los últimos toques a mi pelo para dejarlo como si estuviéramos en los años cincuenta, echo un vistazo a Yoongi. Veo con el rabillo del ojo que se ha apoyado de costado en una de las columnas del porche, con esos aires soberbios, con la barbilla ligeramente alzada y apuntando hacia mí. No me quita el ojo de encima. Tengo que reprimir mis ganas de acercarme a

él, plantarme a dos centímetros y decirle que deje de mirarme. ¡Nadie me va a comer! Yoongi está cruzado de brazos. Aprovecho que nadie del equipo me mira para saludarlo con socarronería, moviendo los dedos.

Estamos casi a finales de marzo. Obviamente, no es la mejor época para posar en bañador. La brisa ahora es mucho más fría y hiela mis piernas descubiertas. Ojalá la gente se hiciera una idea a las penurias que pasan las modelos solo para conseguir una buena foto. Siento que soy Sandy disfrutando de sus vacaciones de verano antes de ponerse a cantar con un malote en el instituto. Creo que podría acostumbrarme a todo esto: a las cámaras, a la gente asegurándose de que cada mechón de mi pelo está en el lugar perfecto, a cambios de vestuario y a posar con aparente naturalidad. El reflejo del reloj plateado de Yoongi me distrae, así que me giro ligeramente hacia él. Él se ríe, quizá avergonzado, y a mí se me pega su sonrisa. Trato de disimularlo porque han empezado con la ráfaga de fotos.

Curiosamente, cuando me levanto para ver la «foto perfecta» —así la ha denominado la fotógrafa—, resulta ser una en la que salgo riéndome con disimulo. Dicen que es la más natural, en la que estoy más relajada. Me animan a seguir así. Solo dos fotos más para la revista y habré terminado con mi primer trabajo como modelo en el extranjero. Estoy ilusionada a la par que asustada. La única pregunta que me ronda por la cabeza es «¿qué pasará ahora?». Lo que tengo claro es que ahora no puedo arrepentirme; lo hecho, hecho está. Además, Yoongi no dejaba de repetírmelo. Supongo que sus palabras me han servido de algo.

Por fin puedo quitarme los tacones y ponerme la ropa sobria y oscura con la que he llegado a California. Me dejo el maquillaje y el último peinado de hoy, que consiste en unas ondas bastante exageradas. Me despido de todo el equipo después de estar un buen rato atacando la mesa del catering. Todos han sido muy agradables conmigo y se han portado genial teniendo en cuenta que soy una modelo novata. Camino al lado de la única persona que me acompaña desde Seúl —una asistente que conoce las carreteras del condado bastante bien—. Antes de irme en dirección contraria, me detengo.

—Tengo unos amigos aquí —suelto—. ¿Te importaría que me quedara con ellos...?

No le debe de importar demasiado. Se vuelve hacia mí, hace un gesto desinteresado con la mano y se va hacia el coche gris que nos ha traído hasta aquí. Da gusto tener compañeras de trabajo como ella cuando no quieres que se entrometan en tu vida. ¡Es maravilloso!

En vez de ir hacia el coche nacarado, voy hacia uno mucho más grande de un elegante color negro. Miro hacia todos los lados antes de agarrar la manija y tirar de la puerta. En el interior del coche, Hojun habla animadamente desde el asiento del copiloto. Detrás de su mánager, está Yoongi. No, no parece muy contento.

Le hago el vacío y me siento a su lado, guardando la distancia del asiento central. Me inclino hacia delante para hablar con Hojun y el mánager de los chicos.

—Gracias por venir a buscarme.

—Ha sido idea de *hyung* —dice Hojun para que Yoongi no se quede sin mérito. Cruzan una mirada cómplice a través del retrovisor. El pelinegro carraspea para recordarle a su amigo que se ha olvidado de algo—. ¡Ah, perdón! Ha sido idea del genio de la casa, por supuesto. ¿De quién si no? —rectifica.

Me abrocho el cinturón de seguridad después de cerrar la puerta. Me vuelvo hacia mi novio. Vocalizo un «gracias», discreto y silencioso. Él se limita a asentir con una sonrisilla.

Hojun rompe el hielo preguntándome cuándo saldrá el ejemplar de la revista. Yoongi pone expresión de ofendido, abriendo la boca y frunciendo el ceño. La escena se torna cómica en vez

de volverse un auténtico drama. Hasta el mánager, que trata de atender a las instrucciones del GPS, ríe.

—¿Por qué quieres un ejemplar de la revista? —espeta Yoongi con ese tono más bien gracioso en vez de amenazante.

Hojun se encoge de hombros.

—¿No puedo tener uno?

—¡Claro que puedes! —Entro de cabeza en la conversación—. Te enviaré uno recién salido de la imprenta, firmado y todo.

Yoongi iba a protestar, pero lo único que puede hacer es mirarme como si se hubiera llevado la decepción de su vida. Suspira. Mira hacia el exterior por la ventana.

—Yo también quiero uno...

—Si lo quieres firmado lleva un extra de cien mil wones.

—¿Para qué quieres cien mil wones si siempre te invito a cenar?

Hojun se ríe, volviéndose para vernos.

—A veces no sé si os odiáis o si os amáis. Siento que sois como una pareja casada desde hace treinta años.

Yoongi hace una mueca de asco, yo agito la cabeza.

—Uf, no, qué horror —digo.

—¿Aguantar a Aerin treinta años? ¿Yo? Ni de coña —suelta Yoongi, haciendo que su mánager se ría de nuevo. Debe de saber cuál es la realidad de alguien casado durante mucho tiempo.

El trayecto en coche no dura mucho. Llegamos por fin al hotel donde se alojan los chicos y el resto del equipo. No es un edificio que llame la atención y no parece haber fans alrededor, cosa que es de agradecer. Bajo del coche mucho antes que Hojun, Yoongi y su mánager. La única maleta que llevo conmigo es de equipaje de mano, así que no necesito a nadie que me ayude.

Espero en el vestíbulo del hotel a Yoongi, que sale disparado hacia aquí después de que el mánager le recuerde algo sobre sus horarios. Se acerca a mí, coloca su mano caballerosamente sobre mi cintura y me lleva hacia los ascensores sin mucha prisa.

Allí, se separa un poco y se apoya sobre la pared, como de costumbre. Aprovecho para quitarle su gorra negra y ponérmela. Agito su pelo.

—He dicho al resto que les invitarás a comer con tu paga extra —me dice Yoongi segundos antes de que las puertas del ascensor se abran. Supongo que con «el resto» se refiere a los chicos.

—¿Qué te parece si lo posponemos hasta que estéis de vuelta en Seúl? —propongo—. ¡A modo de fiesta de cumpleaños! ¡Y de celebración porque estáis de vuelta!

La propuesta parece convencerla, pero lejos de decirme que es una buena idea —a pesar de que tenemos que esperar cerca de dos meses para llevarla a cabo—, se encoge de hombros antes de que el ascensor se detenga.

Salgo a un pasillo ancho con dos sentidos. Yoongi me conduce hacia la derecha. Es como si fuéramos amantes. O como si esto fuera una película de James Bond. Caminamos sin hablar demasiado hasta una puerta situada casi al final del pasillo. Yoongi la abre utilizando la tarjeta del hotel. Deja que yo pase a la estancia, que es bastante grande. La luz del día y la calidez de la madera del mobiliario hacen que sea una habitación bastante acogedora. A juzgar por la única cama y la única maleta, duerme solo.

—¿Hasta cuándo te quedas? —pregunta Yoongi, detrás de mí.

Lo siento cerca, así que me giro para verle.

—Hasta el miércoles. Tres días.

—Nosotros nos vamos el martes.

Eso reduce el tiempo que podemos vernos a un único día, a unas cuantas horas. Aun así, esbozo una sonrisa. Algo es algo. Termino reduciendo la distancia y me pego a Yoongi, dejando que el peso de mi cuerpo recaiga sobre él. Hago un puchero y rodeo su cuello con mis brazos.

—Habrá que aprovecharlo.

Yoongi pone los ojos en blanco, aunque se ríe después.

—Solo son las cinco de la tarde.

—Vale. Cuando sean las cinco y cinco, avísame.

—En cinco minut...

—Te sorprendería la cantidad de cosas que puedo hacer solo en cinco minutos —digo, convencida. Utilizo mi mano izquierda para acomodar las manos de Yoongi alrededor de mi cintura—. Puedo ganar una partida de ajedrez. —Beso rápidamente sus labios, juguetona.

—Solo si ya llevas treinta horas jugando —bufa.

—Puedo preparar un plato de pasta. —Vuelvo a besarlo. Él hace que sea un beso algo más largo y húmedo.

—Si es precocinado y solo tienes que meterlo en el microondas.

—Puedo hacerte cabrear en menos de cinco minutos. —Yoongi vuelve a recibir uno de mis besos, pero él mismo lo detiene. Se debe de haber acordado de algo—. ¿Ves?

—Te dije que no quería que posaras en bañador.

—¿Por qué? No me digas que vas a ser ese tipo de novio posesivo de mierda que dice «no te pongas eso porque vas muy provocativa» —suelto casi de carrerilla. Yoongi resopla—. Si eres uno de esos, lo nuestro ha terminado.

—Sabía que no ibas a estar cómoda —se explica—. Además, seguro que había tíos mirándote raro.

—¿Lo dices por ti?

Se queda con la boca abierta, pero no logra decir nada.

—Solo quería que estuvieras bien —dice tras un buen rato en el que yo no puedo evitar sonreír.

Le doy un sonoro beso en la mejilla, apretándola, como esos que dan las abuelas a sus nietos más queridos.

—¡Si en el fondo tienes corazón!

Mi amplia sonrisa se le contagia y Yoongi termina sonriendo también. Lo sé porque cuando vuelvo a besarlo en los labios noto el ligero roce de sus dientes de vez en cuando, justo cuando me separo para recuperar algo de aire.

Suena cursi y hasta tóxico, pero hay veces que encuentras a alguien que puede ser como una droga.

Durante unos minutos que parecen segundos, el único sonido que interrumpe el silencio de la habitación es el de nuestros labios chocando. Yo sujeto su barbilla y lo obligo a que me bese. De repente, Yoongi se separa de mí y me mira con determinación —y puede que una pizca de ilusión—. Ha tenido una idea.

—¿Te apetece hacer turismo?

Ahogo un grito.

—Debes de estar de coña.

Niega con la cabeza y sonrío. Está de buen humor, así que supongo que es cierto. Quiere irse por ahí, sin manager, sin sus compañeros, en una ciudad que es enorme y que ninguno de los dos conocemos. Inspiro con fuerza y suelto todo el aire.

—¿Sí o no? —insiste.

—¿Estás loco?

A modo de respuesta, mientras se ríe, se acerca a una de sus maletas y rebusca algo de ropa para que pueda cambiarme.

—¡Vístete! —me ordena—. Nos vamos.

Resignada, acepto la camisa de cuadros que me ofrece. Está arrugada, pero supongo que no quedará del todo mal cuando me vista.

—¿Estás seguro de que quieres dejar tirados a los chicos? —pregunto.

—No creo que se enfaden. Vamos a algún sitio que esté cerca. Tómatelo como si fuera... Yo qué sé, una cita.

Impaciente, Yoongi me lleva hacia la puerta mientras yo me peino con los dedos. Cojo mi bolso y salimos juntos de la habitación. Yoongi me lleva la delantera por unos segundos, pero como somos casi de la misma altura no tardo mucho en alcanzarlo. Él, sin rechistar, deja que rodee su brazo con los míos y que aprisione su mano.

Hago que se detenga cuando me doy cuenta de que aún tiene restos de mi pintalabios. Me río, busco en mi bolso las toallitas que siempre llevo encima y sin decir nada, froto su cara, como si yo fuera su madre y él mi hijo. Después de que él arrugue la nariz, retoma el camino hacia el ascensor. Lanzo la toallita en dirección a una de las papeleras del pasillo y acierto de pleno.

En el corto trayecto en el ascensor, decido buscar qué hacer por la ciudad. Grito —literalmente — cuando veo que lo primero que sale en el buscador es la imagen de un parque de atracciones. Yoongi se pega a la pared metálica del ascensor, asustado, y yo le enseño con insistencia la pantalla de mi teléfono.

—¡Es Disneyland! ¡¿Y si vamos a Disneyland?! —Me siento como una niña pequeña. Yoongi enseguida pone sus manos en mis hombros, intentando calmarme—. ¿No? Vale. Tendré que ir sola. Aunque, admítelo, Yoongi: a ti también te haría ilusión ir.

—Bueno... no mucha, pero...

—Me lo tomaré como un sí —suelto, cortándole y dirigiéndome al vestíbulo del hotel con toda la decisión del mundo. Él me sigue, seguramente protestando. Cuando está a mi lado, lo observo. Va con el rostro al descubierto—. Oye, ¿vas a ir así...?

Como si se hubiera acordado de repente de que es famoso, se gira sobre sus talones y vuelve al ascensor arrastrando los pies. Desventajas de haber alcanzado la cima: no poder salir a la calle sin una gorra y gafas de sol para ser menos reconocible.

—¿Crees que los perros pueden ser gays?

—Aerin, estás borracha.

—No. Te lo digo en serio —hablo. No siento que el alcohol se me esté subiendo a la cabeza, pero a lo mejor sí es verdad que está haciendo estragos en mí—. ¿Crees que los perros pueden ser gays? A lo mejor Cielo encuentra el amor en algún otro macho, no sé... —Doy un sorbo a mi mojito y miro por la ventana del restaurante en el que hemos terminado.

Ya es de noche y a lo lejos puedo ver las montañas rusas de Disneyland iluminadas con miles de colores. Yoongi se echa las manos a la cara por quinta vez y se ríe a costa de mis preguntas.

—Ay, Yoongi, ¡no estoy borracha! Deja de tomarme el pelo... Solo he bebido dos mojitos.

—Es que has perdido la cuenta. —Parece decirlo en serio, pero no me mira. Oculta una sonrisa. Agito la cabeza e intento despejarme. Inspiro con fuerza y, como de costumbre, cambio de tema

rápidamente para fingir que no ha pasado nada. Me llevo a la boca unas cuantas patatas fritas que vienen de guarnición en mi plato. No tienen nada que ver con las que venden en Corea. Alzo mi tenedor.

—¡Dios, o quien sea, bendiga a los Estados Unidos de América! —suelto. Total, nadie va a entenderme aquí. Es lo bueno de ser extranjera—. ¿Puedo comerme también tus patatas? —Yoongi, casi encandilado, empuja su plato medio vacío hacia mí. Ha dejado todas sus patatas fritas, como si ya hubiera previsto todo esto—. Gracias... Siempre pagas por mí. Me haces sentir en deuda. Literalmente; si tuviera que pagar todas nuestras cenas tendría que hipotecarme.

—No seas exagerada, tampoco es para tanto.

¿Que tampoco es para tanto? Estamos en uno de los restaurantes mejor valorados según internet y no es precisamente barato. El jefe de cocina es un reputado chef, pero es más de lo que yo me puedo permitir. Yoongi, en realidad, es también algo que no me puedo permitir.

Mi ataque repentino de baja autoestima hace que se me quite el apetito. Aparto el plato con un suspiro y me termino lo que quedaba del mojito con un par de tragos.

—Estoy llena.

—¿Y? —Sabe que hay algo más. Yoongi sabe que estoy pensando en algo que no debería. El disgusto se me nota en la cara y él me conoce lo suficientemente bien para saber que el hambre no se me ha quitado por comer dos patatas más.

—Y... Voy a reventar los pantalones como siga comiendo.

Él alza los ojos.

—No me refería a eso.

—¿No? Ah, pues yo pensaba que...

—¿Necesitas otro mojito más para decírmelo? —pregunta, con un tono un poco agrio, más a la defensiva.

Evito su mirada y fijo la mía en las luces de las calles de Anaheim, animadas a pesar de ser de noche. Me recuerda a Seúl. Me paso la mano por el pelo, deshaciendo algunos nudos con los dedos.

—Es solo que...

—Como sigas así se me va a acabar la pila del Rolex —me urge, sarcástico.

Sé que no va a dejar de insistir. Bebo de su cóctel. Ni siquiera sé lo que es o si le ha gustado porque está casi intacto.

—Es mi autoestima de mierda, ¿vale? Debe de ser cosa del alcohol —me excuso—. Siento que no deberías hacer todo esto por mí.

—¿Eres gilipollas?

—Perdona, ¿algún problema con los gilipollas? —exclamo, sintiéndome un poquito ofendida. Bueno, en realidad finjo estarlo para ocultar esa tristeza repentina que siempre llega cuando menos te lo esperas.

—¿Por qué dices que no tengo que hacer todo esto por ti? —Lejos de sonar enfadado, Yoongi parece sorprendido, incrédulo. Se reclina un poco en la silla.

—¿Porque soy una basura de persona?

—Aer... —Una risilla algo irónica le interrumpe—. ¿Qué te pasa?

Agacho la cabeza.

—¿No crees que soy una egoísta por salir contigo? —Yoongi me escucha atento— Hay mucha gente que te apoya, los chicos están pendientes de ti y yo... Siento que sólo estorbo. Mucha gente dice en internet que estoy aprovechán...

—Yo no creo que estés aprovechándote —me interrumpe antes de que pueda terminar la frase —. Eh, en serio. —Yoongi se inclina un poco hacia delante, hacia mí. Habla un poco más bajo. Nadie va a entenderlo porque todo el mundo aquí es occidental y dudo que sepan coreano, pero aun así baja el tono de voz—. No lo pienses. Créeme, no me debes nada. No te sientas en deuda conmigo ni ninguna de esas mierdas. Si haces caso a todo lo que te dicen, no llegarás a ningún sitio.

Supongo que lo dice por experiencia. Hago una mueca.

—Lo intento...

—Eres la mejor y punto.

Mi expresión cambia por completo: paso de estar cabizbaja a ser la viva imagen de la sorpresa, con la boca tan abierta que podría dislocarme la mandíbula. ¡Señoras y señores, estamos presenciando un milagro! ¡Min Yoongi diciendo algo bonito! ¡Es su día de suerte, compren lotería!

—Bueno, ya era hora de que te animaras a decirme algo relativamente romántico —suelto cuando me he recuperado del shock y del bajón de autoestima.

Yoongi enseguida arruga la nariz.

—Ya estamos jodiendo el momento.

Le sonrío.

—Tú también eres el mejor.

Finge que le dan escalofríos.

—Uf, ¿no te resulta muy raro decir cosas como esta...?

—Sí, la verdad. Es como... antinatural.

—Cursi.

—Lo que eres tú.

—Mira, yo me voy. —Alza las manos a modo de rendición y arrastra la silla por el suelo de madera para levantarse acto seguido. Se cala bien su gorra con visera a pesar de ser de noche. Hace ademán de irse, pero vuelve hacia la mesa y me espera.

No tardamos mucho en salir del restaurante. Está en una calle bastante céntrica y probablemente volveremos al hotel en taxi. Yoongi no tarda mucho en buscar mi mano. Puede hacerse el duro todo lo que quiera, pero en el fondo es un sentimental. Entrelaza sus dedos con los míos sin mediar palabra.

A lo lejos, cruzando hacia la otra acera, veo a dos mujeres con las fundas de unas cámaras fotográficas colgadas al cuello. Entorno los ojos para ver mejor, pero parecen simples turistas que están sacando fotos a las llamativas luces y carteles de neón. Yo hubiera hecho lo mismo, la verdad. De hecho, saco mi teléfono y hago una foto con la mano que tengo libre.

Un taxi blanco se para frente a nosotros. Nos subimos casi sin pensarlo, sin saber si vamos a ser secuestrados y vendidos al mercado negro; sin saber si el conductor tiene idea de dónde está el hotel. Nos sentamos en la parte trasera, juntos, y le doy indicaciones al taxista lo mejor que puedo. Yoongi se limita a asentir como si entendiera lo que digo. Estoy tensa durante todo el viaje, creyendo que vamos en la dirección contraria. Cuando veo a lo lejos el edificio del hotel, suspiro aliviada. Yoongi hace un esfuerzo para no reírse. Golpeo su rodilla antes de salir del coche. Esta vez, pago yo. Mi cara bonita debe de ser un vale de descuento porque el conductor resta del precio original seis dólares.

Recorremos el vestíbulo del hotel, como hemos hecho esta tarde. Yoongi coloca una mano en mi cintura, caminamos hacia el ascensor, me coloco su gorra... Pero esta vez, en lugar de detenernos en el décimo piso, paramos en el sexto, donde las habitaciones no son tan grandes ni tienen buenas

vistas. Salgo hacia el pasillo enmoquetado.

—Suerte con tus conciertos —le digo a Yoongi.

—Suerte con tus... cosas de modelo.

Las despedidas siempre son amargas. Aunque no es definitiva, no veré a Yoongi por mucho tiempo. Él se marcha a recorrer el mundo y yo vuelvo a casa, a Seúl, y probablemente no lo veré en meses. Qué jodido es tener un novio famoso. No sé cómo podía fantasear antes con esto...

Él también se queda en el pasillo para evitar que las puertas del ascensor se cierren delante de sus narices. Voy a quitarme su gorra, pero me detiene.

—Quédatela —dice, haciendo un gesto apático con la mano—. Parece que trabajas en McDonald's, pero bueno, tiene su punto.

Me río.

—Creo que esa es mi verdadera aspiración en la vida... trabajar en un McDonald's.

—Nunca es tarde —me dice. Parece reacio a volver al ascensor e irse, pero no le queda otra. Suspira, cansado.

Agarro su mano.

—Ay, pobrecito, ¿vas a echarme de menos?

—No, no. —Agita la mano para deshacerse de mí—. No voy a echarte de menos ni nada de eso... Me llamarás, digo yo. Algún día, supongo.

—Si quieres hasta te mando señales de humo —suelto—. ¿Así te quedas más tranquilo?

—Tranquilísimo.

Finalmente nos acercamos. Me da un beso cálido, de esos que solo él sabe dar. La visera de la gorra nos molesta un poco, así que al final opto por quitármela y dejarla sobre su cabeza mientras sigue besándome. Me separo de él con suavidad cuando necesito tomar una buena bocanada de aire. Lo empujo suavemente hacia el ascensor.

—Que no se te olvide enviar la paloma mensajera —me recuerda, señalándome con el índice—. Nos vemos en Seúl. ¡Nos debes un banquete!

Asiento, sonriente, todavía sintiendo la calidez de sus labios.

Yoongi de CUT y su novia en Estados Unidos

Hace un par de días el integrante de CUT y su pareja aparecieron por los restaurantes de las calles de Anaheim después del exitoso concierto del grupo en la misma ciudad.

[Fotos]

Comentarios

♥♥♥ fighting ♥♥♥ [+490, -200]

No sé cómo ha terminado con alguien así... él parece un chico ordenado y educado... ella un desastre seguro que está saliendo con él por la fama. [+320, -180]

La próxima yoko ono. [+93, -40]

—Sabía que iba a pasar —bufo, sujetando mi teléfono móvil con el hombro y pegándolo a mi oreja para tener las manos libres—. Pero me da igual; la verdad es que salgo monísima.

Me siento en el suelo de la cocina mientras escucho el largo y pesado suspiro de Yoongi al otro lado de la línea telefónica.

—Eso es porque se te ve de lejos —ataca Yoongi.

Sé que está fingiendo. Aparenta estar tranquilo, modula su voz para que no note el nerviosismo en ella. En el fondo, yo también estoy haciendo lo mismo. Que nuestras fotos estén ahora por todo internet ha causado mucho revuelo y, obviamente, todo el mundo está que echa humo. Incluidos nosotros. Además, estar separados hace que sea un trago más difícil. Él estará preguntándose todo el rato si estoy bien y yo estaré haciendo lo mismo. La agencia de Yoongi no puede hacer nada por eliminar los archivos. Y yo, que no soy de la CIA ni nada por el estilo, menos. Solo nos queda vivir con ello, ser conscientes de que seguirán nuestros pasos estemos donde estemos: Seúl, Daegu, Bosnia, Seychelles o la Patagonia.

—Pues menos mal que no han hecho zoom en tu cara, Yoongi —replico—. ¿Has leído ese comentario...? ¿El de «van demasiado rápido»?

Suelta una risilla entre amarga e irónica.

—Si supieran...

También somos conscientes de que la prensa sensacionalista y sobre todo quienes aman los rumores moverán tierra, mar y aire para crear algún escándalo. Todo para esta sociedad es un escándalo. Un adulto bebe un par de copas y *voilà!* ya tienes un escándalo para todo un mes que daña la reputación de un grupo entero. ¿Que la chica va despeinada? ¡Seguro que vive debajo de un puente! ¿Que la pareja sale a cenar como cualquier otra pareja? ¡Seguro que ella ya está embarazada de tres meses! ¿Que ella ha conseguido un trabajo como modelo? ¡Lo ha conseguido por su novio! Ojalá esas «fans» se cercioraran de que sus *idols* son personas normales: ríen, duermen, cagan, eructan, tienen amigos, una familia, novio, novia, sexo y, probablemente, muchísimo estrés. Pero no pasa nada, son *idols* más inmaculados que la mismísima virgen. Espero que las cosas cambien; aún tengo un poquito de fe en la humanidad... Aunque tengo la sensación de que la perderé pronto.

Decido zanjar el tema. Está claro que no podemos hacer nada al respecto. Solo podemos callarnos y no armar mucho bullicio.

—¿Qué agenda tenéis para hoy?

—Un par de entrevistas, grabar y volamos a Seúl —dice rápidamente Yoongi—. Estaremos un

par de días allí antes de seguir con la gira. ¿Y tú?

—No gran cosa... Supongo que me llamarán cuando haya algún *casting*, alguna oferta o yo que sé qué —suspiro—. Ahora mi agenda está tan limpia que tengo hasta tiempo libre para ir de compras. Bueno, en realidad no porque con lo que gano apenas pago el alquiler, las facturas y la comida, pero tú ya me entiendes.

—Hablemos de asuntos importantes. ¿Qué hay de esa comida que me prometiste?

Me quedo en blanco un par de segundos hasta que por fin lo recuerdo.

—¡Ah! Aún no sé dónde puedo llevar a cenar a siete chicos que suelen comer caviar y beber Dom Perignon.

—Eh, eh, no te pases. El caviar no nos gusta. Además, sabes que nos conformamos con cualquier cosa. Lo importante es la compañía.

Sonrío.

—Tienes razón... Sé que no te gusta que te diga cosas de estas, pero estoy deseando que vuelvas aquí.

Yoongi suelta una risilla, y después, con un tono algo melancólico, me dice:

—Yo también quiero volver lo antes posible. Te echo de menos.

Espero impacientemente a las puertas de un viejo restaurante escondido entre las calles vívidas del barrio de Gwangjin, siempre llenas de universitarios, puestos de comida callejera y algún que otro turista. Los chicos de CUT están por fin de vuelta en Seúl tras una gira por todo el continente americano, así que, por fin, puedo ver a Yoongi. Quizá un restaurante lleno de gente no sea un lugar demasiado adecuado para encontrarnos, pero no importa. Ya no tenemos nada que perder. Además, Yoongi no viene solo: viene con el resto de sus compañeros. Siendo sincera, también echo de menos las risas contagiosas de Hojun, los chistes de Soohwan, las voces suaves de Haein e Insoo, las bromas de Seungchol y las conversaciones con Namjoon.

A lo lejos, entre otras figuras que no reconozco, veo a los chicos. Obviamente no visten con las chaquetas brillantes y las camisas coloridas que llevan en sus conciertos, algo que les ayuda a mezclarse con el resto de los transeúntes. Es raro que un grupo tan conocido nacional y mundialmente como ellos pase desapercibido entre una multitud, pero es que, en el fondo, los chicos siguen siendo personas cualesquiera.

Sonrío de oreja a oreja cuando Hojun se lanza a mis brazos. Me abraza rápidamente, y como si yo fuera la famosa y no ellos, los chicos me rodean con sus brazos y cruzan unas breves palabras conmigo. Yoongi es el último de la improvisada cola que se ha creado para saludarme. Esto parece un *fansign*. Ahora tiene el pelo más largo, algo más claro y ligeramente ondulado. También ha ganado algo de peso. Lo veo más guapo que otras veces, pero antes de decírselo para que se avergüence delante de sus compañeros, él decide echarse a mis brazos también. Correspondo al abrazo, pero justo cuando apoyo mi barbilla en su hombro, se separa de mí. Haein, y sobretodo Seungchol, lo miran con una sonrisilla pícara y hasta el más pequeño se atreve a subir y bajar las cejas con intención de abochornar a su *hyung*. Parece que no soy la única que disfruta al ver a Yoongi sonrojarse. A pesar de ser un *idol* de lo más profesional, Yoongi sigue siendo tímido. Paradojas de la vida.

Caminamos hacia el interior del restaurante comentando entre risas qué hemos hecho durante estos meses. Una mujer joven nos lleva hacia una enorme mesa de madera situada al fondo del local, desde donde podemos ver la cocina y donde estamos protegidos de miradas indiscretas; no hay ventanas. Me siento entre Yoongi y Soohwan, que grita porque los más pequeños del grupo no dejan de decirle que es demasiado viejo para sentarse en los taburetes que acompañan a la mesa. Sigo pensando en lo pintoresca que es la escena: siete chicos que visten con ropa de diseñador y llevan relojes en sus muñecas que cuestan lo mismo que toda una carrera universitaria sentados en un restaurante cuyos menús no superan los diez mil wones.

Todo marcha sobre ruedas: hay risas, varias latas de cerveza en la mesa, las conversaciones son agradables, Yoongi se atreve a comentar que está orgulloso de mí porque dentro de poco tendré mi primer contrato con una marca de cosmética para ser su imagen publicitaria... Todo es luz y color hasta que reconozco en la cocina los tatuajes de alguien que no prefiero mencionar. Sé que me ha visto, o al menos ha escuchado mis carcajadas. Intento no pensar en que Dongyul está aquí para que esa sensación de felicidad, de estar completa, no desaparezca y deje paso al nerviosismo. Yoongi y los chicos están conmigo, y eso debería ser lo único que me importe.

La cena se anima cuando llegan más platos a la mesa. Yo he sido la única que se ha atrevido a pedirse el *tteokbokki* más picante, así que esto se ha convertido en una competición para ver quién se atreve a comerlo. El único que se levanta de su asiento para hacerlo es Haein, que pasa una mano por su cabello antes de inclinarse para comer el *tteokbokki*. Sus compañeros, que no toleran el picante muy bien, nos jalean.

Me giro hacia Yoongi con aire juguetón aún con restos de la salsa picante en los labios.

—Ven, ¡dame un beso!

Literalmente, Yoongi huye. Se levanta del taburete.

—¡No! —exclama mientras corre de una forma demasiado cómica, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Qué asco!

Yoongi ocupa el sitio de Haein por unos momentos, pero luego vuelve a mi lado. Apoyo mi cabeza en su hombro. Él, que en otro momento protestaría, deja que cargue mi peso contra su delgado cuerpo. No le importa que sus compañeros —o casi hermanos— estén delante. Sí, es cierto: me echaba de menos. De repente, siento que solo estamos en la sala nosotros. Yoongi y yo, nadie más. Es como si, finalmente, hubiera completado un puzle. Ya no tengo que preocuparme por si está durmiendo suficiente o por tener en mente la diferencia horaria o la distancia que nos separa. Esta aquí, a mi lado, y puedo sentirlo. Inspiro profundamente, como si no quisiera que la manecilla del reloj continuara con su movimiento.

La mano de Namjoon con su tarjeta de crédito en alto me hace volver de golpe a la realidad. Antes de que él pague la cena —que ha sido más bien un banquete—, me levanto a la velocidad del rayo y saco unos relucientes billetes de mi cartera. Namjoon insiste en ser él quien pague, yo le digo que no, y entre discusión y risas, es Yoongi quien termina dando su tarjeta de crédito a la mujer que nos atiende. ¿Y si la discusión ha sido una táctica pactada de distracción? No me extrañaría nada.

También parece ser pactado que, a la salida, los chicos —menos Yoongi— tengan asuntos pendientes en otras partes de Seúl. Me despido de ellos con un último abrazo en conjunto. Que seis tíos que superan el metro setenta y cinco te abracen a la vez es raro a la par que gracioso.

Yoongi agarra mi mano a pesar de que tenemos que cruzar una avenida plagada de gente. Parece emocionado. Emocionadísimo, más bien.

—¿Dónde me llevas? —pregunto, intentando caminar al mismo ritmo que él.

—Como eres una romántica —dice, como si él no lo fuera— y te gustan los clichés, voy a llevarte al sitio más cliché de Seúl.

—¿La tienda de maquillaje de Myeong-dong en la que se hace fotos todo el mundo porque es todo de color rosa?

—¿En qué Seúl vives tú? —Se para en seco y me mira. Yo me encojo de hombros—. Tenemos que ir en coche. La verdad es que no me apetece mucho ir porque es donde van todas las parejas, pero...

—¡Ah, ya lo sé! ¿Un hotel de los que puedes pagar por horas?

Yoongi se da por vencido.

—La Torre Namsan, imbécil.

No puedo evitar reírme. Es como volver a tener diecisiete años. Dos críos enamorados yendo por ahí de la mano, sonriendo, emocionados porque están en una cita y van a poner un candado en la terraza de la torre del parque de Namsan para declararse amor eterno. Más que un cliché es una tradición entre parejas, amigos y turistas. No lo voy a negar: me hace ilusión.

Caminamos un par de metros hasta que recuerdo lo caros que son los candados en la tienda de la torre.

—Espera. ¿No podemos pasar antes por una ferretería?

—¿Lo dices en serio? —Yoongi no parece creerme, pero después de observar atento mi cara se da cuenta de que no bromeo—. Eres increíble. —Suelta una risilla suave, vuelve a tirar de mi mano y, de nuevo, se para en seco—. ¿Y ahora qué?

Algo no va bien.

El corazón me late a mil por hora, pero no es por los nervios de subir andando a la Torre de Namsan ni por estar con Yoongi después de tanto tiempo. Tengo sudores fríos. Agarro con fuerza la mano de Yoongi o al menos lo intento.

—Creo que algo me ha sentado mal —murmuro.

—Estás muy pálida.

—Y lo dice Casper... —río a pesar del repentino dolor de estómago. Intento quitarle hierro al asunto; no quiero estropear lo que ha preparado Yoongi—. Ya se me pasará. ¡Vamos!

Pero él me detiene. Coloca su mano en mi frente.

—Decías que tolerabas bien el picante.

Por mi experiencia como estudiante de medicina y por las náuseas que siento, no creo que haya sido el picante.

Agito la cabeza, como si quisiera despejarme.

—Escucha —Débil, apoyo la cabeza en el hombro de Yoongi. Temo perder el equilibrio—, ¿qué te parece si posponemos la cita? Voy a pedir un taxi y...

Las luces me deslumbran y todo me da vueltas. Siento que estoy en un barco que lucha contra las olas. Yoongi tiene que agarrarme por los brazos y yo, en vez de preocuparme por mi estado de salud, me preocupo porque no quiero que me vea así.

—Vuelve con los chicos —insisto.

—Pero...

Cuando siento que recupero el sentido del equilibrio y que mi corazón desacelera, me inclino hacia Yoongi y le planto un beso en los labios, en medio de una avenida en la que seguramente más de cinco personas nos han reconocido. Peino su flequillo con los dedos antes de caminar hacia la carretera para subirme a un taxi.

—Te llamo luego. ¡Tranquilo! Estaré bien.

Lo último que recuerdo es despedirme de Yoongi y justo inmediatamente después, vomitar junto a una farola. Abro los ojos porque noto algo en mi nariz y lo primero que veo es el techo blanco de alguna habitación en la que nunca he estado. No sé qué hora es. No sé si tardo segundos, minutos u horas en cerciorarme de que estoy en la cama de un hospital.

—Joder. —Mis primeras palabras al despertar sorprenden a quien sea que tengo al lado.

Giro la cabeza para ver quién se acerca rápidamente a mí. Es Thai, que me mira con sus ojos almendrados lo más abiertos posible. Pone su mano sobre la mía.

—¡Estás viva!

—Lo que me faltaba, tener que morirme para volver a la funeraria Lee —gruño. Estoy ronca y bastante adormilada aún. Tardo bastante en poder preguntar—: ¿Qué ha pasado?

—Viniste al hospital porque decías que te habían envenenado. —suelta. No recuerdo nada de eso.

—¿Y eso es todo?

—Creo que hay alguien que te lo puede explicar mejor que yo.

Thai deja la habitación como alma que lleva el diablo. Yo aprovecho para mirar más allá de mi pecho, hacia mis pies, pero aún me duele la cabeza y no puedo reincorporarme. Lo que sí veo son varias vías saliendo de las venas de mis brazos. Me giro para poder ver las etiquetas de los sueros, pero no distingo nada. Además, no creo que llegara a recordar el nombre de un solo medicamento en este instante.

Vuelvo a cerrar los ojos justo cuando la puerta de la habitación se abre despacio. No los abro hasta que noto que alguien se sienta a mi lado, coloca su mano sobre la mía y acaricia el dorso con delicadeza. Reconozco a Yoongi, que me observa con una mezcla de alivio, compasión y tristeza. Me sonrío y coloca con su mano libre la cánula de oxígeno que entra en mi nariz.

—Si me hubiera muerto, ¿crees que me hubieran maquillado con una sombra de ojos de purpurina?

—Podrías tener unas palabras un poco más dentro de lo común después de despertarte, ¿no? —dice Yoongi. Su tono es mucho más suave y acaramelado de lo normal, aunque, cuando vuelve a hablar, noto cierto resentimiento en su voz. Deja de acariciar mi mano. Ahora acaricia mi rostro. — La última vez que te vi en una cama de hospital estabas mucho mejor que ahora.

—Y tú seguías midiendo lo mismo que ahora. —suelto. Vuelvo a cerrar los ojos —. Esta vez no ha sido un ataque de ansiedad, ¿verdad?

Yoongi deja que se le escape una risa amarga.

—Anticongelante.

—¿Qué? —Empiezo a intentar atar cabos.

Mi novio, como si me hubiera leído la mente, empieza a ponerme al día sin dejar de acariciar mi mejilla.

—El *tteokbokki* que comiste, ¿recuerdas? Alguien le echó anticongelante. Cuando sentiste los primeros síntomas, viniste al hospital. Tardaron en saber qué habías tomado, así que...

—¿Me hicieron un lavado de estómago?

—N-no lo sé —tartamudea—. No me hables de cosas médicas, que me dan repelús.

—¿Llegué a tener convulsiones?

—No, no, no —me tranquiliza—. Pero llevas un par de días drogada. Quiero decir, medicada, y no queríamos molestarte. Dicen que estás estable, así que en cuanto te hagan un par de análisis más y vean que tus riñones están bien, podrás salir de aquí subida a tus taconazos.

Suspiro.

—Menos mal... Así podremos ir a poner el jodido candado a la Torre Namsan.

Oigo que Yoongi se ríe, pero no dice nada. Es entonces —o quizá después de un rato— cuando comprendo por qué está tan apagado. No es solo porque la idiota de su novia esté encamada, es porque ha habido más daños. Recuerdo súbitamente que Haein compartió conmigo el *tteokbokki*. Con un hilillo de voz, me atrevo a preguntar qué ha sido del compañero de Yoongi. Él chasquea la lengua antes de contestar.

—Está bien. —Es demasiado escueto. Eso significa que hay algo más.

A pesar de que no estoy en condiciones de tirar del hilo, lo hago:

—¿Está ingresado?

—Sí, pero también saldrá dentro de poco.

—Yoongi. —Abro los ojos para poder mirarlo. Él alza la vista; estaba cabizbajo, mirando las sábanas blancas de la cama. Sus ojos están algo vidriosos—. ¿Ha sido muy grave?

Resopla, deja de acariciar mi rostro y vuelve a agachar la cabeza. Se ríe, esta vez incrédulo, sin saber qué contestar.

—Mejor te lo explico cuando estés mejor, ¿vale?

—Prefiero que me lo cuentes ahora.

—Es un asunto muy complicado. Haein está bien, así que no te preocupes. Ahora solo tienes que centrarte en ti, Aerin. Cuídate.

Se acerca a mí y me planta un beso en la frente. Vuelve a dedicarme una sonrisa, pero esta vez no es de alivio, ni de alegría, ni de compasión. Es más bien una mueca, y por alguna razón, siento que no voy a estar preparada para la tormenta que va a llegar ahora. La vida es una sucesión de días de sol y de lluvia, y cuando lleva mucho tiempo sin llover... lo hace con fuerza. Ya decía yo que todo era demasiado bonito para ser verdad.

Aunque Yoongi no me puso al día, Thai y Jiho sí que lo han hecho. Es mi décimo día de ingreso. Mi habitación ahora tiene ramos de flores, bombones que no puedo comer y hasta peluches. ¿He sufrido un envenenamiento o he tenido un hijo? No estoy muy segura.

En resumidas cuentas, mis sospechas eran ciertas. Cuando escuché lo del anticongelante en el *tteokbokki*, pensé que habría sido Dongyul, que estaba trabajando —por primera vez en su vida— en la cocina. Su historial como exnovio obsesivo y su lógica de «o conmigo o con nadie» le hizo ser el número uno en la lista de posibles encarcelados por homicidio en grado de tentativa. A

sabiendas de que me gusta el *tteokbokki* picante, le echó anticongelante pensando en que yo sería la única en comerlo. Por desgracia, no fue así, y Haein terminó siendo un daño colateral. Ver las noticias del ingreso de uno de los *idols* más importantes del siglo le hizo confesar su crimen. La agencia de los chicos ya lo ha demandado, así que supongo que dentro de unas semanas se celebrará el juicio, que será uno de los más mediáticos del país.

La noticia ha saltado el charco y ha llegado a otros continentes, y junto a ella, los rumores: he llegado a leer que estoy muerta, que mi relación con Yoongi es una farsa, que yo he sido la verdadera culpable de todo esto. ¿Pero qué clase de persona se envenena a sí misma para matar a otra persona? ¿De verdad piensan que soy tan tonta?

Haein se ha recuperado rápidamente y, como buen artista profesional, ha decidido que el show debe continuar. CUT tenía una gira que acabar, un disco nuevo que publicar y varios proyectos que no podían pausarse. Así es la industria: o comes o te comen. CUT vuelve a los escenarios fingiendo que no ha pasado nada y yo tengo que quedarme aquí.

Lo peor de todo este asunto es que Yoongi no ha venido a despedirse. Se va por el resto de Asia y Oceanía otro par de meses y no se ha pasado por la habitación para decírmelo... Pero sí parece que va a hacerlo Namjoon.

Pobrecillo. Es el líder en las buenas y en las malas, eso está claro, pero al menos podrían ahorrarle el marrón de no venir hasta aquí. Thai y Jiho, que están acompañándome día y noche durante mi estancia en el hospital, deciden abandonar la sala en cuanto Namjoon pone un pie en la habitación. Él los saluda con una reverencia y se acerca a mí cuando mis compañeros de piso ya han cerrado la puerta. Lleva unas flores.

—Hola. ¿Es tarde? —me saluda, con timidez.

—¿Qué haces aquí?

Namjoon sobrepasa el metro ochenta, pero aun así parece que yo le intimidado.

—Venía a dejar esto —dice, tendiéndome las flores.

—Gracias. —Sonrío y las acepto. No me queda otra.

—Oye... ¿podemos hablar un momento?

Me lo pienso un par de veces.

—Sí, claro.

Mitad expectante, mitad escéptica, espero que Namjoon diga lo que tenga que decirme.

—Sé que tu relación con Yoongi...

—¡Gracias por venir! —exclamo. Veo en su mirada una pizca de urgencia; me mira como si estuviera suplicándome.

—Ahora las cosas están un poco complicadas y él está viviendo muchas cosas a la vez...

—¿Adónde quieres llegar? —sueno demasiado molesta. Agacho la cabeza enseguida—. Perdona. Estoy un poco alterada. Lo siento.

—Bueno, tienes razón, no te quitaré mucho tiempo. Solo quiero decirte que Yoongi-*hyung* está pensando todo el rato en ti y, tome la decisión que tome, estoy seguro de que va a seguir queriéndote. Al fin y al cabo, eres su amor de la adolescencia y su inspiración. Eso no se olvida tan fácilmente. Está muy preocupado por ti y quería venir a despedirse él mismo, pero no ha podido; tiene que descansar.

Sé que Namjoon me está mintiendo. Yoongi no ha venido porque para él es muy tedioso verme ahora. Demasiado incómodo, demasiado pronto, y sobre todo porque no quiere hablar en nombre de su agencia. Estoy segura de que esto no es cosa suya. Alguien ha tenido que mover los hilos. Me niego a que, de repente, todo se haya ido tan al garete. Este no puede ser el final.

—Está bien. Es mejor que descansa todo lo que pueda. Tú también deberías marcharte y dormir un par de horas.

—Sí, ya puedo irme ahora que mi misión está cumplida. —Me sonríe una última vez.

Antes de que se vaya, llamo la atención de Namjoon.

—¡Hey! Buena suerte con los conciertos.

Cuando lo miro a los ojos, algo que no suelo hacer, veo arrepentimiento. Enseguida agacha la cabeza para hacer una reverencia a modo de despedida. El «tome la decisión que tome» me huele a ruptura. Namjoon es como el mensajero del Apocalipsis, solo viene a anunciar lo que va a llegar.

El único ramo de flores que sobrevive después de que me dieran el alta hospitalaria son unas rosas de plástico. Llevo un par de meses yendo y viniendo a revisiones rutinarias y, gracias a los antídotos y a beber mucha agua, ya no queda ni rastro del anticongelante en mi cuerpo. Estoy recuperada al cien por cien y lista para firmar un nuevo contrato como modelo publicitaria. Mi cara ha sido imagen de una marca de maquillaje, y ahora lo será también de una conocida franquicia de perfumerías. Dicen que cuando unas puertas se abren se cierran otras, ¿no?

La puerta que se ha cerrado, sin duda, es la del amor. De repente, no recibo llamadas de Yoongi. Ni mensajes. Es como si hubiera desaparecido del mapa, aunque en realidad sé que está en Japón. Intenté contactar con él de todas las formas posibles: hablé con sus compañeros, estuve a punto de subirme a un vuelo con dirección a Saitama... Pero la respuesta siempre fue la misma: «está trabajando». Supuestamente, Yoongi estaba demasiado centrado en sus canciones. ¿Realmente es necesario cortar todo el contacto con tu novia para componer? Su proceso creativo nunca ha sido así.

Para colmo, Haein debe de estar bastante cabreado desde el «incidente» del anticongelante, así que los rumores de que el final de CUT está a la vuelta de la esquina son cada vez mayores.

La verdad es que las aguas no están para nada calmadas. A los rumores del fin del grupo se le suman los rumores de la ruptura de la parejita de Min Yoongi y Im Aerin, esa tipa que parece haber salido de la nada y que ahora es modelo.

Todo puede resolverse muy fácilmente: con un nuevo disco. CUT está de vuelta en Corea para promocionar el que prometen que es su trabajo más personal y oscuro. Las expectativas son muy altas y estoy segura de que todas las páginas se colapsarán en cuanto el video musical y las canciones estén disponibles.

En el apartamento, todos esperamos a que esté en línea el nuevo disco. Estoy sentada en el sofá con Jiho que, de repente, sale disparada hacia su habitación.

Me siento en el sofá, junto a mi prima, pero de repente, ella se levanta del sofá y sale disparada hacia su habitación.

—¿Qué te ha pasado? ¿Tienes un apretón o algo?

—¡El álbum! —me grita.

Con más calma que mi prima, voy hasta mi habitación y enciendo mi ordenador portátil. El reloj marca ya las doce de la noche, así que entro en internet y veo, en portada, que el disco ya está disponible en todas las plataformas.

Clico en un enlace para escucharlo, aunque creo que no debería haberlo hecho.

La primera canción no llama mucho mi atención. No es que no me guste, es simplemente que no encuentro nada raro. Paso a la siguiente y a la siguiente, y es en la cuarta pista donde reconozco una melodía y pienso «esto ya lo he escuchado antes». Yoongi me la puso un día en su estudio, para que yo la oyera. Es la melodía suave de un piano. Es como su seña de identidad: cada vez que compone algo, el piano tiene que estar presente.

Recuerdo que la canción no tenía letra la última vez que la escuche, pero ahora sí. Sinceramente, la prefería sin ella.

Lo peor de todo es cuando llega el estribillo: «Intento pensar si sigo amándote, intento besar tus labios o acariciar tu piel, pero por mucho que intento que las cosas vuelvan a ser como antes, lo ignoramos. Llegados a este punto, ¿cómo es posible que nos volvamos a amar?».

Qué forma más sutil de aclarar todos los rumores.

Cierro mi portátil. Camino tan rápido y tan cabreada que el suelo retumba. Thai sale corriendo de la cocina.

—¿Dónde vas? —me pregunta Thai.

—A comprar helado, que tengo un antojo. Vuelvo enseguida.

Salgo del apartamento y decido bajar por las escaleras a toda prisa. Creo que nunca en la vida me he sentido tan... traicionada. Mis sentimientos están heridos, y esta vez no va a haber perdón que valga. Yoongi puede bajarme la luna, regalarme una tienda entera de ropa, pero no pienso olvidar esto. No hay cosa que más duela que, en lugar de que te digan algo a la cara, corten toda clase de contacto contigo y, de repente, te enteres de lo que está pasando por algún tercero... o peor, por una canción. Excusaba a Yoongi porque pensaba que no hablaba conmigo porque realmente estaba trabajando, pero no. Es simplemente porque ha dejado de sentir. Ya no me quiere. Se ha olvidado de mí en los dos escasos meses de gira en Japón y Oceanía.

¿Tan de repente? Sí, y creo que es por eso por lo que voy a necesitar una explicación.

No me hace falta oír la puerta del apartamento abriéndose para saber que Yoongi está ahí. Ha decidido venir después de que yo le enviara mensajes y le dejara quinientas llamadas perdidas hace dos días. Me quedo sentada en el sofá, mirando al frente.

Yoongi se acerca en silencio. No se atreve a pasar a la sala de estar. Se apoya en el marco de la puerta, también de brazos cruzados. Me observa. No dice nada. No quiero imaginarme la de palabras que están pasando por su cabeza, situaciones y puede que hasta recuerdos.

—Aerin —dice, con un tono espeluznantemente firme.

—¿Por qué?

Es lo único que soy capaz de soltar. Miro a Yoongi, y lejos de aparentar estar bien, sueno herida. Agacha la cabeza, gruñendo. Sabe que no va a ser fácil. Nunca he sido fácil, aunque él tuvo la suerte de ser mi amigo durante mucho tiempo. Eso le hizo ganar puntos extras. Ahora no se atreve a bromear. «Voy a romper contigo» era una de sus frases favoritas, que podía decirme sin ningún problema mientras estaba sonriendo de oreja a oreja, y ahora, cuando tiene que soltarlo, no lo dice. Solo quiero saber cuáles son sus razones. O sus excusas.

—Últimamente no hablamos mucho.

Mis cejas se enarcan solas, como siempre que escucho algo que me parece demasiado estúpido.

—¡No me digas!

—Estoy ocupado, Aerin, y he decidido que tengo otras prioridades. Ahora eres...

—¿Una distracción? —completo su frase—. No hace falta que lo digas. Lo sé.

—No quería decirlo así, pero si eso es lo que tú crees...

Resoplo. Me quedo en silencio un buen rato. Sabía que ese era uno de los problemas. Yoongi es mundialmente famoso, así que, en resumidas cuentas, mis llamadas no son más que un fastidio o un juego, depende de su humor. No sé qué pensar.

Como yo no digo palabra, Yoongi continúa:

—Escucha, sé que estás cabreada...

—Creo que tengo derecho a estarlo.

Mis palabras y mi sorna deben de molestarle. Aprieta la mandíbula, hace una mueca de fastidio y mira hacia otro lado.

—¿Crees que a mí no me jode todo esto? Estoy harto, joder. —Su tono serio y ligeramente elevado me da escalofríos—. Es muy difícil tener que estar con mil ojos encima, asegurándome de que no hay nadie que nos pueda hacer daño. He decidido que me quedo con la música antes que contigo, lo siento, pero no podíamos seguir con esto.

Se atreve a acercarse a mí. Hace que lo mire al rostro. Soy incapaz de mirarlo a los ojos. Asiente lentamente mientras suspira. Después se deja caer justo en el otro extremo del sofá. Hunde la cara en una de sus manos. Quizá está arrepintiéndose de haber venido; seguramente piensa que todo habría sido más fácil si Namjoon, Haein o hasta uno de sus mánager me hubiera dicho que Yoongi quería romper conmigo.

—Estar donde estoy es lo que soñaba hacer desde que era un puto crío —continúa—. Tengo fans, gente que está pendiente de mí, y no puedo descuidar todo eso solo porque tú estés en medio.

—¿Qué?

—Aerin, no lo entiendes. No puedo estar contestando a tus llamadas constantemente, no puedo verte tanto como tú quieres. Es complicado. Y yo tengo prioridades.

—Y supongo que yo ya no estoy en la lista, ¿no?

Él solo guarda silencio. Parece que está diciendo todo de carrerilla, como si se hubiera aprendido un guión.

—Muy bien... —sigo yo—. Es que yo no soy famosa. Yo no tengo problemas y solo me tengo que acostumbrar al acoso y esas cosas.

—¿Crees que soy yo el que le dice a la gente que vaya a acosarte en todas las páginas web posibles? Sabes cómo funcionan las cosas en este mundo y aun así decidiste salir conmigo.

Lo miro, ofendida.

—¿Perdona? ¡Te pregunté si de verdad querías hacerlo! Y luego, cada noche, me decías que si me apetecía un café, que si podía ir al estudio...

—Solo quería verte, no que te quedaras allí toda la jodida noche.

Tardo unos cuantos segundos en recomponerme. Con las manos, me retiro unos cuantos mechones de pelo del rostro y trato de buscar en mi interior a la Im Aerin orgullosa, sarcástica y difícil. Me levanto del sofá.

—¿No querías que me quedara allí, en tu estudio? Bien. No te preocupes, porque no volveré a ir.

—Perfecto.

Es mi momento para contraatacar.

—¿Y qué es eso de enviar a Namjoon para que me diga que quieres hablar conmigo? ¿Pretendías que él hablara por ti? ¿Eres así de gallina? ¡Estaba ingresada! ¡Podría haberme muerto y tú ni te dignaste a decirme adiós!

Más silencio. Me vuelvo a sentar en el sofá. Ninguno de los dos dice nada. Simplemente nos quedamos ahí, sentados, sin mirarnos. Tengo ganas de llorar. Suspiramos casi a la vez. Pasan unos cuantos minutos. La tensión podría cortarse con un cuchillo hecho de plastilina.

—Sabes que los dos estamos de acuerdo en esto —dice Yoongi, a punto de morderse las uñas—: necesitamos tiempo.

Espero a que diga la fatídica frase, pero no lo hace.

—Pensaré que todo esto es tu forma de protegerme, Yoongi.

Quiero creer que solo lo hace porque estoy en peligro. No estoy muy bien vista y tampoco soy aceptada, y si nuestra relación continúa, los comentarios en mi perfil también lo harán. Y, por muy fuerte que sea o quiera ser, esos comentarios terminarán destrozándome. Además, desde que nuestra relación se hizo pública, CUT no ha tenido tan buena reputación en el ámbito nacional, aunque es cierto que ha batido récords al otro lado del charco. Aquí, en Corea, muchas fans dejaron de seguirlos y su último álbum no ha conseguido llegar al primer puesto de las listas musicales del país porque ya no tienen tanto apoyo. Y no hay peor cosa para un artista que el

hecho de que no valoren su trabajo en su propio país después de invertir tanto tiempo y esfuerzo. Su vida es la de un *idol*. Yo soy ajena a todo eso. Dicen que el amor lo puede todo, pero diga lo que diga, la única pasión que tiene Yoongi es la música, su grupo, los escenarios.

Yo no fui su primer amor. Su primer amor fue la música.

—Estás de acuerdo, ¿no?

Asiento.

—Sí.

Yoongi se da por satisfecho. Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer. Se levanta del sofá con lentitud, como si estuviera pensando algo más que decirme. Sin embargo, sigue hacia delante y saca su teléfono del bolsillo delantero de su pantalón. Se va, indeciso.

—Recuérdalo como algo bonito —dice, sin girarse, a medio camino entre la sala de estar y la puerta del apartamento.

Se va dando un portazo inintencionado. Tengo la amarga sensación de que lo he dejado marchar, de que he perdido a Yoongi una vez más. Pero es lo mejor, supongo. Los dos sabíamos que algo iba mal y que nuestra relación no iba a durar mucho más. No era por mí, ni por él; era por la distancia, por la presión mediática, por muchos factores que han ido haciéndose cada vez más importantes y que han determinado esto.

«Recuérdalo como algo bonito.» Las palabras de Yoongi aún resuenan en mi cabeza y lo seguirán haciendo durante un buen tiempo. ¿Cómo no voy a recordarlo así? Lo nuestro no ha sido nada malo. Ha sido casi como un sueño.

Me tumbo en el sofá, tapándome la cara con el antebrazo. Me repito «no voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar» unas veinte mil veces antes de arrastrarme a la cocina para conseguir algo de comer. Creo que lo mejor es ver alguna película de zombis...

Mientras preparo unas palomitas en el microondas, mi teléfono vibra un par de veces sobre la mesa de la sala de estar.

Thai

Estás bien?!?!?! 23:00

Sí, estoy bien. ¿Pasa algo? 00:15

El comunicado!! 00:15

Supongo que internet tendrá las respuestas. Cuando abro Naver, me encuentro con la noticia más popular del momento. Está publicada desde hace cinco horas. Qué rápidos son en la agencia para algunas cosas, ¿no?

K.K Entertainment confirma que Yoongi de CUT ha puesto fin a su relación.

Al parecer soy la última que se ha enterado de esto. Han publicado un comunicado al que Yoongi ha dado el visto bueno cinco horas antes de que el susodicho viniera para decirme que necesitábamos algo de tiempo. Ya lo había decidido, sin mí. Ahora sí que me siento dolida al saber que yo ya no era nada para él.

Nuestras maletas están cargadas de ropa, pero también de sueños. Resumiendo: me vuelvo a Roma. Ya no tengo nada pendiente en Seúl. Quiero empezar de cero, y volver a Roma es la oportunidad perfecta. Allí, con suerte, podré desconectar. Yoongi me llamó para decirme que borrara su número, que todo sería más fácil si hiciéramos como si fuéramos unos desconocidos. Aunque el k-pop suena por todos los rincones del mundo, y más aún CUT, en Italia será más fácil no escucharlos en la radio o verlos en programas de televisión. Aún les queda un largo camino que recorrer. Eso sí, espero no conocer a ningún tío, y menos aún si es de esos italianos presumidos y estirados que visten con camisetas de Prada. ¡Eso sí que no!

Jiho ha conseguido graduarse en el instituto a duras penas, pero al menos lo ha conseguido. Insistió muchísimo en venir: ella también quería empezar una nueva vida y yo no pude negarme. Sus padres, sin embargo, se opusieron rotundamente a que su hija se subiera en un avión y se marchara a vivir a un país del que solo conocía las pizzas. Puede que sea genética, pero Jiho últimamente no hace nada más que recordarme a mí misma. Es rebelde, y ha sido capaz de decirle a sus padres que, digan lo que digan, ella va a venirse a Italia conmigo. Y eso va a hacer.

Thai, por otro lado, se lo ha pensado dos veces. Estaba en una encrucijada: sus mejores amigas o su amor coreano, un chico que había conocido de fiesta. Le dije que era imposible que estuviera tan enamorado de un tío que solo había visto una noche. Finalmente, la amistad pudo con el amor romántico.

¿Que cómo hemos conseguido poder irnos a Roma tan rápido? Bueno, pues porque una tira de agenda y viejos amigos, como Giulia, la jefa de taller del pequeño atelier donde trabajé, aunque, bueno, ahora ya no es tan pequeño. La marca cuenta con algunas clientas de lujo y está preparándose para su primer desfile en la semana de la moda de Milán, ¡casi nada!

La mujer me puso en contacto con el diseñador, Flavio, que fue casi como un padre para mí cuando estuve en Italia. Cuando le envié un correo electrónico, no tardó ni dos segundos en marcar mi número de teléfono, sin importarle las tarifas internacionales, y me contó, en inglés pero con un fuerte acento italiano, que me había echado de menos durante todo este tiempo. Me dijo que todo el mundo preguntaba por la «ragazza coreana». Se alegró mucho al saber que yo volvía a trabajar en su taller, aunque esta vez como modelo y no como asesora. Además, le dije que llevaba conmigo a un buen costurero, Thai, y a una estudiante de diseño. Bueno, vale, mentí. Jiho no estudia nada ahora, pero ¿qué le iba a decir si no?

Conseguimos unos billetes baratos que pagamos con nuestros ahorros, y ahora, con nuevas ilusiones y esperanzas, los tres nos disponemos a coger un autobús a Incheon y, desde allí, un

vuelo a Fiumicino.

Un autobús verde gira por la esquina de la calle. Por fin siento que puedo volver a empezar. Nos subimos con nuestras maletas a rastras, nos pegamos al cristal y nos despedimos de mis padres. Recuerdo que hace cinco años estaba cardíaca porque me iba a un lugar desconocido. Tenía miedo. Dejaba atrás al amor de mi adolescencia, a mi única amiga, mi historia en Seúl. Ahora también dejo atrás varias cosas, pero estoy feliz de hacerlo. Es como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

También, hace cinco años, llegaba al aeropuerto con el corazón en un puño porque sabía que Yoongi iba a estar ahí para despedirse de mí. Ahora no. Aunque solo ha pasado una semana desde que ese maldito comunicado salió a la luz, tengo la sensación de que han transcurrido años. A pesar de lo cercano que es, lo siento lejos, muy lejos. Yoongi no sabe nada de esto, y mucho menos sus compañeros. No tengo su número, no me sigue en redes sociales, nada. No hay ninguna clase de contacto, pero aun así, cuando el autobús se va acercando a la última parada, reconozco la matrícula de una furgoneta negra. Están bajando maletas de ella y fotografías, fans y curiosos se golpan frente a ella para ver a las siete personas que bajan del automóvil.

Intento no prestar ninguna atención. Fingiendo que no he visto nada e intentando distraer a Jiho, que, por mucho que lo niegue, sigue siendo una fan empedernida de CUT, bajamos del autobús y caminamos hacia el interior de la enorme terminal tres de Incheon. Italia y un nuevo comienzo cada vez están más cerca.

Tenemos asignados los asientos en el avión y dos horas para pasear por las tiendas sin impuestos del aeropuerto. Yo opto por sentarme a esperar, tranquila, cerca de la puerta de embarque, y es entonces cuando noto que alguien me mira fijamente.

Las cosas han cambiado mucho en cinco años. Cuando Yoongi vino a despedirse de mí antes de que yo me fuera por primera vez a Roma, ninguno de los dos éramos conocidos, ninguno de los dos éramos conscientes de que íbamos a reencontrarnos de nuevo y de que íbamos a terminar lo que no pudimos hacer en el bachillerato. No éramos nadie. Yoongi era Yoongi, no el integrante del famosísimo grupo CUT, y yo era Im Aerin, una doña nadie, no la «ex de» o la modelo de esa crema facial de color rosa. Y, por aquel entonces, estábamos viviendo el primer amor, ese que hace que tengas mariposas en el estómago y que vivas todo como si fuera tu último día en la Tierra.

Giro mi cabeza y es entonces cuando lo veo: pelo azul cielo, pero la misma cara de gatito asustado de siempre. Nuestras miradas se cruzan a pesar de que nos separan metros y metros de distancia. Ahora ese primer amor ya no existe. Se esfumó. Yoongi no va a venir a despedirse con un beso, ni siquiera con una sonrisa. Él viaja en primera clase; yo en turista. Él lleva a todo un equipo detrás y una bolsa de Louis Vuitton; yo solo llevo un pequeño bolso que compré con un descuento del setenta por ciento.

Hace una mueca, amarga, triste, y sus ojos, apagados, miran ahora hacia el suelo. Se esfuma y pasa dentro de la exclusiva sala de espera VIP.

—Buen viaje, Yoongi —murmuro.

Es primavera y Roma ya empieza a llenarse de turistas que abarrotan la Fontana di Trevi, los restaurantes del Trastevere, el Coliseo y muchas de las iglesias que hay aquí. Sin exagerar, puede haber unas mil. Por eso, y porque tengo una oferta de trabajo en Seúl, volveré este mes.

Jiho se siente muy a gusto aquí, aprendiendo patronaje del mismísimo Flavio Rinaldi, así que prefiere quedarse. Thai ha encontrado el amor aquí y tiene planes de irse a vivir a Florencia. Obviamente, tampoco tiene planes de acompañarme a Seúl.

Durante todo este tiempo, yo he sido algo así como el maniquí especial de Flavio, que crea unos vestidos de noche espectaculares, pero que aún no se han ganado un hueco en la escena de la moda actual. Yo he ayudado en todo lo que he podido: si he tenido que coser, he cosido; si he tenido que desfilarse, he desfilado, y ha sido entonces cuando un agente de moda coreano me ha ofrecido volver a Seúl para desfilarse en la semana de la moda. Aunque he tenido mis dudas, porque sé que volver allí será volver a arrastrar el título de «exnovia de...», he decidido que no estará tan mal hacer una pequeña visita a mis padres.

Hace un día espléndido en Roma, perfecto para salir a la terraza del atelier y tomarme una buena taza de café al sol.

Me siento en una de las sillas metálicas que hay en la terraza, o más bien balcón. En la otra silla está Flavio, leyendo el periódico del día. Flavio es un hombre de unos cincuenta años, soltero, pero con algún *affair*, canoso, pero siempre peinado con gomina, y, sobre todo, cálido.

—*Ciao* —me saluda, levantando la mirada de su periódico—. ¿Cómo estás hoy? —pregunta, en italiano—. ¿Nerviosa por volver a tu ciudad?

—Qué va —contesto yo en su idioma. He pasado mucho tiempo aquí y siempre he hablado con nativos, así que ya me considero una experta en italiano—. ¿Hay alguna noticia interesante?

—No, querida. Todas hablan sobre lo bien que está yendo ahora la economía de la Unión Europea —contesta, canturreando—. Ah, mira esta.

Vuelve el periódico hacia mí y lo agarro para leer.

—«La banda CUT iniciará una gira por diez ciudades europeas el año que viene, empezando por Roma...». —Me río—. Vaya, por fin parece que han descubierto los países del Mediterráneo. ¿No se cansan de ir solo a Reino Unido?

Flavio también ríe. Cuando lo hace, se hacen visibles las patas de gallo que tanto odia.

—Han tenido que ganar un Grammy para poder tener un mapa del mundo, querida.

—Dame antes una clase de geografía mejor que ese premio... —bromeo.

Sí, CUT ha ganado un Grammy. Parece ser que desde que rompimos, Yoongi, o como le prefiere

llamar Flavio, «ese gremlin», está cumpliendo todos sus sueños. Recuerdo que empezó ganando aquellos premios a nivel continental, después otro en Estados Unidos y ahora, hace unos meses, un Grammy. Y no solo eso, también van a comenzar una gira mundial, llenando estadios de un aforo que siempre supera las sesenta mil personas. Es impresionante que en tan poco tiempo CUT se haya ganado el cariño de todo el mundo y la fama mundial. Bueno, y un Grammy al mejor grupo, convirtiéndose en los primeros coreanos en llevárselo. Si no me equivoco, cuando volvieron de Estados Unidos, les esperaban en el aeropuerto miles de personas, que les aplaudieron y hasta les tiraron confeti. Corea estuvo de fiesta tres días.

Pero toda luz tiene su sombra y, a pesar de tener un Grammy, les llovieron las críticas. Muchos decían que no se merecían el premio, que se lo habían entregado por pura compasión, únicamente porque ellos eran el fenómeno del momento.

La calidad de sus canciones empeoró notablemente, y se habló de que los chicos estaban pasando una mala racha. Incluso se habló de la disolución del grupo, ya que su ritmo de producción también bajó: pasaron de producir un álbum prácticamente al mes a producir uno en todo el año. Los rumores llegaron hasta Roma, donde el fenómeno de CUT ya ha hecho mella. Muchas chicas, italianas de pura cepa, llevan *merchandising* del grupo.

Gracias a un gran corte de pelo, lentillas y ropa distinta a la que llevaba en Seúl, esas fans no son capaces de reconocermé. Ahora mi cabello suele estar ondulado, me llega un poco más abajo de los hombros y ya no hay ni rastro del color natural de mi pelo, ese marrón oscuro; ahora puedo presumir de ser pelirroja... o pelinaranja, más bien.

Flavio me dijo que debería cambiarme el nombre si realmente quería pasar desapercibida, pero le dije que no, que Im Aerin solo hay una.

He aprendido a valorar cada cosa que hago y tiendo a desechar todos pensamientos que me infravaloran. No hay cosa más destructiva que uno mismo. Además, para mantener la figura y estar más calmada, he empezado a hacer yoga. Además del pelo, las gafas y la ropa, ahora me diferencio en que soy algo más flexible que antes.

Volviendo al tema del gremlin —Flavio le llamó así porque yo solía contarle algunas anécdotas y llegó a la conclusión de que Yoongi era pequeño y gruñón como uno de esos bichejos—, no he vuelto a hablar con él ni he vuelto a verlo, solo en alguna foto que me he encontrado sin querer por internet. Con el que sí he hablado ha sido con Namjoon, que llegó a felicitarme la Navidad y me ha enviado un mensaje hace poco al enterarse de que voy a volver a Seúl. Me ha preguntado si podremos vernos algún día. Iba a decirle que no, pero me dio lástima y finalmente le dije que sí.

Quizá, lo que más nerviosa me pone de volver a Seúl es poder encontrarme con Yoongi. Incluso ver a Namjoon me pone nerviosa. Sé que va a sacar el tema. Por mucho que crea que lo tengo superado, aún me duele cuando pienso en lo felices que podríamos haber sido. Lo quiero, pero lo quiero con lejanía, como un recuerdo, como ese primer amor que nunca se olvida.

Nunca pensé que yo, criada en Seúl, tuviera que hacer uso de una aplicación del teléfono para orientarme por las calles tranquilas del barrio de Geumcheon. Busco una cafetería escondida en el patio de una antigua casa tradicional coreana. Namjoon debería de estar allí esperándome.

La aplicación me hace girar a la derecha y, por fin, veo el cartel de la cafetería. Entro agachando la cabeza para no darme con el umbral de la puerta, demasiado bajo para alguien que mida más de uno sesenta y seis. El patio de la casa, descubierto, está reacondicionado y hay varias mesas y varios comensales. Veo a Namjoon de espaldas, vestido con una camiseta de un fuerte color morado y una gorra azul. Tiene un aire *vintage*; siempre ha sido muy fiel a ese estilo.

Me acerco a él despacio, pero primero me aseguro de que es él dándole un toque en el hombro. Se levanta de la silla para saludarme. Él, tan educado como siempre. No sé si darle un abrazo o simplemente estrechar su mano. Opto por la primera opción, aunque es un abrazo rápido y bastante vergonzoso. Tomo asiento delante de él, que vuelve a sentarse carraspeando.

—¿Qué tal va todo, *noon*...? Perdón, no me acordaba de que no te gusta que te llamen así.

—No pasa nada —lo tranquilizo—. Ya estoy algo más acostumbrada a ser la *noon* de todo el mundo.

Ríe con timidez, enseñando sus hoyuelos. Una camarera ataviada con un uniforme blanco llega para preguntarnos qué queremos tomar.

—Un té verde frío, por favor.

—Yo tomaré un americano con hielo —digo yo. Veo que Namjoon vuelve a reír. Antes de que diga algo sobre ya sabemos quién porque los dos siempre pedimos lo mismo, suelto—: Felicidades, por cierto, por vuestro Grammy. ¿No deberías estar en un yate privado o algo así?

—No, no. Intentamos seguir con nuestra vida normal. A mí me gusta salir a pasear en bici por la orilla del río, me calma y me hace sentir que soy como una persona cualquiera.

—Suenas triste —comento. Normalmente, cualquier famoso tiraría la casa por la ventana, incluso yo lo haría. Me compraría un barco y diría adiós a mi vida pasada, pero ellos no. Nunca he tenido en cuenta que aún son jóvenes, que llevan trabajando desde que eran unos adolescentes. Aún hay un montón de cosas que no han podido hacer: terminar el instituto, ir a la universidad o salir con sus amigos de toda la vida a celebrar su cumpleaños sin que nadie les reconozca—. ¿Va todo bien?

Se encoge de hombros.

—Estamos pasando por momentos duros.

Espero que diga algo más, y como no lo hace, enarco las cejas, expectante.

—¿Por qué?

—Bueno, creo que es obvio.

—No entiendo muy bien por dónde van los tiros, lo siento. Creo que estoy olvidando el coreano poco a poco...

—Yoongi está mal. No físicamente —añade con rapidez antes de que yo llegue a conclusiones erróneas, como casi siempre—, quiero decir está mal en sentido artístico, ¿me explico? No ha escrito nada desde que te marchaste. No ha sido capaz ni siquiera de componer algo al piano. Ni una melodía, ni una base, ni una canción. Nada. Nos tiene muy preocupados.

La camarera llega con nuestras bebidas. Alzo la cabeza y le agradezco su servicio con una sonrisa. Cuando se va, vuelvo a dirigirme a Namjoon.

—¿Insinúas lo que creo que estás insinuando?

—Admito que deducir que *hyung* ha dejado de escribir porque rompisteis no es muy científico, pero a veces, cuando está con nosotros, de pronto nos pregunta cosas como «¿Qué creéis que estará haciendo Aerin ahora?», y creo que eso es porque más de una vez te tiene en mente.

—Viéndolo así parece hasta romántico y todo...

—Debe de estar siendo muy difícil para él. Bueno, y para ti, claro. — Yo hago una mueca, como diciendo: «Bah, no te creas». Es mentira. Claro que es duro deshacerte de la noche a la mañana de unos sentimientos tan fuertes como los que yo sentía por Yoongi—. No podemos trabajar sin sus maquetas; necesitamos su toque. Funcionamos como una maquinaria, y ya sabes, si falla un engranaje, se para todo.

—¿No vais al psicólogo? Os puede ayudar.

—Sí, pero no creas que mejora mucho las cosas. Vamos al psicólogo —comienza a enumerar con los dedos de su mano derecha—, salimos a pasear, vamos a hacer senderismo, hacemos lo que sea con tal de calmar los ánimos, pero es muy complicado. Nuestro contrato termina dentro de dos años y, si las cosas siguen así, probablemente esto sea el fin —suspira. Nunca he visto a Namjoon tan alicaído—. Nunca hemos tenido que enfrentarnos a algo así. A menudo me pregunto qué será de nosotros si no renovamos ese contrato. Seguir como artistas en solitario o productores es una opción, pero... no sé. Sin la música y sin los otros no somos nadie —continúa Namjoon—. Hemos tenido buenas y malas críticas, y ahora la gente espera mucho más de nosotros. Tenemos que superarnos, pero no sabemos cómo, y menos aún con Yoongi-*hyung* sin entrar en su estudio... Bueno, lo digo en un sentido figurado, porque la verdad es que no sale de allí.

Hago una mueca.

—Como siempre.

—Ya... La verdad es que te he llamado porque eres nuestra última oportunidad —me confiesa mientras yo bebo el café a través de la pajita.

Dejo de beber un momento, me echo hacia atrás y alzo las manos.

—Un momento, para el carro. —Agito la cabeza y, con los dedos, masajeo mis sienas. Pestañeo con fuerza—. ¿Piensas que yo, que estoy intentando olvidar todo lo que hemos pasado, soy la cura de sus males? Las tías no somos un talismán.

—Lo sé... —Namjoon deja caer los brazos, que antes reposaban sobre la mesa—. Piensa que no lo haces por él, lo haces por nosotros, por las fans... Pero además sé que Yoongi aún tiene una espinita clavada. En el fondo no quería romper contigo.

Abro mucho los ojos.

—No empieces con el chantaje emocional, no vas a conseguir nada. Si alguien tiene que darme explicaciones de por qué ha hecho lo que ha hecho es él, no tú. —Hablo con tanto rencor que me

sorprendo a mí misma. Uno de los mejores chistes del mundo es creer que ya tenías superada una ruptura.

—Pues esta es tu oportunidad para hablar con él y pedirle todas las explicaciones que quieras —replica rápidamente Namjoon—. Eres su musa; nos lo ha dicho un par de veces.

—Que busque la inspiración en otro lado, que escriba sobre el mar, sobre la naturaleza, sobre su perro... ¡Yo qué sé!

—Aerin, por favor. —Junta las manos a la altura de su pecho y me ruega con la mirada. Poco le falta para ponerse de rodillas—. Habla con él, arreglad las cosas. Te necesita. Sé que vosotras no sois la cura de nadie, que nosotros tenemos que aprender a arreglárnoslas solos, pero esta vez es casi un asunto de vida o muerte. No en el sentido literal, lo sabes, pero es que está completamente bloqueado. Vale, sí, no voy a utilizar ninguna metáfora diciendo que eres la pieza del puzle que falta y demás... Me entiendes, ¿no?

Necesito un momento para procesar sus palabras.

—No puedo hacerlo. —Agacho la cabeza.

Namjoon ahoga un grito.

—¿Por qué? Si no quieres, no pasa nada...

—Llevo unos cuantos meses intentando no preguntarme qué será de él o por qué tuvo que romper conmigo. Llevo meses —repito, dándole más énfasis— queriendo deshacerme de esa imagen que tenía de Yoongi para verlo como un ser desalmado y no guardar nada de cariño. Es muy muy difícil. Y ahora... —Río, incrédula, pestañeando y mirando hacia un lado para que las lágrimas no broten de mis ojos— me dices que está destrozado y me haces sentir culpable.

El, apresurado, mueve las manos de lado a lado.

—¡No, no! No quería que te sintieras así, solo... Solo quería informarte y darte la opción de que fueras a visitarlo, nada más. Está claro que debe ser tu decisión, y si no quieres ver a Yoongi-hyung..., nos las apañaremos. —Namjoon posa su mano sobre la mía y la aprieta ligeramente. Parece que se está guardando algo, se muerde el labio y mira alrededor con nerviosismo. No aguanta más y se inclina hacia delante: —La agencia lo obligó a romper contigo, él solo acató la orden —dice, en voz baja—. Lo pensó durante días, le dieron un ultimátum y finalmente eligió la música antes que a ti. Le dijeron que era mejor que cortara cualquier lazo contigo. El verdadero problema es que estábamos sufriendo pérdidas económicas, estábamos bajando puestos en las listas musicales, y sabes que una agencia, sea cual sea, no puede permitirse esto en una industria. Lo siento. No quiero que pienses que todo esto ha sido porque Yoongi dejó de quererte...

—¿Y... y sus canciones? —pregunto. Utilizo el dorso de mi mano para secar algunas lágrimas y pestañeo con fuerza. Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba llorando. Será por toda la tensión acumulada durante estos meses...

—Estaba indeciso, pero, de todas formas, no hay mejor persona para saberlo que él.

No sé cómo he llegado a aceptar la petición de Namjoon. A pesar del tiempo, de la distancia y de la pérdida de cualquier tipo de contacto, sigo teniendo un montón de preguntas que hacerle a Yoongi, y obviamente espero un montón de respuestas. Intento estar lo más tranquila posible. No quiero que el nerviosismo me vuelva hostil.

Cojo una gran bocanada de aire antes de entrar con Namjoon en la agencia. Me ha comentado que han duplicado la plantilla porque dentro de poco otro grupo de chicos, de la edad de Jiho e incluso más pequeños, debutarán bajo el ala de la empresa, así CUT podrá tener un respiro más a menudo ya que sus giras se intercalarán con las del nuevo grupo.

Camino casi pegada a su espalda, como si quisiera esconderme. Espero que nadie repare en mí, aunque llevando a Namjoon delante es algo complicado. Es como un imán de empleados: «¡Un momento! ¿Puedes ver esto?», «¡Namjoon, ven a probarte este traje!». Él, sin deshacerse de su típica amabilidad, hace unas reverencias y se disculpa diciendo que tiene que hacer un par de cosas antes. Al menos una de ese par de cosas es acompañarme hasta el ascensor, donde me deja sola y me desea suerte, como si yo estuviera a puntito de entrar en los *Juegos del Hambre*.

Tomo una última inspiración profunda antes de salir del ascensor y caminar por ese pasillo de la última planta. Llego por fin a la puerta de cristal de uno de los últimos estudios. Hay un felpudo en la puerta, negro, con letras en blanco que dicen «vete», y por un momento pienso en irme como dice la alfombra, pero alargo el brazo y llamo al timbre que instaló.

Oigo que alguien se levanta de una silla y reconozco a la perfección los quejidos y gruñidos de Yoongi. Flavio tiene razón, es como un gremlin.

Abre la puerta sin mucho brío, con aire cansado y sin levantar la mirada del suelo. Su cabello vuelve a lucir su color natural después de pasar por el azul, el gris, el rubio y el caoba; viste con un chándal negro y calza unas sandalias del mismo color.

—Seungchol, he dicho que...

Debe de fijarse en que mis pies tienen las uñas pintadas de rosa, algo que obviamente le extraña, y despacio, boquiabierto, va recorriendo con la mirada mi cuerpo hasta que, por fin, llega a verme el rostro. Me mira como si estuviera asustado, aunque creo que es simplemente la impresión de volver a verme de una forma tan inesperada lo que le deja en estado de shock. Sus ojos brillantes y sus labios rosados incapaces de pronunciar palabra me hacen sonreír sin que me dé cuenta.

—Hola.

Yoongi agita la cabeza, intentando aclarar su mente y enfocar la mirada lejos de mí.

—Ae... ¿Q... qué haces aquí? —tartamudea, nervioso, sin saber qué hacer. Deja de sujetar la puerta durante un segundo, y cuando está a punto de darme en las narices, pone el pie y evita que se cierre. Se apoya en el marco de la puerta—. N... no sabía dónde estabas. Quiero decir... yo, eh... —Traga saliva.

—Uy, ¿te he puesto nervioso? —bromeo. Él no sabe qué decir, y la verdad es que yo tampoco—. Un pajarito me ha dicho que necesitas un empujón con tu música, así que he venido a ver si puedo ayudarte en algo...

No deja de mirarme, ensimismado, y cuando le devuelvo la mirada y veo sus ojos, me doy cuenta de que tiene lágrimas en ellos. Eso demuestra que se preocupa por quienes quiere. Yoongi, debajo de esa coraza, siempre ha sido un chico cariñoso, bondadoso, y yo diría que hasta algo paternal, pero en el buen sentido. Cuida de quien tiene que cuidar. Aunque siempre a su manera, ha demostrado que sabe querer y escuchar a la gente, y es obvio que a alguien como él le choque y le duela que yo esté aquí. Yoongi, cuando sabe que he reparado en que está al borde de las lágrimas, quizá porque es cierto eso de que la ruptura le ha dolido igual o incluso más que a mí, pestañea y se hace a un lado.

—¿Quieres pasar?

En silencio, doy un par de pasos y entro en su estudio. No ha cambiado mucho; solo hay un par de estantes llenos con figuras y fotos que seguramente son regalos de fans. Me quedo en el centro de la habitación, observando cada rincón del estudio. Yoongi se queda lejos, junto a la puerta, que cierra con un largo suspiro.

—¿Cómo estás? —le pregunto con voz suave.

—Bien —responde con sequedad—. Namjoon te ha pedido que vinieras, ¿no?

¿Le digo la verdad o es mejor una mentira piadosa? Hago una mueca y miro las uñas de mis pies.

—Sí, me llamó porque de alguna forma se enteró de que venía a Seúl esta semana... y me contó la situación por la que estáis pasando.

Yoongi asiente despacio. Hay un silencio incómodo, de esos en los que nadie se atreve a romper el hielo. Después de ojear de nuevo el estudio, veo que tiene en una vitrina una acreditación de haber ganado un Grammy. Sonríe con algo de amargura.

—Felicidades por vuestro premio —digo, intentando sacar algún tema de conversación.

—Te he echado de menos —suelta Yoongi, de repente. Su voz ya no suena tan fría. Me atrevo a mirarlo de reojo: está con la cabeza gacha, incapaz de mirar más allá de sus pies—, pero como te dije que borraras mi número... no te llamé. De todas formas, pensé que así sería mejor. Esperaba que nos olvidáramos rápidamente el uno del otro.

Me quedo callada. No puedo articular palabra; me ha sorprendido que Yoongi diga eso, además con esa actitud tan triste y esa voz casi susurrada. Nunca lo he visto así, tan mustio. Siempre, incluso en los momentos en los que teníamos que despedirnos, quedaba en él algo de sarcasmo y los restos de una sonrisilla. Ahora ni eso, y verle así es como sentir una puñalada en el estómago.

Cambio de tema.

—¿Tienes algo para escuchar...? Quizá pueda ayudarte con la letra.

—No —oigo que murmura.

Me giro hacia él. De verdad, no puedo verlo así, pero tampoco quiero acercarme para consolarlo porque sé que volveré a caer. Frunzo los labios en una mueca.

—¿Por qué no escribes?

Yoongi suspira.

—Estoy bloqueado. —Me mira un instante. Vuelve a agachar la cabeza enseguida—. Namjoon te ha contado lo que pasó, ¿verdad? No sabe guardar secretos...

—Sí, pero esperaba escucharlo de tu boca —digo, a lo mejor un poquito más cortante de lo esperado—. Aunque no hace falta que me lo cuentes, si quieres, yo...

Yoongi se apoya en la pared, poniendo las manos tras sus lumbares, vuelve a suspirar y se prepara para contar la historia:

—Durante nuestra gira empezaron a esparcirse rumores: que si lo nuestro era una farsa, que si tú estabas embarazada, que si yo iba a dejar el grupo... Luego la cosa empeoró y empezaron los rumores con los demás miembros. —Algo así me contó Jiho, aunque por encima—. Llegaron a amenazar de muerte a Haein, y aunque la agencia tomó medidas, él se cabreó bastante. Necesitaban una cabeza de turco y esa cabeza era yo. Hablé con mi jefe y me preguntó que si seguía saliendo contigo a pesar de estar separados por un océano. Como dije que sí, no pudieron echarme la culpa y lo único que hicieron fue tomar acciones legales. —Hace una pausa. Coge aire y continúa—: Después empezaron a preparar el álbum. Tenía la instrumental de las canciones, pero no las letras, y el tiempo seguía pasando... Entonces todo el mundo empezó a preguntarme qué me pasaba.

Se queda callado. Al principio pienso que es porque le cuesta contarle, porque tiene ganas de llorar o algo así, pero es que está bostezando.

—¿Y?

Yoongi se encoge de hombros.

—Les dije que nada, pero lo que me pasaba es que tú estabas haciendo tu vida, que yo estaba a kilómetros de distancia y que era muy difícil hablar contigo. No quería depender de ti, así que no te llamaba. Siempre has sido muy difícil. —Es la primera vez en todo el rato que puedo observar algo similar a una sonrisa reflejada en su rostro, aunque está cargada de melancolía—. O quizá es que yo era pésimo en esto de mantener relaciones románticas.

—Odio decir esto, pero creo que tienes razón.

Por fin, Yoongi ríe, aunque lo haga suavemente y todavía mirando al suelo.

—¿Te recomendaron que rompieras conmigo? —me atrevo a preguntar.

—Solo me dijeron que habláramos, que lo nuestro me estaba afectando bastante —resopla—. Algo de razón llevaban. También lo hablé con los chicos; me dijeron algo parecido. No sabía qué era peor, si seguir contigo o romper. Cuando pasó lo del envenenamiento, sí me dijeron que lo mejor era terminar con la relación.

—Y escribieron el comunicado...

—Esto va a enfadarte mucho —dice, alzando la cabeza ligeramente y mirándome con esos ojos de corderito—, pero lo escribieron quince días antes de que fuera a tu apartamento. Lo siento.

Aunque su confesión me sienta como una patada en el culo, rápidamente finjo no haber escuchado nada.

—Ya veo...

—Quería lo mejor para nosotros, Aerin. —Ahora ya es capaz de mirarme, aunque sea de reojo y de vez en cuando—. Yo no quería que estuvieras atada a mí... Pensé que lo mejor era que cada uno se fuera por su camino y listo, pero no encontraba el momento de decírtelo. Bueno, vale, y tampoco tuve los huevos para hacerlo. —Pone los ojos en blanco—. Dijiste que te tomarías la ruptura como mi forma de protegerte, ¿no?

Asiento.

—No me quedaba otra...

—Es que fue así. Veía los comentarios que te dejaban en tu perfil, en cada noticia, en cada foro... y siempre has tenido la autoestima baja, así que no podía dejar que lo hicieran. Y lo de ese tío... Si no te mataba él, iba a terminar haciéndolo algún *sasaeng*. Fue la gota que colmó el vaso.

Ahora soy yo quien agacha la cabeza.

—Es verdad —susurro.

—Tendría que haberte explicado todo esto antes de decirte lo del comunicado, tendría que... — Respira por la boca con fuerza y suelta un largo suspiro—. Sabes que soy un cobarde. No podía hacerlo y me pidieron que no volviera a hablar contigo. Supuse que lo mejor era concentrarme en mi trabajo y al mes me di cuenta de que sin ti era muy distinto.

Todo encaja ahora. Sigo teniendo preguntas y respuestas que escuchar, un nudo en la garganta, ganas de deshacerme en lágrimas y el anhelo de poder volver atrás, a ese tiempo en el que Yoongi y yo nos reíamos porque aún nos daba vergüenza entrelazar nuestras manos, pero solo he venido aquí a darle un empujón, nada más. No quiero apiadarme más de la cuenta.

—Bueno —hablo con un tono fingidamente alegre y doy una palmada—, creo que es hora de que cojas papel y lápiz. ¿Sabes que podrías añadir en tus canciones? Flautas.

Yoongi parece algo desconcertado al principio, pero luego se inclina hacia delante porque he conseguido captar su interés.

—¿Estás segura?

—Podéis darles un toque latino a vuestras canciones, también.

Hago que se ría, enseñando sus encías rosadas. Tengo la sensación de que es la primera vez que sonrío así en días.

—Flautas y aire latino... Puede ser una buena idea, aunque no creo que sea posible llevarla a cabo.

—¡Siempre hay que pensar por encima de tus posibilidades! Además, CUT marca tendencia fuera y dentro de Corea, ¿no? Pues que sea con algo diferente —digo, de carrerilla—. Y para las letras de tus canciones... No sé, a mí siempre me ha gustado inventarme historias. ¿Por qué no haces eso con tus letras? ¿Tu objetivo no es hacer que la gente sienta algo? Pues qué mejor que una historia. Ponte en la piel de alguien superdespechado, de un divorciado, yo qué sé... Cuenta historias con tus letras. —Sigo hablando, dándole ideas, y Yoongi, mientras tanto, me mira con una sonrisa tímida, leve, pero cargada de admiración y cariño. Mi mirada se cruza con la suya un instante, pero no soy capaz de sostenerla. Pierdo el hilo de mi monólogo—. Creo que... mi misión está cumplida. —Suelto una risilla, avergonzada—. Creo que ya debería irme, mis padres estarán deseando verme...

Yoongi asiente y se retira de la zona de la puerta para dejarme salir.

—Sí, claro.

Me quedo parada antes de girar el picaporte. No sé cómo despedirme de él, ni siquiera sé si debo hacerlo. ¿Un abrazo, un beso en la mejilla o un apretón de manos? ¿Un adiós, un hasta siempre o un hasta luego? Además de que siempre suelen ser tristes, las despedidas no me gustan porque nunca sé qué es lo más adecuado para decirle adiós a una persona. Yoongi parece ser partidario de la primera opción, y algo titubeante, pone una mano sobre mi hombro y me acerca a él, rodeándome con sus brazos.

Es un abrazo fuerte, de los que alguien te da cuando no quiere que te marches. Yoongi apoya su barbilla en mi hombro derecho y se aprieta tanto a mí que puedo sentir el latido de su corazón y su respiración entrecortada. Despacio, coloca una de sus manos sobre mi cabeza. Con la otra rodea mi torso.

—Te quiero —susurra. Yo froto su espalda—. Vales mucho más de lo que crees, así que más te vale no infravalorarte nunca más. Me encantaría estar contigo todo el tiempo del mundo, pero sabes que siempre habrá algo que nos lo impida... Cuidate y acuérdate de mí cuando desfiles para Chanel.

Sonríó con algo de pena. Sí, siempre hay algo que nos separa: nuestros sueños, nuestras aspiraciones personales, nuestro trabajo, algún tercero... Hay algo que nos impide estar juntos, y para no dañarnos más y hacer que esto se convierta en la serpiente que se muerde la cola, lo mejor es que no lo estemos.

—Espero que a partir de ahora escribas muchas canciones y que tengan que cancelar los Grammy porque todos son para vosotros —susurro dándome la vuelta—. Cuidate mucho y cuida también a los chicos, ¿eh? Y nunca dejes de hacer música, Yoongi.

Noto que solloza. Yo también estoy a punto de hacerlo, pero me separo de él y lo observo con aire divertido. Él se seca las lágrimas rápidamente con el dorso de la mano, se aleja un poco de mí y hace un gesto con la mano izquierda para que me vaya.

—No estoy llorando, es que tengo alergia.

—¡Estás llorando!

Al final lo admite y asiente.

—Sí, sí... —Su voz suena algo más aguda. Tiene que tragar saliva para continuar hablando—. Es que voy a echarte mucho de menos, pero lo mejor es que te vayas.

—Ay, eres como un bebé... —Ahora soy yo quien le da un último abrazo, al que corresponde enseguida. Yoongi aprieta su frente contra mi hombro—. Espero que te vaya genial. Y no llores, que se hinchan los ojos.

Se ríe.

—Cómo han cambiado las tornas... Espero que tengas un buen viaje de vuelta. Supongo que tienes que volver a Italia.

—Gracias, Yoongi.

Se separa de mí y vuelve hacer un gesto, esta vez con la cabeza, señalando la puerta.

—Vete, anda. No quiero convertir mi estudio en un mar de lágrimas.

Antes de marcharme, coloco mi mano en su mandíbula y utilizo mi pulgar para secarle las lágrimas. No puedo evitar acercarme a él y despedirme del todo con un beso en su mejilla suave y ligeramente sonrojada. Finalmente, le dedico una última sonrisa, radiante, a la que él también responde, y agita la mano para decirme adiós.

Abro la puerta y me marcho de allí, a lo mejor para siempre, a lo mejor durante un tiempo. ¿Quién sabe qué nos deparará el futuro? De momento, lo único que sé es que mi billete solo ha sido de ida. Yoongi, al contrario que yo, no lo sabe, y cree que volveré a Europa dentro de poco. Mi intención era quedarme cerca, quizá en Busan, que hay playa, o quizá donde siempre, en ese apartamentucho de alquiler donde fui tan feliz y desdichada a la vez. Lo vivido, vivido está, y el futuro solo está para hacer suposiciones. De momento, lo único que hay que vivir es el presente.

Espero que Yoongi sepa que siempre será mi segundo amor. Ese que se vive, ese al que se ama, ese que tampoco se olvida nunca, porque he descubierto que el primero tiene que ser uno mismo. Ahora es tiempo de que viva mi vida, puede que en compañía de otros, puede que en soledad.

Lo importante es que, por fin, después de toda esta montaña rusa de desamores, cariños y amistades, Im Aerin puede decir con certeza que nunca más se infravalorará.

Si no te quieres a ti misma, ¿cómo coño vas a saber querer a alguien más?

Epílogo

Nunca he creído en el destino, eso está claro. Para mí todo era un conjunto de casualidades y alguna que otra mala decisión, pero nunca pensé que algo inmaterial y superior a todos los seres humanos fuera el encargado de ponernos en cierto lugar.

Da igual cuál sea la situación, el día o la hora. Siempre me encuentro con la misma persona, aunque eso sí, con diferentes tintes de pelo: Yoongi.

No hablamos. No tenemos nuestros números de teléfono y solo dos de sus compañeros saben que tuvimos ese breve encuentro hace casi dos años en su estudio, donde él se deshizo en lágrimas. Él ahora es Min Yoongi de CUT, ese grupo que tiene hasta su propio juego de mesa y tiendas de *merchandising* repartidas por todos los sitios, incluso los que menos te imaginas. Su música se escucha en las radios, en anuncios, en películas. Sus ganancias superan con creces a las de varios artistas occidentales, y si han hecho historia es porque han conseguido superar las barreras del lenguaje con su música, en coreano desde los inicios, y ganar premios de gran reconocimiento internacional año tras año. Ahora los chicos ya no viven en el mismo apartamento, pero pasan muchísimo tiempo juntos. He oído que Yoongi reside en una urbanización al sur de Seúl, en plena montaña, en una casa de dos plantas con sus dos perritos, pero puede que sea solo un rumor. Durante este tiempo ha escrito canciones hablando de la luna, del sentido de la vida, de lo importante que es quererse a uno mismo... Hizo caso a aquel consejo que le di, y ahora escribe canciones tan profundas que parece que haya pasado tres divorcios, mil crisis existenciales y que haya llegado al Nirvana dos veces.

¿Y yo? Yo soy Im Aerin, una modelo más, pero que ha conseguido ganarse al público con su sentido del humor ácido y ha marcado tendencia por llevar siempre unas zapatillas de un horrendo color rosa. Ahora, todo Corea viste con unas Adidas rosa chillón...

En definitiva, ya nadie nos relaciona, pero siempre coincidimos en algún evento. La primera vez fue en uno contra el *bullying* en las escuelas. Yo di una charla a unos alumnos de secundaria, y justo después, Yoongi entró en el aula junto al resto del grupo para darles una sorpresa. Después nos encontramos en el evento promocional de un perfume. Yo lo anunciaba, él simplemente estaba invitado. Cuando salía del baño arrastrando la pomposa falda de un vestido de gala en unos premios, Yoongi apareció por la puerta del baño de los hombres. En el aeropuerto, yo subía a un vuelo para ir a Nueva York y él volvía de Londres. No dejamos de encontrarnos, de vernos, pero fingimos que no nos conocemos.

Eso sí, está de más decir que las miradas cómplices no sobran. Si nunca hemos charlado de nuevo es porque la situación nos lo impide: siempre hay muchos ojos que ven y, además, juzgan. A

los dos nos va genial, así que lo mejor es no levantar sospechas, aunque estoy segura de que ya nadie se acuerda de lo nuestro, y mucho menos de mí ahora que mi nombre no está asociado a Yoongi, sino a mi carrera como modelo.

Son casi las doce de la noche y el perro que adopté para no sentirme tan sola en mi apartamento con vistas al río, olisquea el césped de la orilla del Han. Se llama Mushu y es el bulldog con las orejas más adorables que he visto en mi vida. Es invierno, así que no hay mucha gente por aquí.

Mi mano está helada a pesar de que llevo guantes. Tiro de la correa de mi perro.

—Vamos, Mushu. ¿Cómo puedes quedarte ahí parado con el frío que hace...?

Mushu obedece y por fin podemos caminar de vuelta a casa, siguiendo el sendero que nos permite abrirnos paso entre el césped. A lo lejos, veo una figura de un hombre, bajita. Tira de las correas de dos perros pequeños que parecen de peluche. El hombre, con capucha y una bufanda que le tapa toda la cara, decide desviar su camino y salir del sendero para no entorpecer nuestro paso, pero Mushu ladra sin parar.

—¡Chist, calla, por favor! —Intento hacer que deje de ladrar, pero él tira hacia el lado contrario con tanta fuerza que termina arrastrándome hacia el hombre y los dos perros, que se asustan. Mushu se pone de pie y salta alrededor del pobre chico—. Lo siento, lo siento, perdón, es que es un perro un poco impulsivo y...

Uno de los dos perros pequeños, de color marrón y pelaje rizado, también da saltitos alrededor de mis piernas. Frunzo el ceño. Me resulta familiar, así que me agacho para acariciarlo. Parece contento y parece... ¿Cielo? ¿El perro que tanto amaba Yoongi no era igual?

El otro dueño hace lo mismo con Mushu: se acuclilla, queda a su altura y juguetea con él hasta que se da cuenta de algo, y se defiende. Mushu ladra, pidiendo que vuelva a prestarle atención.

—Por curiosidad —dice el chico. Alzo la cabeza; reconozco perfectamente su voz—. ¿Cómo se llama el perro?

El dueño de los dos perritos descubre su rostro, hasta ahora semioculto por esa enorme bufanda, y por fin puedo ver las facciones suaves de Yoongi, sus ojos azabache y su pequeña nariz. Sonríe de oreja a oreja, pero le sigo el juego.

—Mushu. ¿El suyo?

—Cielo.

Yoongi sigue acariciando a Mushu mientras yo, a pesar del terrible frío invernal, me quito los guantes y juego con sus dos mascotas.

—Te encuentro por todos los sitios, pero nunca pensé que llegaría a encontrarte aquí —me dice, incapaz de dejar de sonreír—. Espero que no te resulte raro que te pregunte esto tan tarde, pero conozco un sitio tranquilo por aquí cerca... No te apetecerá algo de sushi, ¿no?

—Qué forma más rara has tenido siempre de pedirme citas.

Se ríe, se encoge de hombros y vuelve a agarrar las correas de sus perros.

—Sabes que el romanticismo nunca ha sido lo mío, Aerin.

¿Todo esto no haría a cualquiera pensar que el destino es algo más que un buen recurso literario? Porque quizá sí exista y quiera unirnos, por eso no dejamos de tropezarnos el uno con el otro.

Agradecimientos

Si hay alguien a quien tengo que dar las gracias es, primero, a quienes me enseñaron que leer es lo mejor del mundo, así que, ¡gracias papis! Y gracias también al padrino búfalo, que sé que también leerá esto.

Gracias a quienes han aguantado mis quejas —esto va por ti, Yaiza— y mis lloriqueos por falta de inspiración... ¡Escribir no es nada fácil, pero vosotros hacéis que sí lo sea!

Gracias, por supuesto, al equipo de Montena que me ha acompañado durante este viaje. ¿Qué sería de este libro sin vosotros?

Gracias también a Alan Turing, que fue el primer tío que diseñó un ordenador. Sin él, yo no tendría mi herramienta de trabajo, y no sería más que una estudiante estresada.

Gracias también al tipo o tipa que inventó internet, porque si no hubiera existido nada de esto hubiera sido posible. Gracias a internet he podido conectar con quien me lee, publicar mis historias y conseguir mi sueño. No hubiera conseguido esto sin el apoyo de la gente que me ha apoyado en Wattpad durante estos años. ¡Sois la caña!

Bueno, y mención especial a alguien que nadie hubiera conocido si tampoco existiera internet: BTS, ese grupo de siete coreanos que, además de hacer música, han inspirado y unido a millones de personas. Ojalá nunca lean esto, pero si lo hacen, quiero que sepan que gracias a ellos mucha gente ha sido capaz de abandonar sitios oscuros y salir a correr tras su sueño. ¡Gracias!

Y, por último, gracias a ti, que has llegado hasta el final de tu historia. Te haya gustado o no, espero que al menos haya podido inspirarte, tal y como otras historias me han inspirado a mí. ¡Gracias por leer Love Army y espero que volvamos a leernos pronto!

Llega la segunda parte de Love Army con más música, más pasión y una historia de amor ¿imposible?

Cuando todo parece imposible, ¿existe alguna razón para seguir creyendo en el amor?

Elsa M. R. es la autora que ha triunfado en Wattpad bajo el nick *@thatsmyego*. Tiene más de 35k seguidores y su primera novela, *First Love*, cuenta con 2.6 millones de lecturas en Wattpad y con 252K votos.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Elsa M.R.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Sara Lozoya (@Uxia15)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17922-34-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Seguimos siendo tú y yo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

Agradecimientos

[Sobre este libro](#)

[Sobre Elsa M. R.](#)

[Créditos](#)